

Muerte de un violinista

José Luis Correa

ALBA

A María Santana,

por todo y para siempre

In memoriam

Obertura: la ciudad luminosa

Acostumbrado a los días cortos, a los inviernos gélidos y al cielo coagulado de Manhattan, lo primero que le llamó la atención de aquella ciudad fue su calidez atlántica y el azul índigo de sus tardes. Así se lo había hecho notar Aaron Schulman, en la guagua que los traía del aeropuerto, a su compañera de asiento, la viola francesa que iba a sustituir a Rebecca Adams en la gira europea. Durante la media hora que duró el trayecto hasta su hotel, no paró de señalarle el cristal, con su dedo índice y su voz de asombro. En apenas tres semanas había tratado más a Juliette Legrand, la joven sustituta, que a la pobre Rebecca. La Adams había enfermado de repente. Aún no sabían bien qué era. Simplemente se había sentido indispuesta durante la cena de Navidad y habían tenido que correr con ella al hospital más cercano. Tal vez fuera una intoxicación. Llevaban treinta días hurgándole el cuerpo con saña y no habían dado con el problema. Lo único que estaba claro era que no podía, de ninguna manera, enfrentarse a cien horas de vuelos y un mes fuera de casa.

La Filarmónica se vio, entonces, en una encrucijada: o cambiaban de repertorio —la excusa de la gira era el estreno mundial de dos trayectorias («un esmero a Maria y a Martha»), pieza para dos violas y orquesta de Sofía Gubaidulina— o buscaban a una intérprete nueva. Había, claro, una tercera opción: suspender el concierto. Pero a nadie se le pasó por la cabeza hacer algo así. El público europeo esperaba como agua de mayo a la Filarmónica de Nueva York. Los catálogos pasaban de mano en mano desde hacía meses. De modo que decidieron ponerse a trabajar y encontrarle sustituta a Rebecca. La elegida fue, finalmente, Juliette Legrand, una parisina de naciente reputación y contrastada técnica que hablaba poco y se limitaba a responder con monosílabos fuese lo que fuese que le preguntaran. Había llegado acompañada de una áspera discusión, a cuento de qué necesitaban echar mano de una extraña habiendo otras concertistas de talla en la orquesta. Sin embargo, allí estaba, sentada a su lado, sonriente y callada.

El caso es que Juliette parecía la acompañante ideal para un trayecto largo y penoso. Por eso Aaron la había elegido. Él odiaba volar. Lo odiaba hasta la

obsesión. Normalmente pedía sentarse solo. No solía recurrir a su condición de concertino, de primer violinista, de segundo de a bordo. Sólo lo hacía en los viajes largos. En cambio, esa vez no tuvo más remedio que amoldarse porque el avión iba repleto. Así que, antes de que le endilgaran a alguien que no parase de decir majaderías sobre la seguridad de los aviones en comparación con la de los coches y hasta la de los trenes, a ver, cuántos accidentes aéreos se producen al año en Norteamérica, ah, y cuántos accidentes de tráfico y cuántos ferroviarios, echa cuentas, pues eso, viajamos en el medio más seguro que existe, el miedo es libre sí, pero está en tu cabeza y no en el aparato, antes que eso, prefirió a la francesa, a la frágil, a la muda Juliette Legrand, que sólo iba a mirarlo con esos ojos lánguidos y a sonreír y a encogerse de hombros. En momentos así, Juliette Legrand era el mejor antídoto contra la angustia.

Mientras le iba diciendo en la guagua lo de la calidez atlántica, lo del azul índigo, lo del cielo sin mácula, la muchacha lo miraba a él y luego al horizonte y otra vez a él. Y asentía con todo su cuerpo quebradizo y menudo, más de bailarina que de concertista. Durante el recorrido por la avenida marítima —nada que ver con la Décima ni la Séptima ni la Quinta, qué va, nada de eso, tres o cuatro kilómetros de malecón habanero a la europea, con la misma gente sonriente y sudorosa paseando, corriendo, dando pedales pero con ropa moderna, calzado ligero, bicicletas recién pintadas y nuevecitas—, ella no dijo ni esta boca es mía, qué bueno una mujer con la que estar de acuerdo en todo. Le hubiera podido decir que la tarde era un asco. Que sus ojos bizqueaban. Que el mar era pura ponzoña, casi tanto como su forma de tocar a Gubaidulina y Juliette seguro hubiese sonreído y consentido igual. Mira a ver si iba a estar enamorándose de una francesa, mon dieu, con lo suyas que son.

Llegaron al hotel Reina Isabel cuando el índigo azabachaba. Había más ganas de acostarse que de otra cosa, el maldito jetlag de las narices, pero les recomendaron que diesen un pequeño paseo por la playa antes, para habituar el cuerpo al nuevo horario. A muchos les pareció una bobada, total, iban a estar tan sólo cuatro días. El viernes actuarían en el Auditorio de Las Palmas, el sábado en el Guimerá de Tenerife, el domingo de vuelta a Las Palmas y, desde allí, a Madrid, a Milán, a París, a Múnich, a Londres. No había tiempo de habituarse a nada que no fuesen las ganas de volver a la seguridad plomiza, a la indemne certeza, a la rutina tibia de Manhattan. A Aaron Schulman, sin embargo, le gustaba la idea de escapar de vez en cuando de la gran manzana, el ombligo del mundo para un neoyorquino, gran puta que acaba por secarte el alma. Pero entonces, esa tarde de enero, Aaron Schulman, el mejor violinista de origen judío del último cuarto de siglo, ignoraba que jamás volvería a cruzar el puente de Brooklyn, qué va. En realidad, ni siquiera llegaría a ver el sábado.

Nada hacía presagiar aquella muerte. El ensayo del viernes había sido apacible. No sólo porque ya hubiesen repetido las piezas hasta la extenuación, porque se conociesen de carrerilla el concierto, porque jugasen de memoria. No. Fue que, entre Juliette Legrand y Cynthia Young, la otra viola solista, dieron un recital magnífico de dos trayectorias, dos almas conjuntadísimas, cuatro manos gráciles que se movían al ritmo de una fuga, con medio centenar de corazones en un puño. Lograron ponerle un nudo en la boca del estómago a más de uno. Claro que también pudo ser que la orquesta se contagiara de la belleza de aquel Auditorio y se dedicara a dejar que la música se fuese deslizando vagarosa, como agua de río, por los rincones más íntimos del escenario, del patio de butacas, de la platea, del anfiteatro. Las notas livianas, sutiles, serpenteaban incluso entre los asientos incómodos del gallinero. Subían por las paredes. Se enroscaban en las lámparas. Cruzaban la techumbre. Rodeaban los lienzos. Y regresaban otra vez a cada uno de los instrumentos como si fueran bumeranes etéreos. Las únicas interrupciones tuvieron que ver con el mar, de nuevo el azul, esta vez nada índigo y sí muy zarco. El caso era que el maestro Masur se quedaba a veces, inconscientemente, colgado de las aguas que parecían romper contra las cristalerías y se retrasaba en una entrada o la daba antes de tiempo con el consiguiente desconcierto generalizado.

Una vez concluido, mientras secaban el sudor a la madera tensa, a los arcos cansados, a las cuerdas exhaustas, Papá Bob los emplazó para el almuerzo a las dos en un salón reservado del comedor. Lo de la reserva era una norma establecida desde hacía algunos años. De esa manera, todos los profesores estaban localizados por si Papá Bob, Bob Alston, el director musical, tenía que informarles de algún cambio de programa de última hora. Además, la medida favorecía el orden y la concentración, dos rasgos cardinales en una orquesta de elite como la Filarmónica de Nueva York. No obstante, esta regla tendía a distenderse en tarde de concierto porque, por un lado, no había tiempo para cambios y, por otro, cada quien solía relajar los nervios a su manera: Adrian Hall, uno de los contrabajos, aliviaba la tensión leyendo filosofía; los hermanos clarinetistas Orson y Peter Vaughn le daban al póquer y al etiqueta negra; a Bernie Carpenter, primer tuba, le gustaba hacer ejercicio antes de comer; Bella Larson, una violinista noruega propensa a la anorexia, ni siquiera comía. Buen conocedor de las mañas de sus músicos, Bob Alston se contentaba con leerles la cartilla. Les hablaba del honor y el compromiso que suponía pertenecer a la Filarmónica de Nueva York, no a la de Boston ni a la de Chicago, no, listen to me, ojito al parche, a-la-de-Nue-va-York, allí ningún músico se representa a sí mismo, sino a la música, a-la-mú-si-ca, okey?, pues andandito, y nos vemos dos horas antes de la actuación, como siempre, en el vestíbulo del hotel.

Aaron Schulman ni siquiera escuchaba el discurso manido de Papá Bob. Había decidido saltarse el almuerzo ese viernes. El último de enero. El último de todos los eneros de su vida. Quería conocer lo que pudiese de Las Palmas. Detestaba —solía culpar de ello, entre bromas y veras, a su herencia judía— esa vida de locos en la que no paraban de visitar aeropuertos de ciudad sin ciudad: comer, tocar el violín, echarse un rato, ver la CNN, jugar al póquer son cosas que uno puede hacer todos los días. Varias veces al día. Pero uno no sabe cuándo volverá, si volverá, a esa ciudad luminosa o triste, bullanguera o fúnebre, marina o montañosa, pero siempre nueva que los recibe el día anterior a una actuación. Por eso —y porque le daba coraje haberse mamado diez horas de avión para llegar e irse, un vini, vidi, vinci sin maldita la gracia—, le molestaba perder el tiempo en algo tan habitual y trillado como el día del concierto y se iba a callejear. A visitar lugares singulares. A perderse en la tarde.

Se lo dijo a dos o tres muchachos por si alguien quería sumarse a la visita. Pero nadie le aceptó la invitación. No esperaba otra cosa. La respuesta era, un día sí y otro también, la misma. Siempre. Para ellos esa ciudad sería como el resto de ciudades del planeta. Tendría algo de Estocolmo. Algo de Sidney. Bastante de Montevideo, el idioma imprime carácter. Aaron les respondía que sí. Que seguro que tendría muchas cosas de todos esos lugares. Pero que la suya era la excusa más absurda del mundo porque, al final, ellos no conocían ni Estocolmo ni Sidney ni Montevideo. Sólo sus aeropuertos. Con esa filosofía de paletos no iban a ninguna parte. Además estaba la gente, caramba. La gente no era igual en ningún sitio. Tendría idénticos problemas, las mismas penas, ilusiones parecidas, pero no era igual. Los colegas lo miraban maldisimulando una sonrisa compasiva, este Aaron no tiene arreglo, qué jodido, vaya tipo. Algunos recordaron después haberlo visto marchar por la puerta trasera del hotel, la que estaba enfrente del comedor, la que daba a la playa de Las Canteras. Pero curiosamente nadie lo vio regresar. Cuando subieron a la guagua él ya estaba allí, sentado en el penúltimo asiento, junto a la puerta, abrazado a la concha negra y reluciente de la funda de su violín. Dos de los músicos, el percusionista portorriqueño Teobaldo Mesa y el pianista libanés Ibrahim Al Jaber —a veces, uno podía pensar que la Filarmónica de Nueva York era la mismísima torre de Babel—, declararon haberlo saludado y haber recibido la llamada por respuesta. No se lo tomaron en cuenta. Muchas veces uno está tan abstraído repasando mentalmente su propia partitura que se olvida de lo que es una orquesta. A ellos, en ocasiones, les pasaba lo mismo. Y no era descortesía o enojo. No estaban enfadados. Simplemente no estaban. Sus cuerpos mantenían el instrumento —si éste era manejable, por supuesto: Adrian Hall e Ibrahim Al Jaber se contentaban con el gesto de acariciar su contrabajo y su piano— pero sus mentes andaban en otra parte. Quizá en el escenario, delante de un atril, buscando la

perfecta afinación.

En los camerinos, tras el proscenio, Aaron pensó en Juliette. La chica iba a estrenarse con ellos y con el director y estaría comiéndose las uñas. La buscó con la mirada y la halló sola, sentada en una esquina, observando su viola. De su pareja, Cynthia, no había rastro. La francesita parecía asustada. Aaron se acercó a ella y arrastró una silla, que dejó un poso de dentera en el suelo, eh, Juli, no le des más vueltas, déjate llevar. Ella no había advertido su presencia hasta que escuchó su voz, suave pero convincente, ¿perdón? Y él, que te dejes llevar, darling, haz como los demás, es muy fácil, sigue la corriente, sí, la música es un río loco, si nadas a contrapelo, lo más probable es que te ahogues; sabes la partitura, ¿no?, pues entonces sólo debes preocuparte de mirar a los ojos del que lleva la batuta, lo reconocerás en seguida, es el único de todos nosotros que puede permitirse el lujo de darle la espalda al público, bien que se lo ha ganado; a ver, ¿recuerdas tu baile de graduación?, ah, caramba, en tu país no hacen eso, pues no sabes lo que se pierden, es toda una experiencia, las chicas pueden olvidar hasta su nombre pero jamás su baile de graduación, no, sea como sea, para lo bueno o para lo malo, eso no se olvida; bueno, no hay graduación en París, de acuerdo, okey, pero habrás bailado alguna vez, ¿verdad?, claro que sí, lo suponía, entonces imagina que Masur es el chico más guapo del salón y está ahí, con su esmoquin perfecto y su corbata inmaculada, está ahí y va a pedirte que bailes con él, así que olvídate de todo, del calor, de la gente, del traje, da igual que se te baje la tira de la blusa, mejor, así el público te recordará, así sabrás si le gustas al chico guapo del esmoquin de seda, olvídate de los zapatos, no te mires los pies, sólo mírale a él y déjate guiar.

Juliette Legrand recordaría un consejo que la iba a acompañar el resto de su vida. Pero, sobre todo, se arrepentiría el resto de su vida de no habérselo agradecido como era debido, cuando pudo, a Aaron Schulman. Confesó más tarde que, por culpa de su timidez, decidió posponerlo a la noche. A cuando finalizara la actuación. A cuando regresaran al hotel. Cómo iba a saber ella que Schulman no acabaría el concierto. Estaba allí. Sonriente. Tan lleno de vida. Y luego... Cuando concluyó la pieza de Gubaidulina, vio cómo Aaron le sonreía y le picaba el ojo y le decía, todo eso en la distancia, excitado, enfebrecido, las perlas de sudor tintándole la frente, exagerando los movimientos de sus labios, bravo, bravísimo, ma chérie. Ella se sintió inexplicablemente la reina del baile de graduación. Se sentía decidida a no olvidarlo nunca. Y no lo olvidaría. Ni ella ni ningún otro de los que estaban esa noche en el Auditorio. Pero por otra razón mucho menos gozosa.

Una razón por la cual tampoco volverían a tocar jamás la sinfonía número siete en mi mayor de Bruckner. La sinfonía número siete en mi mayor, a partir de ese viernes, la inconclusa. Bruckner, a partir de ese enero, el proscrito. Fue en el segundo movimiento. Donde menos podría uno esperarlo. Las desgracias no

avisan. En mitad de un brevísimo fragmento. Inasible. Melódico. Algo así como un vals. Como un duende. Una ventana abierta. Y, a pesar de ello, Aaron Schulman se sintió indispuerto. Comenzó a sudar. Palideció. Dejó caer su instrumento, que destrozó el silencio del teatro. Se apagó lentamente. Como una vela, en el último instante, pareció refulgir. Pero fue un espejismo. Una cruel quimera. Lo último que vio el rubio judío de Manhattan fue la preciosa lámpara del techo. La lámpara en forma de araña plateada. La lámpara de lágrimas que, esa noche, lloró sólo por él.

2

Muerte de un violinista

Ese viernes de enero yo había empezado un libro. Suelo dejar un tiempo de descanso entre el final de una lectura y el comienzo de otra. Es una manía ridícula como toda manía. Pero vino en el lote. Necesito depurarme, purgarme del dolor de una historia que termina para poder disfrutar, en plenitud, el placer de una historia que comienza. Siempre he sido incapaz —admiro a esos lectores que consiguen tal propósito— de leer más de un libro a la vez. Me es imposible soportar a un tiempo el peso de dos vidas. De dos miserias. De dos odios. De dos amores, sobre todo de dos amores, no hay cama p'a tanta gente. Necesito ponerme en paz conmigo y con mis muertos. Para ello, suele servirme bien la música. En esos estadios de purgatorio, de espera melancólica, regreso a Charlie Parker, a Miles Davies, a Oscar Peterson. Ellos me devuelven el sosiego que preciso para volver a mi pasión lectora. Ya sé que suena extraño, casi anacrónico, impropio de un detective lo del arrebató por la lectura y el jazz. No son pocos los que me creen un pedante, cuando no simplemente un totorota. Alguno me confunde, qué cosas, con un personaje de novela barata. «El problema contigo —me dicen— es que no hay quien se crea a un detective que lee poesía y escucha jazz. Que viva en Las Palmas, pase. Que tenga un abuelo de La Isleta, ¿por qué no? Y una secretaria fea, vale. Pero que coleccioné discos de Thelonus Monk, anda ya, eso se lo desmonta a tu escritor hasta un crítico en prácticas.» Y yo siempre les respondo lo mismo: «¿Qué quieren? Soy así desde chiquillo. Un viejo prematuro. A veces me siento capaz de cualquier cosa con tal de mantener ante el mundo una reputación de tipo duro que me queda grande como chaqueta de payaso. Pero no pienso renegar de Charlie Parker, ¿estamos?, eso ni de coña».

Ese viernes, ya digo, llevaba dos semanas sin leer otra cosa que la prensa local. Para estar enterado. Por si traía algún caso a la vista. Había llegado tarde a casa. Cené algo ligero. Luego me puse cómodo. Me senté en el sillón con un dedo de whisky y dos piedras de hielo. Y me dispuse a recuperar el tiempo perdido. Había optado, esta vez, por una relectura, un libro que no había vuelto a encontrar desde el instituto, La tía Julia y el escribidor de Vargas Llosa. Quería comprobar si, casi veinte años después, me diría lo mismo. Intuía que no, pero debía intentarlo. Llevaba algunos años esperando por la novela. Sabía que, tarde o temprano, con esa bendita moda de las ediciones de bolsillo, le llegaría su turno. Y, por fin, lo encontré en Navidades en una librería de viejo que hay en la Peregrina. Por fin iba a releerlo. Por fin un par de noches de sosiego. Sin embargo, no llegué ni a la página veinte.

Justo cuando Marito conoce a su tía Julia, cuando se siente morir de bochorno porque ella lo trata como a un chiquillo, como a una guagua, sonó el teléfono. A esa hora —pasaba media hora de las doce—, y un viernes —sábado ya—, sólo podían ser malas noticias. Estuve a pique de dejarlo sonar hasta que lo matara el contestador, pero pudo más mi curiosidad. Sí. La curiosidad es una de las pocas cosas que me hacen contestar un teléfono un sábado de madrugada. Mala cosa para un detective no tener curiosidad. Descolgué y pregunté quién era. Me respondió la voz opaca y grave del inspector Álvarez, un policía con quien había trabajado anteriormente y por el que sentía un sincero afecto. Admirador de Maigret, ulceroso de estómago, honesto como pocos, Álvarez no creía, rara avis, que los detectives estuviésemos en el mundo para tocarle los huevos a la policía. De hecho, alguna vez se había aprovechado de mi trabajo. No para colgarse medallas que no mereciera. Él no era de esos. Más bien para hacer justicia. Un detective privado puede llegar, con suerte y una caña, adonde no llega la policía, con sus reglamentos, sus normas, sus órdenes superiores. Por eso no me extrañó su llamada. Mientras él cumplía con los modales de corrección, cómo estás, cuánto tiempo, qué tal ese negocio tuyo, cómo anda tu abuelo, supuse que habría ocurrido algo en las últimas veinticuatro horas y se lo habían endilgado a él. Debía de ser algo gordo porque Álvarez no me hubiese llamado a esas horas por el alunizaje en una joyería o una reyerta de macarras en el puerto. Las dos veces en que habíamos coincidido en una investigación había muerto gente: en la primera, un pijo que tuvo la desgracia de enamorarse de quien no debía; en la segunda, tres hombres que jugaron con fuego y acabaron ardiendo no sé si en el infierno o en casa del carajo.

Esta vez era un músico. No cualquier músico, Ricardo, uno de los gordos, sí, lo veo negrísimo, se trata de alguien que toca, bueno, que tocaba en una orquesta, extranjera, norteamericana creo, se desplomó en el escenario mientras actuaba, el

caso viene jodido porque no sólo estamos nosotros, en este entierro también tienen su vela la embajada norteamericana en Madrid, el alcalde, el Gobierno y los organizadores del festival, sí, lo que oyes, todo Cristo quiere meter baza y esto cada vez se parece más al camarote de los hermanos Marx; por eso te llamo, tú sabes algo de música, ¿dime?, vale, lo tuyo es el jazz y esto es música culta, ¿eh?, ah, el jazz también es culto, se dice clásica, joder con el susceptible, bien, pues la música clásica no deja de ser música y yo no tengo ni idea de cómo afrontar la cosa, así que lo consulté con un tipo del consulado al que conozco, ¿quién?, a ti qué puñetas te importa, no es un topo, tolete, mucha tele ves tú, es... es... un amigo invisible, eso, de un caso antiguo, ¿un caso de soborno?, qué soborno ni qué niño muerto, qué más da de qué lo conozco, Ricardo, lo conozco y punto, pues le hablé de ti, le dije que eras discreto, listo, perro viejo, ah, de nada, y también que, si alguien podría descubrir lo ocurrido, ése eras tú, y me encargó que hablara contigo, así que estás contratado y ni se te ocurra darme largas, ¿eh?, no me vengas con que estás ocupado que sé que das menos golpe que un reloj de arena, además, chico, no podrás quejarte, esta gente paga en dólares, ¿cómo?, ¿que el dólar ya no es lo que era?, bueno, da igual, los norteamericanos pagan bien y se acabó la vaina, vístete y vente para el Auditorio que me voy a gastar medio sueldo en teléfono.

Cuando llegué, en un taxi, me crucé con la guagua de la Filarmónica, que regresaba a su hotel. Si no hubiese estado al tanto de los acontecimientos por Álvarez, me hubiesen puesto al día las caras de luto de los músicos. Sus miradas perdidas. Sus ojos empantanados. La policía ya había despejado la zona. Sólo quedaban la prensa y algunos políticos a quienes les gusta más salir en una foto que comer con los dedos. Un enjambre de cámaras rodeaba al alcalde y otro al presidente. Los dos permanecían impertérritos, como si fuese un duelo del Oeste. Al tiempo que respondían, en las escalinatas que daban al teatro, firmes, porfiados, manos al cinto tal que Kirk Douglas y Burt Lancaster, parecían andar calibrando cuál de los dos tenía más poder de convocatoria. Por lo que pude ver, ganaba el alcalde nueve a siete. Era una diferencia, no obstante, mudable porque uno de los periodistas penduleaba entre ambos. Indeciso. Vacilante. Inocentemente ambiguo. Abandonaba al alcalde y se iba por las declaraciones del otro y, entonces, igualaba la contienda. Detrás de ellos, en el portalón de madera tallada del Auditorio, distinguí la figura del inspector Álvarez. Con él sólo había dos reporteros jóvenes, inexpertos, que aún no sabían a quién tenían que acudir para obtener información de la buena. Me apiadé de ellos: si esperaban de Álvarez una noticia jugosa, iban aviados.

El inspector me dio la razón sin proponérselo. Nada más verme, los dejó con la palabra en la boca y el micro al aire para salir a mi encuentro. Me agarró por el brazo y me llevó adentro, al vestíbulo, buscando intimidad, menos mal que has

venido, Ricardo, esta gente no entiende lo que le digo, parece que hablo ruso, la leche que les dieron; les explico que no sabemos qué ha ocurrido y ellos, erre que erre, que estamos ocultando información a la ciudadanía, que atentamos contra uno de los más elementales pilares de la democracia, no sabes hasta dónde me tienen con esas pollabobadas liberales, ¿dime?, ¿tú también, carajo?, ¿no escuchas lo que te digo o qué?, nada de nada, ni una pista, sólo los datos más evidentes, déjame ver, ajá, mmmse llamaba Aaron Schulman —seguro que lo he escrito fatal—, mmmnacido en Nueva York, el menor de tres hermanos, mmmfamilia judía alemana exiliada durante el nazismo, mmmcuarentaisiete años, vivía para la música, solitario, algo bohemio, sin enemigos —eso no se lo cree ni su santa madre—, mmm aparentemente sano, ni rastro de problemas de salud, nadie se explica el desfallecimiento, mmm llegó esta tarde, mmm pidió una habitación con vistas a la playa, entre la de un tal Nakata y la chica esa, Juliette Legrand, mmm salió a dar un paseo, regresó para el concierto, tocó media hora, y sanse acabó, eso es todo; a Santa Ana, el forense, le ha costado un huevo y parte del otro que lo dejen verlo, los norteamericanos no quieren hacer nada hasta recibir órdenes de su país, pero en su país o es fiesta o es de noche o allí no trabaja ni Cristo porque aún no han logrado ponerse en contacto con ellos; al final, después de firmar más papeles que en su divorcio, palabras textuales de Santa Ana, no añadido ni una coma, le han permitido llevárselo al instituto anatómico sólo para mantenerlo en el depósito, de la autopsia nanai hasta que no llegue la orden, así están las cosas, ¿dime?, ¿que qué se supone que pintas tú aquí?, muy fácil, a ti te toca hacer el papel que mejor dominas: el de mosca cojonera.

Debí de habérmelo imaginado. Álvarez se había atascado. Tenía una mano atada a la espalda. Y con la otra no sabía qué hacer. Estaba entre la sartén y el fuego. La sartén de la diplomacia que habría que cuidar con tan respetables ciudadanos de un país amigo. Y el fuego de la cortesía hacia los colegas de una isla vecina, porque, a todas estas, la Filarmónica de Nueva York había decidido, pese a todo, actuar la noche siguiente en Tenerife en homenaje a su muerto, el espectáculo debe continuar, aunque modificando el repertorio, ni hablar de Bruckner, nada de mentar a la bicha. El inspector tendría que andar, a partir de esa noche, como si pisase huevos. Tendría que mirar dónde ponía los pies no fuera que debajo encontrara el callo de un cónsul picajoso o de un gobernador en víspera de elecciones o de un comisario jefe suspicaz. Ahí entraba yo, una especie de agente del efebeí en mangas de camisa y sin chicle. Iba a tener más cancha, más independencia, nadie recalaría en mi presencia y, si lo hacían, tendría salvoconducto, a mí que me registren, me contrató el Gobierno norteamericano, tengo permiso para investigar.

Mi primera misión iba a ser un viaje en jetfoil. Debería acompañar a la

orquesta a Tenerife. Mezclado con el personal, sonriente y, a ser posible, despierto. Me alojaría con ellos, ¿en el Mencey?, ah, ¿eso dependía de mí?, ¿no me lo iban a pagar?, ¿no estaba incluido en el sueldo?, ¿y cuánto dice que pagan?, pues me alojaría cerca de ellos, en uno de esos buenos hoteles, ma non troppo, que hay enfrente del Mencey. A lo que sí que estaría invitado era al concierto del Guimerá, no fuera que a otro músico le diera por morirse y la cagáramos del todo. El domingo regresaría en el mismo barco. Y, por la tarde, me reuniría con Álvarez y su amigo invisible en el consulado para darles el parte, ponerlos al día y hacer cuentas. Después ya se vería.

Luego de que me contara lo que había averiguado acerca de la llegada de los músicos, sólo tuve una pregunta para el inspector, una pregunta simple pero ineludible: ¿A qué tanto ruido? Hasta el momento, por lo que sabían, lo del tal Schulman podía haber sido un corte de digestión, una angina de pecho, el tabaco, una arritmia. Álvarez, antes de responder, echó un vistazo alrededor y se aseguró de que 26 nadie estaba al acecho, el forense dice que el juez de instrucción sólo le permitió acercarse durante un minuto, el tiempo justo para tomarle la temperatura, examinarle las pupilas y observar el color de la lengua, pero juraría —y no pensaba jugarse su cargo por un extranjero— que al tipo se lo cargaron; conozco a Santa Ana desde hace muchos años y tiene un sexto sentido para olerse estas cosas; si lo del judío no pasa de indigestión, no habremos perdido nada: yo conservaré mis buenas relaciones con el consulado y con mis colegas chicharreros y tú aprenderás algo de música clásica, que no sólo de jazz vive el hombre, ¿de acuerdo?, pues ahora vete a casa, acuéstate y descansa, mañana temprano mi amigo te mandará a alguien con los pasajes y algunas perras, adminístralas bien para que te duren.

Nos despedimos. Me entregó una acreditación del consulado norteamericano, en cuyo encabezamiento podía verse el escudo y la bandera de barras y estrellas. Era una fotocopia. Álvarez prometió que me enviaría un carné más decente en cuanto pudiera. Me deseó suerte. Y volvió con los periodistas, que ya tenían cara de frío, de hambre y, sobre todo, de haber perdido la esperanza. Mientras aguardaba un taxi libre —la parada estaba atestada de gente bullanguera que salía de unos cines cercanos— me dio por pensar en Álvarez. La vida de un policía era una vida perra. Ingrata. Ruin. Si a un detective privado la gente le tiene cierta ojeriza, a un poli se le niega el pan y la sal. No le arrendaba la ganancia, no. Mal queridos y peor pagados. Una vez se lo dije al inspector y me brindó una mueca de resignación, una mirada estoica de quien anda acostumbrado a bailar con la más fea, psé, Ricardillo, tampoco está tan mal, m'ijo, al menos tengo un trabajo, acuérdate del dicho, más cornadas da el hambre, qué demontres, y el hambre tiene oficio, no te creas, fíjate en el de Santa Ana, a ellos sí que nadie los quiere ver ni en pintura. No le faltaba razón al bueno de Álvarez. Tanto que, de

compadecerme de él, pasé a compadecerme del forense y, por lo tanto, a pensar en el muerto.

Santa Ana también era un funcionario. También estaba sujeto a procedimientos y órdenes superiores. Podía imaginármelo en esos instantes, en el instituto anatómico, con los brazos cruzados, impaciente, ceñudo, a la espera de que le dieran permiso para hacer su trabajo, vigilando el reloj cada cinco minutos, deseando meterle mano al cadáver de Aaron Schulman, mirándolo en su camilla, tal que un diabético, aguantando las golosas ganas de abrir la puerta de la nevera, de agarrar la serreta, de abrirlo en canal, de trepanarle el cráneo, de oliscarle las vísceras, de contrastar colores en la sangre del muerto. Andaría cabreado como un macho porque no podía hacer nada. Y no se iba a atrever. Ya se lo había dicho al inspector, no se la iba a jugar por un extranjero. Él no. Un funcionario del Gobierno, sección sanidad, subsección especialista en medicina forense no iba a mandar al garete su carrera por un músico norteamericano. Demasiados escrúpulos. Él no. Pero una mosca cojonera no tiene carrera que mandar al garete. Ni carrera ni escrúpulos.

Le di al taxista la dirección del depósito de cadáveres. El hombre me miró por el retrovisor y para mí que acarició el rosario de pipas de algarrobo que llevaba colgado del volante. Pero no dijo nada. Arrancó el coche y se hizo invisible en su asiento. Yo, en tanto, cerré los ojos y me perdí en un batiburrillo de planes y recuerdos. Esperaba encontrarme en el instituto a Santa Ana. Ojalá estuviese de guardia. Ojalá solo. Era evidente que yo no le iba a hacer la autopsia al músico —aún no sabía que era el concertino, nadie me lo había dicho, sólo que tocaba en la Filarmónica de Nueva York— pero sí que podría echarle un vistazo. Sólo necesitaba algún amigo dispuesto a hacer la vista gorda, a mirar a otro lado, a dejarse dormir, a bajarse a la máquina del café durante cinco minutos. Cinco minutos bastarían para lograr del muerto hasta el horóscopo. Así podría sacar mis conclusiones. La gente desconoce cuánto puede decirnos una cara y un cuerpo, aunque ya hayan dejado de reír, de sudar, de agitarse, de sufrir. La gente no lo sabe.

Cuando acude a un detective ya es tarde. Tal vez por eso a uno le queda siempre una sensación de impotencia en la boca. Ya no puede hacer nada por la víctima. ¿Qué esperan?, ¿el milagro de la resurrección? Los milagros son para los que creen de verdad. Los que no, tienen que conformarse con un poco de fe. Con la vana creencia en que, tarde o temprano, encontrará a los culpables. Muchas veces se trata de culpables, así, en plural. El que aprieta el gatillo es sólo el mensajero. Muchas veces, incluso el muerto tiene función en esa danza macabra que es el crimen. No. Eso no justifica que lo maten. Desde luego que no. Pero lo explica. Y ambas cosas caminan a la par —al menos, contribuyen a desenredar la madeja—

ante la ley. La ley. Otra que tal baila. La ley encuentra apaños hasta debajo de las piedras para que la explicación del crimen se convierta, por arte de birlibirloque, en su justificación. Enajenación mental transitoria. Presión psicológica. Influencia del alcohol. Arrebato pasional. Pero eso es la ley. La justicia es otra cosa. Cuando alguien acude a ti ya hay un muerto flotando por ahí. Por eso lo primero que haces es pedirle al cliente una fotografía de cuando estaba vivo. Eso pasa hasta en las novelas. Y el cliente se queda, a veces, mirándote como si hubieses perdido el juicio, ¿que quiere una foto del muerto?, coño, al muerto ya lo conocemos, ya sabemos quién es, lo que queremos saber es quién es el asesino, ¿o no? Y tú, que lees en los ojos del cliente como en un libro abierto, le respondes, sí pero no, y no es un acertijo, usted puede que lo conozca, sólo puede, yo no, y necesito hacerme una idea; porque, aunque usted no lo crea, el rostro de la víctima guarda mucha relación con el del criminal; el que le descerraja un tiro, el que empuja por un precipicio, el que ahoga con la almohada a otra persona queda ligado a ella para siempre, en realidad ya lo estaba desde antes de cometer el crimen, no, no le hablo del karma cósmico ni de la mística universal, eso se lo dejo a los videntes, no, se trata de otra cosa, le pondré un ejemplo: usted acaba de salir del trabajo y se dirige al garaje por su coche, de pronto, oye un grito, se sobresalta, siente miedo, se sobrepone al miedo, busca el origen del grito y se encuentra con un cadáver en el suelo, ¿de acuerdo?, pues continúe usted el cuento, necesito que me lo describa, sí, imagínese que es usted el detective, descríbame todo lo que ve, ajá..., bien..., eso es.

»Ahora vuelve a ser el cliente, y yo le pregunto por qué ha elegido a una joven, rubia, sensual, de labios carnosos, por qué ha decidido que tuviese los ojos abiertos y el vestido desgarrado, ¿qué pasa?, ¿no cree que una feúcha, gordita y morena merezca la atención de un criminal?, ¿y un hombre?, ¿por qué no eligió a un hombre?, no, usted no ha elegido a nadie, usted no cree eso de las feas, faltaría más, líbreme el cielo de pensarlo, usted no, pero su subconsciente sí, y su subconsciente tiene rostro, puede que mi tono de voz lo haya inducido a pensar en una mujer hermosa, puede que esté influido por lecturas de niño o por viejas películas, o puede que no, puede que en su pasado haya habido una mujer así a quien le tenga ganas; lo que sí le aseguro es que, si alguna vez usted decidiese matar a alguien..., ¿eh?, no crea, todos somos capaces, sólo hace falta estar desesperado, llegar a un punto límite, un punto al que aún no haya llegado y ojalá no llegue nunca, y cruzarlo, ¿o es que piensa que la gente nace criminal como nace chino, pecoso o lampiño?, no, hágame caso, si usted fuese a cometer un crimen, probablemente su víctima sería tal y como la ha descrito, ¿no ha leído sobre esos casos de asesinatos en serie?, ¿no se ha fijado en que las víctimas parecen cortadas por el mismo patrón?, eso es porque ese patrón ya estaba en el subconsciente del criminal, si somos capaces de descubrir lo que él veía en ellas, tendremos un

retrato robot del asesino, un retrato tan fiel y exacto que ni siquiera el que le hacen en comisaría los especialistas puede acercarse tanto a la verdad, por eso necesito la foto de la víctima, porque puede que nos guíe hasta el verdugo.

Llegué al instituto alrededor de las dos y media. Estaba cerrado. A través de la puerta de cristal pude ver al guarda de seguridad. Le hice señas. Y, cuando se acercó, pegué al cristal la acreditación, me manda el consulado, vengo a ver al doctor Santa Ana, está esperándome. El hombre me escrutó de arriba abajo. Miró el papel. Me hizo señas con la mano, espere, tengo que comprobarlo. Y volvió a su buró para llamar a alguien. Lo vi hablar por teléfono, asentir y colgar. Cuando me franqueó la puerta, hice un gesto de andar desarmado. El tipo me sonrió, aquí no cacheamos a las visitas, éste es el único sitio de Las Palmas adonde nadie vendría a matar a nadie, los que están ya están muertos; ahora siga este pasillo, tuerza a la derecha, baje una escalera y todo tieso hasta llegar a las neveras, allí lo esperan a usted.

Al llegar, siguiendo las indicaciones del guarda, me encontré con dos hombres sentados en un banco del pasillo. Uno era de la agencia consular norteamericana. No podía —ni falta que le hacía— disimularlo. No muy alto. Ancho de espaldas. Pelo cortado al uno. Rubianco. Pantalón oscuro. Camisa celeste. Sin corbata. Con una insignia militar dorada a la altura de la vacuna. Tenía una revista en las manos, una de esas pasadas de fecha que acaban por ajarse en la consulta de los médicos. El otro era el forense. Frisaría los sesenta. Usaba una vieja bata verdosa. Y gorra haciendo juego. Debajo de la gorra, una mata rebelde y apelmazada de pelo cano. Era bajo. Rechoncho. Barrigón. Y fumaba de un modo compulsivo y nervioso. Tuve que inventarme algo sobre la marcha. Mostré mi justificante y expuse la razón de mi presencia allí, aún no ha llegado el dictamen de la embajada, lo siento, pero me manda el mismísimo cónsul para hacer algunas verificaciones, quiere asegurarse de que todo está en orden, no vaya a ser que mañana hayan desaparecido documentos de identificación u objetos personales de la víctima y tengamos un lío de tres pares de cojones con la familia. Lo de los «tres pares de cojones» lo improvisé. Me sonó extraño incluso a mí. Sólo uso esas expresiones cuando ando muy cabreado. Y no era el caso. Pero creí que era una manera de ganarme al agente. Y, a tenor de los resultados, funcionó.

El ropero rubio cogió el comprobante. Lo leyó. Y me hizo una seña con la nariz indicando una puerta cerrada que estaba frente a nosotros. Cuando Santa Ana intentó seguirme adentro, lo interpeló una voz abisal con acento que me puso los pelos de punta, usted, no, amigo, sólo él. Dejé al forense protestando en la entrada y encendí la luz de la sala. No era de extrañar que a aquel lugar lo llamaran «la nevera». Hacía un frío de pelarse. Sentí cómo se me contraían los músculos de la espalda. Claro que también el ambiente hacía lo suyo. Era un

cuarto cuadrado de paredes blancas y techos altos. Una de las paredes estaba llena de estantes con frascos de cristal y aparatos quirúrgicos. Dentro de los recipientes nadaban repugnantes pedazos de cuerpo humano. Una mano, un brazo, una pierna cercenada debajo de la rodilla. Me pareció haber entrado a uno de esos laboratorios de las películas. No quise mirar más, no fuera que me topase con un feto. Eso sí que no hubiese podido soportarlo. Habría salido de allí echando leches. Y lo de «echar leches» ahora sí tendría sentido. Estaba cabreado. Conmigo. Maldije la hora en que se me ocurrió aceptar el caso.

En la pared contraria al museo de los horrores había un armario muy ancho con gavetas. Allí, pensé, meterían los cadáveres. No me podía creer que fuera a pasarme media hora abriendo ataúdes y destocando sábanas. Por suerte, había un cajón abierto. Y una camilla en medio de la sala. Un cuerpo yacía tendido con una fina sábana azul encima. En una silla, a un lado, descansaba un esmoquin, doblado cuidadosamente. Y apoyada en la silla, la caja de un violín. Tiende a creerse que un detective ha de estar curado de espanto ante la muerte. Que permanece entero e impasible ante la visión de un cadáver. Un detective no sé. Pero yo no. El mero hecho de contemplar los restos de quien, igual que uno, se levanta al alba para afeitarse, se ducha y marcha a su trabajo, de quien compra en el supermercado, de quien conduce un coche, de quien, alguna vez, seguro que ha 33 amado a alguien, y ha estado, pues, furioso, áspero, tierno, liberal, esquivo, alentado, mortal, difunto y vivo, carajo, sobre todo, vivo, a mí me mortifica. Se me encoge el estómago. Me rechina el cuerpo cuando tengo que enfrentarme a ese espectáculo. Me da igual no conocer al muerto. Me da igual que fuera un desalmado. Siento hacia él una inmensa simpatía, un intenso respeto. El cuarto de hora que pasé junto a Aaron Schulman fue decisivo en aquel caso. No tanto por lo que descubrí, sino por lo que me prometí —y prometí al cadáver del violinista— descubrir a partir de esa noche.

3

Interludio

El sábado amaneció grisáceo y triste. Una cerrada panza de burro pareció sumarse al desconsuelo por la muerte del músico. Me desperté temprano y agotado. Más que si hubiese pasado la noche en vela. Había tenido un sueño desagradable que no lograba recordar. Me ocurre siempre ante la inminencia de un viaje. Pero esa

vez el regusto antipático venía acrecentado por la experiencia de la sala mortuoria. Decidí espantar a los demonios con una ducha fría. Era un método infalible. Lo había aprendido del abuelo Colacho. Según el viejo calafate, el agua fría por la mañana es como una mujer celosa: no te deja pensar más que en ella. Y no pensar más que en el agua fría me impidió andar a vueltas con las pesadillas de la noche anterior. A medio conjuro me encontraba cuando sonó el timbre de la puerta. Apenas tuve tiempo de secarme la cara y ponerme el albornoz. No pude evitar dejar un reguero de agua jabonosa a lo largo del pasillo. Al abrir, me aguardaba la figura desgarrada e indolente de un muchacho, un pibe de una empresa de mensajería, con su uniforme azul petróleo y un casco de moto aún remachado en su cabeza, ¿vive aquí el profesor Blanco?

Imaginé que el tratamiento se lo darían a todo el mundo en Estados Unidos, un título equivalente al licenciado de los latinoamericanos o al doctor portugués, sí, yo soy Ricardo Blanco. El chico echó una mirada al batín, una prenda desteñida de rojo, gastada, pero muy cariñosa, y reparó en mis pies descalzos y chorreantes. Con ciertos recelos —a cualquiera le llaman profesor hoy en día— me entregó un sobre y un recibo para que se lo firmara. Me vio dudar, frotar las manos húmedas contra la tela cálida del batín. Se sacó un bolígrafo del bolsillo y me lo ofreció. Firmé procurando hacerle el menor destrozo al frágil papel de cebolla. Le devolví el resguardo y el bolígrafo. Con afabilidad. Sin propina. No por la mirada despechada del pibe, sino porque no tenía intención de jugarme un culazo corriendo por la casa en busca de la cartera. Abrí el sobre. Además del dinero y los pasajes, contenía el carné prometido con mi fotografía y mi nombre. Era una foto de hacía algunos años. Álvarez habría tenido que escarbar en los archivos de la Jefatura hasta encontrar una que les sirviera. Miré la fecha y la hora de los billetes. Consulté el reloj de la mesa del salón. Eran las nueve y cuarto. El jetfoil salía a las once y media. Tenía tiempo de acabar de ducharme con tranquilidad, preparar una bolsa de mano y tomar café antes de la salida del barco.

En la estación marítima ya estaban los músicos. Se distinguían a la legua. No tanto por las fundas de sus instrumentos cuanto por su vestimenta, bohemia y despreocupada: pantalón suelto, camisa hawaiana, alpargatas con calcetines, gafas rayban de sol con montura dorada. La muerte de Aaron Schulman los había dejado, eso sí, abatidos. Vagaban de un modo melancólico por la sala de espera. Oteaban el horizonte azul a través de las cristaleras. La mayoría en silencio. Sin embargo, algunos se apiñaban en grupos de cinco o seis. Los de origen hispano —los únicos que no necesitaban camisa floreada para saberse turistas— se convertían en guías: con un periódico en la mano, traducían las noticias de los diarios a sus compañeros.

Los periódicos hablaban de la misteriosa muerte de Schulman. Le dedicaban

tres páginas enteras. El asunto desbancó a un par de accidentes, un incendio y un robo con escalo hasta esquinas menos distinguidas de la sección de sucesos, junto a la cartelera de cine, y a la inacabable ristra de anuncios de contactos y de esquelas, polvo somos y al polvo volveremos. El silencio de la policía intensificó la niebla que ese tipo de noticias solía levantar. Algún artículo dejaba columbrar un clima hosco y fatídico entre los miembros de la Filarmónica, los músicos, ya se sabe, son unos divos, al menor éxito se endiosan, se disputan un solo de celo como arpías, con uñas, dientes y hasta el arco del instrumento si es preciso. Otro apuntaba a la ascendencia del violinista, con lo que está cayendo en Palestina, un judío se cotiza como media docena de árabes, un judío norteamericano alcanza la docena.

Me senté en la cafetería a compartir con la orquesta, en la distancia, las noticias más sabrosas. Durante dos cafés, solos y negros, me dio por pensar en la negra y sola suerte del inspector Álvarez, a quien podía ver, en su despacho de sargento Llagas, fumando como un descosido, atiborrándose a almax para aplacar la acidez, despotricando contra el mundo entero, mentándole los muertos, a pares, vuelta y vuelta, a periodistas y políticos. Cuando el estómago ya no le diera más, cuando se le acabaran los cigarros y la rabia no supiera por qué desagué correrle, Álvarez recurriría a la plegaria. No era un hombre religioso. Pero creía en un único Dios: el comisario Maigret. Hablaba de él (así, Maigret, como suena, con te final explosiva; no Megré, nombre de gato capado) como si lo conociera de toda la vida. Una tarde en que vigilábamos a un sospechoso —nos entretuvimos con asuntos literarios y a pique se nos escapa delante de nuestras narices—, le pregunté qué opinaba de Simenon, el coleccionista de amantes. Él arrugó el entrecejo, ¿Simenon?, ¿quién es ése?, ¿un personaje de Agatha Christie?, no jodas, Ricardo, no soporto a Agatha Christie, es más cursi que una pianola; Maigret, m'ijo, ése debe ser tu punto de referencia. No pude reprimir una sonrisa al pensar en la adoración casi infantil que sentía Álvarez por un personaje de ficción. Y qué demonios. Al menos leía. Es más de lo que puede decirse de la mayoría de la gente. De los policías. De los periodistas. Y de los políticos.

Llamaron al embarque. Una voz de metal difuminó los turbios pensamientos de los concertistas, que comenzaron a moverse como autómatas hacia la puerta. Pagué los cafés y me adentré en el hormiguero de músicos buscando la manera de situarme a sotavento. Perseguía mi primera baza y no quería equivocarme de instrumento. Los ochenta minutos que duraba el trayecto de Las Palmas a Santa Cruz podrían resultar interesantes. La elección, en principio, se redujo a los hispanos. Soy producto de una escuela predemocrática, my tailor is rich and my mother is in the kitchen, Martin is going to the laundry and Jillian are waiting for him y zarandajas de esas que sólo servían para hacer el ridículo en Londres o Manhattan, salvo que tuvieras sastre de verdad y el tal Martin y la tal

Jillian fueran vecinos tuyos y a alguien le interesara en serio adónde habían ido. El caso es que mi inglés —lo entendía mejor de lo que lo hablaba— era de andar por casa. Elegí a un tipo alto y desmañado al que había visto traducirle la prensa a dos o tres colegas. Lucía un bigote espeso, una pelambarrera azabache y vestía todo de negro. Llevaba el estuche, brillante como castaña nueva, de un instrumento fino y alargado. Más tarde supe que era un oboe. Debía de rondar la cincuentena, pero mantenía la mirada joven de unos ojos redondos de color caramelo. Aproveché un momento de confusión en el que la fila se desmadejó porque alguien ya se sentía mareado antes de subir al barco y me colé detrás del oboe. Lo seguí hasta su asiento. Y antes de que pudiera decirme el lugar está ocupado o viajo con un amigo, me senté a su lado. El moreno me ojeó, me dio los buenos días en un español levemente mestizo y lo dejó estar así.

Me preguntaba por dónde iba a atacarlo, qué le iba a decir sin que sonara hueco. Pero no me hizo falta malgastar un triunfo. Mientras subía el pasaje, un golpe de mar hizo tambalear el jetfoil y mi hombre dio un respingo en su asiento. Su recelo me dio oportunidad de ser amable, no se apure, compadre, hasta que salgamos a mar abierto esto se va a mover como una patera, pero luego se calma. El hombre sonrió con la boca pequeña.

—Pasa que no estoy acostumbrado a navegar. En los aviones viajo como si nada, pero los barcos no se me dan bien.

—Entonces no hay problema. Esto es más un avión que un barco.

—¿?

—Sí. Cuando coge velocidad se levanta unos centímetros y apenas roza el mar. Pero es seguro.

—Me voy a fiar de usted. Mi nombre es David Ruiz, pero todos me llaman Indio.

—Encantado. Soy Ricardo Blanco. No sabía que iba a viajar con la Filarmónica de Nueva York. Cuando lo cuente en casa no me van a creer.

—¿Quiere un autógrafo?

—¿Me lo daría?

—Cómo no. Con mucho gusto. ¿Tiene algo dónde escribir?

—¿Serviría el resguardo del billete?

—Si a usted no le importa, a mí tampoco.

David Indio Ruiz era un barranquillano que llevaba la música en la sangre. Su padre era percusionista en un conjunto de salsa que, en el otoño del

cincuentaisiete, viajó a Estados Unidos para una gira de dos semanas y se quedó toda la vida. Al parecer era tan bueno que el Gobierno norteamericano —en verdad, quien obró el prodigio fue el dueño mafioso de un nightclub, que se enamoró de su manera de tocar y removi6 Roma con Santiago hasta arreglarle los papeles— le dio asilo político. Regía el destino de Colombia el dictador Gustavo Rojas Pinilla, un ser despreciable que acababa de inventarse unas elecciones que no podía perder, hechas a su medida. Miguel Agustín Ruiz comprendió entonces que la suerte sólo toca una vez en la puerta y aceptó el amparo, primero, y la nacionalidad después. Mandó a buscar a su mujer y a sus dos hijos pequeños, Héctor y David, y se instaló en la costa Este. El Indio apenas tenía cinco años cuando abandonó Barranquilla para no volver y se trajo con él el difuso recuerdo de una ciudad feliz y jaranera a un tiro de piedra del Magdalena. Pero ni su acento oriundo ni su constitución holgazana y cobriza lograban esconder su procedencia. No podía ser otra cosa que músico, sobre todo después de que su hermano Héctor se decidiera por el negocio cafetero. Hubiera sido una trastada bárbara para su viejo. De todas maneras, le pareció que la percusión armaba mucho ruido. Así que escogió el saxo tenor.

Pronto le cogió el tranquilo. Y durante algunos años tocó con la orquesta de su padre en el club. Sin embargo —es sabida la manía de los padres de que sus hijos sean mejores, más ricos y más felices que ellos—, Miguel Agustín Ruiz se empeñó en que David estudiase en el conservatorio y que se hiciese profesional. Él era joven. Le gustaba vivir. Las muchachas. La música latina. Y sobre todo el jazz. Pensó a veces en fugarse de casa y buscar refugio en la otra esquina del país donde nadie lo conociera, donde pudiera tocar a gusto. Pero jamás se atrevió. Además, nadie sabía lo latoso que se podía poner su padre cuando se le metía una cosa entre ceja y ceja. Al final se salió con la suya. Y David Indio Ruiz acabó —acaso con el respaldo desinteresado del célebre mafioso— de segundo oboe, lo más parecido al saxo que encontró, en la Filarmónica de Nueva York.

La fortuna parecía sonreírme. Me había preparado, por el camino, una lista interminable de argucias para entablar conversación. Pensaba probar con el clima, con la política, con el deporte, con la gastronomía —recientemente había leído los problemas de salud que estaba acarreándoles la comida basura a los estadounidenses—, asuntos todos en los que un norteamericano y un español se parecían tanto como un huevo a una castaña. Y me topé con un colombiano de acento dulzón y apasionado del jazz. Era como viajar con un espejo. No obstante, evité la euforia. Me había crecido la concha, me había mamado demasiadas noches de guardia en coches y zaguanes y hoteles y burdeles, para no conocer los peligros de la efervescencia desmedida. No quería —ni debía— congeniar demasiado con alguien que, al fin y al cabo, podía ser un asesino, el asesino de Aaron Schulman:

por un lado, corría el riesgo de perder la objetividad, algo desastroso en mi negocio; por otro, podría despertar sospechas en el oboe, máxime después de mi entrada en escena en el barco. De modo que decidí morderme la lengua, hacerme el sueco en asuntos jazzísticos y retomar el tema de las diferencias entre la cocina norteamericana y la española.

El barranquillano abrió sus ojos redondos, ¿la cocina norteamericana?, ¿de qué rayos me habla?, no existe tal cosa, al menos no en Estados Unidos; cada pueblo que ha llegado allí se ha traído consigo su propio mantel: los chicanos, los japoneses, los italianos, los irlandeses, los judíos, los árabes, los chinos; en su casa, todos homenajean a sus antepasados, muchos abren un pequeño negocio de comidas y sobreviven, y unos pocos se hacen ricos con restaurantes sofisticados donde te sirven una migaja de hígado y te cobran la vaca entera; se lo aseguro, amigo, no sé la idea que usted tendrá de Norteamérica pero, si le gusta comer bien, quédese en España: un pedazo de carne machacada, dos rebanadas de pan, una loncha de tomate, dos hojas de lechuga y tres salsas de distintos colores no hacen gastronomía; de cualquier modo, si algún día visita New York, venga a verme y le enseñaré lo que es comer.

Le agradecí el ofrecimiento. Sonaba franco. En aquel momento me hice la ilusión de estar hablando con un amigo de siempre que me invitaba a su casa a pasar el verano. Vi una rendija abierta en lo de las distintas cocinas que conviven en Estados Unidos y fingí interesarme por las muchas nacionalidades que cohabitaban en la Filarmónica, ¿verdad?, he podido observar rasgos latinos, orientales, nórdicos, y luego está ese pobre hombre del que hablan los periódicos, el tal Schulman, que dicen que era judío, ha debido de ser una tragedia para todos ustedes, ¿no es eso?, quiero decir que resulta espantoso ver morir a un amigo. El Indio Ruiz se ajustó la chaqueta como decidiendo la conveniencia de su respuesta. Respiró profundamente. Se mordió el labio inferior. Se atusó el mostacho. Tuve tiempo de pensar si no habría echado a perder la oportunidad de seguir conversando con él. Si no habría ido demasiado lejos, demasiado rápido. Si mi voz no me habría delatado y no habría resultado tan inocente como pretendía. Si el barranquillano no estaría a un paso de mandarme a la gran puñeta. Inicié una disculpa, lo siento, soy un entrometido, no tengo ningún derecho a...

Él me hizo un gesto con sus manos nervudas y sus dedos largos y revoltosos, está bien, está bien, no se haga problema, Roberto, ¿eh?, perdón, Ricardo, estaba pensando en Aaron, en eso de que todos lamentamos su muerte, todos es mucho decir, no vaya a creer lo que no es, okey?, no quiero dar a entender que alguien se haya alegrado, no, de un crimen nadie puede alegrarse, pero una orquesta tan numerosa tiene muchos entresijos, ¿me comprende?, es difícil de llevar, una orquesta como la nuestra no es una familia, no es como una jazzband

donde vivimos el ritmo de otra forma, donde tocamos unos tan cerca de los otros que es imposible no agarrarse cariño, ahí andamos en manada y nos reconocemos por el olor como los pumas, sin embargo en una Filarmónica cada uno es cada uno, sí, claro, puedes tener un círculo en el que moverte a gusto, incluso algún amigo de verdad, pero cuando acaba la fiesta cada quien tira para su pueblo, para su departamento, para su vida y hasta el próximo ensayo, eso es lo que más extraño de mi época del jazz, ¿dígame?

»Sí que lo conocía, ¿a fondo?, a fondo no creo que se conozca a nadie, pero tenía roce con él, ¿me entiende?, Aaron era un tipo curioso, iba a su aire, le gustaba mantener su distancia, ¿vio lo que dije de los pumas?, pues Aaron era un puma solitario, cuando otro se le acercaba demasiado, levantaba una pata y meaba en un árbol, para marcar su territorio, ja, ja, y te decía, alto ahí, amigo, estás a punto de cruzar la línea, y uno tenía que darse la vuelta y volver por donde había llegado, ¿antipático?, no crea, era bastante apuesto y usted debe de saber que, en el mundo en el que nos movemos, la apostura te abre más de una puerta; caía bien, sobre todo a las mujeres, pero ahora no me vaya diciendo por ahí que yo he llamado mujeriego a un muerto, Schulman era algo donjuán, sí, pero, hasta donde yo sé, era legal, y eso es muy importante en la sociedad norteamericana, hay que andarse con tiento porque por menos de nada te imputan un delito de acoso sexual y te encuentras con quinientos picapleitos pegados a tu culo, no, señor, con eso no se bromea.

»Y, bueno, no era el único judío, hay un par de ellos más, creo que Allen, mi tocayo y Nehemiah Williams también son judíos pero no iban de gueto ni nada por el estilo, es más, para mí que no congeniaban demasiado con Aaron porque eran ortodoxos, mucho más radicales, alguna vez los vi discutir por causa de la cuestión palestina, Schulman decía que había que dejar respirar a los árabes, que para Israel no era nada buena esa política de tanques contra piedras, que alguna vez les iba a pasar factura, David y Nehemiah le replicaban que ya estaba bien de huir de todas partes, que aquél era su sitio, su tierra prometida; estoy seguro de que, en privado, le habrían dicho cosas más duras, pero en la orquesta hay también un palestino al que todos respetan, Al Jaber, nada menos que el pianista, y no querrían crearse enemigos de un modo gratuito.

El Indio Ruiz detuvo su relato en el momento en el que el jetfoil inició la maniobra de entrar en el puerto de Santa Cruz. Me dedicó una mirada aviesa, llevo hablando una hora y aún no sé a qué se dedica usted, ¿no será periodista, verdad?, a ver si se ha colado en el barco para sonsacarnos información, menuda gamberrada. Y yo, ambiguo, ¿tengo aspecto de periodista?, no, trabajo para el consulado de su país, soy una especie de relaciones públicas, mire, aquí tiene mi identificación, ¿lo ve?, después de lo ocurrido con su compañero, sus compatriotas

creyeron conveniente enviarme por si podían necesitar alguna cosa, me alojaré en su hotel, estaré cerca, precisamente para evitar que la prensa les dé la lata.

No encontré otra salida. Antes de terminar de dar esa excusa tan burda, comprendí que me iba a costar dinero. Después de aquello, si quería defender mi coartada, no me iba a quedar más remedio que instalarme en el Mencey, con los músicos. Tomé un taxi en el puerto y recé para que hubiese habitación libre. Pero nadie hizo caso a mis plegarias. No había ni una cama en el pasillo. El recepcionista, un muchacho larguirucho y repeinado al que una pátina de maquillaje no lograba ocultarle el acné, mantuvo el tipo con diplomacia y sincero pesar para decirme que lo sentía muchísimo pero que no, que entre los miembros de la orquesta, los clientes asiduos y los ocasionales que venían al Festival de Música, no les quedaba ninguna habitación. Y hasta ahí todo correcto. Lo entendía. Era lógico. Cómo no. Cogería la puerta. Cruzaría la calle. Y buscaría alojamiento en alguno de los hoteles que había por la zona. Pero el chico la tuvo que jeringar. Si lo hubiese dejado ahí nada habría ocurrido. Él hubiese seguido con su trabajo. Yo me hubiese marchado. Y aquí paz y en el cielo gloria. Pero se quiso hacer el ocurrente delante de dos compañeras de recepción y, con una mueca sardónica, ignoro si intencionada, apuntilló su disculpa con un casi imperceptible, «a quién se le ocurre venir aquí sin reserva, ni que esto fuera una pensión».

Volví sobre mis pasos. Desplegué la mayor de mis sonrisas, la de los domingos y fiestas de guardar, y de nuevo le repetí, pero delectándole el recado, que lo entendía perfectamente, que había sido una torpeza por mi parte no haber previsto la muerte de Aaron Schulman, qué iluso, ¿verdad?, la cantidad de violinistas norteamericanos que se desploman en medio de una actuación, ocurre todos los años en el festival, es casi una tradición, está el consabido estreno de Falcón Sanabria, la Sinfónica de Tenerife, un cuarteto de cámara exótico, las hermanas pianistas comosellamen y el violinista muerto, la verdad es que ni yo ni el consulado norteamericano para el que trabajo tenemos perdón de Dios, cómo no se nos ocurrió llamar hace seis meses para reservar un cuarto esta noche.

Aquel despliegue de sarcasmo surgió un efecto imprevisto. Yo estaba tan arrebatado, tan absorto en mi perorata, tan metido en mi papel que no llegué a ver al hombre que salió al vestíbulo desde una de las puertas laterales y que resultó ser el director del hotel. Con una discreción germánica —lucía una poblada melena rubia y un acento bávaro bárbaro— esperó a que acabara mi discurso. Salió de la garita. Se presentó, mi nombre es Lothar Herman. Me invitó a acompañarlo a su despacho. Me ofreció asiento. Y me preguntó si podía ayudarme. Diez minutos después, como por ensalmo, yo tenía una hermosa habitación con vistas al jardín y la piscina, una cesta de frutas frescas y una nota de disculpa encima de la mesa. El muchacho tenía las orejas coloradas de la reprimenda. El director, un admirador

incondicional. Y el hotel Mencey, un cliente para los restos.

Una vez me hube instalado, bajé al bar del vestíbulo a tomar una caña y probar fortuna. Salí del ascensor en el instante en que el tropel de músicos tomaba posesión de la conserjería. A los tres recepcionistas les faltaban manos para entregar llavines y recoger documentos de identificación. No daban abasto y tenía una cola inmensa de niños grandes con sus juguetes sonoros. Distinguí a mi amigo David Ruiz bromeando con otras dos colegas, una rubia esquelética y una morena de mirada triste. La rubia agigantaba su aspecto de tísica con un traje de gasa negro hasta los tobillos. La otra llevaba los brazos cruzados en un gesto defensivo, como si quisiera protegerse del mundo. Nada más verme, David me hizo una seña para que me acercara, venga acá, compañero, que quiero presentarle a mis colegas, I want you to meet a man, our bodyguard, sí, y ellas son Bella Larson, de Trondheim, Noruega, toca el violín como los mismos ángeles, y Juliette Legrand, nuestra viola preferida, de París de la Francia. David Ruiz llevaría toda su vida viviendo en Estados Unidos pero chapurreaba un inglés rotundo y diáfano que incluso yo era capaz de comprender. Intenté desmentir su error como pude, I'm not a bodyguard, I'm working for USA Consulate, just a friend, y estreché las manos frías y delicadas de las dos concertistas con un cuidado extremo, casi con temor a quebrárselas.

La ventaja de conversar con extranjeros en un idioma ajeno es que nos reconocemos en seguida. Cada uno aporta sus propias pinceladas, una modulación distinta, una cadencia peculiar, pero al final nos entendemos todos. La noruega y la francesa respondieron en inglés a mi saludo de un modo muy amable, aunque sin poder ocultar las suspicacias que la presentación del Indio había levantado. Estaban sobrecogidas. La muerte de Schulman, poor guy, había sido terrible. Inesperada. Ésa era la palabra: totalmente unexpected. El disgusto les iba a durar mucho tiempo. No podían hablar de ello sin azorarse. Sin que les sobreviniera la angustia. Sin que se les saltaran las lágrimas. No quise ahondar en su desconcierto. Todavía no. Les dije que iba a tomar un aperitivo en la terraza y que, si querían acompañarme, estaría encantado, a very pleasure, en invitarlos a los tres. Me despedí de ellos con la convicción de que me aguardaba una tarde solitaria y estéril. Pero, por fortuna, me equivoqué.

Llevaba alrededor de media hora sentado en la terraza —en puridad, era un porche, un salón cerrado con altos techos y amplias cristaleras— leyendo el ejemplar de un periódico local. También hablaba del suceso de la noche anterior. También aventuraba —la ignorancia es tan atrevida...— algunas hipótesis sobre el crimen. También se condolía de la pérdida de un gran violinista. Sólo que no acertaba a escribir correctamente su nombre. Entonces, apareció un pequeño grupo de músicos. Tomaron asiento a una mesa, en la otra esquina. Pidieron varias copas

(whisky, vodka, ron) y, ante el estupor de la camarera, sacaron una baraja de póquer y una caja de fichas de varios colores. Uno de ellos ejerció de cajero. Formó varios montones con las fichas. Y las fue canjeando a sus amigos por dólares estadounidenses. Billetes grandes. En cinco minutos tenían montada una buena timba y se habían olvidado del resto del mundo. He de reconocer que me costó un Perú no tirarme a su mesa para pedirles que me dejaran intervenir en la partida.

En esas estaba cuando sentí una voz, casi un susurro, que me saludaba, *hy, mister Blanco, may I seat down with you?* Era Juliette Legrand, la viola francesa de mirada de lluvia. Me excedí en un *of course*, que sonó estridente, efusivo en exceso, casi histriónico. Para encubrir el gallo de mi garganta, me levanté con presteza y rodé uno de los sillones de caña hasta dejarlo a su lado. Ella me dio las gracias con un sutil *thanks* que me sonó más a *merci* que nunca. Y más que sentarse se perdió en el sillón. Se hundió entre sus mullidos cojines. No puedo asegurarlo pero para mí que hasta las piernas le quedaban colgando. Desde ese instante me inspiró una ternura infinita que ya no pude nunca sacudirme. Me quedé escarbando en algún lugar del pasado por ver si averiguaba a quién se parecía Juliette ese mediodía de enero. Fue inútil. Opté por llamar a la camarera. Le pregunté a la viola si quería un refresco o un café. Ella pidió infusión, ¿camomila tendrán? Y la camarera, algo confusa, tendré que preguntar. Y yo, con gran cautela para no volver a herir susceptibilidades, creo que una manzanilla servirá. Y la camarera, feliz y resuelta, eso sí que tenemos, y ¿usted, qué va a tomar? Y yo, dudando, tráigame, por favor, una tónica, ¿está fría?, pues sin hielo y con limón. Cuando la muchacha nos abandonó, la Legrand y yo nos miramos con cara de ahora qué. Y pasó una bandada de ángeles antes de que me atreviera a romper el silencio para preguntarle cuánto tiempo llevaba en la Filarmónica de Nueva York.

Fue así que descubrí lo de la repentina enfermedad de Rebecca Adams y cómo llamaron de urgencia a Juliette para sustituirla. Ella estaba tocando en Canadá con su cuarteto de cámara. Tuvo que regresar en mitad de una noche de tormenta jugándose la vida. Los otros tres la despidieron en el aeropuerto de Quebec. Llovía. Pudo vislumbrar sus rostros tras los cristales de la sala de espera. Marc, André, Anne Sophie. Sus mejores amigos. Llevaban una mezcla de alegría y tristeza, de orgullo y sana envidia. Muchas veces los cuatro habían hablado de ello. Y las cosas habían quedado muy claras. Cuando llegase la hora, no habría dudas. Ni reproches. Todos estaban en el mismo negocio. No podían desoír la llamada de una orquesta grande. Menos aún, la de la N.Y. Ph. Una oportunidad así no se vuelve a presentar.

De modo que llevaba tres semanas tan sólo con la orquesta neoyorquina. Y se sentía un poco culpable, un poco gafe, después de lo ocurrido. Primero Rebecca

enferma para que ella pueda tener su oportunidad. Y luego Aaron Schulman va y se muere. Ya empezaba a creerse una maldición, recadera del diablo. Los demás la veían como una advenediza. Nadie entendía por qué tuvieron que mandarla a buscar habiendo tres o cuatro buenas violas reservas en la orquesta. Schulman había sido el único que se había interesado por ella en todo ese tiempo. El único que la miraba como una mujer y no como una consecuencia funesta. Rememoré la charla con David Ruiz en el barco. No sabía si el judío era un mujeriego, pero no cabía duda de que tenía buen gusto para las mujeres. Llegaron las bebidas. Y Juliette acercó su taza a los labios para enfriar la manzanilla. Y entonces caí. Ya sabía a quién me recordaba. Tenía la misma luz, la misma elegancia, la misma dulce naturalidad de Audrey Hepburn en Encuentro en París detrás de la remington o la hammond o lo que fuera aquella máquina de escribir gris y teclosa. Y a mí me habría encantado ser William Holden delante de la remington o la hammond o lo que fuera aquella máquina de escribir teclosa y gris. William Holden, quien, por aquellos tiempos, debía de tener mi edad, mucha menos vergüenza e infinitamente mayor resistencia al alcohol.

Me dio la sensación de que Juliette andaba perdida. Tras la muerte de Schulman había quedado huérfana en la orquesta. Nadie parecía reparar en ella. A pesar de ser nueva. A pesar de ser la viola solista de la gira. A pesar de su tendencia a Audrey Hepburn con ojos tristes, sad eyes hasta la eternidad. Señalé con disimulo a los jugadores de la última mesa, ¿y qué hay de éstos?, ¿sólo juegan al póquer? Y la Legrand arrugó la nariz, no los conozco mucho, parecen simpáticos, siempre están de broma y, sí, juegan al póquer en cualquier parte, en el avión, en la habitación, en la terraza del hotel, y pierden bastante dinero, bueno, pierden y ganan porque yo no he jugado jamás al póquer pero imagino que, como en todo juego, alguien tendrá que ganar, ¿verdad?, juegan pero no hacen daño a nadie; dos de ellos, los afroamericanos, son hermanos, Orson y Peter, sobrinos de la cantante Sarah Vaughan, eso dicen, pero no sé si me estarían tomando el pelo, a lo mejor era cierto, may be, sólo may be, uno de ellos es algo más serio, creo que Peter, tiene una manera de mirarte un poco violenta, ¿me entiende?, como si no creyera en ti, como si desconfiara de tus motivos, pero tampoco lo conozco tanto; ¿los otros dos?, los otros dos siempre van juntos a todos lados, como Laurel y Hardy, se parecen, ¿verdad?, el gordo es sudamericano, Teobaldo... no recuerdo el apellido, el flaco es ruso, Mijail... lo recuerdo pero no sabría pronunciarlo, son percusionistas, both of them?, sí, los dos, van a su aire, ya sabe, toda la vida es ritmo, caminan, comen, se ríen y hasta juegan igual que actúan, como si hicieran sonar los timbales.

Se hizo en seguida la hora de almorzar. Lo supimos en cuanto las puertas de la terraza se abrieron y el vestíbulo comenzó a despachar un reguero de músicos.

Dos o tres se acercaron. Ni siquiera nos vieron. Pasaron de largo junto a nuestra mesa y se dirigieron a la de los jugadores. Juliette engrifó el ceño como diciendo ¿lo ve?, ya se lo dije, acabo de pasar de mujer maldita a mujer invisible, de Guatemala a Guatepeor. Aunque ella utilizó una expresión muy francesa, que me tradujo luego con un mohín de amargura: c'est troquer son cheval borque contre aveugle. Como cambiar un caballo tuerto por uno ciego. Me hubiese gustado achucharla, remarla entre mis brazos, despeinarle el flequillo. Me limité a tentarla con un paseo por Santa Cruz y un almuerzo distinto en una tasca, medias raciones bien servidas, jamón, queso, costillas con papas y tres cuartos de tinto de la casa, no está lejos, estaremos de vuelta antes de las seis, ¿seguro?, juradito por lo que más quiera, Juliette Hepburn, Audrey Legrand, podrá usted descansar un par de horas antes de la actuación.

4

Juliette Legrand

Había salido el sol. Un sol de invierno picón y engañoso. Cruzamos el parque. Torcimos a la derecha. Dejamos atrás un cuartel militar que a la Legrand, por cómo miraba al retén de guardia, pareció amedrentarla. A la izquierda, en una de las calles que iban a desembocar al paseo marítimo, encontramos un restaurante pequeño y acogedor, El Paraninfo. Yo había estado allí en alguna ocasión. Durante un viaje de empresa. Antes de establecerme por cuenta propia. Antes de la agencia. Porque a mí los trabajos me duraron siempre poco. Cuando no eran los jefes, era el horario. Cuando no los compañeros, la paga. El caso es que no calentaba asiento en ninguna parte. Entonces un amigo, en mitad de una de las más señoras tajadas de mi vida, me invitó a sentar cabeza y a montar un negocio que me durara, al menos, dos declaraciones de la renta seguidas. Para él ésa era la medida de la seriedad. Si llegabas al segundo año, hombre teníamos. Bajo los efluvios del whisky, entre la bruma de la borrachera, le desplegué sobre la mesa la proposición más disparatada que me vino a la cabeza. Detective privado. Casi nada. Pero ni hablar de armas. Agudeza. Paciencia. Y maña. Le agregué un toque de distinción, una dificultad añadida con el objeto de desanimarlo. Él tendría que poner el dinero, que tenía, y de sobra. Yo la licencia, que habría de sacarme en el verano, y mi tiempo libre.

Me salió el tiro por la culata. Su tajada debía de ser mayor que la mía porque

aceptó el envite sin pestañear, de acuerdo, trato hecho, ja, te tengo agarrado por los huevos, vas a ser mi socio. Así nació la Agencia de Detectives Blanco & Moyano. Miguel Moyano, mi amigo, no ha pisado la oficina más de tres veces. Me dejó a una de sus secretarias, Inés, para que me echara una mano. De vez en cuando me pide cuentas. Está de más decir que jamás se las doy. Después de pagar los gastos fijos, el alquiler, la luz, el agua y mi sueldo —el de Inés corre por cuenta de Moyano—, las arañas se hacen dueñas de la caja fuerte. Las pocas veces en que no está vacía, invito a Miguel y a su mujer, Concha, a una buena cena. Ellos me hacen el mismo reproche, en menuda mierda de negocio invertimos, Ricardo, sólo nos da para una mariscada de higos a brevas, m'ijo, a ver si espabilas. Y yo les replico, no sé de qué se quejan, la langosta es magnífica, la compañía mejor y, al menos, los he librado del café de Inés.

Encontré El Paraninfo tal y como lo recordaba. Era un localito sencillo. Ataviado en madera oscurecida. Las paredes repletas de fotografías del dueño con personajes famosos, políticos, actores, cupletistas, gente de mal vivir y peor beber, algún poeta dispuesto a perder un pedazo de dignidad a cambio de una comida caliente. Había también un pequeño salón comedor. Siete mesas mal contadas. Tuvimos que esperar un cuarto de hora hasta que se librara una. Y luego dimos cuenta de una bandeja híbrida de embutidos y quesos y de un plato de ropa vieja de paloma exquisita. Ya no hacían las costillas. Habían cambiado al cocinero y el nuevo, por más que se esmeraba, no le cogía el punto de sal. Al final, después de más de una reclamación, decidieron reinventar el menú. Juliette se explotaba de la risa oyendo al camarero relatar la novedad. El hombre sólo hablaba castellano. Pero, una vez que se enteró de que mi acompañante era francesa, todo se le dio en explicarle con muecas y gañidos la diferencia entre las costillas de cerdo y el estofado de paloma. Un espectáculo que bien valió el almuerzo. Una vez solos ante la comida, la Legrand aprovechó para sacarme de un error que todo el mundo se había empeñado en asumir desde que había llegado.

No era francesa de París. Ni de París ni de ninguna otra parte de Francia. Sus padres sí. Y su hermano mayor también. Pero ella había nacido en Canadá. Para ser más precisos, en Trois Rivières, una ciudad ni grande ni pequeña, ni bonita ni no, entre Montreal y Quebec. Su padre, Marcel Legrand, un abogado de prestigio, fue enviado allí por su bufete para resolver un caso complicado, algo sobre una demanda de indemnización a una empresa maderera. Una demanda millonaria. Legrand lo solventó de un modo tan impecable que la empresa le propuso que se uniera a ellos. Necesitaban a alguien de sus conocimientos. La oferta fue casi tan desorbitada como la demanda. De modo que se quedó allí. En Francia no hubiera tenido tanto futuro. Un año después nació Juliette. Así que Francia sólo la conocía por referencias y por las dos semanas que pasaba, todos los

veranos, en casa de sus abuelos.

Lo mejor de Trois Rivières era el conservatorio de música. Ella pasaba cada día por delante del edificio de ladrillo rojo. Dos veces. Para ir y para venir de la escuela. Y veía a los muchachos y a las muchachas, en los jardines del conservatorio, con sus partituras bajo el brazo, ensayando felices, mimando sus instrumentos, a la hora del recreo, a la del almuerzo, en otoño y en primavera, sobre todo en primavera, cuando los árboles se visten de colores. Yo no sabía lo buena diseñadora que era la primavera. Claro. Lástima que en Canarias no haya cuatro estaciones. Four seasons. ¿Verdad? Hasta el nombre es poético y musical. Si yo hubiera visto lo que es capaz de hacer la primavera también habría sentido lo mismo que ella. Porque Juliette decidió desde niña que quería ser una de aquellas chicas de falda plisada y blusa corta. No tenía antecedentes en la familia. Antecedentes musicales quería decir. Que su madre sí que llevaba las faldas plisadas y las blusas cortas. Había fotos de su madre en casa vestida así. Lo que no había eran discos. No ya de música clásica. De ningún tipo. A sus padres no les gustaba la música. Papá vivía entre libros de Derecho. Mamá, pegada al televisor. Y Jean Pierre, su hermano mayor, tenía las orejas de madera.

Sin embargo, ella soñaba con sentarse en los bancos del jardín del conservatorio a tocar lo que fuera. Se decidió por la viola. Sin motivo. Se decidió por la viola como habría podido hacerlo por la guitarra o el flautín. No. Mentía. A mí me lo podía decir. Le inspiraba confianza. Tenía pinta de buen tipo. La verdad es que se decidió por la viola porque era la clase de François Michelot, un profesor guapísimo que vestía siempre con chalecos de lana, incluso en primavera. No sabría decir si se enamoró de Michelot o de sus chalecos atemporales. El caso es que lo vio la mañana en que se fue a matricular. Le preguntó a la mujer que atendía en el mostrador de la secretaría, ¿ése quién es? Y la mujer, mirándola por encima de sus gafas, ¿ése?, ése es François Michelot, el profesor de viola. Y la Legrand rellenó la casilla que le faltaba. Escribió con bolígrafo azul. Con letra mayúscula. «Viola.» Así. Escrito igual que en español y en inglés aunque seguro que pronunciado infinitamente más lindo. Juliette Legrand se propuso, a partir de aquel día, ser la mejor de las alumnas del maestro Michelot. Y a fe que lo consiguió.

No parecía una muchacha propensa a pasiones arrebatadas. ¿Me estaría equivocando con ella? Por lo pronto sucumbió al placer sibarita del Viña Berceo y el pata negra. Y, cuando empezaba a curarme de espanto, la canadiense agravó mi dolencia partiendo un pedazo de pan y empapándolo en la salsa de la ropa vieja. Y el gesto de deleite que hizo a continuación, el leve gemido que se le escuchó cuando cató el manjar, estuvo a un paso de rematarme del todo. Echó por tierra el mito de Audrey Hepburn. Juliette se transfiguró, no sé si para mi asombro o mi

regocijo, en una aleación de Ava Gardner con Rita Hayworth. Sin duda me había equivocado con ella. Apuró su segunda copa de rioja y continuó su historia con el maestro de viola. ¿Había más? Desde luego que había más. ¿Qué creía? ¿Que la muchacha había nacido ayer? Tenía veintisiete años. Era Virgo. Sólo de horóscopo. Vivía sola desde los veintiuno. Los dos primeros años su padre la ayudó con una paga mensual. Pero al tercero, encontró trabajo en el Hôtel du Roi, uno de los más elegantes de Trois Rivières. Actuaba en el salón dorado, de jueves a domingo, con un compañero del conservatorio. Ella tocaba la viola y él el piano. Un maridaje extraño.

Adaptaron un pequeño pero variado repertorio a los gustos de la clientela. Viejos musicales norteamericanos. Los Beatles. Canciones populares canadienses. Alguna pieza clásica sin más engorro que el de una buena afinación. Pagaban bien. La Legrand y el pianista decidieron mantener la pareja también en su vida privada. Y se fueron a vivir juntos. En un ático. Pequeño. A dos manzanas del edificio de ladrillo rojo. Compartieron el alquiler. Los estudios. El trabajo. Y seguro que alguna cosa más también. Pero ni ella estaba dispuesta a revelarlo ni yo a ahondar en un asunto que me alejaba de mi investigación. Después de aquella aventura, a él le hicieron una oferta mejor en algo que tenía que ver, por lo que le entendí a Juliette, con la televisión. Un programa en directo con orquesta o algo por el estilo. Y ella sobrevivió unos meses gracias a clases particulares que daba a niños. Hasta que encontró otra pareja. Esta vez una chica. Tal vez para evitar más desengaños. Una violonchelista. Anne Sophie se llamaba. Y vuelta a empezar con un nuevo repertorio. Y una nueva vida. Hasta que una noche vino a verlos un empresario y se prendó de ellas. Sobre todo de ella. De Juliette Legrand. De la muchacha de la viola. Más por lo que calló que por lo que dijo, me imaginé una historia tórrida y desigual entre un cincuentón y una adolescente. Y me rechinaron los dientes. No supe si de indignación o de puros celos. El tipo les propuso formar un cuarteto de cuerda. Consiguió a los otros dos componentes: André y Marc. Y contrató actuaciones en teatros y auditorios de Canadá y Estados Unidos.

El vino la había animado a la confidencia. Y las confidencias de Juliette, al igual que sus sueños, venían en francés. No sabía por qué me contaba todo eso, je ne sais pas pourquoi je te raconte tout ça. Su vida, como yo podía ver, era la música: fuera de su familia, las personas que había querido y las que había odiado —la mayoría de las veces, por el mismo motivo— tenían que ver con ella. Yo no. Yo era el primero que estaba fuera de ese mundo. Y le gustaba. Corrigió torpe y atropelladamente. No es que le gustara yo. Bueno, eso también, claro, si no a qué iba a estar en aquella tasquita tan cálida a esas horas, un día de actuación, a veinte horas de ver morir a un compañero. Le gustaba mi forma de hablar. Y de escucharla. Se sentía, no sabía por qué, protegida. Y no un drôle d'oiseaux, un

bicho raro, un escarabajo con caparazón en forma de viola. Pero lo que le gustaba sobre todas las cosas era que yo no tuviera idea de música. Estaba un poco harta de no poder salirse del guión. De discutir siempre de afinación. De directores. De obras musicales. Quería oír hablar de cosas simples. Simples como la ausencia de cuatro estaciones en mi tierra. O el sol abrasador de enero. O la ropa vieja. O el pique entre canariones y chicharreros del que había oído hablar en el jetfoil. Quería oír hablar de mi trabajo.

¿Cuál era mi trabajo? Eso sí que era simple, mi adorado tormento Juliette. Yo me limitaba a acudir a donde me llamaban. No trabajaba sólo para el consulado norteamericano. A veces me llamaban de la alcaldía o del gobierno civil. No. No era agente federal. Ni policía montada, ¿había visto el caballo acaso? Tampoco llevaba pistola. Estábamos en Canarias no en el Bronx. Allí no había masacres ni bandas urbanas tiroteándose en mitad de la noche. Algún macarra puede. O una pelea entre vecinos. O el robo de algún banco. No más. Por eso había levantado tanto revuelo la muerte de Schulman. No estábamos acostumbrados a esas cosas. ¿Por qué yo? Por el dominio de los idiomas seguro que no. ¿Quién sabe? Tal vez es que tenía paciencia. O intuición. Que conocía las calles. Que sabía escuchar. Que podía acompañar a una viola guapa a que descubriese el vino de rioja. ¿Que no era guapa? Bueno, para gustos se hicieron los colores. Y yo prefería estar allí y entonces con ella que en cualquier otro lugar del mundo.

Antes de que siguiera ahondando en mis usos y costumbres —el que investiga a un investigador no tiene perdón de Dios—, volví sobre su relato. La Legrand me contó, en un inglés cruzado con francés canadiense, un dálmeta idiomático lleno de divertidos lamparones, la historia de su vida. La de sus muchas vidas. Porque Juliette era muchas mujeres en una. Eso lo aprendí algo más tarde. A cuenta de sus perfumes. Sin embargo, se había dejado un pequeño detalle, un lunar algo borroso que amenazaba con confundirlo todo. ¿Cómo había desembarcado en la Filarmónica de Nueva York? Ah. Eso era lo más loco de su loca vida. Ella no lo sabía. Lo juró. La creí. Posiblemente alguien la habría escuchado tocar. Cualquiera sabía dónde. En el Hôtel du Roi no, desde luego. Allí sólo acudían turistas ricos. Pero ella había actuado con su cuarteto de cuerda en varios sitios de la costa Este. En Nueva York. En Massachusetts. En Connecticut. En Vermont rompió el molde. Los periódicos celebraron aquella actuación como de lo mejor que habían oído. Tal vez fuese allí que se hiciera famosa. El telegrama que recibió en Quebec fue muy parco en palabras. Tres frases. Un piropo: Hemos sabido que usted es una virtuosa de la viola. Stop. Un hecho: nuestra intérprete solista ha caído enferma. Stop. Una pregunta: ¿quiere usted acompañarnos a una gira por Europa? Stop. Y la firma: Robert Alston. Director Musical de la NYPH.

Se pellizó cinco veces. Una por cada frase y dos por la firma. Le hizo tanta

ilusión que aún guardaba el papel en su cartera. Me lo enseñó. Reconoció sentirse algo culpable por haberse pellizcado en la segunda frase. Pero las cosas suceden así. Si nadie se pone enfermo, no te llaman. Al aterrizar en Nueva York estaba tan emocionada que se olvidó de preguntar. Se presentó en el ensayo media hora antes. Y esperó a que alguien se dirigiese a ella. Fue el propio Kurt Masur. Le temblaban las rodillas. A ella, no a él. Él se mostró muy amable. Le sostuvo la mano en el saludo un buen rato. No dejó de sonreírle. La acompañó al escenario. La presentó a la orquesta. Madam Legrand, la nueva solista para Gubaidulina. La orquesta comenzó a hacer sonar sus arcos contra los instrumentos. Los más ruidosos, los timbalistas, Teobaldo y Mijail. Un aplauso importante. Más que el del público más riguroso. El aplauso de los colegas.

Regresamos al Mencey dando un rodeo. Para que Juliette viera alguna otra cosa. Después de esa tarde, tal vez no volvería a pisar las calles de Santa Cruz. Si hubiese sido otra la situación la habría llevado a ver la isla. Sobre todo el norte. La hubiese enamorado en La Laguna. Hubiésemos comido en Tacoronte. Y tomado café y tarta alemana en Bajamar. Le hubiese enseñado la ruta mágica: Santa Úrsula, La Matanza, La Orotava, Los Realejos. Y hubiésemos apurado una última copa, como el tango, bajo la luna del Puerto de la Cruz. Me lo agradeció como si lo hubiésemos hecho de verdad, lo que cuenta es la intención. Y prometió regresar algún día para aceptar la invitación. Una promesa rubricada, en la puerta del ascensor, con un apretón de manos y una mirada turbia de Viña Berceo que para mí que duró más de la cuenta.

Antes de despedirme, le hice dos últimas preguntas, ¿sabe usted si Aaron Schulman fumaba? Y ella, desconcertada, no, ¿por qué? Y yo, sin dejar de sonreír, ¿no lo sabe o no fumaba? Y ella, segura, no, no fumaba, creo que lo oí quejarse de las malas costumbres de los españoles, ¿es importante? Y yo, quitándole hierro, no, era curiosidad, pensé que habría podido sufrir algún tipo de ahogo, olvídalo. Y ella, intrigada, ésa es una pregunta, ¿cuál es la otra? Y yo, claramente azorado, ¿quiere cenar conmigo esta noche? Y ella, en apariencia triste, no voy a poder, esta noche la orquesta está invitada a una cena. Y yo, buscando una salida, no importa, lo entiendo. Y ella, ofreciéndome un resquicio, pero mañana volveremos a Las Palmas y allí no tengo planes.

La vi entrar en el ascensor. Volverse. Vi dibujarse en sus ojos un mohín de alegría. Y decidí pasar el resto de la tarde en los jardines del hotel a ver lo que pescaba. En la terraza había un silencio de biblioteca. La única mesa ocupada, aquella donde jugaban los músicos, acogía a una pareja de ancianos. Él era ancho y corpulento, pero con la nariz afilada. Lo intuí, pues, más antiguo jugador de rugby que ex boxeador. Se cubría la incipiente calva con un sombrero pescador, igual que el que llevaba Henry Fonda En el estanque dorado. Ella, toda Katherine Hepburn,

tenía el cabello entrecano con reflejos malvas. Extremadamente delgada, sin duda había tenido que ser una mujer hermosa. Aún lo era. Henry y Katherine leían. Él, gafas de ver de cerca, periódico salmón, andaría evaluando sus ganancias en la bolsa. Ella, ausencia de gafas, pura coquetería, novela de bolsillo, calcularía sus pérdidas en la vida. Katherine levantó la vista de su libro y me saludó apenas con la luz de sus ojos. Seguí el camino que llevaba a la piscina. Una vereda estrecha flanqueada por palmeras y rododendros. Había un pequeño bar, un quiosco de caña en el que servían cócteles y refrescos, y en el que una muchacha con uniforme azul y pajarita se aburría mansamente. A esa hora los clientes estarían preparándose para la cena o para el concierto o para el amor, la única ocupación que no sabe de horarios. Tan sólo había cuatro o cinco personas. Un hamaquero apilaba colchonetas vacías, rayadas de un color anaranjado, en las que aún podía verse un rastro húmedo de cuerpos aceitosos. Una joven pareja aprovechaba los últimos resquicios del sol vespertino, tumbados en dos hamacas, con las manos entrelazadas. De vez en cuando, la risa feliz, desorbitada de uno de los dos rompía la tregua de la tarde igual que un petardazo. Una mujer jugueteaba, sentada en el bordillo, con los pies en el agua. Parecía melancólica, la mirada perdida en quién sabe qué sueño. Y un hombre se desplazaba ágil, incansablemente, a lo largo de la piscina. Llevaba gorro de nadar. Y un breve bañador ajustado. Se veía atlético. Capaz de estar braceando hasta la media noche si se lo permitiesen.

Fui a sentarme en una banqueta alta en la barra del quiosco. Una vieja canción cariñosa, entrañable, acariciaba el aire. Una canción en blanco y negro, I fall in love too easily, I fall in love too fast. La chica y su pajarita dejaron de tararearla para darme la bienvenida. Me preguntaron a dúo si quería probar el cóctel del día. Antes de que me enumeraran los ingredientes, les respondí que no, que las bebidas dulces me aperreaban el estómago, que prefería un coñac o un whisky. Allí se divorciaron: la chica me sacó un Duque de Alba y su pajarita un Kardhu. Observé las dos manos, con la resignación de quien va a convertirse sin remedio en víctima de un trilero de feria. En cualquier caso tendría que pagar. Elegí el coñac. Me interesé por su trabajo. Por su estado de ánimo. Por su nombre. Por el nombre de quien ponía la música en el quiosco de caña. Y me enteré de que era un trabajo bue64 no. Que le gustaba. Que sus compañeras preferían el bar de la terraza. Que allí la gente iba vestida y llevaba monedero y dejaba buenas propinas. Que en la piscina, claro, todos iban en bañador y apuntaban las consumiciones a la habitación y nadie dejaba propinas. Pero que a ella le gustaba el aire libre. El sol. La vida. Se llamaba Demelza —por una antigua serie de televisión— y aún creía en la vida. No sabía de quién era la música. Pero la elegía ella. Los discos estaban allí. Debajo del aparato. En un cajón. Hasta las seis solía poner otro estilo. Algo marchoso. Caribe. Disco. Pop. Cosas así. Pero luego, buscaba entre los discos, dos o

tres que debían de ser muy viejos. Música lenta. Con letras románticas y dulces. Como Sinatra, ese que canta ahora. Di un sorbo a mi coñac. Elogié su gusto. Por preferir la piscina. Y por la música. Ocurre que el que canta no es Sinatra.

—Sí que es Sinatra. Es mi disco preferido.

—No me extraña porque es una maravilla. Pero tal vez te ha confundido la portada. Creo que se titula Perfectly Frank. Y aparece Sinatra con su orquesta. Sí. Pero hay un señor, en primera línea, sentado al piano. Lleva un esmoquin blanco. Ése es el que canta. Se llama Tony Bennet.

—¿Se apuesta algo?

—Un chorrito de coñac frente a la mejor propina que te hayan dado nunca.

—Vale.

Demelza se perdió debajo de la barra. La oí abrir la caja. Rebuscar. Contar discos. Sacar uno. Dar un silbido de asombro. Cuando volvió a subir, tenía la cara alborotada por el esfuerzo y una mirada de admiración capaz de hechizar al más beato, tenía usted razón, es Tony Bennet, no sé quién es Tony Bennet pero da igual, va vestido como usted decía, qué fuerte, creí que no podía perder. Y yo, henchido de satisfacción pero sintiéndome un abusador, en verdad no has perdido, podemos considerarlo un empate, tú me sirves un poco más de Duque de Alba y yo aprovecho que voy vestido y tengo cartera para darte propina, ¿te parece?, ¿eh?, ya, ya sé que las deudas de juego son deudas de honor, pero no hay que sacar las cosas de quicio, mujer, el caso es que me apetece otra copa y estoy pasando un rato delicioso contigo y Tony Bennet y eso merece una buena propina, ¿quieres oír el no va más, el mejor tema de ese disco?, pues pincha el penúltimo o el antepenúltimo, uno que se titula One for my baby, ya verás, nos viene que ni pintado.

Demelza lo pinchó. Y empezó a escucharlo. It's quarter to three, there's no one in the place, except you and me. Jamás he visto a nadie —al menos, a nadie de su edad— emocionarse tanto con esa canción. So set 'em' up Joe, I got a little story I think you should know. ¿Le gustó? Le encantó. ¿Y ella iba a ser Joe? ¿Por qué no? Yo tampoco me parecía en nada a Tony ni a Frank y allí estaba, en aquella barra con una copa en la mano. Le divirtió la idea. Prometió que grabaría el disco entero. Que lo tendría en el coche. Que se lo pondría a su novio que era un soso y seguro que le gustaría. Y que, esa noche, cuando llegara a casa, se conectaría a Internet y rescataría la letra y se la aprendería de memoria. Demasiadas promesas para la primera cita. Le pregunté si yo también le parecía un soso. Pero no llegó a responderme porque entonces alguien se sentó en una banqueta a mi lado y pidió el cóctel del día. Y Demelza, con la veleidad y la inconstancia de los veinte años, me dejó por otro, más alto, más joven, más apuesto. Era el nadador. Se había

quitado el gorro y había liberado su cabellera rubia y fatua. Sus mayúsculos ojos celestes y su minúsculo bañadorcito bastaron para robarme la atención de la chica, que se olvidó de mí, de Tony Bennet y hasta de su novio soso. Si por algo lo sentía era por One for my baby que volvería a dormir el sueño de los justos en el cajón de discos de aquel quiosco.

El rubio se colocó el albornoz del hotel que llevaba en la mano. Ya había enseñado lo que quería. Hacía frío. No era cuestión de coger una pulmonía sólo para hipnotizar a una camarera de hotel. Su cara me sonaba. No porque fuese la cara de un pistoso, de un chulo, de un majadero. Si no me engañaba la memoria, había venido con nosotros en el jetfoil desde Las Palmas. Era uno de los músicos. Y, a qué negarlo, en ese instante me hubiera gustado echarle el muerto. Para acabar de joder la marrana, le pidió a Demelza que cambiara la música, que pusiera algo más moderno. No cabía duda. Si me hubiesen pedido un informe a las seis y cuarto de ese último sábado de enero, habría incriminado al tuba Bernie Carpenter —aún ignoraba su nombre y su instrumento, pero ya me dolían— en el crimen de Schulman.

Demelza le sirvió su combinado, una bebida de sospechoso color azafranado que hacía juego con las colchonetas. Me alegré de no haberla pedido. Sin embargo, por la cara que puso, a mi hombre le encantó. Tuve que haber rozado la impertinencia —no perdí ojo al proceso de cata, como esperando alguna reacción cutánea en el músico— porque Carpenter se dirigió a mí en un tono tosco. Mi impericia idiomática no me impidió notar la aversión con la que hablaba el tuba, usted es el poli que nos han mandado de la embajada, ¿verdad?, ese que está poniendo nerviosa a toda la orquesta. No tenía idea de la fama que había ido yo ganando a lo largo de la jornada. Tenía que apagar el fuego antes de provocar una estampida, ¿yo policía?, creo que ha habido un error, trabajo para el consulado no para la embajada, y no me han mandado para poner nervioso a nadie sino para todo lo contrario. El nadador se acarició la barbilla y meneó la cabeza, no lo creo, amigo, yo me crié en las calles de Chicago, huelo a los policías a distancia, usted está buscando a alguien a quien culpar de la muerte de Aaron y tiene prisa porque el lunes regresamos a Norteamérica, seguro que está pendiente de un ascenso, que quiere quedar bien delante de sus jefes y no va a parar hasta conseguir que un pobre tonto, la chica nueva, Juliette, por ejemplo, dé un paso en falso antes del lunes.

Estaba claro que había fracasado estrepitosamente en mi propósito de pasar inadvertido. La noticia, al parecer, se había extendido por el hotel igual que un virus. Se lo habían ido contagiando unos a otros. Por el instrumento: del viento a la percusión, de la percusión a la cuerda, de la cuerda al piano. Así hasta contaminarse los sesenta. Y en algo tenía razón el chulito. Dos días después

volverían a su país. Todos. Cincuenta y nueve inocentes. Y un asesino. No había caído en ello. Pospuse las ganas de tirarme al teléfono. De llamar a Álvarez. De preguntarle qué esperaba que hiciese yo en dos días. Cuarentay ocho horas. Ni siquiera una hora por músico. Eso sin comer. Sin dormir. Sin vivir. Hice mi último intento de desactivar la bomba de relojería. Una moneda al aire. Si sale cara corto el cable verde, la verdad, sí señor, es usted muy inteligente, soy detective y ando detrás de un asesino. Si sale cruz, el rojo, engaño sobre engaño, amigo, no tengo ni idea de qué me está hablando, vuelvo y le repito que soy un simple empleado. Salió cruz. Y me mantuve en mis trece.

Bernard Carpenter resolvió seguirme el juego. Supuse que se lo habría pensado dos veces. Que habría calculado sus opciones. Y que habría decidido que, total, no tenía nada que perder: tanto si yo era quien decía ser como si era quien él pensaba, estaría más resguardado a mi lado. Desdobló su sonrisa de anuncio. Hizo el amago de chocar nuestras copas. Y se volvió amigable y locuaz. El hombre —no esperaba menos— conocía muy poco a Aaron Schulman. La risa en una orquesta no iba por barrios sino por componentes. Carpenter era viento y metal; Schulman, cuerda y madera. Eso era como decir fuego y tierra. Aire y agua. Día y noche. ¿Conocía yo la disposición orquestal? ¿No? Pues desde Stravinsky, allá por mil novecientos cuarenta y cinco, las orquestas tienen una meticulosa puesta en escena. Cosas de la percepción del sonido. Sí. De cómo las personas percibimos los agudos y los graves. Es un poco complicado. Hasta el punto de que el propio Stravinsky llegó a decir que, para una perfecta recepción musical, el público debería estar no sólo enfrente de la orquesta sino, además, colgado del techo boca abajo.

La de Nueva York viajaba con sesenta músicos. Podía llegar a cien, pero a Europa venía una selección. ¿Los mejores? Todos eran muy buenos. Pero había músicos itinerantes. Otros tenían pánico a volar. Como Schulman, sí. Pero Schulman no podía quedarse en casa. Es el concertino. La gente paga también por el concertino. Algunos estaban enfermos. Como Rebecca Adams, efectivamente. Así que a aquella gira habían ido sesenta. Y, como Carpenter me decía antes de desviarse del tema, yo tenía que entender la disposición de la orquesta. Había veinte violines (diez primeros y diez segundos), cuatro violas, cuatro violoncelos y cuatro contrabajos. Ahí se acababa la cuerda. Luego venían los de viento y madera, es decir, flautas, flautines, oboes, clarinetes, fagotes y el corno inglés. Hasta llegar a los de viento y metal, o sea, las trompas, los trombones, las tubas y las trompetas. En total, veintitrés instrumentos de viento. Con la pareja de percusión, el piano de cola y las dos arpas, que iban a su aire, hacían sesenta. Y entre Schulman y Carpenter había lo que se dice un mundo. Unos metros de escenario tan sólo. Pero un mundo entero. Para que un tuba intimara con el concertino tenía que pasar por encima de más de veinte músicos.

No tenía opinión de Aaron. Ni buena ni mala. Cuando él llegó a la orquesta, a mitad de los noventa, el violinista ya había ganado sus galones de concertino. Era una institución. Todos lo admiraban. ¿Celos? No. Era poco creíble. Schulman no era un tipo vanidoso, de esos que restregaran su maestría, su genialidad, por la cara a los demás. De hecho, ni siquiera recordaba haberlo visto pelearse por una pieza. A veces, el director tenía que darle el solo de violín a alguien y le consultaba a Aaron. Y normalmente estaba de acuerdo con la decisión. Bien es cierto que casi siempre se lo daban a él, claro, la experiencia es un grado, pero cuando Papá Bob resolvía que fuera otro quien se llevara la gloria, Schulman se lo tomaba con deportividad. Al menos por fuera.

¿Y qué si era judío? Ni que fuera un delito. Por supuesto que Bernie lo sabía. Era de dominio público. La Filarmónica elegía a sus músicos por su calidad y su experiencia. No por su credo. Y yo no debía hacer caso de la prensa. Los periodistas. Vaya hermandad. Menudo gremio. Eran iguales en todos sitios. En Norteamérica. Y, por lo que había leído esa mañana, en España. No. Él no entendía el español. Pero había estado escuchando a Teobaldo Mesa, uno de los percusionistas. Mesa estuvo leyéndoles el periódico en el fondeadero, antes de embarcar. Yo no debía creerme esa estupidez de que a Aaron pudieron cargárselo por judío. Y, aunque lo viera a él, a Bernard Carpenter, tan rubio y tan ario, no tenía nada contra los judíos. No era un nazi ni nada de eso. Era tan norteamericano como el que más. No. Él no había matado a nadie en su vida. Por no hacer ni había hecho el servicio militar. ¿Veía esos ojos azules tan radiantes? Lentillas. De colores. Iba a contarme un secreto pero yo no debía revelárselo a nadie. Era más miope que Mr. Magoo. ¿Conocía a Mr. Magoo? Pues podía imaginármelo. Él no había matado a Schulman.

¿Muerte natural? No, amigo. En esa trampa no iba a caer Bernie Carpenter. Si hubiese sido muerte natural a qué iba a estar yo allí haciendo preguntas a diestro y siniestro. ¿Que yo no hacía preguntas? ¿Que él se había soltado a cotillear como una cotorra sin encomendarse a Dios ni al diablo? ¿Que había un adagio latino que decía *excusatio non petita, accusatio manifesta*? Al tipo se lo llevaron los demonios. Llamó a Demelza y a su pajarita. Les dijo que apuntaran el cóctel a la cuenta de su habitación. Me señaló con un dedo acusador. Dijo algo que no entendí, pero que imaginé clarito como el agua. Y se marchó jurando en arameo. Me había tomado mi pequeña venganza. Bernard Carpenter no tenía nada que ver en la muerte de Schulman. Perro ladrador. Pero iba a pasarse los próximos dos días repitiendo nuestra conversación. Buscándole grietas a ver si había dicho algo que pudiese inculparlo. Observándome de reojo. Demelza volvió a mí. Mientras pasaba un paño al cerco que había dejado en la madera el combinado del día, me preguntó, ¿qué le ocurría a ese hombre?, hay que ver cómo se puso, y las cosas que

le ha dicho, parecía como loco. Me encogí de hombros. Pagué mi cuenta. Dejé una buena propina. Y me despedí de ella, ya sin pajarita, no le hagas caso, m'ija, cuando Dios repartió el sentido del humor, él estaría en otra fila.

5

Night in white satin

Quería aprovechar, hasta la hora del concierto, para hacer un par de llamadas a Las Palmas. Y aún me sobraría tiempo para descansar un poco y darme una ducha. Pregunté en recepción si había cabina pública. Los hoteles de lujo ya podían tener un director alemán de gesto delicado y cestas de fruta fresca y sonrisas de arrepentimiento, pero si llamas desde la habitación te abren en canal la billetera. Me atendió una conserje —ignoro si el diccionario admite ya conserja, pero hay cosas que ni siquiera la Real Academia puede pedirle a un hablante—, una muchacha de pelo y modos lacios. Me explicó que, dentro del hotel, no había cabina pública, pero que al salir, bajando a la izquierda, antes de llegar al parque, encontraría dos. No tenía pérdida. También me preguntó si yo era el señor Blanco. Como si no lo supiera. Como si mi nombre no hubiese retumbado ya bastante en aquel vestíbulo de techos altísimos. Le contesté que sí. Y ella me informó, su voz de terciopelo dejaba un rastro amable y zigzagueante, de que tenía un sobre para mí. Era la invitación para el concierto.

Llamé primero a Álvarez. Quería saber cómo había ido el examen del cadáver. El inspector tenía un humor cansado. Su voz sonaba débil, marchita. Había esperado hasta el último instante que las noticias fuesen otras. Pero se confirmaban las sospechas. Schulman había sido asesinado. O tenía un extraño sentido de la oportunidad y había retardado su suicidio hasta el momento de la actuación en el Auditorio. El caso es que habían descubierto una extraña toxina en su cuerpo. Estaban analizándola pero albergaban pocas esperanzas de encontrar otra causa mejor que explicara su muerte. Le había producido un shock séptico. De ahí la sudoración, la fiebre, la palidez en el momento de morir. De lo que no me tuvo que informar el inspector Álvarez fue de las manchas oscuras en las yemas de los dedos y de los sarpullidos en la piel del violinista judío. Eso ya lo había observado yo, la noche anterior, en el anatómico forense. Y, al conocer por Juliette Legrand que el muerto no fumaba, no me cupo duda de que había sido un

asesinato. Por supuesto que no se lo conté al policía. Me hubiese cantado las cuarenta.

Me interrogó, ¿cómo andan las cosas por ahí, Ricardillo?, cuéntame algo que me alegre el día, hombre, ¿eh?, no, carajo, no esperaba que hubieses resuelto ya el caso pero sí que tuvieses alguna noticia que echarle a los perros; aquí andan todos revueltos, los teletipos de prensa vienen que arden, desde un atentado palestino hasta un asunto de cuernos, y ya sabes el caso que la gente hace a esas novelorías, ¿dime?, ¿cuántos días tenemos?, no sé, andamos haciendo gestiones para ganar tiempo con el juez, la orquesta tiene vuelo a Madrid para el lunes a primera hora pero ante un caso de tanta gravedad no sabemos si podremos retener a algunos, ¿a todos?, ¿estamos locos o qué?, ¿cómo vamos a retener a sesentaipico norteamericanos?, y no a sesentaipico norteamericanos de a pie, no, qué leches, a sesentaipico norteamericanos de la mejor orquesta del mundo y a un director que, según parece, mea en escupidera de oro, coño, se nos monta un conflicto internacional que entonces sí que salimos en los periódicos, pero no en los de Las Palmas, sino en los de Australia, no, m'ijo, la única posibilidad que tenemos es que encuentres alguna prueba concluyente, óyeme bien, digo concluyente, no una leve sospecha ni una corazonada de las tuyas, que te conozco, algo que conmueva a su señoría, si no, nos veremos con el culo al aire, ¿que lo resuelvan allá, dices?, claro, y quedamos como unos incompetentes del carajo, a peor la mejoría, anda, tira p'alante y sigue ahí, disfruta del concierto esta noche, mañana te veo.

No andaba yo muy descaminado cuando dije que Álvarez estaba entre la sartén y el fuego. Ahora era evitar una crisis o hacer el ridículo ante todo el mundo civilizado. Tras colgar, volví a echar unas monedas a la máquina. Marqué un número. Tenía que quedar con alguien para comer al día siguiente. Escuché el sonido intermitente y largo. Cinco, seis, siete tonos. Al octavo, cuando ya pensaba en desistir, me respondió su voz aguardentosa.

—Dígame.

—Hombre. ¿Te has equivocado y has cogido el teléfono?

—¿Ricardillo?

—No. Soy Kim Novak.

—¿Qué haces llamando de una cabina? ¿Dónde andas?

—En Tenerife. — ¿En Tenerife? ¿Qué se te ha perdido en Tenerife?

—Un asesino. Me he venido a escuchar una orquesta.

—No jodas. Mira que esta mañana se lo dije a los compadres del Casinillo. Estaban hablando de ese músico muerto y les dije: «Seguro que el totorota de mi

nieto acaba metido en esto».

—Gracias por darme ánimos.

—No creas. Lo dije con orgullo. Ya sabes cómo te aprecian los viejos. Mañana me va a salir el almuerzo gratis cuando les cuente.

—Mañana comes conmigo. Llego a mediodía. En el jetfoil. Te llamaré en cuanto esté en casa.

—¿Tan mal está la cosa?

—Mañana te lo cuento. Sólo quería oírte la voz.

—¿Ya sabes quién lo mató?

—Ni puñetera idea.

Le había dicho la verdad. No sólo en lo de que no tenía idea de quién había matado a Aaron Schulman. Lo había llamado, en efecto, para oírle la voz. Tengo, a veces, la sensación de ser como esos barcos solitarios que no se hallan cómodos en puerto, pero que no pueden navegar sin una luz de referencia en tierra. Y mi puerto, mi faro, la única prueba de que existo de veras es ese viejo calafate de La Isleta. El padre de mi madre. Colacho Arteaga. Su voz es esa luz imprescindible para no sentirme a la deriva. La nuestra, una relación difícil de entender. Tardía. A trasmano. Pero terriblemente profunda. La imagen de un abuelo suele andar de la mano de la de un niño chico, un parque, una bandada de palomas, un cucurucho de chocolate, un remo. La que yo guardo de él, sin embargo, es bien distinta. No tengo recuerdos de infancia a su lado. No hay en casa una sola foto de un chiquillo con las rodillas machucadas, sentado en las faldas de un viejo orgulloso y feliz. De hecho, quince años antes apenas conocía a mi abuelo. Y ese desconocimiento tenía que ver con una incompatibilidad de caracteres. Mi padre y él — parece ser que se parecían mucho, más de lo que hubiesen reconocido jamás— se tenían unas broncas estupendas. A cual más absurda y cerril. Mi madre, siempre en medio, no pudo lograr limarles asperezas. Pero tuvo que elegir. Y, claro, eligió a su marido. El caso es que justo cuando había hecho su elección, cuando había decidido que hasta allí habían llegado las cosas, cuando había despreciado a su propia sangre y se había enfrentado a su padre, murió el mío.

A ella, más allá de su dolor inconsolable, le dio tanta vergüenza, le remordió tanto la conciencia que fue incapaz de volver a Colacho. Él la hubiese acogido con los brazos abiertos. Pero el orgullo de un isletero es duro como diamante. Y el abuelo tampoco movió una ceja para reconquistar el corazón de su única hija. Los diez años que mi madre sobrevivió a mi padre (del ochenta al noventa) fueron, para mí, extraños, nebulosos. Como un retrato antiguo en el que uno no acaba de

reconocerse, en el que sabes que eres tú quien está ahí, mirando al objetivo con ojos draculianos y sonrisa borracha, pero no logras recordar quién ni dónde ni cuándo te sacó la foto. Durante esos diez años me nació la afición al jazz, al cine y a la lectura. No es difícil de explicar: si la realidad no te gusta, te inventas una propia. Y yo me refugié en la música negra. En las películas en blanco y negro. Y en cualquier libro, sin distinción de color. En todo eso y en una infinidad de ocupaciones contrariadas que nunca sentí mías. Durante esos diez años logré ver a mi abuelo media docena de veces. Contadas. A escondidas de mi madre. Y de él. Lo espiaba. Furtivo. Clandestino. Desde la avenida lo veía recomponer sus chalanas, reparar las heridas de la madera, retocar la carena, sobre un balde del revés, con un cigarrillo sin filtro apagado, pegado a los labios. Creía que el viejo no me veía. Que, aunque me hubiese visto, no me habría reconocido.

Hasta que ella enfermó. Y ni la música ni los libros ni los trabajos esporádicos lograron compensarme de la soledad. La tarde en que me advirtieron de que el cuento se había acabado, de que debía hacerme a la idea de perderla, de que podía ocurrir al mes, a la semana, al día o a la hora siguiente, tomé la decisión. Había un cielo rojizo instalado en el horizonte. Marea baja. Y en la orilla unos niños jugando a la pelota. Me acerqué por detrás. Buscaba las palabras para explicarle mi presencia allí. Entonces, el viejo levantó la cabeza de su labor, miró al mar, dejó la brocha encima de un periódico arrugado que yacía en la arena y me dijo, muy mal debe de estar la cosa para que te hayas decidido por fin a bajar. Yo, con el alma en la boca, añurgado, un hilo delgadísimo en la voz, le respondí, mi madre se muere, Colacho. Él guardó silencio unos instantes. Suspiró levemente. Meneó la cabeza. Recogió los aperos. Se levantó. Se volvió. Me miró con sus ojos profundos. Me dio dos palmadas en el hombro. Y se echó a andar, pues vamos a despedirnos de ella como Dios manda, m'ijo, que no se nos vaya con esa pena atrabancada.

Lo que se dijeron Colacho Arteaga y mi madre esa noche, en la habitación del hospital, quedó guardado para siempre. Ella murió al alba con la sonrisa más limpia que le recuerdo. La enterramos un viernes de noviembre. Él. Yo. Un fraile amarillento. Y un sepulturero desganado. Cuando acabó el entierro, nos fuimos a mojarle las patas a la muerta a una taberna de Juan Rejón. Entre el desasosiego y la media botella de ron añejo de barrica —Maruca Arteaga se merecía eso y más—, nos agarramos una tajada fabulosa. De aquella conversación atesoro un recuerdo brumoso de lágrimas bebidas, de reproches lanzados al aire, de amagos de trompadas, de abrazos apretados. Al día siguiente me desperté en cama ajena, en un cuarto desconocido, en una casa que no había pisado antes. Me estaba acostumbrando a la luz y a la decoración, cuando entró mi abuelo con una taza de café cargado y humeante.

- ¿Cómo se amanece?
- Con un perro en la barriga.
- Eso es que aún estás vivo.
- ¿Sí? Pues este café acabará de rematarme.
- Te jeringas. No sé hacerlo de otro modo.
- Colacho... ¿Puedo llamarte así?
- Si te hace feliz.
- ¿Y ahora qué?
- ¿Cómo que «ahora qué»?
- ¿Ahora qué hago?
- Búscate un trabajo decente. Y fijo.
- Y ¿después?

—Después ya se verá. Por lo que a mí respecta, si te refieres a eso, puedes hacer dos cosas: o salir por esa puerta y no volver hasta que te llamen para decirte que me he muerto; o venir a verme de vez en cuando e invitarme a desayunar. Piénsalo bien. Te advierto que me levanto con un hambre del carajo.

- ¿Te vienen bien los sábados?

Desde entonces es raro que transcurra una semana sin que desayunemos juntos. Ni siquiera lo tengo que avisar. Según él, esos días se levanta con picor de sarna y espera a que yo llegue para comer. Nunca he sabido si me toma el pelo. Si sólo desayuna cuando yo estoy. O si lo hace dos veces las mañanas que lo visito. Lo cierto es que una vez me echó una bronca porque le entró el picor y yo no fui. Y no tuve el valor de revelarle que ese día, de camino a la playa, había tenido un accidente de tráfico.

Regresé al Mencey bastante más sosegado, tras mi conversación con Colacho. Me dispuse a gozar de una apacible velada musical. Tenía intención de ducharme, ponerme un traje, asistir al teatro, sentarme en mi palco y disfrutar de la Filarmónica de Nueva York en vivo y en directo. Y, luego, buscarme un restaurante tranquilo y silencioso, y echar de menos a Juliette, con cargo al consulado norteamericano. El concierto, no obstante, me resultó algo frío. Esperaba una actuación cargada de emociones y dedicatorias para el amigo muerto, una oleada de arrebatos exaltados en cada pieza. Sin embargo, el director optó por la contención. La pena iría por dentro. Además, ocupé buena parte del tiempo en estudiar la escena. Por ver si se desenfocaba en algún punto. Imaginé a Aaron

Schulman en su lugar de siempre, la primera silla a la izquierda, donde ahora estaba sentado un hombre alto y elegante, que andaba a todas luces ensimismado en su actuación. Dado que el programa de mano aún mantenía vigente el nombre de Schulman, supuse que el figurín sería Victor Laws, el primer violinista. Su antiguo puesto estaba ocupado por Bella Larson, la noruega esquelética, que no paraba de hacer muecas, como si dudase de la afinación de su violín. Y en el de ella, un tipo de rasgos orientales a quien el esmoquin le sentaba de pena, como si se lo hubiesen prestado para la ocasión. Así fui recomponiendo la orquesta tal y como debía de haber estado en el Alfredo Kraus la noche anterior. Recordé la charla con Bernie Carpenter. El tuba, tieso como una vela, mantenía el tipo al otro lado del escenario, con los de su calaña. Reconocí, varios asientos a su derecha, el oboe del Indio Ruiz junto a los clarinetes de los hermanos Vaughan, cuyas frentes amplias y negras relucían bajo los focos. Detrás de ellos, Mesa y Todorov, los dos percussionistas, permanecían atentos a cada compás no fuera que se les pasara la hora de entrar con los platillos o los timbales. Nada parecía fuera de sitio. Cada uno ejercía su papel con escurpulosidad, concedores de su genio. Ninguno de ellos hubiese pasado por un asesino.

Volví a concentrarme en la música a tiempo del solo compartido de Juliette. Entonces ya no tuve atenciones más que para ella. La Legrand se movía con dulzura. Con cadencia delicada. Igual que un cisne. Al contrario que su compañera, Cynthia Young, excesivamente nerviosa para mi gusto. Por supuesto que allí mi visión era hartó parcial. El caso es que, si bien sus instrumentos marchaban en la misma dirección, sus rostros, sin embargo, lo hacían en distinto sentido. El de Juliette, sereno. El de Cynthia, crispado. Mis conocimientos sobre música clásica —cultá la había llamado Álvarez— eran limitados, pero me pareció que las dos trayectorias de Gubaidulina ganaban mucho con esa discrepancia de por medio. Ignoro si la compositora buscaba ese efecto perpendicular y discordante, pero de lo que no cabía duda era de que su pieza estaba resultando un hermoso diálogo entre las dos mujeres. El público chicharrero coincidió conmigo, a tenor de la andanada de aplausos con que celebró el último compás de la obra. Fue, sin punto de comparación, lo mejor de la noche. Bien es cierto que mi veredicto puede considerarse sesgado desde el instante en que, nada más comenzar la segunda parte, me venció el cansancio.

Me sobresaltaron, de nuevo, los aplausos. Me removí, incómodo, avergonzado, en la butaca. Busqué en el palco alguna mirada de reproche o burla, pero sólo hallé excitación desbordada y sonrisas y ovaciones y bravos. Me reconfortó descubrir a mi lado una silla vacía. A alguien, creí recordar a un hombre alto y elegante, con el rostro marcado de viruela, no le había gustado la actuación. Me escabullí del teatro antes de las propinas. No tenía ánimo para afrontar una

aglomeración en la puerta. Preferí adelantarme y enfilarse en solitario la noche santacruzera. Me recibió la colcha limpia y estrellada del cielo. Y un relente que invitaba a la querencia. Me pudo la nostalgia. Una ciudad ajena como nunca. Unas calles veladas. Un rocío desusado. Una luna distante. Nada me producía más desamparo que cenar solo. Sobre todo pudiendo disfrutar, Juliette, mi cielo, de tu cercanía, ya para siempre the nearness of you. Hallé refugio, luego de callejear media hora sin suerte, en una cafetería de éstas que tienen televisor. Al menos, con la distracción, el acceso de soledad se me pasaría pronto. O eso creía.

Repasé el menú, una hoja de papel escrita a máquina con tachaduras y correcciones a vuela pluma. Elegí —no ofrecían mucho más— la sopa de cebolla y el filete de merluza, ¿está fresca?, claro, llegó aquí viva por la mañana, me vale, ¿y qué hay del vino?, ¿de tres clases?, ¿tinto, blanco y rosado?, caramba, a eso se le llama una bodega resultona, ¿tiene Bach bien frío?, es que vengo del concierto, me urge seguir con las alusiones musicales, ah, no sé por qué me lo temía, sírvame entonces el de la casa. Tras irse el camarero, la sensación de abandono se me había acrecentado hasta el punto de no recordar haber cenado con alguien en mi vida. Para remate de la puñeta, estaban dando un programa infame de canciones y humor, adornado con nereidas y efebos a medio vestir. Había olvidado lo antipática que puede ser la televisión un sábado por la noche.

Cuando el camarero volvió a servirme el vino, más de la casa y menos frío de lo prometido, le pregunté si cabía la posibilidad de cambiar de canal. El hombre lo lamentó muchísimo pero no podía hacer una cosa así. Aquél era el programa favorito de la clientela. Si se le ocurría acercarse a los mandos, simplemente el amago, podía correr el riesgo de que se le amotinaran. Y yo no sabía lo que era un motín en aquel barrio. Eché un vistazo a los comensales de las mesas vecinas y me lo supuse. El de la Bounty se hubiera quedado en pelea de recreo. Siete hombres. Con facha pendenciera. Ninguno atendía a su plato. Comían sin mirar. Se acercaban el tenedor a la boca, en un acto reflejo, sin importarles lo que hubieran trinchado. En sus manos, los cubiertos relucían como navajas de plata. Todos, sin excepción, andaban hipnotizados con las chicas. No querían perderse ni un detalle.

Uno de ellos, desde una mesa esquinada, lanzaba desagradables bufidos mientras la cámara enfocaba, con escaso recato, tetas brinconas, ombligos horadados por aretes, vigorosos culos con tatuajes selváticos. Una moda pirata parecía haberse apoderado de la civilización. Había decidido dedicarme a mi sopa de cebolla y no menear el asunto, cuando dos individuos iniciaron una disputa sobre el tamaño idóneo de unas bragas. En lo más acalorado del debate, tenía que haberlo previsto, ambos buscaron un mediador que zanjara la polémica. Y el único que no estaba atento al desfile de ropa interior era yo. Así que me emplazaron a resolver la duda, ¿usted qué opina, amigo?, ¿qué se la pone más dura?, ¿los tangas

o las bragas de vieja?

Podría pensarse —la idea que se suele tener de un detective privado está ligada a tipos duros e innumerables riesgos— que soy hombre osado y resolutivo. Que salgo de los enredos con oficio. Que poseo respuesta para todo. Y no creo fajarme mal en según qué cuestiones. Pero aquélla era una buena piedra para subirla al monte yo solo. Me hubiese gustado ver a Sam Spade, a Philipe Marlowe, a Maigret en tamaña situación. Valiente compromiso. Dijera lo que dijera iba a armar un estropicio y a echar a perder mi cena tranquila. Eso lo tenía claro. De modo que respondí lo primero que me vino a la boca, ¿qué quieren que les diga, caballeros?, a mí con las bragas me ocurre como con las cajas de bombones: lo que me interesa es lo que viene dentro. En la calle, camino del hotel, aún resonaban las carcajadas de aquellos dos, a quienes mi respuesta les pareció el principio de una buena amistad. Me adoptaron. Me acogieron en su mesa. No me permitieron pagar la cena. Insistieron en repetir todos los brindis obscenos de mi vida juntos. Hasta que mi estómago se resistió a la última copa de tequila reposado. Entonces, me miraron con lástima. Se apiadaron de mí. Lo entendieron, qué menos, un canarión no tiene, ni de lejos, el aguante de un chicharrero, claro. Y me dejaron ir a cambio de mi palabra de honor de que, si regresaba a Tenerife, los iría a visitar.

Afuera hacía fresco. Me subí las solapas de una chaqueta de entretiem po que apenas abrigaba. Metí las manos en los bolsillos. Y me perdí, confusa y literalmente, en la noche. Tardé casi una hora en encontrar el hotel, a través de un laberinto de callejuelas desiertas que me resultaban idénticas entre sí. Eran casi las dos de la mañana. Y había perdido el sueño. Entré en el vestíbulo. Saludé al conserje de guardia, un vejete canoso y entusiasta con ganas de pegar la hebra, que llevaba prendido su nombre en una chapa dorada: Vicente Melgar. Recepcionista. Me dio el parte. El meteorológico y el de guardia. Al día siguiente iba a llover, seguro. Lo sentía por mí si tenía que coger un barco. Y por los músicos también. Ellos habían regresado, sanos y salvos —había leído lo de Schulman—, hacía una hora. Se habían retirado a descansar. Todos excepto cuatro o cinco, que habían pedido un salón reservado para jugar a las cartas. Habían arramblado con los minibares de las habitaciones y ahora estaban allí combinando bebidas de todos los sabores, colores y grados de alcohol y jugándose los dólares sin tino.

Aproveché la tesitura, ¿usted cree, don Vicente, que aceptarían a otro jugador? Y el hombre, deseoso de complacer a un cliente que lo llamaba por su nombre de pila, desde luego que sí, se los puedo presentar y cambiarle el dinero, si lo desea, que hay suficiente moneda norteamericana en la caja, la trajeron ellos mismos, bueno, no éstos, sus compañeros, deje que lo acompañe, por aquí, mire, ahí están. Melgar me presentó en lo que, para mí, era un inglés más que aceptable, excuse me, gentlemen, there is a customer who wants to play with you, have you

any objection to this fact? Los cuatro hombres me observaron sin piedad. Con cara de póquer, nunca mejor dicho. Sin mover un músculo. Ni un gesto. Ni de aceptación ni de rechazo. Tomó la palabra, haciéndome hueco alrededor de la mesa, uno de los percusionistas, el único de ellos que hablaba español, ningún problema, amigo, póquer cerrado, todas las cartas en juego, sin joker, tres dólares apuesta mínima, luego no hay límite, el color le gana al full, y no puede abandonar la partida si va ganando.

Resistí la retahíla de Teobaldo Mesa. Le entregué al recepcionista el dinero que llevaba encima. Le pedí que me lo cambiara. Acerqué una silla y me senté entre el portorriqueño y uno de los Vaughan, Orson. Los dos jugadores restantes eran Peter Vaughan y Mijail Todorov. No hicieron falta las presentaciones. Ellos sospechaban quién era yo. Y yo tenía una ligera idea de quiénes eran ellos. Mientras venía el viejo con mis dólares —siete minutos, contados de reloj—, comencé a jugar mis bazas. A hacer de mosca cojonera. A ganar mi partida, la que en verdad me interesaba, antes de ver las cartas. Con un tono cordial y espontáneo, los felicité por su actuación. Era la primera vez que los oía tocar. Y me había parecido un concierto magnífico. Absolutamente magnífico. Eludí confesarles lo de mi siesta en el palco, hubiera sido inelegante. Y elogí su entereza, después de lo que habían vivido. Después del mal trago de la muerte de Schulman. Tremenda calamidad. A lo peor, incluso, el concertino era asiduo compañero de póquer. Les di mi sentido pésame. Con el corazón en la mano. Entendía que estuviesen deseando regresar a casa cuanto antes. Sin embargo, esperaba que no se llevaran un mal recuerdo de Canarias.

La primera en la frente. Atiné. Sobre todo con lo de la premura en regresar a casa. Entre líneas, sin aflojar un punto en mi hospitalidad, venía a decirles cuidadito con salir corriendo, my friends, cuidadito con agarrar la puerta y salir a escape, aaaamigo, eso es lo último, last but not least, que deberían hacer, lo más sospechoso que hay en instantes como éste. Noté cómo el primero se atirantaba. Cómo el segundo miraba fijamente a la mesa, buceando en la esperanza verde del tapete. Cómo el tercero ordenaba con afán, una y otra vez, sus billetes. Cómo el cuarto barajaba las cartas a un paso de que se le deshicieran en las manos. Los cuatro, eso sí, se sentían halagados, agradecían mis palabras y mi sentimiento de pesar, negaban a coro que Schulman hubiese jugado alguna vez con ellos, afirmaban que al judío le aburrían los naipes y coincidían en que no se iban a llevar un mal recuerdo, of course not, de Las Palmas. Pero nadie me miró a los ojos. En ningún momento de esos siete minutos, contados de reloj.

He leído y escuchado infinitas —y muy contradictorias— teorías acerca de la mirada de las personas. Sobre si los sinceros miran a la izquierda y los falsos a la derecha. Sobre si parpadean, si bizquean, si lagrimean, si se rascan o si les

sobreviene un tic nervioso. Sobre si el mentiroso utiliza menos gestos como si temiera delatarse. Le llaman, creo, la mirada Clinton. Y lo único que sé con certeza es que, cuando alguien se siente incómodo, sea asesino en serie o la madre Teresa de Calcuta, evita mirar de frente. Y con ello comienza a cometer errores. Y te deja a ti la iniciativa. Y esa noche, Orson, Peter, Teobaldo y Mijail eran la incomodidad hecha cuarteto de Nueva York.

Las primeras manos fueron de tanteo. Sin apuestas fuertes. Sin faroles. Nos limitamos todos a dejar que el tiempo corriera y que ganara el que mejores cartas llevase. Noté que me estaban probando. Se conocían bien entre ellos. Cuando juegas al póquer siempre contra los mismos oponentes, resulta que al final nadie es capaz de engañar a nadie. Pero en aquella ocasión había un advenedizo. Yo. Y necesitaban un poco de tiempo para saber de qué pie cojeaba su nuevo compañero de tapete. La primera mano buena que gané, llevaba ocho, nueve, diez, jota y cinco. La escalera a dos puntas es un riesgo asumible. Ratifiqué los veinte dólares que alguien había echado al centro de la mesa. Y pedí una. Me vino la reina de corazones. Cómo no invocar a Juliette Legrand. Cómo no creer en la diosa fortuna. Sí. Tuve suerte. Dos veces. Una por mi escalera. Otra por la del ruso, que sólo llegaba al nueve. La escalera de Todorov tenía tres peldaños menos que la mía pero su fanfarronería llegaba al cielo del techo. Subió la apuesta. Acabó por echar a los otros. Nos quedamos los dos. Cara a cara. Pistoleros del azar. Mijail sonreía. Sus dientes blancos resaltaban bajo la luz azul del salón Senator. Su confianza suprema llegó a hacerme dudar. Incluso cerré mi abanico de cartas con intención de rendirlas. Pero en ese instante, el instante finísimo que divide la verdad del engaño, el sueño del desvelo, la vida de la muerte, recelé de sus ojos. Fue un leve guiño, un simple parpadeo a destiempo lo que me decidió a aceptar su envite, ¿cincuenta dólares? Y a doblar su apuesta, ¡que sean cien! Mijail sonreía. Pero con una sonrisa oblicua. Ya no había dientes centelleantes tras la cortina de humo de los cigarros. Los hermanos Vaughan, líbreme Dios de mis amigos que de mis enemigos ya me libro yo, lo espolearon a gritos, al más puro estilo norteamericano, come on, Mike, come on, it's just a swank. Y yo, con la mirada, al modo socarrón heredado de los Arteaga, eso, vamos, Miguel, di que sí, m'ijo, vamos, Miguelito Strogoff, correo del zar de pacotilla, atrévete, que sólo es un farol. Y entre todos lo matamos y él solito se murió.

A partir de entonces, el tablero se dividió en dos bandos: en uno, los hermanos y el percusionista ruso; en otro, Teobaldo Mesa —acaso interpelado por un afecto telúrico, una suerte de reclamo de madre patria— y yo. Teobaldo no lo hacía por tenerme contento. Por congraciarse con lo que ellos creían un policía. Qué va. Pas du tout, como diría Juliette. Era mucho más simple. Lo hacía por diversión. Por joder no más. Le gustaba reírse hasta de su sombra. Y cuatro contra

uno no tenía maldita gracia. Así que, igual que los borrachos de la cafetería, acabó por tenerme aprecio y ponerse de mi parte. Eso sí, el cabrón de él me hizo pagar fielato. Me levantó dos manos ganadoras. Con un trío de reyes frente a uno de jotas. Y un full de ochos contra una escalera máxima, que a punto estuvo de desperrarme. Me levantó dos manos. Pero sin perder la sonrisa. Sin el resentimiento del que hacían gala los otros tres cada vez que ganaban.

A las cinco de la mañana acordamos hacer un descanso. Para ir al retrete. Y de paso sobornar al viejo Melgar de que nos abriera el bar. Aunque fuera media hora. Veinte minutos nos sobraban. Vicente se excusó. No podía hacer eso. Su puesto peligraba. Bastante había cedido con abrirnos el salón Senator. No quisiéramos saber la bronca que iban a meterle las mujeres de la limpieza al día siguiente. Qué al día siguiente. Dentro de un rato. Entraban a las siete. Pero había un veinticuatro horas a dos manzanas del hotel. Allí podríamos repostar. Él nos indicaría el camino. Echamos a suertes quién iría a por las bebidas y por el hielo. Las dos cartas más bajas. Mi dos de picas y el cuatro de tréboles de Peter Vaughan decidieron por nosotros. A Peter no pareció gustarle mucho pero no dijo nada. Vendimió el dinero e hizo una lista de lo que íbamos a beber, mayoritariamente whisky.

Nos abrigamos y salimos a la calle. Durante el trayecto, aproveché para negar de nuevo la mayor. Yo no era policía. Simplemente trabajaba para el consulado. No entendía por qué nadie me creía. En un inglés con briznas de lenguaje de sordos —me transformé en Marcel Marceau por un rato—, le conté una historia combinada de verdades a medias. Era cierto que había sido detective. Verdad. Pero en Canarias eso no era negocio. Mentira. Aquello no era Nueva York. Verdad. Me había hartado de espiar a maridos engañadores, a políticos corruptos, a hombres de negocio sin escrúpulos. Mentira.

Ahora me limitaba a hacer de chófer, de dama de compañía. Driving Miss Daisy? Eso mismo. Paseando a Miss Daisy. Sólo que en vez de hacer de escolta de una vieja maniática, a mí me había tocado una orquesta de desconfiados. Pero mi trabajo no era buscar culpables, sino evitar nuevas víctimas. No me importaba quién había matado al violinista. Sólo pretendía que no muriera nadie más. Seguro. Él tenía que creerme. Lo reté a que me diera una sola prueba de que no decía la verdad. Que me dijera una sola pregunta que yo hubiese hecho en las últimas treinta horas. ¿En el jetfoil? ¿En la piscina del hotel? Caramba, cómo volaban las noticias. Creía que el aire era mal conductor de la electricidad. Y, sin embargo, la murmuración los había electrificado a todos. Panda de cotillas. Pero no, amigo. La cosa no había sido así. El asunto era al revés. Habían sido el Indio Ruiz y Bernie Carpenter quienes se habían soltado a hablar por los codos. Uno quería olvidarse del viaje en barco y el mar picado. El otro, presumir delante de una muchachita

guapa. A mí que me registraran. Yo sólo pasaba por allí. ¿Y la Legrand? Ah, claro. La Legrand. Me olvidaba de ella. Eso era otra cosa. A mí me gustaba la chica. Aún me seguía gustando. No me podían culpar. Era una mujer más que bonita. Con unos ojos tristes que invitaban a la revelación. Pero —e iba a quebrar una norma de caballeros— Juliette y yo no habíamos hablado del caso Schulman. Por supuesto que no. Cómo iba yo a perder un solo segundo de mi tiempo, mientras almorzaba con una mujer tan viva como ella, en hablar de un hombre muerto. No señor. Hablamos de nosotros. De nosotros. ¿Sabía Peter que Juliette no era francesa sino canadiense? ¿No? Pues lo era. De Quebec. Bueno, de una ciudad cercana a Quebec.

Ni el cansancio. Ni las copas. Ni la luna. Ni el coraje que puse en mi defensa. Nada de eso me sirvió para convencer a Peter de que era de fiar. No me preocupé en exceso. De cualquier forma parecía improbable que aquellos cuatro hubiesen tenido algo que ver con la muerte de Schulman. Demasiado ocupados con sus cartas, con sus bromas, con su whisky y sus noches en vela. Habían tenido la oportunidad como el resto de músicos. Y su coartada era tan resbaladiza como la de los demás. Pero faltaba el móvil. La competencia artística era ilusoria: Aaron, madera y cuerda; los otros, metal y viento. La rivalidad racial, difícil de demostrar: un judío era tan minoría como dos negros, un ruso y un portorriqueño. Las deudas de juego, impensables: Aaron, por lo que dijeron y yo creí, detestaba jugar. Así que acabamos la noche y las dos botellas de Jameson sin más sobresaltos que una apuesta fratricida entre los Vaughan de la que salió vencedor Orson. Hasta que llegaron las de la limpieza y nos corrieron a escobazos.

La claridad del día nos recibió en la terraza. Un cielo gris amenazaba darle la razón al conserje. Iba a hacer un día de perros. Entramos en el vestíbulo justo para ser testigos del cambio de guardia. El viejo, vestido de calle, traje oscuro y camisa celeste, estaba dejándole instrucciones a una muchachilla, dispuesta y ágil, aunque con ojos legañosos todavía. Vio entrar a los cuatro de Nueva York y los siguió con la mirada hasta el ascensor. Luego, incapaz de reprimir un silbido de admiración, se dirigió a mí, bendita juventud, qué aguante tiene, ¿cómo ha ido eso?, espero que no haya perdido usted mucho, al menos veo que los pantalones aún los lleva en su sitio, je, si quiere descansar algo, tendrá que darse prisa. La chica no perdió detalle de la arenga. Me observaba con ojos indagadores. Intentaba averiguar si yo era un bohemio interesante o sólo un degenerado con una trompa como un piano. Le resolví la duda preguntándole al viejo dónde se desayunaba allí, porque, verás, señor Melgar, a mí es que, una vez que pierdo el sueño, me entra el hambre, y ya no tiene mucho sentido acostarme, total, son dos horas, prefiero quedarme así, que luego me despierto de mal humor y me paso todo el día rezongando. Fue ella la que me respondió, todo el encanto desliado en sus legañas, tiene usted que cruzar este pasillo y a la izquierda del ascensor encuentra el restaurante, acaban de

abrirlo. Me acerqué al viejo y me lo llevé a un lado del mostrador, gracias por todo, caballero, y disculpe las molestias que le hemos causado con la timba, estos norteamericanos ya se sabe, son unos escandalosos, espero que no se hayan quejado los demás clientes. Melgar miró el billete que deslicé en su mano con la excusa de la despedida, pero hombre, no tiene que molestarse. Y yo, con un guiño, no es molestia, don Vicente, es agradecimiento, me ha dado usted suerte, tanta que pienso recomendarles este hotel a mis amigos, les diré que de día no tiene mucha gracia, pero de noche mejora considerablemente.

En el salón comedor sólo encontré a Katherine y a Henry. En una mesa apartada. Dando cuenta de un señor desayuno. Al parecer, no habíamos progresado nada. Ella seguía leyendo, mientras comía, su novela romántica. Él, entre sorbo y sorbo de zumo de naranja, continuaba con el mismo periódico del día anterior. No se hablaban. Apenas se miraban. Ni siquiera después de dormir ocho horas tenían algo que contarse. Ni un mísero sueño. Sentí lástima. Sobre todo por Katherine. Que se habría secado al lado de aquel tipo. Que habría extraviado la risa. Perdido los mejores años de su vida, junto a un hombre que creía que bastante había hecho con cubrirla de lujos. Un hombre que sofocaba su culpa llevándola de viaje. Un hombre obsesionado con las páginas ocreas de la bolsa. Un hombre que, en aquel instante, se levantaba de la mesa y se acercaba al mostrador y volvía a servirse naranjada y regresaba al lado de su mujer y le acariciaba juguetonamente la nuca y la besaba, con ternura, en los labios y le rozaba, con mimo, las mejillas y se sacaba de la chistera de su bolsillo un conejo en forma de paquetito envuelto con un lazo de papel de plata y le decía, en un inglés radiante y diáfano, para que el cotilla que estaba sentado en la mesa contigua, o sea yo, lo entendiese, un Happy anniversary, my dear, I love you so much que se quedó flotando en la mañana del último domingo de enero de aquel año.

Me sentí avergonzado. No porque me hubiesen cogido en un renuncio, espiándolos como un vulgar voyeur. Me sentí avergonzado por haberles inventado una historia desdichada y amarga, cuando en realidad estaba ante una pareja afortunada que aún disfrutaba celebrando sus bodas de oro. Me sentí avergonzado por haberme dejado llevar por el pesimismo, algo habitual en un oficio como el mío. Me sentí avergonzado por haberme dejado llevar por la primera impresión, algo imperdonable en un oficio como el mío. Me sentí avergonzado por un oficio como el mío. Por no haber comprendido aquella historia de amor que, entonces, se resumió en la dulce mirada de Katherine a Henry —a mí nadie me miraría así aunque viviese cien años—, en la mano honesta y delgadísima de ella sobre la de él, en la cara de complicidad de ambos. Me sentí avergonzado. Un imbécil como la copa de un pino. Pero, sobre todo, me sentí el hombre más solo de la Tierra, allí, en aquel salón casi desierto, con mi café y mi tostada y mi cara de tonto sin dormir.

Cantata para dos voces

Aún me dolía el recuerdo de la escena de amor con imbécil al fondo cuando nos llamaron para embarcar. Cansado, afligido, por unas horas decidí olvidar para qué estaba allí. Busqué un lugar en la popa del barco. Cerca de los equipajes. Lejos de los músicos. Rehuí la cercanía de los demás. Evité mirarlos a la cara no fuera que a alguno le diera por sentirse aludido y se viera obligado a darme conversación. Coloqué mi bolsa en el estante. Me hundí en el último asiento del pasillo con la esperanza de que zarpásemos pronto, antes de que nadie cayese en la cuenta del sitio libre que quedaba junto a mí, en la ventana. Cerré los ojos. Puse todos mis sentidos en ese deseo. Me concentré. Hice fuerza. Pero el conjuro vino a descalabrarse, aun antes de que el jetfoil largara amarras. Uno a uno. Los cinco sentidos se me desordenaron. Primero fue el olfato. Un olor almizclado de sándalo y vainilla vino a perturbar mi concentración. Luego, cuando el roto ya estaba hecho, supe que se trataba de Lou Lou de Cacharel, el perfume que ella usaba a diario. Abrí los ojos buscando el origen de esa sensualidad disparatada y se me nubló la vista: una muchacha andaba trajinando con su equipaje en el anaquel sobre mi cabeza. No podía verle la cara. Llevaba un pantalón vaquero apuntalado en el horizonte de sus caderas y, como estaba de puntillas para poder encajar su maleta en el estante, a la chica se le escapó un brevísimo tatuaje que lucía en la espalda, peligrosamente cerca de la nalga derecha. Una rosa azul.

El resto del estropicio fue culpa de un brusco capitán. O de un tiempo chinchoso de invierno. O de una marea embravecida. El caso es que, al separarse de la bahía, la embarcación dio un respingo nervioso. La muchacha, aún de puntillas y desprevenida, trastabilló. E hizo lo que cualquiera en su lugar: soltó la maleta y buscó sujeción en lo primero que encontró a mano. Y lo primero que encontró a mano, a qué negarlo, fui yo. No tuve reflejos para detener su empuje, con lo que Juliette Legrand acabó, por primera vez en aquella historia, enteramente en mis brazos. Y, entonces, el olor del sándalo y la visión de la rosa tatuada se compincharon con el tacto sedoso de su piel, con el sonido de su voz balsámica, oh, comme j'suis bête, excusez-moi, Ricard, y hasta con el sabor de su cabello húmedo enredándose en mí, negándome el aire, ahogándome. La Legrand había elegido el peor momento de ese fin de semana para desparramar su ingenua e involuntaria

seducción. No estaba el horno para bollos. Y ella lo comprendió en seguida porque, después de disculparse, hizo un intento de buscar otro asiento más adelante. Sin embargo, algo —¿la tristeza que me había tupido el alma durante el desayuno?— me hizo detenerla. Aceptar sus disculpas. Disculparme a mi vez. Invitarla a compartir viaje en el sillón de la ventana.

Antes le aclaré el motivo de mis ojeras y de mi cansancio. Nada tenía que ver ella ni con su tropiezo. Ocurría que no estaba acostumbrado a trasnochar. Ni a beber tanto. Ni a jugar al póquer con sus amigos tahúres. ¿No había dormido? Ni un minuto. Le había ahorrado a la camarera del hotel hacer mi cama. Ya dormiría un rato por la tarde. En casa. Podríamos charlar hasta llegar al puerto de Las Palmas. Aunque, eso sí, Juliette debía entender que no estuviese igual de animoso que la tarde anterior. Le tocaba a ella hablar y a mí escucharla. ¿Hablar de qué? Podía empezar por enderezarme los sentidos. Por contarme la historia de su rosa azul. Por explicarme la causa de que siempre oliera igual de bien, pero siempre distinto. Por enseñarme a pronunciar francés, aunque fuese francés del Canadá. Sería un placer. Un auténtico placer.

El resto del trayecto, la Legrand aprovechó para confesarme un defecto, un vicio, una manía. Utilizó todos los términos y no quedó satisfecha con ninguno. Era, tal vez, una conjunción de todos ellos. Se trataba del perfume. O, mejor, de los perfumes. Porque Juliette usaba tantos que debía pagar sobrepeso en las aduanas. No pude evitar el recuerdo de otro caso. El de unos siniestros crímenes que tenían que ver con una página de contactos del periódico. La principal sospechosa me guió con aspereza —le faltó poco para abrirme la cabeza con un bastón con empuñadura de bronce— hasta la solución a través de su olor, un olor a madera penetrante que resultó ser Opium, qué profético nombre. Si habría sido Juliette, con ese despropósito de aromas, me hubiese sido imposible resolver aquella investigación. Pero Juliette tenía una buena excusa para variar de perfume. Tenía que ver con su estado de ánimo, cambiante y movedizo. Cada momento precisaba de su olor. Cada deseo. Cada actitud. Cada situación. Requerían una maniobra distinta. Hablaba no como una muchacha de veintisiete años, sino como el avezado estratega de una banda de pistoleros de Chicago.

Entonces, en el barco, esa mañana, llevaba Lou Lou. Un homenaje a la flor de Tiaré. Su olor de andar por casa. El de todos los días. ¿Y ayer? Ayer había sido Chanel. Ella la llamaba Cocó, como si hubiesen sido destetadas juntas. Una fragancia ambarina. Jasmín de Indias. Mimosa. Azahar. Angélica francesa. Parecía la receta de un afrodisíaco. Yo empezaba a dudar de que la canadiense fuera tan inocente como aparentaba. Sobre todo cuando lanzó una hipótesis curiosa. Una proposición. Una sugerencia. Una oferta —¿por qué me seguiría sonando tanto a película de gánsteres?— que yo no iba a poder rechazar. Si una noche —por

ejemplo, esa noche de domingo—, salía a cenar con un caballero —sin ir más lejos, yo—, sería tiempo de Dior. Hipnotic Poison. ¿Veneno? Almendra amarga. ¡Y tanto que veneno! Emboscado con musgo y palo de jacaranda, sí. Pero veneno al fin. A mí sólo me quedaba una pregunta por hacer: ¿le iba bien a las diez? Perfecto. Las diez era buena hora.

No iba a ser un domingo cualquiera. Poca fiesta de guardar y sí mucho trajín para tan sólo doce horas que le quedaban al día. Tres citas de una misma tacada: a mediodía con Colacho, a la tarde con Álvarez, a la noche con Juliette Legrand. Me despedí de ella y de los otros músicos, mientras esperaban a que los recogiera la guagua de la organización. Tomé un taxi. Pasé por casa a dejar el equipaje y lavarme la cara. Llamé a mi abuelo. Para quedar con él en un bar de pescadores de la playa. Lo encontré como siempre, con su humor socarrón de viejo isletero, ¿a una tasca vas a llevarme?, ¿poca hambre o pocas perras?, si es por hambre, está bien, si es por perras, yo te invito, m'ijo, que no se diga que los Arteaga somos una panda de rácanos. Le expliqué lo de mi mala noche y lo de mi entrevista con el inspector. No dije nada sobre mi compromiso con Juliette. Mi intención —luego, el vino se encargaría de demolerla— era obviar esa parte de la historia. No tenía ganas de explicar al viejo a qué venía esa repentina afición por la música clásica ni cómo había olvidado tan pronto a Malena, mi última novia. Él no entendía de esos cambios de tercio. Cuando se enteraba de que alguien salía con más de una chica a un tiempo, solía recurrir a un refranero muy particular: «¿Para qué quieres dos mujeres, si sólo tienes una cuca?».

Ya me estaba aguardando en una mesa ante unas aceitunas y un vaso de vino, y, Ricardo, si tardas diez minutos más, me pido mi samita sancochada, carajo, que casi no llegas. Tenía puestos una guayabera destintada, unos calzones rucios y unas alpargatas abiertas que dejaban escapar sus dedos enjutos. Colacho Arteaga no entendía de galas. Vestía siempre igual. Cuando trabajaba en sus barcasas se quitaba la guayabera y las cholas. Cuando, acabada la tarea, salía a comer, volvía a ponérselas y ya estaba adecentado. Jamás lo había visto con una chaqueta o unos pantalones de vestir. Cada cumpleaños me esmeraba en regalarle ropa. Y, de un modo invariable, cada cumpleaños miraba mi regalo, me decía «¿p'a qué te has molestado?» y lo guardaba en el ropero. A lo único que se aficionó fue a unas gafas de sol que le compré dos años atrás. Ese domingo las lucía como signo de distinción. Sin importarle lo incongruente que podía resultar con el resto de la vestimenta. No hice caso a sus quejas, mira que eres exagerado, Colacho, fue colgarte el teléfono y buscar un taxi, no puedes llevar más de cinco minutos aquí. Y él, con la mala leche que le nace cuando tiene hambre, ¿cinco minutos?, cinco minutos son un ratito cuando se tiene tu edad, a la mía es una eternidad, ¿tú qué

vas a comer? Y yo, tomando resuello, un segundo sigue siendo un segundo a mi edad y a la tuya, ¿no?, pues déjame un segundo para ver la carta, desesperado. Y él, mirándome por encima de las gafas, tú verás, pero aquí lo único que saben hacer es el pescado, al pulpo ni lo regañan, la carne es chiclosa y la paella sabe a plástico, hazle caso a este viejo y comparte conmigo una buena sama y una botella de vino. Y yo, cautivo y desarmado, como el famoso ejército, está bien, está bien, déjame que llame al camarero. Y él, enseñando su sonrisa libre y triunfante, no hace falta, ya lo había imaginado, tú no tienes maldito carácter, m'ijo, yo pedí por los dos, ¿ves?, aquí llega el vino, bueno, óyeme, ¿cómo llevas lo del asunto del músico?

No había mucho que contar sobre el asunto del músico. Los escritores y los guionistas de cine suelen cubrirse las espaldas presentándonos víctimas llenas de recovecos, hombres y mujeres a quienes todo el mundo quiere ver muertos, cuyos enemigos hacen cola en su puerta para acabar con ellos. Eso anima el cotarro. Mantiene atentos a los lectores y a los espectadores. Desde la primera escena cada cual escoge a su sospechoso. Pero, por lo que se sabía hasta entonces, Aaron Schulman era un hombre normal. Sí. De acuerdo. Un genio del violín. Pero vivía entre genios del violín y del arpa y del clarinete y de la trompeta. Uno más de la orquesta. Y tigre no come tigre. Ninguno ganaba nada con su muerte. Yo los había visto y oído tocar. Los únicos que podían beneficiarse eran los demás violinistas. Sobre todo Victor Laws, el sucesor, a quien por cierto aún no conocía. Pero eso no encajaba en ningún rompecabezas. Nadie mata a un colega sólo para rodarse un puesto en el escenario. Ni siquiera por un puesto de tanta ralea. Ésa es una apuesta demasiado alta para una ganancia tan triste.

¿Asuntos de faldas? No se le conocía historia alguna. Al menos, no con integrantes de la Filarmónica. ¿Prohibido? Tampoco. Hasta donde yo sabía, no había tal prohibición. Pero no tendría sentido. Esos músicos están mucho tiempo juntos. Se pasan la vida viajando. Por medio mundo. Comparten aviones, aeropuertos, hoteles. O lo que es lo mismo: miedos, esperas y habitaciones solitarias. Lo lógico es que acaben intimando. Ni siquiera los norteamericanos, tan desabridos y puritanos, podrían inventarse una norma tan absurda. Seguro que hay algún matrimonio entre ellos. Igual hasta tienen hijos que estudian música. Pequeños genios. Sangre nueva para la orquesta. No. La respuesta debía de estar fuera del escenario. Pero en dos días era imposible descubrirlo.

Para mi abuelo aquello no podía ser tan difícil. Bastaba con mirar a la cara a un tipo para saber si tenía algo que esconder. Como él no tenía dobleces pensaba que los demás estábamos cortados por el mismo patrón. Yo le expliqué que sí pero que no, que era admisible que todos tuviésemos algo que esconder en la vida y se nos notase en la cara pero que, a lo mejor, era un pasado de alcohólico o un hijo

secreto en alguna parte o unos padres de quienes renegar. De eso a tener un muerto en el armario de la conciencia va un abismo. No era fácil. Claro que también podríamos haber usado algún apaño casero. Como el de los siete guisantes, que dicen que es la forma más eficaz de conocer a un malvado. Me los hubiese colocado entre el dedo índice y el corazón y me hubiese pasado una tarde entera estrechándoles las manos a los músicos. Aquellos a quienes se les cayeran los guisantes pasarían a engrosar la nómina de sospechosos. Los otros quedarían exentos de toda culpa. ¿Antipáticos? Pues claro que algunos me cayeron antipáticos. Bueno fuera. Son sesenta. No me iban a caer bien todos. Eso hubiera sido antihigiénico. Pero la antipatía, hasta la fecha, no es delito.

Colacho dio cuenta de su mitad de sama con apetito. Lentamente. Sin premura. Para atender mejor a mis impresiones acerca del crimen del violinista, dejaba los cubiertos apoyados en el borde del plato. A veces se quedaba con la copa de vino en el aire como si no quisiera que ningún movimiento lo desconcertase. Luego, ladeaba la cabeza como los perros listos. Y parecía guardarse un pensamiento. Hay personas que han nacido para hablar. Que tienen el don de la palabra. Que, vayan a donde vayan, no pierden jamás el desparpajo y la locuacidad. Son envidiables. Pero hay quienes nacieron para escuchar. Que tienen el don del silencio. Que poseen una mirada bálsamo que invita a la revelación. Y éstos son imprescindibles. Mi abuelo sabía escuchar. Por eso tantas veces requería de su conversación. Cada vez que algún caso se me atoraba, iba a buscarlo, casi instintivamente, a su rincón de la playa. No porque el viejo pudiera darme alguna pista —en la mayoría de las ocasiones ni siquiera sabía de qué le estaba hablando—, sino porque yo podía oírme los pensamientos en alto. Y la cosa cambia. Cuando una idea sale a la luz, cuando la agarras y la pones sobre la mesa, de inmediato se ve de otra manera. Cobra forma, distancia, color, fuerza. Hasta ese momento, no le había contado nada nuevo. Me había limitado a repasar mis notas. A exponerle mis sensaciones. La tristeza en los rostros de los músicos. El nerviosismo cada vez que se acercaban a mí. La solemne destreza con la que habían ejecutado su concierto. La aparente inocencia que había en su rutina. Y también la partida de póquer. Y el descubrimiento de Vicente Melgar, un recepcionista con quien seguro él hubiese hecho buena pella. Y, puestos a confesar pecados veniales, le conté toda la conversación con Juliette Legrand, la mujer tatuada, la rosa azul de Trois Rivières, Canadá.

Cuando acabó su almuerzo, me propuso una caminata por la avenida. Para bajar la sama. Enfilamos el paseo de la playa, lleno a esa hora, rumbo a la Peña de la Vieja. Mi abuelo no era un hombre goloso. Una constante actividad y una dieta anclada en el refranero —desayuno de rey, almuerzo de príncipe y cena de mendigo—, lo mantenían delgado y correoso. Por eso, decía, podía permitirse

alguna licencia de vez en vez, alguna pequeña debilidad de carácter. Y su debilidad era, desde que yo lo conocía, las delicias de Peña de la Vieja, unos bombones de chocolate rellenos de helado. Por el camino, mientras se relamía con el bombón de piña que lo aguardaba, mi hombre quiso saber más acerca de Juliette. Esperaba ese desvelo. No era el primero. Ni iba a ser el último. Colacho desconfiaba de mi instinto para con las mujeres. Sobre todo desde el caso de Toñuco Camember, un pijo al que encontraron en su despacho con un tiro en la cabeza. La muchacha que me contrató, María Arancha Manrique, la prometida del pijo, resultó tener más rincones que un palacio medieval. Y descubrirlos me costó más de un disgusto. A partir de entonces, cada mujer con la que me relacionaba constituía, para él, una amenaza. Quería saberlo todo sobre ellas. Las miraba con lupa. Intenté sujetarle la preocupación, a cuenta de qué iba una viola canadiense a cruzar el mapamundi de arriba abajo para jeringarle la vida a un pobre detective de provincias. Pero al viejo no le inquietaba ella sino los que la rodeaban, si esa mujer es como me la has descrito, Ricardillo, ha de haber más de uno dispuesto a litigar por su cariño, si vas a invitarla a cenar esta noche, recuerda que el último que se interesó por ella está ahora en una camilla del depósito, ¿vas a ver a Álvarez?, pues coméntaselo por si puede ponerte custodia.

—¿Qué dices, Colacho? ¿Cómo voy a ir a una cena privada con guardaespaldas? Ni que fuera el príncipe.

—Hazle caso a este viejo, que sabe lo que se dice. Dile a Álvarez que mande a alguien discreto.

—¿Discreto? ¿Un hombre de Álvarez? Ja. Además, qué clase de detective sería si tuviese que recurrir a escolta policial para investigar un caso.

—Ellos recurrieron a ti.

—Eso es distinto. Los cazadores necesitan al hurón para aventar las piezas. Pero el hurón ha de buscarse la vida por su cuenta.

—Peor me lo pones, m'ijo. Si ha de perderse una bala, acabarán sacándola del culo del hurón.

Esa conversación habría de recordarla días más tarde, cuando el asunto Schulman se complicó. Entonces no lo sabía —y, desde luego, me sirvió de bien poco—, pero el viejo había acertado en la diana. Al menos en una de las dianas de aquella historia.

Nos fuimos a sentar en un banco de piedra del paseo para que Colacho se acabara a gusto sus delicias de piña. En el cuarto de hora que estuvimos allí, no paró de saludar a la gente del paseo. Y, curiosamente, todos los saludados llevaban a la espalda historias sombrías, cojeras producidas por un tiro fortuito, heridas de

una reyerta con la policía en otros tiempos menos democráticos, navajazos perdidos a la luz de la luna. Esa tarde tocaba atosigarme con peligros infinitos. Otras veces la cosa iba de amores retorcidos. Era lo que tenía una conversación profunda con mi abuelo. Para refrendar sus argumentos, cualesquiera que fuesen, siempre echaba mano de una anécdota ajena, bastante más difícil de rastrear que una propia, ¿ves a ese que me acaba de saludar?, pues ese pobre podría haber sido lo que se hubiese propuesto, pero se le cruzó una mujer ambiciosa y lo perdió. Además, nadie podría acusar a Colacho Arteaga de machista. El viejo no hacía distingos en cuanto a sexo, ¿te fijaste en esa señora que acaba de pasar?, tenías que haberla visto hace treinta años, carajo, una de las mujeres más impresionantes que ha parido madre: culta, distinguida, bella, con sus ojos enormes y sus andares de gacela; pues se vino a enamorar de un tarambana sin oficio ni beneficio y ha acabado sus días paseando al perro y viviendo de prestado en casa de una sobrina.

—Disecando al gato cuando se les muere...

—¿Qué dices?

—Me acordaba de un libro que nos obligaron a leer en el instituto. Un libro triste y crudo que ninguno de nosotros llegó a entender del todo. Seguramente porque ninguno de nosotros sabía nada de la vida aún. Lo que más me impactó de la historia era esa frase. La usaba un personaje para ilustrar la soledad de los viejos. Y yo pensaba en ti, Colacho. Era la época en que venía a espiarte.

—La recuerdo. Eras muy mal espía. Pero no entiendo a qué venía pensar en mí. Entonces no era viejo ni estaba solo.

—Tú no pero yo sí.

Antes de despedirme le prometí a mi abuelo que llevaría cuidado y que me acercaría a saludarlo al día siguiente. Pero no todas las promesas se cumplen. La agencia consular de Estados Unidos no estaba lejos de allí. Quince minutos después de la conversación de Las Canteras llegué al lugar de la reunión. Una calle sinuosa y desierta. Un edificio colonial. Restaurado con gusto. Regio. Color canela. De dos plantas. Un pequeño jardín a la entrada. Una verja de hierro repujado. Cerrada. Imaginé que los fines de semana no trabajarían. Al menos no de cara al público. Pulsé un timbre que había en la pared, un artilugio metálico y moderno, de esos que llevan incorporada una cámara discordante del resto de la edificación. Contestó una voz masculina. Santo y seña. Pronuncié mi nombre despacio, paladeando las «erres». Enseñé la credencial a la cámara. Me abrieron la verja. Me indicaron —sonó más a una orden que a un ruego— que volviera a cerrarla detrás de mí. Enfrente, se encontraba un enorme portalón de madera pulida, al que se llegaba rodeando una fuente de piedra sin agua de la que el moho y la hierba se

habían adueñado. Antes de que pudiese llegar, una de las pestañas del portalón se abrió. El edificio me guiñaba el ojo. Subí los cuatro escalones. Crucé el umbral. Con más cautela de lo que me hubiese gustado reconocer. En el pasillo central se apostaban dos tipos, inmensos, de uniforme. Uno a cada lado. El de la izquierda era un hombretón negro, de cara cuadrada y mirada fiera. Su calva pulida resaltaba bajo la luz del corredor. Al de la derecha lo reconocí en seguida. Era el armario rubio que había visto en el depósito de cadáveres la noche en que había ido a inspeccionar a Schulman. Aquello había sucedido cuarentay ocho horas antes, y, sin embargo, parecía haber transcurrido una eternidad desde entonces.

Entré allí con una sensación extraña. Casi infantil. La misma que tenía cuando, en el colegio, nos tocaba pagar una pena. Si perdías una apuesta. Si no tenías boliches para saldar una deuda. Si no te dejabas copiar en un examen. Te tocaba castigo. Te ponían en el extremo de un pasillo larguísimo repleto de compañeros a ambos lados. Sabíamos lo que nos esperaba. Una tanda de capones y trompadas. No valía dar patadas. Eso era de salvajes. Nosotros no éramos salvajes. Éramos caballeros del sur. Cuando nos tocaba pagar peaje, cerrábamos los ojos como si aquel gesto pudiese encoger el dolor. Y echábamos a andar. Deprisa. Pero sin correr. El orgullo nos lo impedía. Teníamos que cumplir el castigo como hombres. Si alguno se hacía el listillo y aceleraba el paso, corría el riesgo de que le echaran un traspie y lo botaran al suelo. Entonces la había jeringado. Porque en el suelo no podían capotearte. Claro. Pero sí patearte. Y si tú habías sido tan cobarde como para correr, los demás olvidaban lo de hombres y lo de caballeros del sur y te freían a patadas. Esa tarde de domingo regurgité una de aquellas capoteadas. Sin perder de vista a los dos soldados, crucé —deprisa, pero sin correr; caballero del sur hasta el final— los diez metros de pasillo que me llevaban a la salvación, una puerta a la derecha donde me esperaban el inspector Álvarez y Gustavo Seco, el secretario del consulado norteamericano.

Gustavo Seco era un tipo bajo y ancho. De frente despejada. Hasta el fondo de la coronilla. Con una pinta de funcionario que tiraba de culo. Oriundo de San Antonio, Texas. De abuelos canarios. Indianos. De los que emigraron a hacer fortuna cuando la posguerra. Hablaba un castellano perlado de modismos que recordaba mucho a los doblajes de las viejas películas norteamericanas, qué bueno que viniste, qué bien luces esta mañana, y así todo el rato. Parecía buena gente. Sólo tenía una pega: el buen hombre no hacía sino sudar. Un defecto intranquilizador para alguien cuyo trabajo consistía, precisamente, en tranquilizarte. Su despacho estaba lleno de ventiladores y artilugios de aire acondicionado. Sin embargo, no podía ocultar los estragos de la resudación: llevaba la espalda y las axilas de un tono más ambarino que el de su camisa amarilla, su frente brillaba como la calva del soldado del pasillo, y sus manos

estaban pegajosas. Tal vez por eso su saludo fue parco. En seguida lo retiró y comenzó a disimular con una charla insípida de político de carrera, ¿qué tal le ha ido ese viaje, señor Blanco?, espero que haya sido de su agrado, ¿desea tomar algo?, ¿un refresco tal vez?, ¿cerveza? Le seguí la corriente para no hurgar en su mortificación, si tiene usted café, lo prefiero, gracias.

Seco apretó un diminuto botón que había sobre su mesa y pidió que trajeran la bebida. Álvarez se mantuvo en un segundo plano. Disfrutando de la escena. Quizá esperaba que yo hiciera más sangre del azoramiento del secretario. Si así fue, se quedó con la magua. Estaba yo demasiado cansado para andar con ruindades. Me senté en una de las sillas de cuero situadas frente al escritorio. El inspector me imitó. Y Seco tomó asiento en su sillón, dándole la espalda a un hermoso balcón en el que podían verse algunas macetas con geranios. El secretario observó mi interés por la decoración y dijo algo sobre la suerte de trabajar en una isla con ese cielo y ese clima. Y en la mejor pieza del edificio. El cónsul Robert Quinland, por lo que pude leer entre líneas, pasaba poco tiempo en Las Palmas: vivía en una casa en el campo, cerca de Santa Brígida, y viajaba casi todo el año. Además, cuando iba por allí, no le importaba trabajar en otro despacho menos luminoso. Al contrario, por alguna razón que no pudo —o no quiso— explicar, lo prefería.

Mientras hablaba Seco, un muchacho entró con una bandeja, una cafetera y unas tazas. Las dejó en una esquina de la mesa y se retiró. El siguiente cuarto de hora lo pase haciendo inventario de lo que había averiguado. Me hubiese bastado con menos pero me entretuve en detalles que justificaran mi sueldo. Omití, desde luego, mi almuerzo con Juliette. No así el viaje de ida en el jetfoil junto al Indio Ruiz. Ni la partida de póquer con el cuarteto de Nueva York. Ni la conversación con el pistoso de Carpenter en la piscina del hotel Mencey. La conclusión, no obstante, era muy simple: necesitaba tiempo. La primera impresión hablaba de lo poco probable que era que uno de los músicos tuviese que ver con el asesinato. Dije «poco probable». «Imposible» no hay nada bajo el cielo. Ni siquiera bajo ese cielo lúcido de Las Palmas que, ahora sí, se veía desde los ventanales. La verdad era que la mayor parte de aquellos tipos me resultaban extraños. Pero esa apreciación no debía confundirlos. No desconfiaba de ellos. Simplemente me costaba entenderlos. Y mi extrañeza provenía de su estilo de vida. Ininteligible. Confuso. Algo contradictorio. Enormemente sensibles para algunas cosas y tan estrictos para otras. Embebidos en sus enmarañadas partituras y en sus arduos conciertos, parecían vivir en otro mundo. Se diría que andaban más preocupados en el estado de sus instrumentos que en el de sus propios hijos. Individuos que parecían estar siempre de paso. En hoteles de lujo. Pero de paso. Y alguien que está de paso no comete un asesinato como el de Aaron Schulman. Aunque fuera por

ahorrarse el papeleo, la incomodidad, el retraso. Se movían tan a gusto en su rutina y en su monotonía que odiarían cualquier cosa que pudiese sacarlos de ese marasmo. Álvarez y Seco convendrían conmigo en que nada hay más molesto que un crimen sin resolver.

Mi preocupación, pues, era el tiempo. Necesitaba una semana más. Para hablar con músicos, con directores, con acompañantes. Con todos los que hubiesen estado, desde el inicio de la gira, con la Filarmónica. Tras escuchar mi solicitud, sentí a Álvarez removerse en su asiento. Cruzó la pierna derecha sobre la izquierda. Se miró las manos. Comprobó el estado de sus uñas. Guardó silencio. Gustavo Seco, por su parte, tamborileó con sus dedos regordetes en el escritorio. Arrugó la nariz. Se mordió el labio inferior. Carraspeó. Tuve la convicción de que me ocultaban algo. Los miré e hice un gesto con las manos abiertas para que alguien me aclarara qué diablos me había perdido desde el viernes. El secretario agarró al vuelo mi desconcierto y, luego de darme la píldora, me reveló el misterio, señor Blanco, créame que estamos muy satisfechos con su labor, ha sido usted muy diligente, y créame también que hemos hecho todo lo posible por ganar ese tiempo que nos pide para la resolución del caso Schulman; desafortunadamente sólo tenemos día y medio de propina, sí, en efecto, día y medio; en lugar de mañana por la mañana, la Filarmónica ha consentido en marcharse el martes por la tarde, todo un detalle por su parte, ¿no le parece?; lo siento de veras, pero la orquesta, sus músicos y sus directores tienen compromisos que cumplir en otras ciudades europeas, éste no es el único festival de música de invierno; lo comprende, ¿verdad?

Claro que yo lo comprendía. Por supuesto. Faltaría más. Aquél no era el único festival de música de invierno. Sólo el único que tenía un muerto en el programa de mano. Pero eso no parecía importarles a nadie. ¿Un día y medio? ¿Qué esperaban que hiciera en treintaiséis horas? Si continuaba acechando de esa forma a los músicos acabarían por denunciarme. Por acoso. Y les asistiría toda la razón del mundo. Ninguno de ellos iba a querer hablar conmigo. De hecho, ninguno estaba obligado. Eran ciudadanos libres. Extranjeros. Invitados por el Estado español. ¿De veras quería el consulado resolver el acertijo de la muerte de Schulman o mi contratación había sido un paripé para guardar las formas? Lo comprendía. Y lo sentía también. Pero yo no podía comprometerme a seguir en el caso. No tenía sentido. En día y medio era imposible sacar algo en claro. Así se lo hice saber a Gustavo Seco. Apelé a mi sentido de la dignidad profesional. A mi sentido de la honestidad. Pero sobre todo, a mi sentido común. Les ahorraría mis honorarios de los dos siguientes días dimitiendo esa tarde de domingo. Entonces no acerté a enfocar del todo la escena que se produjo a continuación. La falta de sueño y el exceso de rabia me embotaban los sentidos. Por eso no me extrañó en

absoluto que Gustavo Seco aceptara mi dimisión sin pestañear. Y que, por suerte para el caso, olvidara pedirme el carné del consulado.

Salí del consulado con cierto sabor a vinagre en el ánimo. Dejé atrás más de un silencio. El silencio incomprensible de Seco. El silencio flemático del inspector Álvarez. El silencio marcial e imponente de los dos guardias del pasillo. Si hay algo que me revuelve las tripas es dejar algo a medias. Quedarme a mitad de camino. Renunciar a un caso una vez aceptado. En una ocasión me había ocurrido y el recuerdo aún me daba acidez. Tuvo que ver con una de mis primeras investigaciones, la que llevé a cabo sobre un sindicalista indigesto por quien nadie sentía apego. Yo tenía que seguirle la pista y averiguar qué andaba tramando. Pero, antes de que lo consiguiera, alguien se lo cargó. Su cadáver apareció flotando en las aguas del puerto. La rabia impotente que me había producido aquel caso estuvo a un palmo de hacerme abandonar mi trabajo en la agencia. Entonces, varios años después, volvía a sentir la misma desazón. Y no me gustaba nada.

No me gustaba nada. Pero, pese a todo, tenía intención de olvidarme del caso Schulman por una noche. Descansaría un par de horas, me daría una ducha y me vestiría para mi cita con Juliette. Al llegar a casa llamé al hotel para confirmar si la Legrand mantenía en pie nuestro encuentro. Entendí —por teléfono hablo el inglés aún peor que en persona— que así era. Que ella estaba esperando mi llamada. Que aguardaba a la cena. Que había almorzado apenas una ensalada y dos piezas de fruta para tener sus ganas intactas a la noche. Que le habían comunicado lo del cambio de vuelo. Que se alegraba de permanecer un día más en Las Palmas. Que esperaba que un día le bastase para conocer la ciudad con el invierno más luminoso que había visto en su vida. Que abrigaba la esperanza de que yo pudiera enseñársela de costa a costa. Todo eso entendí con mi inglés de andar en zapatillas. O tal vez no. Tal vez quise entenderlo. Tal vez Juliette Legrand sólo dijera que aceptaba la invitación a cenar porque, total, tampoco tenía nada que hacer en esa ciudad del carajo, a mil kilómetros de cualquier sitio reconocible, peor era quedarse a contar azulejos en el baño del hotel.

7

Breve encuentro

Me retrasé unos minutos. A las diez y siete estaba entrando en el vestíbulo de su

hotel. Juliette aguardaba sentada en uno de los mullidos sillones del recibidor. Leía una de las insulsas y coloreadas revistas que habitan las mesillas de todos los hoteles selectos del mundo. Más que leer, parecía pasar las páginas con desgana a la espera de que la rescataran del aburrimiento. Vestía un pantalón vaquero desteñido lleno de lentejuelas color vino. Una blusa blanca de tiros. Un pañuelo encarnado a modo de collar. Se había hecho una coleta. Estaba aún más joven de como la recordaba vestida de concierto. Quizá demasiado. Levantó la cabeza y me obsequió con una sonrisa dulce de princesa de cuento. Antes de que pudiese ofrecerle mi mano, dio un salto, se puso de puntillas y me estampó dos sonoros, sincerísimos besos. No de esos que se dejan tendidos y se pierden irremisiblemente en el vacío. Qué va. Dos besos en el centro de la cara, tan cerca de los labios que mi boca se tuvo que morder los celos. Me dijo, en su inglés cantarín, no sabía si vendrías, estaba pensando si no habría soñado la cita contigo, a veces me pasa que sueño despierta. Le respondí que no, que yo era muy real y que, en efecto, habíamos quedado a cenar a las diez. Me disculpé por los siete minutos. Me inventé una tradición: la de retrasarse, en las citas importantes, un minuto por isla. Ella la acogió con ingenua fascinación. Aproveché el buen tiempo de su ánimo para preguntarle si había probado alguna vez un arroz negro de verdad. Me respondió que no, que a quién se le ocurre tremendo sacrilegio, que el negro es un color decididamente triste para algo tan sabroso como el arroz. Vi los cielos abiertos y decidí llevarla al Anexo, el mejor restaurante arrocerero del archipiélago, nada que ver con las paellas prefabricadas para turistas. Hablábamos de arroz de verdad, de arroz del bueno, de algo fuera de serie.

Iniciamos un paseo por Las Canteras que se nos congeló. El castañeteo de dientes y, sobre todo, el arrebol de los pezones de Juliette debajo de su blusita de tiros me hicieron reconsiderar el itinerario. Hacía demasiado fresco. Mejor callejear y evitarnos el relente de la bahía a esas horas. Eso sí, perdimos la posibilidad de una luna redonda y un escenario idílico. Aunque ganamos una peregrinación de lo más pintoresca: macarras chillones mostrando sus cuellos y sus dedos enjoyados, chulos arrogantes de pelo en pecho, putas estropeadas, limosneros demacrados y sucios. Me hubiese gustado evitarle esa visión ingrata de Las Palmas, pero Juliette no pareció darle mayor importancia. La imaginé acostumbrada a ciudades crecientes y prósperas. En realidad, es lo que tienen: crecen y prosperan también en los bajos fondos. Usó un curioso símil. Para ella, a los pueblos les pasa como a las personas: cuando engordan, engordan de todos lados. Y, luego, se burló de esa manía de las chicas de querer engordar o adelgazar, pero solamente de alguna parte de su cuerpo. Ilusas. Al final, los daños colaterales las acababan convirtiendo en puros esqueletos o fardos desmadejados, según el caso. Y su burla se tornó lástima al pensar en lo infelices que eran, dentro de un cuerpo al que odiaban, sin

saber aceptarse, sin un pizco de cariño por sí mismas. Coincidí con su crítica. Le pregunté si ella había seguido dieta alguna vez. Juliette me examinó, y se examinó, y volvió a examinarme con una sonrisa llena de picardía, ¿te parece que necesito dieta? No tuve que responder. La mirada que se me escapó, zigzagueó por su cuerpo y se detuvo, impúdica, en su incipiente escote, se lo dijo todo. Gracias a Dios, lejos de tomárselo a mal, y antes de que yo intentara remediar mi impertinencia con alguna estupidez, a peor la mejoría, zanjó serenamente la cuestión: «Espera a después de cenar y hablamos».

Se me disiparon todas las dudas que hubiese podido albergar sobre Juliette y cualquier régimen de adelgazamiento. Empezó con el plato combinado de pata negra y queso majorero. Continuó con la ración de empanada gallega. Se hizo fuerte cuando el camarero apareció para mostrarnos el arroz negro oh, la la, c'est magnifique. Rebañó la paella hasta que sólo quedó en la marmita un poso aceitoso y brillante con sabor a barro. Y se consagró a los postres, gracias a un succulento trozo de tarta de Santiago bañada, por sugerencia mía, en Cointreau, licor que la muchacha desconocía a pesar de ese nombre tan francés. A mí todo se me iba en mirarla. Comía que daba gusto. Parecía tan feliz que me dio lástima interrumpir su orgía. De modo que me limité a preguntarle algunas cuestiones técnicas y a asistir a una lección gratis sobre la viola. Me contó, para empezar, con toda la pachorra de la que fue capaz —se detenía continuamente a ensalzar la velada: la cena, el vino, el lugar, la noche, mi camisa, la amabilidad del camarero—, las peripecias que tenía que hacer para mantener su trebejo en condiciones.

Porque la viola, por si yo no lo sabía, era instrumento delicado. ¿El único delicado? No, no el único. Pero a ella el instrumento que realmente le importaba era el suyo y yo debía entender que, si iba a interrumpirla a cada rato con una repregunta, no iba a terminar nunca de contarme. Me excusé. Continuó. Porque la viola, como intentaba decirme —el vino empezaba a endormirle la lengua y a dejarle chapotes colorados en las mejillas—, había de limpiarse con extremo cuidado. Por dentro y por fuera. Antes y después de tocarla. Con un paño de lino. Para evitar que se acumulase resina sobre la tapa armónica. Claro que había algunos que creían que esa acumulación beneficiaba la sonoridad. Pero era un error. Yo no debía caer en esa trampa. Un error de novato. Seguro. Lo único que se conseguía era un efecto de sordina que, al principio, podía resultar simpático, pero a la larga era bastante desagradable.

Otra cosa: la viola no podía dejarse por ahí, en cualquier lugar. El calor y el frío la herían. Mucho. Algunas sangraban. ¿Sangraban? No supe si era su exceso de imaginación o mi torpeza en la traducción simultánea. Pero me quedé con las ganas de saber algo más acerca del sangrado por miedo a preguntar. Lo que sí estaba claro era que la humedad tendía a hinchar la madera y a desafinarla o, peor

aún, a despegarla. Y era que, por lo visto, los engrudos de luthería perdían su poder de encolado con el calor. Entonces utilizaban lo que ellos llaman dumpits, unos tubitos de goma que se colocaban en el interior del instrumento y se humedecían para estabilizar gradualmente su temperatura con respecto a la temperatura ambiente. Por otra parte, era conveniente que yo supiera que ni una viola ni un violín —ni ninguno de su extensa familia— debía guardarse en envolturas de lana o algodón, sino en talegos de seda o, incluso, de papel. Pero lo más extraordinario estaba por llegar: como las personas, los instrumentos tenían alma. Como lo oía. Y para evitar que el alma se les descuajaringase, habían de destensarse las cuerdas cada vez que se viajaba, de ahí la imagen perenne de los músicos afinando. No lo hacían por pisto ni para aflojar los nervios, como yo podría creer, sino para devolver el alma, nada menos que el alma, a su estado natural.

Era lindo escucharla. Se notaba a la legua —al menos a una legua de metro y medio— que le encantaba lo que hacía. Se le iluminaban los ojillos cuando hablaba de su pequeña. La llamaba como si fuese su hija, lo que reforzó mi teoría de que a los músicos había que echarles de comer aparte. Entonces tuve la infeliz idea de lanzarle un órdago a destiempo: ¿un músico sería capaz de matar para defender su instrumento? Ella detuvo el tenedor a mitad de camino a su boca con un pulso tan delicado que no se le derramó ni un grano de arroz negro. Pasó la lengua por sus labios. Entrecerró los ojos. Y dijo, no, tal vez sería capaz de morir en su defensa, pero matar por un fagot o por una trompeta es demasiado, ¿perdón?, ¿por un piano?, ja, bueno, ahí sí que no sabría qué decirte, Ricardo, un piano es mucho más complicado, fíjate que sólo hay uno en cada orquesta, por algo será, ¿verdad?

Si Juliette se sintió incómoda ante la pregunta que le lancé a bocajarro lo disimuló bien. Acabó de llevarse el tenedor a la boca y masticó despacio, como para asentar la conversación. Yo bebí un trago largo de vino y cambié de tercio. No estaba dispuesto a empañar ni un instante la velada más grata de mis últimos meses con preguntas punzantes. Me decanté por la trivialidad. Por ir a lo seguro. Una cuestión sin trabas, ¿qué hubiese sido Juliette si no fuera concertista de viola? Y no valía responder que concertista de violín o de violoncelo. No se lo pensó mucho. Hubiese sido bailarina de ballet. ¿Cantante no? Qué va. Tenía voz de pito. Desafinaba. El ballet, sin embargo, hubiera sido lo suyo. Había tocado alguna vez con los chicos de la National Ballet School de Toronto. Recordaba en especial una. Representaban *The Faerie Queen*, una pieza basada en el Sueño de una noche de verano, en el antiguo Royal Alex. La coreografía era tan delirante, tan sensual, que Juliette había tenido que reprimir el impulso de soltar la viola y lanzarse detrás de un danzarín de aquellos a suplicarle que la agarrara por la cintura y la hiciera volar hasta tocar el techo del escenario, que era lo mismo que tocar el cielo de la música.

Confesé a la Legrand mi incapacidad para entender a los clásicos. Me gustaban pero no los entendía. ¿Cómo se explicaba eso? Se explicaba porque los compositores y los coreógrafos no se merecían unos espectadores tan acartonados. Ése era el problema. La culpa no la tenía la música. La tenía el público. Le faltaba un punto de ebullición. Algo de la locura de otros públicos. ¿Por ejemplo? Por ejemplo el del soul. Por ejemplo el del jazz. El del flamenco. ¿Juliette había estado en un concierto de esos? ¿Sí? Pues entonces tenía que saber a lo que me refería. Allí nadie conseguía estarse quieto. Era imposible. Tus piernas, tus manos, tu cuerpo entero se te rebelaba. Hasta las ingles te montaban un golpe de estado libertario que váyanse al carajo los de Latinoamérica. Sí. Era así. Tenía que ser así. Tus miembros —todos, sin excepción— dejaban de obedecerte para seguir el ritmo. Por eso era una lástima que aquella vez de Toronto no hubiese mandado al diablo su instrumento y se hubiese lanzado al escenario a hacer cabriolas, a piruetear como una endemoniada. El público, seguro, se lo habría agradecido.

La muchacha comprendió, of course, a lo que me refería. Tanto fue así que me lanzó el guante. Llévame a bailar. ¿A bailar? Sí, ¿por qué no? A bailar flamenco. ¿En Las Palmas? El flamenco se baila más al norte, m'ija. En Granada. En Córdoba. En Sevilla. O es que Juliette no había visto My fair lady. ¿Sí que la había visto? ¿Y no recordaba lo de Sevilla y olé, toro? Ah, pues eso debe de ser cosa del doblaje porque a lo que Rex Harrison le cantaba era a la lluvia de Sevilla, que era una maravilla. En Las Palmas no llovía ni de milagro. Así que de flamenco, mejor no hablábamos. ¿Jazz? ¿Soul? ¿Un domingo? Podríamos darnos con un canto en los dientes si encontrábamos abierto el Malecón de la Habana. Salsa. Merengue. ¿Sabía Juliette lo que era eso? ¿No? Pues mira tú por dónde, iba a tener la oportunidad de aprender esa noche.

Pagué la cuenta. Esperé a que mi acompañante se acicalara en el servicio. Salimos, de nuevo, al relente. Y el relente me dio la oportunidad de quedar como dios-escrito, como un auténtico caballero de fina estampa y jazmín en el ojal, de los que ya no se estilan, de los que vieron mis abuelos. Me quité la chaqueta y se la puse por los hombros. Juliette no dijo nada. No hizo falta. En su sonrisa brillante por el vino y, quise creer, por la dicha había un merci, beaucoup como la copa de un pino. Y amarraditos los dos, sus ojazos y mi orgullo enfilaron hacia el Malecón. Mi plegaria surtió efecto. El bochinche estaba abierto. No había orquesta, claro. Hasta Dios descansa los domingos. Pero tenían puesta una música querendona a la que Juliette se agarró nada más entrar. Ni siquiera le pregunté qué iba a tomar. La dejé con su entusiasmo en la pista y me acerqué a la barra a pedir dos mojitos, qué menos. Cuando me vio regresar con las copas, arrugó el entrecejo, ¿qué es eso verde? Y yo la tranquilicé, eso verde es hierbahuerto y ni se te ocurra pedirme que te lo traduzca, ma chérie, porque no tengo idea ni de cómo se escribe en castellano,

tú confía en mí y cátao. Confío. Lo cató. Se relamió. Y asintió al ritmo de la música, da igual cómo se escriba en castellano, está delicioso.

La hora siguiente se nos pasó volando. Hacía calor. O tal vez era el contraste con el frío de afuera. Bromeé con la temperatura, menos mal que dejaste el instrumento en la habitación del hotel, que, si no, le hubiésemos quebrantado hasta el alma, ni las pastillas esas que les ponen en el útero la hubiese revivido, siniestro total, muerte súbita, infarto musical. Ella se extrañó de lo rápidamente que había aprendido la lección. La verdad era que dudaba de que su charla no hubiese sido un completo aburrimiento. Quedó encantada de que sus enseñanzas me sirvieran para conocer mejor la viola. Así podría yo entender por qué la adoraba tantísimo. Pero me corrigió: no la había dejado en la habitación. No. ¿Estaba loco yo o qué? Los instrumentos eran demasiado valiosos para cometer esa estupidez. En caso de que sufrieran algún desperfecto, los del seguro se escudarían en su negligencia y se harían los suecos. No sería la primera vez. ¿Sabía yo cuánto costaba una viola como la que ella usaba? Mejor que no. A algunos les parecería una herejía, una infamia, una obscenidad. Quizá lo fuera. Así que mejor no. Mejor seguir bailando al ritmo de esta música tan caliente, hot music, la más hot que ella había escuchado. Ahora comprendía lo que le había hablado del público distante de la música clásica, del público distinto del soul, del jazz, del flamenco y también del merengue, la salsa y el candombe o lo que rayos fuese aquello que la hacía sentir tan bien, como si anduviera sobre una nube. Yo le expliqué que no. Que no era la salsa lo que producía esa sensación tan rica. Que era el mojito. Que era el ambiente. Hubiese querido añadir que eran mis brazos en su cintura. Mis dedos enroscados en los suyos. La palma de mi mano apoyada en la humedad titilante de su espalda. Pero mejor no. A algunas les parecería una herejía, una infamia, una obscenidad. Mejor seguir bailando a ver qué ocurría.

Y ocurrió que en mitad de la farra se nos cruzó una tempestad que a pique estuvo de levantarnos por los aires. Fue culpa de su sed inoportuna. Culpa de la neblina del local. Culpa del mucho tabaco y de la poca ventilación. Culpa de mi torpeza. Culpa, sobre todo, del monstruo de ojos verdes de los celos. A Juliette le entraron ganas de repetir con el mojito. Y a mí, de contentarla. Y a una mulata, acodada en la barra, de darle emoción a su noviazgo. Y a un moreno, doblado de gimnasio, más chicha que limoná, de hacerse mucho el duro delante de sus compadres. Y a la morralla, de sangre. Y a la noche, de lanzar los dados por si salía desgracia. La Legrand, ajena al vendaval que estaba a punto de provocar, me pidió con la dulzura cantarina de su inglés afrancesado que le buscara otra copa de aquel bebedizo encantador y que, please, please, please, le insistiera al barman que pusiera el doble de la hierba aquella que tan rico sabía. Y allí fui. A por los mojitos.

En la pista de baile del Malecón nadie fuma. El ritmo de vértigo del

merengue te impide mantener un cigarrillo. O fumas o te agarras a la chica. Son dos maniobras incompatibles. Tienes que decidirte. Y gana la chica. Siempre. El problema viene luego, cuando sales de la pista y bajas a las mesas. Resulta que te recibe una bocanada de humo, un tufo empalagoso de sudor y tabaco que te tira de culo. Aún estaba recuperándome de esa antipática sensación, mi ojo izquierdo lagrimeando de un modo dramático, una mueca de incomodidad anidando en mi rostro, cuando llegué a la barra. Pedí dos mojitos cargados, ¿de ron?, qué de ron, amigo mío, de hierbahuerto, ¿como cuánto?, como para montar un jardín botánico. A una muchachita aceitunada con caderas-columpio le hizo gracia la broma. Apuraba, a mi lado, un cubata. Imagino que debió de suponer que la guasa y el gesto torcido eran una insinuación, un billete de ida al disparate. Y desplegó toda su artillería tropical. Me miró. Me sonrió. Se humedeció el labio inferior con la punta de su lengua rosada. Se recogió, coquetísima, el asa del vestido que se le había bajado casi hasta el codo, dejando al descubierto un pecho breve y un tatuaje en forma de delfín. Me saludó, no te había visto nunca, blanquito, ven acá, ¿cómo tú te llamas? Mientras me decidía si le daba mi nombre verdadero o un alias, apareció detrás de la mulata un tipo alto y moreno con una camiseta negra tan ajustada que parecía llevar una coraza encima. Y respondió por mí, se llama Juan Servando y ya se está marchando.

Me proponía objetarle que no pero que sí, que no me llamaba Juan Servando sino Ricardo Blanco —al fin y al cabo la chica se había acercado, casi se me quema, con lo de «blanquito»—, pero que sí, que, en efecto, ya me estaba marchando, que me esperaban en la pista. Sin embargo, la mulatilla le cogió gusto a lo de oponerse en mi nombre, ni lo sueñes, el blanquito no se piensa mover de donde está, acaba de invitarme a tomar una copa y es de los que no se rajan; además, Willy, ¿a ti qué se te importa?, tú estabas hace un momentito con tremenda prieta, vuelve con ella, anda, que se te pasa el arroz con frijoles. Mi abuelo, con su manía perenne de asociar un refrán extravagante a cualquier situación de la vida, hubiera dicho aquello de que «cuando la suerte se te caduca, te caes de culo y te rompes la cuca». El asunto fue que mi suerte empezó a oler a rancio cuando llegó el camarero con los mojitos. El tal Willy fue ver las dos bebidas y salirle lo fiero y lo macho y lo matón también, Maité es mi jeba, ¿oíste?, y aún no ha nacido hombre que la invite a una copa sin mi consentimiento. Y Maité, toda digna, se bajó de la banquetta y se cuadró frente a su novio con los brazos en jarras, ¿tu jeba?, mira, negro, ven acá, ¿qué tú te has pensado?, ¿que voy a estar guardándote la plaza mientras te vas de juerga con pingonas?, ni hablar, negro, ni lo sueñes, se te enfrió la banquetta, mi amol, y aquí, mi primo tiene buen culo para calentármela. Y se dio la vuelta y se volvió hacia mí y se apropió del mojito de Juliette y le dio una chupada a la pajita con un descaró tal que hasta el hierbahuerto se puso colorado.

No sé si fue la pose de Maité o lo que dijo de la banqueta fría o la manera impúdica de chupar la paja lo que sacó de quicio a Willy, pero, antes de poder decir esta boca es mía —de hecho, no tenía conciencia de haberla abierto en toda la escena—, ya me lo tenía encima. Me agarró por la camisa y me incrustó contra la barra del Malecón. No sé cuánto tiempo me retuvo allí, aprisionado entre su cuerpo y la madera húmeda. Notaba frío en la espalda y su aliento a cebolla y su olor a catanga. Lo que no notaba era el aire, que me había abandonado. El animal en celo aquel me estaba asfixiando. Y no había visos de que fuese a aflojar. Miré a mi derecha en busca de auxilio y vi la cara de satisfacción de Maité, orgullosa de un novio que tanto la quería. Que peleaba por ella con la fuerza de un toro. Que estaba dispuesto a matar por su amor. En esa esquina no había nada que rascar. Miré a mi izquierda por si alguien decidía interceder por mí. Pero estaban todos alelados observando la lucha. Todos menos una pareja, que permanecía enroscada en un beso sin fin, ni siquiera se habían tomado el trabajo de contemplar mi muerte. Dos hombres se susurraban al oído. Me costó decidir si eran gays o apostaban por uno de los combatientes. Como la cosa no tenía color, opté por lo primero.

Un tipo flaco, que bebía una cerveza mexicana a pelo, lo tenía más claro: simplemente parecía calibrar los segundos que podía yo durarle al negro. Hasta que el aire, por fin, me llegó lo justo al cerebro para comprender que tenía que buscarme la vida por mí mismo. Alcancé a arrebatarse al flaco la botella de Coronita con su gajo de limón en el gollete y estampársela a Willy en plena oreja. Desde luego no iba a ganar las apuestas, pero sí los segundos que precisaba para que se me acomodara el pecho a respirar de nuevo. El negro trastabilló y cayó de rodillas mentándome a los muertos. Cuando ya me veía libre del todo, alguien se me abrazó al cuello y se colgó en mi espalda. Era Maité, que venía en ayuda de su «pobre» novio, más vale negro conocido que blanco por conocer. Volvíamos a empezar. Ahora tenía el aire instalado en los pulmones pero el abrazo de la mulatona no lo dejaba moverse de allí. Estaba rindiéndome a mi desgracia y se me apareció la virgen. Una virgen canadiense que había dejado el baile al sentir el alboroto. Que había cogido mi chaqueta por si necesitábamos salir a escape. Que se había hecho un hueco entre la marabunta de espectadores. Que había amagado con lanzarle una trompada al basilisco que me atenazaba el pescuezo. Que se lo había pensado mejor, no era cuestión de joder su futuro en la Filarmónica destrozándose una mano en una reyerta cicatera y cutre. Que, por fin, había encontrado algo contundente, sin ir más lejos un cenicero de loza negra como el destino. Y que le dibujó en la frente a la mulata un nuevo tatuaje que le iba a durar, tirando por lo bajo, tres semanas.

No paramos de correr hasta Las Canteras. Ni siquiera notábamos el frío de

la noche. Entre los mojitos y la carrera suicida —dos veces estuvieron a punto de atropellarnos— entramos en calor. Nos detuvo la baranda de la playa y el vaticinio de que nadie nos seguía. Nos costó un triunfo recobrar el resuello. Cuando ella se recuperó y levantó la vista, había en su mirada un brillo extraño, a caballo entre el miedo y la lujuria. Apenas pude entender lo que decía. Se reía nerviosamente. Esperé a que se le enfriase el acento. La invité a sentarse en un banquillo del paseo, un mojón de piedra sin respaldo. Aceptó. Con una condición. ¿Que la rodeara con mis brazos? No. No todavía. Tal vez más tarde. Le bastaba con que no le diéramos la espalda a la avenida. Aún le duraba el susto. De acuerdo. Yo vigilaría. Pero no iba a permitir que Juliette se perdiera el espectáculo de la luna desangrándose sobre el mar. De modo que acabamos tal que si nos hubiésemos peleado, charlando en voz queda en un banco de piedra, más confesionario, más diván, más confidente que otra cosa. Ella mirando a mi mar y yo a su hotel.

Apenas fue una hora que nos duró un suspiro. Hablamos de lo humano (la magnífica cena, la caótica pelea, la cara que debió de quedársele a los novios del Malecón) y lo divino (el silencio, la playa, la luz de la luna, más moonlight que nunca). De la vida (la mía hasta entonces, la que la esperaba a ella después de entonces), el amor (el suyo, el mío, el nuestro) y la muerte (la de Schulman, cuál si no). Se quejó de la cruda realidad de un concertista, cuando no eran ensayos eran actuaciones, por hache de hallo o por be de bye, el caso era no arregostarse a la cama, no cogerle gusto a las sábanas, no encariñarse con el edredón. Era andar siempre con la maleta a punto, siempre despidiéndose, siempre dando la espalda, siempre coleccionando postales, nombres, rostros que acabarían por confundirse en uno. Ella estaba empezando. Tal vez por eso aún tenía fuerzas para sublevarse. Para vivir con toda intensidad. Para paladear cada segundo con la curiosidad del primero y la pasión del último. Eso explicaba que estuviera a las tres de la mañana confesando sus penas a un desconocido. Tenía que ver con el miedo de subir sola hasta su habitación, un Himalaya de dos pisos, ahora sí que le vendría bien que la rodearan con los brazos, que bucearan en su pelo con los dedos, que le susurraran alguna mentira al oído, que la besaran suave, con cuidado para no despertarle una sola inquietud, un solo remordimiento, que la dejaran estar así, en silencio, con los ojos cerrados, con la nariz rastreando en un cuello, por ejemplo el mío, hasta la última gota de Dolce & Gabbana.

La abracé. Le busqué mariposas en el pelo. La besé con toda la suavidad de la que fui capaz. Sabía a hierbahuerto Juliette. A limón. A ternura. La dejé dormitar sobre mi pecho. Pero tenía por cierto que no iba a poder susurrarle una mentira. No iba a subir con ella al Himalaya. No esa noche. No en su estado. Hubiera sido como aprovecharme de su debilidad. Quería que lo entendiera. No era falta de ganas. O que no me pareciera la mujer más deseable de la tierra. Me hubiera

apetecido. De veras. Apagar su tristeza. Compartir el sabor a hierbabuena. Desteñirle la rosa a brega de caricias y besos. Pero no esa noche. No en su estado. Cuestión de conciencia. Sí. ¿Quién lo diría? La mosca cojonera también tenía conciencia. Tremenda paradoja, ¿no es verdad? Le propuse esperar a la siguiente cita. Eso. Un pacto. ¿De honor? Del del bueno. Del de la palabra dada y el apretón de manos. Si quería, podíamos sellarlo con sangre. ¿Demasiado histriónico? Pues con saliva. Claro que la saliva, a esas alturas de la farra, tenía ya poco mérito. Vaya un reto. Menudo sacrificio. Si llevábamos firmando media hora. De todas formas, ya era tarde. Leeríamos el contrato por última vez. Para que no quedasen flecos. Y le echaríamos una firma. Y el sello. Así. Firmado el pacto. Una única condición: si el lunes ella, a la luz del día, capaz de discernir entre los gatos pardos y los otros, aún quería ascender conmigo al Himalaya, la acompañaría, ¿qué digo acompañarla?, la subiría en brazos los dos pisos.

Poco sabía yo entonces que esa noche el diablo andaba suelto. Cruzamos el jardín. Entramos al hotel por la puerta de atrás, la que daba a la playa. Juliette pidió su llave. El conserje se la entregó. Se quedó esperando por el número de mi habitación. Le expliqué que no, que yo sólo estaba allí como acompañante. Él nos miró. Tuve la impresión de que esperaba vernos desaparecer juntos por el corredor. «Otro día», pensé. Y me despedí de la Legrand y del conserje casi con el mismo gesto. Una sonrisa triste y un achique de hombros que sonó, más que nunca, a renuncia. Así. Todo seguido. Luego, tras la de las despedidas, llegó la hora de las coincidencias. Y todo se confabuló en mi contra. Porque pude haber regresado sobre mis pasos y haber vuelto a salir a la playa. Pero estaba cansado. Llevaba sin dormir cuarenta horas. Necesitaba llegar a casa cuanto antes. Entonces, pude haber pedido un taxi desde la recepción del hotel, pero no lo hice. Creí que era más rápido salir al callejón y agarrar el primero que pasase. Y pude, en fin, haber torcido a la derecha. Pero torcí a la izquierda. En esa decisión ni siquiera intervinieron mi cansancio y mis prisas. Fue el destino, la fatalidad, la proximidad de las calendas de febrero. Qué sé yo. El caso es que torcí a la izquierda. Y, como no había visos de un taxi por ningún lado, eché a andar calle abajo.

Iba repasando el fin de semana tan intenso que había vivido desde la llamada de Álvarez. Concentrado en las piezas del rompecabezas Schulman. En los músicos. En el concierto. En el secretario de la agencia consular. En Juliette. Por eso no advertí que mis pisadas se desdoblaban. Que yo sólo tenía dos piernas y cada dos pasos míos sonaban a cuatro, demasiado eco para una noche tan muerta. Por eso no advertí que ni siquiera el eco era tan rápido. Que casi se confundía con el ruido de mis zapatos en la acera. Que la acera sonaba a contrapunto, a repiqueteado, a tañido de ánimas. Cuando me detuve para buscarle explicación a aquel fenómeno acústico, ya tenía el eco encima. Sentí la embestida rabiosa, más

violenta debido a mi desconcierto, de un cuerpo contra el mío. Reboté contra el suelo como un pelele. Mi cabeza golpeó el empedrado. Me quemé la frente por la abrasión. Una de mis cejas comenzó a sangrar. Y anegó una visión, ya de por sí bastante exigua. No hubiese podido identificar ni a un albino en mitad de la noche. Noté, eso sí, una respiración agitada, como de asmático, y unos puños macizos que buscaban con saña mis riñones.

Luego llegaron las patadas. Hasta cuatro. La más dura, en el pecho. Una costilla crujió, con retumbo de cañizo quebrado. Logré girarme lo suficiente para poder respirar. Para liberar el dolor de la costilla. Para poner mis brazos de parapeto. Ahora tenía delante las perneras de un pantalón gris de lana fría y unos zapatos negros charolados. Un tipo elegante. La paliza sonaba a baile de claqué. Tac-tac-tac-pum. Tac-tac-tac-pum. El cabrón se estaba divirtiendo a costa de mis huesos. Y entonces comprendí —por encima de mi ojo enfangado en sangre— que si había una oportunidad tenía que ser en el pum. Debía esperar a que el tipo hiciese su tactac— tac, levantase una pierna para patearme y dejase la otra sin defensa. O eso o dejarme machacar. El diablo me dejaba una rendija abierta. Y escapé loco por ella. Más maltrecho que otra cosa. Con más pena que gloria. Cuando el bailarín pirueteó su tac-tac-tac, saqué fuerzas de donde no pensé que hubiese y le lancé un pum seco en plena rodilla. Atine. Cayó como un fardo. Pude oírle un gemido extraño, vacío, como el lamento de un sordomudo, antes de que un coche frenara en la calle y alguien gritara algo sobre llamar a la policía. Y pude verle, antes de que saliera a escape, una mano. Una mano grande de dedos nervudos. Y un anillo cuadrado, color azabache, con un emblema dorado en el centro. Luego, hasta lo dorado se volvió negro.

8

Sólo los ángeles tienen alas

Se la debía, las bromas del destino, a un taxista. Ángel Ramos. El hombre venía acabando su servicio, cuando se percató —así lo hizo constar en su declaración— de que alguien andaba en aprietos. Frenó. Salió del coche. Abrió el portabultos. Sacó una porra que solía guardar allí para momentos de apuro. Y amenazó a mi agresor con darle un trancazo que iba a saber él quién era Angelito Ramos. Luego, cuando lo hubo espantado, mandó un mensaje a la central y pidió que llamaran a

la policía y a una ambulancia. A ser posible, primero a la ambulancia. Hasta allí llegó su contribución a nuestro caso. Y bastante fue. No estaba yo en condiciones de quejarme. Resultó estéril la descripción que dio Ramos del sordomudo del anillo de oro —tuvo que elegir entre seguirlo a él o atenderme a mí; y se quedó conmigo—, pero parecía alto. Y corría como el diablo. De todo eso me enteré en el hospital. La tarde siguiente. Había permanecido, entre inconsciente y dormido, quince horas en el limbo. Cuando desperté, estaba solo. A mi lado, cuatro paredes blancas, un silencio grave y una cama vacía que olía a alcanfor. Tardé unos minutos en hacerme a la idea. Aún estaba embotado. Intenté incorporarme, pero me sobresaltó la puerta de la habitación. Entró una enfermera como un torbellino, seguida del inspector Álvarez. La mujerona, de carácter avinagrado y seco, me presagió los siete males si se me ocurría mover un dedo fuera de la cama. El inspector hizo un gesto con la mano boba, arriba y abajo, con la iglesia has topado, amigo Blanco.

Tuvo que recurrir a toda su maña de perro viejo, que empeñar hasta la placa, que prometerle la gloria eterna y un descuento en las multas de los próximos veinte años para que la matrona lo dejara quedarse un rato a charlar conmigo mientras me cambiaba las vendas. Fue así que supe de mi taxista salvador. Y de que no tenían ninguna pista que seguir. La mujer no paraba de contarme antiguas mataduras y persignarse, válgame el cielo, hombre de Dios, ¿dónde se ha hecho todo esto?, ¿y quién diablos lo ha cosido? Yo me sonreía y le contaba una mentira piadosa, accidentes de caza, mal curados y peor cauterizados, en el monte, con pólvora barata. Álvarez me miraba con el gesto arrugado pensando en qué valiente trolero estaba yo hecho. Pero no dijo nada delante de la enfermera. Se limitó a preguntarme qué hacía yo de madrugada a dos minutos del hotel de los músicos. Deseaba creer que tenía una buena disculpa y no que me había tomado a coña lo de que ya no había caso Schulman.

Nada más oír el nombre, el papel de lija de la bata blanca se volvió hilo de seda preguntón, ¿usted investiga la muerte del violinista?, ¿de verdad?, ¿es detective privado?, ¿sí?, caramba, qué cosas habrá visto, ¿no?, ahora me explico lo de los verdugones, cuando se lo cuente a las niñas de la planta, se les va a desencajar la boca. Allí tuvo que terciar el inspector, circunspecto y severo, óigame, señora, esto no es un cine, así que nada de vender entradas, ¿estamos?; este caballero ha estado a punto de morir y hay alguien por ahí afuera que, a lo peor, se le ocurre volver; voy a poner a uno de mis hombres de paisano en el pasillo y usted va a ser la única que sepa que es policía, de modo que, como haya un solo problema, sabremos quién se ha ido de la lengua. La enfermera adoptó una postura camaleónica y volvió a mudar de color, esta vez a un amarillo cetrino, puro disgusto. Asintió con la cabeza. Prometió que no diría nada. Y abandonó el

cuarto antes de que la cosa se pusiera más caliente.

—Para no querer cine, Álvarez, le ha salido la vena Maigret. ¿Un hombre de paisano en el pasillo? ¿Irse de la lengua? Anda que no le ha quedado fino el hilvanado.

—No estaba bromeando, Ricardo. Majaderías las justas mientras estés aquí. Y sí que te voy a poner al sargento Sagredo, más para que no salgas tú que para que no entren los demás.

—Venga ya. Esto no tiene nada que ver con el caso Schulman.

—¿Cómo que no?

—Como que no. Esto me lo hizo un cubano.

—¿Un cubano? ¿Ahora andas en follones con las mafias?

—Qué mafias ni qué niño muerto. Anoche salí a cenar y a tomar una copa con una chica. Fuimos al Malecón de la Habana. Y nos metimos en medio de una riña de enamorados. El tipo, un negrote de más de metro noventa, se empeñó en jugar a rugby con mi cabeza. Y yo tuve que disuadirlo. ¿Cómo? Lo invité a una cerveza. Y se me olvidó sacarla antes de la botella.

—¿Conque un cubano, eh? ¿No me estarás contando una milonga para despistar?

—Se lo juro, Álvarez. Seguro que el negro o uno de sus amigotes me siguió y se tomó la revancha.

—Ya. Te siguió. Que yo sepa, tú vives en Las Palmas y la tunda te la dieron en el Puerto.

—Es que yo soy un caballero. Y acostumbro a acompañar a las mujeres con las que salgo a su casa. Ella vive por allí. La dejé en la puerta y, cuando iba por un taxi para volver a casa, me sorprendió el matón.

—¿No te importará darme las señas de tu acompañante, verdad, Ricardillo? Sólo por si la chica sabe algo que nos pueda ayudar.

—La chica no sabe nada y no quiero meterla en esto. Bastante susto pasó con la pelea en el bar. Fíese de mí.

—Acabo de presenciar la sarta de embustes que le has soltado a la enfermera. En mi vida he oído mayores disparates. Accidentes de caza, dice. Cauterizados con pólvora, dice. Anda ya. Tú no distinguirías un conejo de un canguro, m'ijo. Y sé que no te gustan las armas. Ni siquiera llevas una para protegerte. Por eso te pasa lo que pasa.

—¿Me está animando a que vaya armado?

—Yo no te animo a nada. Sólo digo que eres hombre de ciudad. Te conozco bien. Aunque, tal vez, deba decir que creía conocerte. No sabía que te relacionabas con los bajos fondos.

—¿A qué se refiere?

—A tus heridas. Las tienes de todos los tamaños y formas. De bala. De navaja. Y esos costurones no te los hace un médico en su sano juicio. Un médico legal, quiero decir. Tienen toda la pinta de habértelas zurcido un practicante venido a menos. Y me juego la paga de Navidad a que sé cómo se llama. Lo que no sé es dónde trabaja. Si no, ya lo hubiera trincado.

—¿?

—No te hagas el pánfilo. Hablo de Pancho Viera. Hace tiempo que sabemos que se dedica a abortos clandestinos y a curar a putas, macarras y camorristas que no quieren responder a demasiadas preguntas en un hospital. Pero el cabrón cambia de consulta cada dos por tres y no hay forma de que pare la pata quieta. ¿No sabrás, por casualidad, dónde trabaja ahora?

—Usted ha visto las heridas, Álvarez. Son viejas. Cualquiera sabe dónde anda últimamente el bueno de Pancho. De todas formas es un tipo legal, se lo aseguro. Cierto que no es muy limpio y que la última inspección que pasó fue hace veinte años, pero las putas lo quieren y él hace más por ellas que nadie en esta ciudad.

—Claro que hace. Se las tira a todas el muy cabrón.

—Viera no es de éstos. En serio, Álvarez. Él tiene una novieta en algún lugar del Puerto. Una gaditana. Se llama Marisa. Y está enamorado de ella como un tonto. A su modo. Pero la quiere.

—Vaya un romántico estás hecho. Lo dejamos por hoy. Espero que no vayas a cometer la estupidez de escaparte del hospital. Estate un par de días aquí. Descansa. Yo vendré mañana o pasado. ¿Quieres que avise a tu abuelo?

—Hágame ese favor. Pero no le diga que estoy aquí. Cuénteles un cuento. Que tuve que volverme a Tenerife. Que no se preocupe. Que ya lo llamaré cuando acabe la investigación.

—Ya no hay investigación.

—Lo sé... A no ser que...

—¿Qué ocurre?

—No sé cómo decírselo.

—Prueba a ver.

—No sé a usted, pero a mí me está jodiendo que el asesino de Schulman se vaya de rositas delante de nuestras narices. Le he estado dando vueltas y no me hace maldita gracia que el secretario del consulado norteamericano estuviese tan presto a suspender la investigación.

—A mí tampoco. Pero tiene las manos atadas. Y yo también.

—Eso era ayer. Hoy la cosa ha cambiado.

—Explícate. ¿En qué coño estás pensando?

—En que nadie tiene por qué saber que la paliza me la ha dado un novio celoso. Imagine, es un suponer, que yo anoche hubiese salido con una chica de la orquesta. Que la invitase a cenar. Y a tomar una copa. Y que la acompañase hasta su hotel. No olvide que la agresión tuvo lugar a dos minutos del Reina Isabel, usted mismo lo ha dicho. Y que alguien nos viese. Y que ese alguien decidiese quitarme de en medio para evitar que siguiera investigando. Yo trabajo para ustedes. Ya, ya lo sé, trabajaba. Pero eso sólo lo sabemos nosotros y Gustavo Seco. Y si usted va ahora a un juez y le cuenta lo que me han hecho, y lo adorna con ese lenguaje del que hizo gala antes, Su Señoría puede tener motivos suficientes para ordenar una investigación oficial. ¿Calcula cuánto se tarda en interrogar a toda una orquesta? Cuatro días. Como poco. Y eso es lo que yo necesito. Bueno, lo que necesitamos para buscar respuestas.

—¿Quieres que le mienta a un juez? ¿Tú eres totorota o qué? Si me coge en el renuncio, me mete un puro que no veas.

—No me joda, Álvarez. Tenemos un cadáver que nos está quemando. Hasta los jueces estarán encabronados porque les hayan lavado la cara. Seguro que habrá alguno que estará jurando en arameo, en su casa, de brazos cruzados, sin poder meterle mano a un asesino, sólo por evitar un incidente diplomático. Eso si es un juez recto.

—¿Y si no lo es? —Si no lo es, si fuese un juez estrella, vendería a su abuela por salir en las noticias. Si le damos un motivo (míreme la facha que llevo, éste es uno bien bueno) reabrirá el caso. Y ahora soy yo el que se juega la paga de Navidad.

—¡La paga de Navidad! Menuda cara. Tú no sabes lo que es eso. Déjame pensar en ello. No te prometo nada. Sólo voy a pensarlo.

—Hágalo.

—Y cuídate, que estás hecho una mierda.

No había vuelta de hoja. Me esperaba una noche en blanco aspirina. Así que decidí descansar cuanto pudiese. Sin embargo, no tardé mucho en atascarme de nuevo en mil conjeturas. No le había hablado abiertamente a Álvarez de mi cita con la Legrand para no comprometerla más, pero ahora no estaba tan seguro de que mi agresor fuese, de verdad, uno de los caribeños del Malecón. ¿Y si el asaltante no nos hubiese seguido, sino que nos hubiese estado esperando? En el hotel hay mil huecos para las emboscadas. De ser así, la cosa se enredaba. Había que andar con ojos en la nuca. Y desconfiar de todo el mundo. Hasta de la muchacha de la rosa azul. No en vano, por azar o por interés propio, ella estaba involucrada en la somanta de piñas que había recibido.

Decidí llamarla. No tenía muchas ganas de enfrentarme a su idioma travieso pero necesitaba saber si Juliette se alegraría o se sorprendería de escuchar mi voz. No estaba en el hotel. Había salido. Y había dejado dicho que tomaran to140 dos los recados. Que pensaba volver a eso de las siete. Y que esperaba una llamada. Le expliqué a la recepcionista de turno que, posiblemente, esa llamada era la mía, que no había podido hacerla antes por un contratiempo y que me iba a ser imposible volver a intentarlo a lo largo de la tarde y de la noche, dígame usted a la señorita Legrand, por favor, que mañana sin falta volveré a telefonar, gracias.

Fue una torpeza impropia. Después quise achacarlo, aunque sólo fuese para justificarme, a la sobredosis de analgésicos que me tenían embobado. Pero el mal ya estaba hecho. Era muy simple: yo no podía quedar con ella para el día siguiente porque al día siguiente la orquesta abandonaba la isla. Fue la primera grieta cuestionable de mi coartada. ¿Cómo podía estar yo al tanto de que los iban a retener casi una semana más si no estaba, de algún modo, implicado en el caso? Cuando, el martes, le enseñé mis vendajes y le hablé de la tollina de palos que me dio el cubano vengador y supo del revoltijo de sedantes que me estaban dando para calmar el dolor, la Legrand, lejos de comprenderlo, puso cara de no sé si creerte, *my friend*, pero estoy muy cabreada, *absolutely disappointed*, por tener que quedarme mucho más en tremenda mierda de lugar donde, cuando no los matan, dejan plantados a los músicos de un modo wholly descortés, así que vas a tener que sudar tinta para convencerme de que todo lo que está pasando no es culpa tuya.

Por lo pronto, la noche del lunes empecé a pagar esa culpa. Fue tortuosa. Desesperante. Lenta como velada de narguilas. Varias veces me desperté sobresaltado, bañado en sudor, reviviendo el domingo —más de pasión que de resurrección—, mezclando imágenes inconexas de zapatos de charol y mojitos, de perneras grises y botellas de cerveza, de delfines parduzcos y rosas azules. Cada

sobresalto, claro, suponía un quebranto añadido al quebranto de la pesadilla. Porque la memoria es flaca cuando de malos sueños se trata y yo no era capaz de recordar ni mi lamentable estado ni las órdenes de la enfermera de que me estuviese quieto.

El martes amaneció indeciso. Un enjambre de nubes revoltosas se pasó la mañana tapando y destapándole los ojos al sol. En un momento, incluso, pareció que quería llover. Pero se quedó en mero intento, en un chirimirí lánguido tan acorde con mi estado de ánimo. Desde el rectángulo de la ventana las veía irse y volver. Así me halló el inspector Álvarez a las diez de la mañana. Nada más verlo entrar, supe que portaba buenas nuevas. Álvarez es un niño grande. No puede ocultar sus emociones. Se le desbordan. Se le notan en la cara, luminosa o sombría según el caso. Y, más que eso: se le notan en el cuerpo. Cuando se sale con la suya, es todo pecho. Cuando fracasa, se encoge y le nace una joroba, movediza y chinchosa, en plena espalda.

Esa mañana no traía joroba. Había ganado dos tallas de camisa. Y el pecho parecía quererle explotar como una sopladera. Llevaba los pulgares metidos en el cinto a la manera de los vaqueros y sonreía de una manera cómica y pistosa, a que no sabes qué, Ricardillo, a que no sabes dónde he estado esta mañana, quién me ha invitado a desayunar, quién se ha preocupado al saber de tu *accidente*, pero se ha entusiasmado con la nueva información sobre el caso Schulman, sobre un posible delito de tentativa de asesinato a añadir a un evidentísimo delito de asesinato en la persona de un violinista norteamericano, ¿eh?, eefectivamente, el juez Lauro Tejera, el juez instructor del caso, un buen tipo, cabal y honesto, nada de juez estrella ni esas zarandajas; me ha dicho que encuentra suficientes indicios de infracción en la zurra que te han dado para reabrir el caso y no sólo eso, sino que, no habíamos acabado el café cuando, desde su propia mesa, Su Señoría hizo las diligencias oportunas, con lo que puedes considerar un hecho que vamos a tener los cuatro días que no nos quiso dar el cabrón de Gustavo Seco.

Sobre la satisfacción de volver al caso y devolvérsela al secretario del consulado, me sobrevinieron al instante dos sensaciones bien distintas: la primera, la de una sana envidia por el espíritu noble y cachazudo, casi ingenuo, del inspector; la segunda, la de estar empezando a recobrar energías, me dolía mucho menos el costado y hasta los moretones parecieron menguar. No pude menos que felicitar a mi amigo por las gestiones ante el juez Tejera, a quien no conocía pero que ya me caía bien. Y aproveché la coyuntura para pedirle el favor de que siguiese haciendo de vicario esta vez ante el médico de guardia para que me liberara, con la solemne y firme promesa de no dejarme patear el costillar en las próximas setenta y dos horas, tiempo más que suficiente para poner en marcha un plan alternativo. Lo del «plan alternativo» se lo solté, claro está, como carnada,

porque lo único que podía hacer era regresar al hotel de los líos y medir el estropicio que les había causado a los músicos la noticia de que iban a tener que posponer *sine die* su marcha de la isla.

El inspector, empero, lo tuvo más difícil con el doctor Jiménez que con el juez Tejera. El médico se negó a capitular. Me obligó a permanecer veinticuatro horas más en observación y se lavó las manos de responsabilidades si, como era previsible, mi costilla empeoraba y tenía que regresar al hospital. Acepté guardar cama ese día con la condición de que me dejase recibir una visita. Jiménez consintió. Pero jugó su última baza: aunque no empeorase, cuando acabara el caso volvería a que me viera de nuevo. No estaba yo en condiciones de seguir tensando la cuerda, así que sellamos el trato. Nada más salir por la puerta el médico y el inspector, cada uno a sus respectivas tareas, telefoneé a mi abuelo. Colacho no estaba en casa. Supuse que andaría reparando alguna barcaza vieja. Mejor. Con el fino instinto que tenía, el viejo era capaz de desenmascararme la mentira incluso a través del hilo telefónico. Ya iría a verlo cuando saliera del hospital. Después llamé a Juliette Legrand, Mahoma no estaba para grandes esfuerzos, así que a la montaña le tocaba venir. La hallé en su habitación del hotel con dos moscas tras la oreja: la de la colgada que yo le había dado el día anterior y la del notición que acababan de darle los directores de la orquesta. Ya conocía, pues, que estaba invitada a pasar unos días más en Las Palmas y que tenían que suspender, por lo pronto, las dos actuaciones de Madrid. A *Papá* Bob no le llegaba la camisa al cuerpo. Por si fuera poco, alguien había violado la cámara de seguridad del Reina Isabel y se había ensañado con una viola. ¿La suya? No, la de Cynthia Young. ¿Y el resto de los instrumentos? El resto había aparecido intacto.

Juliette casi hubiese preferido que fuera la suya. Se hubiese evitado el tercer grado, el juicio sumarísimo al que la sometieron sin piedad los otros músicos. Todos pensaban que había sido ella la culpable. ¿Por? Porque había tenido un altercado con Cynthia pocas horas antes. ¿A cuenta de qué? A cuenta de su forma de tocar. Resultó que Cynthia hizo un comentario despectivo sobre el exceso de dulzura con la que Juliette afrontaba el solo que compartían. Puso en duda su profesionalidad. La acusó de querer robarle protagonismo con esos gestos suyos tan delicados y sensibleros. A Juliette se le calentó la boca. Ya venía picada a causa de mi ofensa. Y le respondió que a lo mejor lo que ocurría era que ella, Cynthia, andaba un poco nerviosa. Que a lo mejor tenía miedo de enfrentarse a la pieza de Gubaidulina. Que a lo mejor por eso tocaba con tanta energía, para ocultar su miedo. Y que a lo mejor no era tan buena como pretendía. De quedarse ahí la cosa, no hubiese pasado de una leve discusión. El problema fue que Bernie Carpenter, el tuba a quien yo había retado en el Mencey, intercedió por Juliette. Y Cynthia Young apuntó, entonces, la posibilidad de que Carpenter y ella fuesen amantes.

¿Dijo «amantes»? No. Dijo algo mucho peor. Pero Juliette no estaba dispuesta a repetirlo.

La bulla se calmó gracias a la intervención de un par de músicos, nada sospechosos de estarse beneficiando a la Legrand, pero el veneno de la duda ya estaba extendiéndose. Y al aparecer la viola de Cynthia destrozada, todos, incluso el perro cobarde de Carpenter, se pusieron de parte de la Young. Juliette llevaba varias horas mordiéndose la rabia en su habitación cuando sonó el teléfono. La tranquilicé. Le dije que le echaría una mano en resolver el enigma de la viola. Le pedí que viniera a consolarme (nos consolaríamos el uno al otro). Que me sentía muy solo (casi tanto como ella). Que cogiera su instrumento (para evitar tentaciones). Que me regalara con una serenata (al oído, pues en el hospital no verían con muy buenos ojos una mujer con viola). Que tomara el primer taxi libre (mejor que lo pidiese en recepción). Noté cómo sollozaba al otro lado de la línea. Cómo dudaba. Cómo se revolvía entre las ganas de salir del hotel y las de partírla la cara a alguien, ¿a mí tal vez?, de una trompada. Ya había visto cómo se las gastaba Juliette y no me convenía, en mi estado, alterarla demasiado. Cuando se calmó y, por fin, consiguió hablar, fue para preguntarme por mi atacante. Le conté lo mismo que a Álvarez. Que, hasta donde yo sabía, uno de los cubanos, tal vez el propio Willy, nos había seguido y se había tomado cumplida venganza de la afrenta sufrida en la batalla del Malecón.

Hora y media después llegó al hospital. Con la susceptibilidad cargada en la funda de su viola. Traía cara de circunstancias: había pasado un mal día, su puesto en la Filarmónica pendía de un hilo carreto y yo la había obligado a entrar en una clínica, un lugar que siempre había odiado. Verme en la cama, con una gruesa faja en la cintura y un parche en el ojo, no ayudó a mejorar su estado de ánimo. Para rematar la faena, dos celadores acababan de entrar a un nuevo enfermo, un pibito que había tenido un accidente de moto y al que no le quedaban regiones sin hollar en su maltrecho cuerpo. Su novia, una muchachilla endeble y nerviosa, no paraba de dar vueltas alrededor del lecho y de lamentarse de su mala suerte. Sobre este escenario de comedia bárbara se subió Juliette Legrand con su corazón de viola. Traía también un ramo de calas que había comprado de camino al hospital, en un puesto ambulante. Le agradecí el detalle con los menos arriesgados de mis gestos, un leve asentimiento de cabeza y el vuelo ligerísimo de una mano señalando a la silla vacía al lado de mi cama. Ella apoyó, meticulosa, disciplinadamente la funda en una esquina y se sentó. No dijo nada. Me miró de arriba abajo. Advertí en sus ojos algo cercano al miedo. Se detenía, sobre todo, en las macas que salpicaban mi pecho desnudo.

Fue entonces cuando todo cambió. Su rostro se volvió mármol frío. Apretó los dientes. Entrecerró los ojos. La presentí tan lejos que me rebrotó el dolor.

Pareció estar sacando la balanza. Calibrando si le salía a cuenta hacerse amiga de un tipo como yo, a quien todos habían tomado últimamente por muñeco de feria. Poniendo en duda todo cuanto creía saber de mí. Incluso, en un instante, se volvió a mirar por la ventana. Tal vez considerase la altura por si aún estaba a tiempo de saltar y escapar de aquella pesadilla. Sin embargo, se quedó a hacerme compañía. No llegó a desenfundar el instrumento, no estaba el patio para un concierto barroco. Pasó un buen rato callada. Como si le costara pronunciar una simple palabra en aquel catafalco del dolor. Cuando lo hizo fue para interesarse por mí. Por si necesitaba algo. Le dije que no. Que ya me habían martirizado bastante. Que mi sufrimiento estaba claro de dónde procedía. Que lo interesante allí era saber de dónde le venía el de ella. Se encogió de hombros. Miró a la esquina donde dormitaba su viola como buscando amparo. Se acarició las manos.

La vi tan desvalida que me olvidé del tormento que andaba yo padeciendo. Tenía que buscarle una salida al suyo. Intenté darle vuelta a su desánimo. Nadie podía creer en serio que la muchacha tuviese que ver en aquel enredo. Una cosa era discutir con una colega y otra muy diferente destrozarle el instrumento, sobre todo cuando aún estaba fresca la discusión y todos los ojos estaban puestos en ella. Hubiera sido una idiotez supina que, después de lo ocurrido, la muchacha hubiese ido directa a romperle el alma a la viola de Cynthia. No. Demasiado evidente. Incluso para una mujer de la espontaneidad y la franqueza de Juliette Legrand. Qué va. Había tenido que ser alguien que quiso aprovechar la dirección del viento para pagar alguna antigua deuda o algo así. Si no, no se explica.

Juliette se disculpó por no poder aportar ninguna referencia, yo no debía olvidar que llevaba en la Filarmónica apenas unas semanas. Si había viejas cuentas por saldar, ella no las conocía. Lo único claro era que, desde que entró a formar parte de la orquesta, todo habían sido desgracias y accidentes. Estaba la muerte de Aaron, el asalto a la cámara de seguridad del hotel, mi descalabro. Eso sin contar la enfermedad repentina de Rebecca Adams. Juliette se encontraba —o creía encontrarse— en el centro de todos los males. Probé a explicarle que, salvo en el último caso, ella no ganaba nada con tanta calamidad. Uno siempre ha de pensar a quién beneficia un delito antes de comenzar a repartir las culpas. Y a Juliette sólo le benefició —eso sí, muy mucho— la indisposición de Rebecca Adams. En lo demás, parecía libre de pecado. Schulman no le hacía sombra en su carrera. Había hueco para más de dos violas en la orquesta. Y yo sólo pasaba por allí, por lo visto en un momento inoportuno. ¿Casualidad? Hombre, casualidad, casualidad... Para quien crea en ellas, sí. No para mí. Pero eso no se lo dije a la Legrand. La hubiera inquietado aún más. Y quería comprobar adónde me llevaba el río.

Quise empezar por la última noticia. A riesgo de ser pelma, volví sobre mis pasos. ¿Quién tiene acceso a la cámara de seguridad del Reina Isabel? Cualquiera

cliente, siempre que lo justifique. Vale con la tarjeta que te dan al alojarte. Una con tu nombre, el número de habitación y la fecha de entrada al hotel. ¿Cuánto tiempo transcurrió entre el enfrentamiento de las dos violas y el descubrimiento del asalto? Unas cuatro horas. A eso de las nueve, después del desayuno, se produjo la discusión. Mientras esperaban el ascensor. Estaban Cynthia, ella y Carpenter. Y luego se incorporaron David y Nehemiah. ¿Quiénes? No pudo recordar los apellidos, sólo que tocaban la tromba y la trompeta, que eran bajitos, judíos ortodoxos —a veces, les gustaba llevar la kipá— y que iban juntos hasta al retrete. ¿Y después? Después se separaron. Los otros subieron a sus habitaciones. Y Juliette fue a dar una vuelta para olvidar el desagradable incidente. Se recorrió la playa de cabo a rabo. Hizo unas compras en un bazar de hindúes. Poca cosa. Unos pañuelos y algo de bisutería.

Volvió a mediodía y se encontró con el jaleo. Acababa de recibirse una llamada del juzgado. Un juez local había dispuesto que los músicos debían ser interrogados. Todos. Y hasta que no hubiera sido citado el último, tenían que estar localizables. Masur estaba hecho una furia. ¿Por qué? Hay que entenderlo. Es un hombre de la escuela prusiana. Estuvo veinte años dirigiendo a la orquesta de Leipzig, cuando las Alemanias aún andaban peleadas. Y a él le tocó bailar con la hermana fea, la comunista, donde incluso el más zoquete era sospechoso de espionaje. Donde tenías comisarios políticos hasta detrás de los atriles. Eso, a la larga, imprime carácter. Masur detesta la política. Sólo sabe de música. Y lo único que pide es que lo dejen trabajar en paz. Así que esa mañana se le amotinaron todos los viejos fantasmas. Entonces, convocó a la orquesta en un salón de la segunda planta para un ensayo. Era la única forma que conocía de aplacar la rebelión. Y así fue que descubrieron la rotura de la viola de Cynthia. Eso ocurrió poco después de la una. De modo que tuvo que ser en esas cuatro horas cuando asaltaron la cámara. Bien, ¿y cuánta gente estuvo allí en esas cuatro horas? Eso fue lo primero que había preguntado ella. Llevaban un registro de las visitas. Para entrar había que firmar en una hoja de inspección. Y consignar la fecha y la hora. Y estar en todo momento acompañado de un empleado del hotel. Esa mañana se encargaba un joven de color. Era nuevo. Estaba a prueba. El pobre se pasó el resto del día asustado, creyendo que le iban a echar el muerto a él. Por nuevo. Por negro. Porque sí. Había cuatro entradas en la hoja de control. Una señora que había llegado esa mañana fue a depositar sus joyas. Un cliente habitual, alto ejecutivo de una empresa de comunicaciones, sacó un maletín de mano. Y Bella Larson entró y salió dos veces. Una para coger su violín y otra para dejarlo otra vez. Una chica nerviosa Bella Larson. Insegura. Siempre aprovechaba cualquier rato libre para perfeccionar su estilo.

¿Estaba seguro el recepcionista de que nadie más había visitado la cámara?

¿No podía haber entrado con otra persona? Imposible. Llevan un turno estricto. De atender a los clientes puede ocuparse cualquiera de los que esté de guardia. Pero el encargado de controlar la seguridad es uno cada día. Y ése lleva consigo una de las dos copias de la llave. La otra la tiene el director en su despacho. De manera que, si alguien solicita entrar en la cámara, debe esperar a que esté presente esa persona o el director. ¿Y el director? Esa mañana el director no estaba para nadie. Andaba como loco, solucionando los estragos que le había causado tener que alojar a sesenta personas con quienes no contaba por cuatro o cinco noches más. Llevaba horas colgado del teléfono buscándole acomodo en otro hotel a un grupo de turistas que tenían que llegar esa misma tarde.

¿Y no era ésa la mejor coartada de Juliette? ¿Que su nombre no apareciese en la lista? Ante la ley, desde luego que sí. Pero no ante los ojos de sus colegas. Para los músicos tuvo que ser ella. De algún modo artero y sibilino se las había ingeniado para engatusar al jovencito y hacerse con la llave. Como había hecho con Schulman. Y conmigo. ¿Conmigo también? Y tanto que sí. ¡Pero si aún no conocían lo de mi agresión! Tiempo al tiempo. Ya se enterarían. Y cuando se enteraran, nadie les iba a quitar de la cabeza que fue ella quien me dio la paliza. O quien mandó que me la dieran. Así que la Legrand ya no sólo era la principal sospechosa de destrozar con crueldad una viola. Por el mismo precio le había tocado el papel de embaucadora y, algo peor, de asesina. Estaba en un apuro. Y yo tenía que ayudarla. Se lo debía. Por la velada tan agradable que pasamos juntos. Por haberla dejado plantada. Porque me gustaba. Porque sí.

El anillo de los Nibelungos

Necesitaba coger un poco de aire. Darme una ducha. Y sacarme de encima el desabrido olor a clínica. Pasé por la tienda, de camino a casa, a comprar algunas cosas. Con el ajetreo de los últimos días no había tenido tiempo. Suelo hacerlo en una de esas tiendas de aceite y vinagre. De las de toda la vida. Donde los dueños te llaman por tu nombre y te preguntan por tu familia y te dan el pésame cuando alguien se te muere. Mi madre estaría orgullosa de verme entrar allí. Pero el orgullo se le marchitaría no más verme salir. Con la de frutas y verduras frescas que despachan, compro invariablemente queso, latas de atún, yogures, frutos secos

y whisky. Dime lo que comes y te diré quién eres. Y yo soy un romántico desastrado —podría encontrar las cosas mucho más baratas en cualquier supermercado, pero me caen bien Samuel y Paqui, los dueños de la tienda—, un malamañado y un tipo con apenas tiempo para hacerse un almuerzo decente. Cuando me hartó de bocadillos de atún y mayonesa, y de queso con nueces, me tiró a la calle a por una buena comida. Mientras, me apaño con lo que hay.

En casa tenía el contestador que echaba humo. Media docena de llamadas. Una de Colacho, para ver cómo estaba. Otra de una vieja amiga, Noelia Correa, una mujer en extremo inestable de quien había que huir como de la peste. Llevábamos meses sin vernos, pero se había acordado de mí al ver una película de Robert Mitchum *Retorno al pasado*. Ignoraba por qué, pero yo debía tomármelo como un cumplido, Mitchum está guapísimo en esa *pele*, para comérselo, te lo juro, Ricardo; así que, por favor, no seas tonto y llámame. Los cuatro mensajes restantes eran de Inés, mi secretaria. Me andaba buscando desde el sábado. En relación con un cliente nuevo, un viejo profesor de Economía. Por lo que pude entender, habían culpado a su hijo adolescente de una violación. Y eso era imposible. De todo punto. Quería que me encargara de su caso.

Aún no estaba preparado para pasar el examen de mi abuelo. Para el de Noelia no creía estarlo jamás. Así que sólo respondí a Inés. Le expliqué que me hallaba en mitad de una investigación. Le pedí una semana. Que le diese largas al profesor y lo citase para el lunes. Inés quiso saber en qué estaba metido. Cuando oyó el nombre de Aaron Schulman, lanzó un silbido y uno de sus asiduos carays y quiso saber más. Le prometí que pasaría por el despacho en un par de días y se lo contaría todo. Me recordó mi ineptitud en los asuntos económicos y la necesidad de pagar el alquiler, el agua, la luz y el teléfono. Por ella no se preocupaba. Tenía asegurado, al menos, su sueldo. Y con eso tiraba. Le respondí que ya me habían dado algo a cuenta. Que se lo llevaría, como los buenos maridos, para que lo ingresara. Ella lanzó un bufido. No sé si incrédula por lo del dinero o ufana por lo del buen marido. Decidí dejarlo correr.

La ducha me devolvió a la vida. Tuve que enjabonarme con una sola mano porque el otro brazo le había cogido cariño a mi costado y sufría cada vez que se separaba de él. Aún me tiraba un poco la costilla averiada. Menudo detective estaba hecho. Pensé en Mitchum. Pero no en el Mitchum de *Retorno al pasado*. Qué va. Aquél era un Mitchum descafeinado. Un pobre diablo, esperando cada noche en la playa de Acapulco a la egoísta de Jane Greer. Pensé en el Mitchum de *La noche del cazador*. En el de *El cabo del terror*. En el de *Adiós, muñeca*. A cada escena que evocaba me parecía más absurda la idea de recordárselo a alguien, aunque ese alguien fuese la cabra loca de Noelia Correa. Él era un tipo duro. Uno de los más fieros. Después de Cagney y Edward G. Robinson, estaban él y Bogart.

Nadie más. Y yo allí, en medio de la nada, bajo una ducha de agua fría, con un ojo empantanado, con una mano inútil, me sentía tan lejos de ellos como de la luna. Esperaba que el resto de aquel caso fuese menos agitado. Por mi bien lo esperaba. Podría soportar una mirada hosca. Un reproche. Incluso un insulto. Pero hasta un empujoncito de la famélica Bella Larson me hubiese derrengado.

Mientras me secaba frente al espejo, caí en la cuenta de lo mal que estaba. Daba lástima. Pero lejos de desanimarme, me dio otra perspectiva del asunto. Acaso la facha que tenía, mi aspecto de completo derrotado, pudiese echarme una mano con los músicos. Acaso mejorase la opinión que tenían de mí. Acaso dejaran de tomarme como un peligro andante. El único problema era que todo cuerpo sumergido en un líquido es directamente proporcional al volumen del líquido desalojado. Y cada centímetro de mi cuerpo entrando en la bañera de la orquesta era una gota de Juliette que se salía. Y yo no quería eso. Esperaba que me vieran como un amigo sin necesidad de que, por ende, la hicieran a ella enemiga. Iba a ser muy difícil. Pero había que intentarlo. Empezaría esa tarde. Me dejaría caer por el hotel a ver cómo andaban los ánimos.

Entre tanto, me preparé un almuerzo ligero. No tenía el cuerpo para bacanales. Con un tomate de color tolerable que encontré en la nevera y el queso que acababa de comprar me hice una ensalada. Un poco de sal, aceite virgen, orégano, unas nueces por encima. Y manjar de dioses. Abrí una botella de vino tinto para redondear la faena. Aproveché para ponerme al día en las noticias saltando de un telediario a otro. Sólo uno hablaba del asunto Schulman. Apareció el delegado del Gobierno, templando con soltura, amagando, jugando a cortafuegos. Los periodistas insistían en saber por qué se había reabierto el caso y si ello no iba a suponer un serio incidente diplomático. Él desvió todos los tiros. Que si en realidad no cabía hablar de reapertura porque, oficialmente, la investigación nunca se había cerrado. Que, si un juez había creído necesario tomar esa medida, el Gobierno no tenía nada que decir. Que si la política de su partido siempre había sido la del máximo respeto a la labor judicial. Que si esperaba que el Gobierno norteamericano entendiera la situación. Que si estaban en continuo contacto con ellos. Que si había que dejar trabajar, mientras, a las fuerzas de seguridad del Estado. Pensé en Álvarez. En su despacho. Meado de la risa. Porque lo llamaran así, «fuerza de seguridad del Estado». A él. A un simple policía.

Esperé al TeleCanarias por si ahondaban en la noticia. Volvió a salir el delegado, desde otro ángulo, pero con los mismos tópicos y la misma cara de póquer. Luego las cámaras asediaron el hotel Reina Isabel por si pescaban alguna declaración jugosa. Iban a tiro hecho. A buscar el cabreo de un flautista o una chelista que le pusiera picante al reportaje. Me hacía recordar a las retransmisiones deportivas, cuando le embuten el micrófono en caliente a un jugador expulsado o

sustituido antes de tiempo. Entonces éste se cisca en los muertos del árbitro o del entrenador y se arma la marimorena. Ya tenemos una imagen para el resto de la semana. Pero, claro, no es igual un músico que un jugador de fútbol. Debían de ganar lo mismo. O casi. Pero aquéllos se limitaban a sonreír. A abrir las manos y arrugar el entrecejo. A contestar, en un inglés delicado o en un español errático, que no sabían nada, que ellos se limitaban a tocar, que preguntasen al director de orquesta. Y, claro, al director de orquesta no había quien lo encontrase.

Tuve tiempo de dormir una hora. Eran más de las cuatro cuando desperté. Necesité un momento para saber dónde estaba. Entre el viaje a Tenerife y mi visita al hospital llevaba varios días fuera de casa y hasta mi salón se me hizo extraño. Una vez orientado, me vestí y me preparé para una nueva jornada de mosca cojonera. Tocada de un ala y tuerta, pero mosca cojonera. Llegué al hotel sobre las cinco y media. Había cierto revuelo en la puerta. Cámaras de televisión. Fotógrafos. Periodistas. Todos esperaban cazar alguna noticia fresca. Dos hombres de Álvarez a quienes conocía de antiguos trabajos les impedían el paso. Serpenteé entre los miembros de la prensa, que me escudriñaron con celo por si me reconocían. Acaso por mi aspecto, un reportero se me acercó a preguntar si tenía que ver con el asesinato del violinista. Le respondí que no, que lo sentía, que qué más quisiera yo, pero tan sólo venía a ver a un amigo que se alojaba en el hotel. Me deseó suerte sin mucha convicción. Al parecer la policía estaba cacheando a todo el mundo. Para evitar que se colara algún chismoso. Cuando llegué a la altura de los agentes, uno de ellos me reconoció. Por suerte, Álvarez había dejado aviso de que me dejaran entrar. Por desgracia, quería verme en cuanto llegara. Les agradecí el recado y entré en el Reina Isabel. Dejé detrás de mí más de una protesta de los reporteros, ¿qué coño de relajo es éste?, a ese tipo ni le han pedido el carné.

Desoí la segunda de las indicaciones. Álvarez tendría que esperar. Era mala política para un detective privado que lo vieran intimando con la policía. Eso los volvía mudos, ciegos, esquivos, olvidadizos. Lo primero que pregunté fue si los músicos estaban reunidos. Me hubiera deprimido, en el estado en el que me encontraba, tener que pasar media tarde en el vestíbulo esperando a que el inspector los fuese soltando. Entonces llegarían rebotados, con cara de pocos amigos y sin ganas de charla. El recepcionista, el muchacho de color del que me había hablado Juliette, me contestó que no lo sabía con certeza pero que se barruntaba que no había tal reunión porque, hacía un par de horas, había visto llegar a cuatro señores muy serios y muy atusados que habían solicitado una sala pequeña para las entrevistas. Luego me enteré de que eran el juez Tejera, su ayudante y dos abogados defensores que había enviado la embajada norteamericana desde Madrid. De cualquier modo, el muchacho se quiso asegurar, no tenía ganas de meterse en otro lío como el de la cámara de seguridad. Y fue a

consultarlo. Salió al instante con una sonrisa, más de alivio que de cortesía. En efecto, la sala que les habían asignado era una estancia de reuniones. No tenía capacidad más que para ocho o diez personas. El resto estaba por ahí desperdigado. En sus habitaciones. En la terraza. En la avenida. Incluso dos de ellos le habían pedido a su colega un cuarto para jugar al póquer.

Todavía llevaba encima la credencial. Y me aproveché de la inseguridad del pibito para sacarla y enseñársela, trabajo como investigador para el consulado, no tengo nada que ver con las entrevistas, pero me han pedido que averigüe lo ocurrido con una viola, veré, están muy disgustados con eso, es instrumento de muchísimo valor y los del seguro, ya sabe cómo son, andan escarbando en las declaraciones por ver si pueden enrocarse en la letra pequeña y aliviarse del pago; estoy seguro de que habrá tenido usted que responder mil veces a lo mismo, pero ¿me permitiría echarle un vistazo al libro de registros de la cámara de seguridad? El muchacho dudó. Miró otra vez la foto de mi reciente carné y se perdió de nuevo tras una puerta. Al poco regresó acompañado por otro conserje de más experiencia. Pelo cano, piel curtida y la imperturbable pachorra que dan los años. Pensé que la había jeringado, que me iba a echar un rezado, a liarme con formalismos, a darme cuerda hasta que me aburriese. Intenté aparentar seguridad. Volví a repetir mi letanía y a enseñar la documentación. El recién llegado se hizo de rogar. Tenía ojos de zorro viejo. Se lo pensó dos veces. Y, antes de que se le colara una tercera duda, le expliqué que no tenía intención de complicarle su trabajo, que lo único que quería era que me dejase ver el registro. Por si reconocía alguna firma. El hombre, acaso huyendo de que lo acusaran de obstaculizar en la investigación, sacó de debajo del mostrador un libro. Un ejemplar de secretaría, estrecho y largo, de tapas negras. Lo abrió por la página del martes y lo giró para que pudiera leer en él. Tal y como había dicho Juliette, había cuatro entradas. Le pedí permiso al recepcionista para pasar una hoja. Con una me bastaba. Asintió con la cabeza. El lunes había otros cinco apuntes. Tres de ellos eran de otros tantos músicos. Me sonaban sus nombres. Las otras dos firmas me eran extrañas. Las memoricé. Agradecí a los conserjes el favor. Y me des-pedí.

Luego de dar dos pasos, me di cuenta de que no sabía adónde ir. Debía empezar por encontrar a alguien conocido, antes de que me descubriese el inspector Álvarez y me chafase el plan. Pensé en Juliette, pero la deseché. Tampoco quería que me vieran con ella. No aún. Preferí al cuarteto de Nueva York. Y era una tarde tan buena como cualquier otra para perder los cuartos al póquer. Así que volví a la recepción. El muchacho había vuelto a quedarse solo en su garita. Cuando me vio dudar y regresar se le escapó una sonrisa infantil. Le pregunté a qué se debía. Y me salió con Colombo. Según él, mi gesto era muy típico de la serie. El protagonista acaba de preguntar al principal sospechoso. Se despide. Da

unos pasos. Y luego se para en seco. Y se toca la frente. Y levanta un puro consumido y lleno de babas que siempre lleva pegado a los labios. Y suelta, con esa voz rota del doblaje, «ah, qué tonto, con razón mi mujer siempre dice que soy un despistado, se me olvidaba lo más importante: ¿puede usted decirme dónde estaba la noche de autos?». Lo hace, según el recepcionista, para poner nervioso al criminal. Yo había hecho lo mismo. Sólo que sin tocarme la frente. Y sin puro babeado.

Me faltó el canto de un duro para responderle que, si yo era Colombo, ¿a qué criminal se suponía que estaba poniendo nervioso? Pero me pareció una ruindad innecesaria. Además, me interesaba quedar a bien con el chico. Me conocía el paño: probablemente iba a necesitar de su ayuda más tarde. Así que le sonreí la gracia, no sé Colombo, pero yo sí que soy un despistado, y ni siquiera tengo mujer que me lo ande recordando a diario; también fumo puros, pero no viajo con perro ni con gabardina y, desde luego, no tengo nada que ver con la policía; ocurre que se me olvidó preguntarles por ese cuarto donde juegan los músicos, a lo mejor me apunto a la partida. El muchacho, más sosegado, me indicó, es en el segundo piso, nada más salir del ascensor gire a la izquierda, allí está, es una puerta doble de madera. Y yo, agradecido, una última cosa, ¿tiene dólares para cambiarme? Y él, buscando en un listado a cuánto estaba el cambio, lo que guste, no faltaba más, ¿cuánto necesita?

Hice lo que me indicó mi nuevo amigo. Di con el garito sin dificultad. Toqué con los nudillos en la puerta. La abrí. Asomé la cabeza. Y saludé a los tahúres en un inglés escuálido, buenas tardes, señores, en recepción me dijeron que estaban ustedes por aquí, y me pregunto si admiten a un nuevo jugador. Cuatro pares de ojos me clavaron su mirada como estiletes. Fríos. Sin emoción. Ni siquiera el parche de la ceja y mi andar renqueante hizo que se impresionasen. Igual que la primera vez. Pero en esa ocasión con otros argumentos, adelante, amigo, total, da igual ocho que ochenta, ¿o no?, si tenemos que mamarnos una semana más aquí sentados, hasta que el juez nos llame a declarar, a quién le importa un huevo si se suma a la fiesta. Teobaldo Mesa fue el más resuelto. Me preguntó si recordaba las reglas y, ante mi asentimiento, se hizo a un lado para que pudiese colar una silla. Todorov recogió las cartas, las guardó en un estuche y abrió un mazo nuevo. Peter Vaughan señaló con la nariz una mesilla auxiliar con vasos limpios y botellas de distinto licor, sírvase usted mismo. Orson, sin levantar la vista del tapete, se limitó a organizar sus ganancias.

No hizo falta dedicar una sola mano a reconocer el terreno. La partida anterior había servido de tarjeta de presentación. Para mí y, sobre todo, para ellos. Eran hombres bregados en el juego. Minuciosos. Atentos. Estaba seguro de que recordarían hasta el más mínimo gesto del último póquer en el Mencey. Quise

distender el ambiente con una broma fácil. Les dije que jugaban en mi casa. Y que era norma de cortesía dejar ganar las primeras manos al anfitrión. Desde luego que no me hicieron caso. Se notaba que me tenían ganas. Que aprovecharían cualquier resquicio para darme una tunda. Así que hube de confiarme a la suerte. Pero la suerte, como siempre, fue por barrios. Al principio rondó descaradamente la silla de Mijail. Una escalera, un trío de ases y un full de dieces y nueves congelaron al resto de la mesa. Cuando el full, Teobaldo se fingió enfadado y le lanzó a la cabeza una caja de cigarrillos vacía, Miguelito, cabrón, cómo se nota que hace un mes que no jodes. Mi sonrisa le dio a entender que conocía un refrán que, por lo visto, los hombres de Colón llevaron consigo a Norteamérica. Sólo que Mesa me corrigió la dirección del viento, no la llevaron, canario, se la trajeron de allá, con el tabaco, las papas y la buena música. Le repliqué, no, amigo, te acepto lo del tabaco, las papas y la música, pero no tengo claro que tus antepasados conocieran los juegos de azar, así que el refrán es nuestro. El portorriqueño se cuadró, ¿mis antepasados?, ¿mis antepasados?, óyeme, canario, me llamo Teobaldo José Patricio Mesa González, ¿te suena alguno a indio borincano acaso?; mis antepasados, dice; mis antepasados son los mismos que los tuyos, allá los españoles pasaron por la quilla a todo el mundo.

La lección de historia empezaba a incordiar a nuestros compañeros de tapete. Así que decidimos continuarla más tarde. Pero la interrupción enfrió los ánimos de Mijail Todorov, quien no volvió a ganar una mano más. Llegué a pensar que el jodido Mesa lo había hecho adrede. Sobre todo cuando empezó a ganar. Él y Peter, a salto de mata, se repartieron media docena de triunfos. En medio, me dejaron colocar un full de reyes y damas, y un farol que nadie se atrevió a verme. Hora y media —una botella de whisky y una de ron— más tarde, lo único que estaba claro era que no era el día de Orson. Fue el único que no ganó una jugada desde que yo me sentara. Poco a poco fuimos viendo cómo el fajo de billetes que había junto a su vaso iba menguando y su humor agrietándose. Teobaldo aprovechaba la más mínima ocasión para lanzar una pulla. Peter salía en defensa de su hermano. Y el portorriqueño contraatacaba, aquello era un juego y no un negocio, estaban allí para pasar el tiempo, unas veces se gana y otras no. La tarde se fue calentando a medida en que el propio Peter empezó a malgastar sus dólares en manos enrevesadas. Y la cosa se puso fea de veras cuando Orson Vaughan insinuó que el ruso, el portorriqueño y yo estábamos compinchados contra ellos.

Tuve que meter baza para enseñarle mi dinero. Yo también estaba perdiendo. ¿Menos que ellos? Seguro que sí. Porque yo había llegado después. Porque había jugado menos. Porque me había arriesgado poco. ¿Más cobarde? Tal vez. A mí me hubiese gustado crearme más cauteloso. Mi sueldo me impedía lanzarme a tumba abierta. Cada uno sabe lo que le cuesta ganarse el dinero. Peter

lanzó una mirada despectiva a mi razonamiento. Una mirada que se hubiese topado contra un muro de piedra, si no llega a venir acompañada de una alusión más que desagradable sobre Juliette Legrand y yo, sobre mi imposibilidad de mantenerle el estilo de vida a la canadiense. Entonces le expliqué, sin levantar la voz, pero deletreando cada palabra de mi inglés enjuto, para que no quedaran dudas acerca de mi declaración, que lo que la señorita Legrand y yo tuviésemos en común era asunto nuestro, que ella se manejaba bien solita, que yo no tenía intención de cambiar eso, que no era de caballeros nombrar a una dama en la mesa de juego y que, si uno no sabía encajar una mala tarde, lo mejor era que no se dedicara al póquer.

Se hizo el silencio. Tenía trabajo que hacer. Y me había aburrido de malgastar mi tiempo con el cuarteto de Nueva York. Así que aproveché para recoger mi dinero. Hice amago de levantarme. Pero Orson Vaughan tomó de nuevo la palabra para recordarme una de las reglas: no podía abandonar cuando iba ganando. Le respondí dos cosas: primero, que yo no iba ganando, había perdido cerca de cien dólares, que para un músico de fama mundial no era mucho, pero sí para un pobre diablo que ni siquiera podía mantener a una chica; y segundo, que él ya no tenía un puñetero dólar que jugarse al póquer. Entonces, el clarinetista, enrabiado, rojo de ira, hizo algo que, a la postre, vino a ayudarme más en la resolución de aquel caso que cualquier otra confesión que hubiera podido hacerme. Levantó la mano derecha y, con la izquierda, se sacó del dedo un anillo en el que yo no había caído hasta la fecha. Un anillo cuadrado, color azabache, con un emblema dorado —una nota musical sobre un pentagrama; entonces lo vi bien— en el centro. Se jugaba la insignia de la Filarmónica de Nueva York contra mi resto.

Los otros tres se echaron las manos a la cabeza. Intentaron, en vano, que guardara el anillo. Le recordaron que aquello —ya lo había dicho Teobaldo Mesa— era sólo un juego, *just a game, guy*. Pero Orson se había hecho fuerte en su determinación. Si se rajaba ahora quedaría como un imbécil delante de mí, sobre todo después de haberme insultado como lo había hecho. En un primer momento no supe qué hacer. Mi reacción inicial fue rechazar la apuesta y dejarlo con dos palmos de narices. El tipo, desde luego, se merecía un escarmiento por fanfarrón, pero no me apetecía nada empezar el último tramo de la investigación —la nueva revelación me hacía presumir que estaba empezando a llegar a alguna parte— con un enemigo a mis espaldas. Por otro lado, tampoco quería quedar como un pendejo, de modo que tiré de la sog a ver qué pasaba. Dudé de la autenticidad del anillo. Esas cosas se compraban, hacía años, en los baratillos del parque San Telmo. ¿Cómo sabría yo que no lo había obtenido en un quiosco de mala muerte de Central Park? ¿Quién me aseguraba que no había cien mil de esas baratijas

pululando por medio Nueva York?

Allí saltaron todos a una. Se volvieron mosqueteros del rey. ¿Baratija? ¿Me atrevía yo a llamar baratija a la insignia de oro de la Filarmónica de Nueva York? ¿Estaba loco o qué? Debía de haber tan sólo treinta, quizá cuarenta, de esos anillos en todo el mundo. Ni uno más. Había que ganárselo. Y no era nada fácil. De aquella mesa de juego únicamente Orson podía presumir de él. Por eso se habían escandalizado tanto los demás cuando lo vieron apostárselo al póquer. Ellos llevaban otro más modesto. Todorov, el único que lo llevaba encima, me lo enseñó. Era igual en la forma. Pero era de plata. Mucho menos lucido. Te lo daban casi nada más entrar. Seguro que hasta mi amiga la rookie, la viola novata, tenía el suyo. Pero para que alguien consiguiera el anillo de los Nibelungos —lo llamaban así, con un deleite casi infantil— debía cumplir veinte años en la Filarmónica. Como Orson Vaughan. Sí. Como el bueno de Aaron Schulman. Y como Nehemiah Williams y David Allen, los judíos ortodoxos que había mencionado Juliette. Ellos también la habían ganado. ¿Quién más? Posiblemente Papá Bob. Y, por supuesto, el maestro Masur. Todos los directores que había tenido la orquesta eran acreedores de esa distinción. Solían concedérsela en una ceremonia especial al final de cada temporada. A Orson fue al último a quien se la habían dado. El año anterior. Era el más alto honor al que podía aspirarse. En suma, que baratija lo seríamos yo y toda mi estirpe.

Reculé. Preferí quedar por blando antes que levantar la pieza. Había ganado una información tan valiosa para mí como el anillo de oro para ellos. Le anuncié a Vaughan que estaba cansado. Que me disculpara. Que había sufrido un percance unas noches atrás. Que aún estaba convaleciente. Él me lanzó un gesto de perdonavidas. Ganas me entraron de aceptarle el envite y levantarle la insignia y la sonrisa de una sola tacada. Pero la cara de alivio de sus tres camaradas me devolvieron la serenidad. Los dejé con su partida y, antes de que a Álvarez le comunicaran mi presencia allí y mandara remover cielo y tierra hasta dar conmigo, salí a ver si encontraba a alguien. Alguien a quien tenía ganas de conocer. Alguien que tal vez me podría confirmar cuántas insignias podría haber en el hotel en aquel momento.

Papá Bob Alston frisaría la edad de jubilación. Era un tipo singular. Pequeño pero muy lejos de parecer frágil. Canoso, llevaba el poco pelo que le quedaba cortado a cepillo. Un rostro curtido, lleno de surcos, auguraba veladas de pipa y chimenea. Una nariz ancha y unos mofletes amplios hacían pensar en un antiguo saxofonista reconvertido en director musical. Sonreía con franqueza. Sólo que, en la época en que lo conocí, no tenía demasiados motivos para hacerlo a menudo. La dichosa muerte de Schulman, más allá de haberlo afectado personalmente —llevaban casi treinta años juntos y eran bastante amigos—, lo estaba llevando por la calle de la amargura como director artístico. Le había trastocado todos los planes. Habían tenido que suspender sus actuaciones en la península. Eso significaba que había que buscar otras fechas para cumplir con esos compromisos, cosa terriblemente engorrosa para una orquesta tan solicitada como la Filarmónica de Nueva York.

Lo hallé en la terraza que daba a la playa. En una mesa apartada. Oculto entre palmas y flores de buganvilla. Rodeado de tres tazas de café vacías, una tónica a medio beber y varias carpetas de cartón. No estaba solo. Junto a él había una mujer de unos cuarenta años, rubia ficticia, de curvas generosas, vestida con un traje entallado de color aceituna. Deduje que era su secretaria. Lo preferí a su amante. No quise arriesgarme a una conjetura errónea. Ya me había equivocado con la pareja anciana del Mencey. Había cubierto el cupo de meteduras de pata por esa estación. No me tocaba hasta la primavera. Por lo poco que pude entender, Alston discutía con la mujer algunos preparativos de viajes y ensayos. El problema era que ignoraban cuándo los dejarían continuar su camino. Eso dificultaba mucho cerrar vuelos, reservar hoteles y alquilar lugares de ensayo.

La rubia recogió las carpetas de la mesa y se despidió con prisa, como si lo que fuera a hacer no pudiese postergarse ni una simple tónica. La vi pasar a mi lado y entrar en el hotel dejando a su paso un rastro de perfume dulzón y provocativo. Entonces me acerqué a la mesa de la esquina y volví a repetir la ceremonia de las presentaciones, buenas tardes, señor, mi nombre es Ricardo Blanco, ésta es mi credencial, estoy aquí por el consulado de Estados Unidos, investigo el desagradable incidente de la viola, me gustaría tener unas palabras con usted, espero no llegar en mal momento, patatín, patatán. *Papá* Bob miró el documento, me miró a mí, sonrió forzosamente, se presentó y me señaló la silla que había quedado vacante, ¿mal momento?, llega usted en un mal año, amigo Blanco, no creo que pueda serle de mucha ayuda, pero peor ya no nos va a ir, ¿toma usted algo?, yo voy a pedir otro café, como ve, soy un adicto, sobre todo en época de crisis, a ver, dígame, ¿qué quiere saber?

Antes de atacar mis propios problemas, fingí preocuparme por los suyos. Me interesé por todo ese alboroto que se había montado alrededor de la muerte del

violinista. Le confesé que el jaleo de la puerta me había dejado preocupado. Imaginé que aquello era un descalabro para la moral de los músicos y un inconveniente inoportuno para la orquesta. No me hizo falta seguir con el recuento de sus preocupaciones. En seguida comprendí que Alston estaba necesitando alguien como yo. Alguien a quien contarle sus penas. De no haber estado allí, se hubiese mudado a la barra del bar, hubiese pedido un whisky doble y le hubiese llorado al camarero. Pero yo llegué a tiempo de ahorrarle las copas y la incomodidad de una banqueta alta sin respaldo. Me habló del desastre, del absoluto caos que estaba resultando hasta entonces la gira europea. Todo se había torcido desde el principio. Bajas antes de tiempo, disputas entre los músicos, el asalto a la cámara de seguridad, la muerte de Schulman. Al parecer incluso habían agredido a un detective que estaba tras la pista del criminal, por eso el juez los había retenido aquí. Cuando mencionó la agresión al detective, estuve a pique de taparme la ceja, lo que lo hubiese puesto sobre aviso y dado al traste con aquella entrevista. Me limité a poner cara de circunstancias y a esperar que mi parche pasase desapercibido. Jugué a hacerme el sueco con el asunto del violinista. Yo sólo sabía lo que decían los periódicos, pero era todo tan confuso, ¿verdad? Que si detrás de aquella muerte había un motivo religioso. Que si eran desavenencias entre los solistas, algo que ganaba crédito después de lo de la viola de Cynthia Young. Que si era por razones sentimentales. Parecían estar dando palos de ciego. Y a cada palo se quebraba más la imagen de la Filarmónica.

Alston apuró el cuarto café, que acababan de traerle. Y se dispuso a contarme lo que ya sabía o, al menos, sospechaba. Empezó por negar las tres veces de Pedro. Ni religión ni envidias ni celos. Nada de eso. Él no podía dar una explicación verosímil a la muerte de Aaron. Por supuesto que no. Pero desechaba de plano esas insidias. Por lo que a él respectaba, en la Filarmónica de Nueva York reinaba la armonía. Las diferencias raciales, religiosas y sexuales —de las políticas no dijo nada, tal vez por esa conciencia patriótica de los norteamericanos, tal vez porque su condición de artista se lo impedía— eran norma común entre ellos. A nadie le importaba un bledo que un músico fuera blanco, afroamericano, árabe u oriental. Que fuera cristiano, mormón, judío o musulmán. Que fuera heterosexual, homosexual, bisexual y hasta asexual, si lo apuraban: no sé por qué me vino a la cabeza la inconsistencia hierática de Bella Larson. Lo importante era que fuera buen músico. Por otra parte, todos respetaban la jerarquía. Sabían que no se trataba de una cuestión subjetiva o caprichosa. Un primer violín, una primera viola, un primer clarinete no se regalaba por la cara bonita. Y menos el concertino. Eso se ganaba a pulso. Con esfuerzo. Había un comité artístico que analizaba hasta el más mínimo detalle la colocación de la orquesta. Siempre había sido así. Al menos desde que él estaba allí. Y de eso hacía casi treinta años.

Dejé claro a Bob Alston que no recelaba ni de una sola coma de su fervoroso alegato. Pero la realidad era que a Aaron Schulman lo habían asesinado. Las pruebas forenses lo habían determinado sin asomo de duda. Si no fue por ser blanco, judío, heterosexual o primer violín, tuvo que ser por otra causa. Y hasta que el juez no diera con ella, la gira europea de la Filarmónica estaba en el aire. Le lancé un rumor que había oído, al entrar, entre los chicos de la prensa —preferí echarle el muerto a los periodistas que a los músicos—: la nueva viola, Juliette Legrand, estaba en el meollo del asunto. Tenía que ver, directa o indirectamente, con los últimos desastres. ¿Quién sabe? A lo peor al comité artístico le habían metido un gol. Esperaba de todo corazón que Alston me tranquilizase. Que me dijese, bah, eso es una chorrada, la pobre chica acaba de aterrizar, se ha visto metida en el sarao sin comérselo ni bebérselo, y, por si fuera poco, viene avalada por los mejores informes.

Sin embargo, no lo hizo. Miró al horizonte. Estiró la espalda. Apretó los dientes. Suspiró profundamente. Negó con la cabeza. Pero no dijo nada. Demasiado malabarismo gestual. Demasiada parsimonia mímica. Estaba ocultando algo. De eso no me cupo duda. Tenía algún dato nuevo que yo desconocía y no quiso compartir. Entendí que, si lo dejaba darle más vueltas a la cuestión, podría perderlo como confidente. Así que volví sobre mis pasos, ¿de verdad lleva usted treinta años en la orquesta?, caramba, la cantidad de cosas que habrá vivido, ¿no es cierto?, aunque seguro que lo de ayer, lo de la cámara de seguridad, lo de la viola destripada, ha tenido que ser extraordinario. Bob Alston se bajó de la nube y volvió a la terraza del Reina Isabel para confesarme, esta vez sin vacilar, que era algo, en efecto, desagradable, había que ser muy ruin, muy malvado para tomarla así con un instrumento tan precioso, era como hacerle daño a un animal indefenso. Me preguntó si me gustaban los animales. Le respondí con aquella frase célebre de un paisano suyo, no sé si Groucho o Woody Allen, de cuanto más conozco a mi vecino, más me gusta mi perro. Alston se sonrió. A él le pasaba igual. Por eso era que le costaba tanto entender lo de la viola de Cynthia. Tal vez había que ser músico para entenderlo. Y por eso también me aseguró que aquel crimen no lo había cometido uno de los suyos. Impensable. No cabía en cabeza humana. Ningún músico hubiera sido capaz de algo así. Me lo aseguró. Antes le hubieran partido la crisma a Cynthia que a su viola.

En este punto dejé de fingir. Estuve seguro de que ninguno de ellos había participado en el ataque a la cámara de seguridad. Y así se lo hice saber. No tanto para ganarme su confianza y su aprecio, cuanto para quitarle un peso de encima a un buen tipo que ya tenía bastante con lo que le había caído. A vueltas con lo de los treinta años de antigüedad, me atreví a preguntarle por fin lo que había ido a averiguar, he visto que algunos de sus hombres lucen un hermoso anillo de oro,

me han contado que es el máximo distintivo de la Filarmónica, que muy pocos lo llevan, eso debe de ser un honor, ¿verdad?, como los anillos de campeones en la NBA, aquí en España se estila regalar una insignia para colgar en la chaqueta, pero creo que lo del anillo tiene más fuerza. Papá Bob se frotó las manos. Me enseñó sus dedos, nostálgicos de joyas. Se disculpó, con algo parecido a un rubor inocente, por no llevar su condecoración encima. Pero yo tenía razón. Era un honor haberlo obtenido. Él lo había dejado en casa, en Long Island, en Brooklyn. Tenía dos vitrinas llenas con todos los recuerdos de aquellos treinta años. Recortes de prensa. Fotografías con políticos. Con actores. Con cantantes de ópera. Críticas musicales. Placas conmemorativas. Y, por supuesto, el anillo. Era tal vez de lo que se sentía más orgulloso. Porque los otros galardones había que repartirlos entre toda la orquesta. Sin embargo, el anillo era sólo suyo. Aún recordaba el día en que se lo habían entregado. Nada menos que el alcalde de Nueva York. Emocionante. No pudo reprimir las lágrimas. Apenas pudo decir unas palabras de agradecimiento. Sí. Sencillamente emocionante.

¿Cuántos anillos podían haber? Al menos veinte. La orquesta se había renovado mucho en la década de los noventa. Surgieron jóvenes valores. De todo el mundo. De Asia. De África. De la Europa del Este. Quedaban pocos de su quinta. Pero a veinte sí que llegarían. ¿En Las Palmas? Ah, no. En Las Palmas había menos. Tal vez la mitad. Porque, para mi información, a las giras no viajaba la orquesta en peso. Algunos —enfermos, itinerantes, eméritos, aerofóbicos— se quedaban en casa. Aerofóbicos, sí. Los que tienen miedo a volar. Alston no bromeaba. Era más frecuente de lo que podría creer. Incluso había músicos que incluían, en sus contratos, una cláusula referida a los viajes. Cláusula que debía ser respetada. A todos sitios iban en tren o en guagua. Y, claro, no salían de Estados Unidos.

De modo que entre unas causas y otras, habría diez propietarios de anillos en Las Palmas. Como mucho. No resultaba difícil hacer un recuento. Bastaba con sumar los años de experiencia. Miró al techo. Se acarició la barbilla. Entrecerró un ojo. Murmuró. One, two, three... Four, five... Six... Seven... Eight. Cuando llegó al ocho, su mirada se extravió por un breve instante más allá del horizonte. Lamentablemente ya no podía contar a Aaron Schulman. Luego, se recompuso con un movimiento de cabeza como si quisiese espantar un mal sueño. Y continuó. Nine and ten. Sí. Seguro. Diez justos. Ocho músicos, contando a Schulman. Más el maestro Masur y el propio Alston. ¿Nadie más? ¿Únicamente le imponían ese galardón a los músicos? No, por supuesto. También se entregaban a personajes públicos que hubiesen colaborado con la orquesta. Sobre todo a mecenas y filántropos.

Quizá pudo revelarme alguna otra información. Pero en aquel momento

entró el director. Kurt Masur en persona. Y se acercó a la mesa. Venía con rostro de mortificación. Se notaba desentrenado para toda aquella escandalera. Tremenda locura. ¡Qué atrás habían quedado sus años de la Alemania pobre, de la Alemania gris, de la Alemania triste! Llevaba tanto tiempo al abrigo de la cultura occidental que se había acostumbrado a vivir por y para la música y a despreocuparse de lo demás. Ya creía que esas cosas no ocurrían en Occidente. Alston me lo presentó. El hombre apuró una sonrisa, sin poder abandonar del todo su gesto contrito. Nos estrechamos la mano. Me preguntó cómo estaba. Probablemente lo hiciera como mera formalidad. Pero me pareció que se merecía una respuesta amable. Le contesté que bien, que era un placer conocerlo, que había asistido al concierto de Tenerife, que me había encantado y que sentía todo cuanto les estaba ocurriendo. No bien lo dije, dudé si no se me habría ido la mano en la cordialidad. Masur, no obstante, no pareció darle mayor trascendencia. Estaría tan habituado al halago que ya ni le haría mella. Se quedó complacido. Me dio las gracias. Y me pidió permiso para entrevistarse a solas con Alston. Tenían aún muchas cosas que tratar. Lo comprendí. Me despedí de ambos. Y fui al encuentro, ya estaba tardando, de mi amigo Álvarez.

Cuando entré nuevamente al hotel, lo vi. Al fondo. Junto a una columna. Haciendo molinillos con las manos. Discutiendo con uno de sus hombres. Se lo llevaban todos los demonios. Tenía visos de estarle echando una bronca de padre y muy señor mío. No sé por qué sospeché que tenía que ver conmigo. Y, en efecto, al volverse y verme llegar, dio un resoplido que pudo oírse en todo el vestíbulo, hombre, menos mal, ¿dónde coño has estado?, llevo buscándote una hora, ¿no te dijeron que quería hablar contigo?

—Sí. Me lo dijeron. Me cansé de preguntar por usted. Y, como no lo encontraba, fui a echar un vistazo por ahí.

—Ya. Un vistazo. Encima tómame por idiota. Esto no está saliendo como esperábamos.

—¿Por qué?

—Porque aquí nadie suelta prenda. Tejera se ha pasado todo el día haciendo preguntas y las respuestas no parecen convencerlo.

—¿?

—Sí, Ricardo. No me mires así. No te extrañe que acabe con esta vaina mañana mismo y los mande a todos a casa.

—¿Y qué esperaba el juez? ¿Que confesaran a las primeras de cambio? Su trabajo es preguntar y el de los otros es callarse o mentir. Así funcionan los interrogatorios. Ni que usted no lo supiera.

—Yo sí que lo sé. Pero este asunto es demasiado grande incluso para un juez. Me da en la nariz que lo están presionando. El Gobierno anda metiéndole prisa. Antes vino por aquí un consejero y lo llamó a capítulo.

Volvíamos a tener al perro de las prisas mordiéndonos las perneras. Y las prisas son malas consejeras. Necesitábamos un poco de sosiego. Distanciarnos, por ejemplo, a unas semanas, tal vez meses, de donde estábamos. Para tener, lo que diría Maigret, «una cierta perspectiva». A Álvarez, la alusión literaria le resultó apropiada. Lo invité a sentarse en uno de los mullidos sillones del vestíbulo. Quería poner en orden nuestras averiguaciones. ¿Hasta allí, qué sabíamos? Que la Filarmónica de Nueva York había aceptado actuar, después de hacerse de rogar hasta decir basta, en el Festival de Música de Canarias. Que había aprovechado una gira prevista por Europa para colar su visita a las islas. Que había venido, por supuesto, con la orquesta titular. A excepción de la viola solista Rebecca Adams, sustituida a última hora por Juliette Legrand. Y de los miedosos. Que aparentemente habían tenido un viaje muy cordial, sin sobresaltos, sin rémoras. Y que, en el primero de los conciertos, alguien se había cargado al concertino. El inspector fue anotando cada una de esas premisas en su bloc de notas. Llegados a este punto, levantó la vista, sacó un paquete de cigarrillos de su chaqueta, encendió uno, le dio una honda calada y lanzó una pregunta que se coló entre el humo grisáceo, ¿y adónde se supone, Ricardillo, que nos lleva esa vereda? Me entraron unas invencibles ganas de fumar a mí también, pero no llevaba encima mis puros. Le pedí a Álvarez que fuese pensando en ello mientras me acercaba al quiosco de la avenida. «No tardes» me espetó. «Será un minuto» le respondí.

Hube de salir de nuevo por la puerta trasera. Fue así que descubrí a los directores, que aún trataban de sus asuntos en la mesa de Alston. Antes de que advirtieran mi presencia en la terraza y bajaran la voz —percibí un tono de clandestinidad en su discurso—, pude arrebatarles dos expresiones a vuela pluma: girl y dog. Los saludé con la cabeza y seguí mi camino hacia la avenida, dándole vueltas a ese nuevo dato. Además de dos puros palmeros, demasiado caros para mi gusto y su categoría, compré un par de periódicos. Por si revelaban algo distinto sobre el caso. A mi regreso, la mesa de la esquina estaba vacía. Masur y Alston habían dejado sus bebidas a medias. Lo que me hizo pensar que no estaría de más seguirle el rastro a lo de la chica y el perro, aunque no lo entendiese. De cualquier forma, y por si no fuera más que una ilusión óptica —o, para ser más precisos, auditiva—, obvié comentarlo con mi amigo Álvarez. Él continuaba donde lo había dejado, haciendo cábalas con los datos que teníamos. Había llegado a la misma conclusión que el resto de los implicados en el asunto Schulman: Juliette Legrand aparecía ligada a todos los acontecimientos oscuros del caso. Su nombre había salido varias veces en los interrogatorios del juez Tejera. Nadie había

declarado en su contra. Claro que no. Pero algunos empezaban a estar escamados con la francesa o canadiense o lo que fuera. Ésa era, precisamente, la primera inquietud de sus colegas: ninguno de ellos sabía de dónde venía. Y eso era muy extraño en un mundo tan reducido en el que, quien más quien menos, todos se conocen. No era mala intérprete. Antes al contrario, sería una magnífica viola. No le ponían pegas a su estilo y a su profesionalidad. Pero, hasta que llegó a la Filarmónica de Nueva York, era una completa extraña.

Le hice caer en la cuenta al inspector de que estábamos ante un síndrome más viejo que el hambre: el miedo a lo desconocido. No era de extrañar que el nombre de Juliette Legrand se paseara como un fantasma por la sala de interrogatorios. ¿A quién, si no, iban a apuntar las sospechas? ¿Al amigo de toda la vida? ¿Al compañero de habitación? ¿Al colega con el que llevaban trabajando diez, quince, veinte años? No. Los malvados siempre son forasteros. Es una norma no escrita en cualquier ejército. Lo primero que aprendes si quieres sobrevivir. Incluso en un ejército que, como la Filarmónica de Nueva York, daba cabida a tantas razas y religiones juntas, la culpa iba a ser siempre de la chica nueva. Qué menos.

Álvarez, entonces, me apuntó al corazón con la pluma con la que tomaba notas, ¿no te habrás liado con ella, verdad? Y yo, cansado de responder a esa pregunta, váyase a hacer puñetas, inspector, ¿a qué viene eso ahora? Y él, sarcástico, a que también sale tu nombre en el informe del juez, a que ya sé con quién saliste a cenar la noche del domingo, a que he tenido que enterarme tarde y mal, a que me he quedado con el culo al aire defendiéndote ante Tejera, a que el juez está empezando a dudar de mi capacidad para elegir colaboradores y a que yo estoy empezando a dudar de qué lado estás tú, a eso viene.

Me había ahorcado con mi propia soga. Era cuestión de tiempo que el inspector me descubriera. Había jugado hasta el límite con fuego y, al final, me había achicharrado. Gajes del oficio de mosca cojonera. Una vez cogido en el engaño, no me quedó más remedio que agachar la cabeza. Aceptar el rapapolvo. Reconocer que, en efecto, había salido con Juliette la noche de la tollina. Pero que eso no debía confundirlo. En primer lugar, no había ocurrido nada entre nosotros. Nada irremediable, al menos. Nada que me hiciese perder la objetividad. Y en segundo lugar, si la chica estaba detrás de todo aquello, la descubriríamos tarde o temprano.

—Tiene que ser temprano, Ricardo. Aquí «tarde» equivale a «fracaso».

—Quien haya matado a Schulman está alojado en este hotel. De eso no le quepa duda.

—¿Y de qué nos sirve? Hay más de sesenta sospechosos. ¿Quieres ponerlos en fila y esperar a que uno de ellos confiese?

—Por lo pronto, le aseguro que están empezando a ponerse nerviosos. Desde el primero al último. Si los interrogatorios siguen su curso, el culpable cometerá un error. Y nosotros estaremos esperándolo.

—Muy confiado te veo para la poca cuerda que nos queda. A no ser, claro, que te guardes otro as bajo la manga. ¿No me estarás ocultando más sorpresas?

—Vaya, hombre. Una vez maté un perro y ya me llaman mataperro. No le oculto nada. Me callé lo de la cena con Juliette porque, en serio, palabra de honor, pensé entonces que la paliza me la había dado uno de los cubanos del Malecón. No quería incriminarla sin necesidad.

—¿«Pensaste entonces»? ¿Significa eso que has cambiado de idea?

—Ahora no sé qué pensar.

Me salvó la campana. Uno de sus hombres, el sargento Sagredo, mi ángel de la guardia del hospital, vino a buscarlo. Al parecer el juez necesitaba consultarle algo. Álvarez me dejó, no antes de hacerme prometer que le contaría cualquier cosa que averiguara en las siguientes horas. Así lo hice, aún sabiendo de antemano que no iba a poder cumplirlo. Me quedé un rato sentado en el sofá del vestíbulo dándole vueltas al remordimiento. Mi situación se había enredado más de la cuenta. El problema de mentir una vez es que, para sostener el engaño, tienes que volver a hacerlo dos, tres, mil veces más. Es como una bola de nieve que crece montaña abajo. Comienza con una simple piedra y acaba en alud. Y nadie la puede parar hasta que choca contra un árbol. O una cabaña. O un hotel. Me hubiese gustado contarle al inspector lo de la insignia, pero lo conocía bien. Él, en su escrupuloso sentido del deber, se hubiera visto obligado a informar al juez Tejera. Y éste comenzaría a preguntarle a todo el mundo por el dichoso anillo. Y levantaría la liebre. Entonces perderíamos la oportunidad de agarrar desprevenido al tipo que me dio la paliza. O, lo que era lo mismo —eso ya estaba claro—, al tipo que había matado a Aaron Schulman. Porque el asesino desconocía que había visto la enseña en su mano antes de salir corriendo. Y que había descubierto lo que significaba. Aquel dato reducía el número de sospechosos de un modo considerable. De sesenta habíamos pasado a no más de diez, a tenor del recuento que había hecho Bob Alston una hora antes. Entonces no me había atrevido a pedirle la relación de nombres. Hubiese sido demasiado descarado. Él habría recelado en seguida y yo hubiese perdido mi ventaja. Tenía que encontrar una manera de averiguarlo sin tener que andar de vocero por los pasillos del Reina Isabel.

De repente, de detrás de una columna, apareció ella. Yo estaba tan absorto en mis cavilaciones que no la vi llegar. Acababa de regresar al hotel. Me había descubierto en el vestíbulo. Y se había acercado a interesarse por mis cardenales. Juliette traía cara de preocupación. Lauro Tejera la había interrogado. Con firmeza. Sin abandonar nunca la compostura y los buenos modos, pero con el rigor y la aspereza que un caso de asesinato requería. No podía reprochárselo, después de lo que habían declarado los otros músicos acerca de ella. ¿Qué tal le había ido? No estaba segura. Ella respondió a todo lo que le preguntaron. Algo nerviosa, pero sin dejar de mirar de frente al juez. Con las manos siempre visibles sobre la mesa. Despacio y claro. A lo que no sabía, contestaba con un «no me consta» que, a los ojos del instructor, la dejaba fuera de peligro. Era la ventaja de tener un padre abogado. ¿Lo había llamado? No. Juliette pertenecía a otra generación. Viajaba siempre con su ordenador personal. El teléfono servía sólo para enviar algún mensaje de urgencia. Cuando quería hablar con sus padres se conectaba a Internet. A veces, incluso, si en el hotel había buena conexión, solicitaba una videoconferencia y los podía ver. Y ellos a Juliette, lo que servía para tranquilizarlos. Esa mañana, sin embargo, le salió el tiro por la culata. La muy boba se echó a llorar con amargura delante de su padre. No había podido evitarlo. Estaba asustada. Quería pedirle consejo. No sabía qué hacer y no se fiaba mucho de los abogados de la embajada. La primera reacción de Marcel Legrand fue la de coger el primer avión para Las Palmas. Juliette lo convenció de que era una estupidez. En lo que encontraba buenos enlaces y volaba a la isla, ella seguramente habría acabado y estaría viajando a otro lugar. Podrían pasarse el mes de febrero jugando al ratón y al gato. Nada de eso. Sólo quería que la aconsejara para la entrevista con el juez. Fue Marcel quien le recomendó que mirara en todo momento a los ojos del juez. Que mantuviese las manos siempre visibles sobre la mesa. Y que hablase despacio y claro. Ella no tenía nada que ocultar. Nada de que avergonzarse. Y, cuando no estuviera segura de la respuesta, lo mejor era un «no me consta».

No pude menos que estar de acuerdo con su padre. Juliette Legrand nada tenía que esconder. Ya habíamos hablado de su implicación en el asunto Schulman. Resultaba obvio que la muchacha era la más interesada en que la orquesta funcionase sin contratiempos. Acababa de entrar. Y le esperaba un futuro de bonanza y esplendor como viola. Hubiera sido como matar a la gallina de los huevos de oro. Si hubiera sido violinista, todavía. Incluso algún mal pensado podría creer que se estaba aclarando el porvenir. Pero la muerte de Schulman no la beneficiaba. Además, apenas conocía al concertino. ¿Verdad, Juliette? La Legrand dejó caer al suelo una mirada de abatimiento. ¿Verdad, Juliette? Se le cuajaron los ojos. ¿Verdad, Juliette? Se le añurgó la voz.

Ya me estaba empezando a sentir ridículo con la pregunta flotando en el aire como una hoja, cuando la viola decidió por fin responderme. Con una condición. No. Se corrigió. Mejor con una súplica. Yo no debía sacar ninguna conclusión hasta que no acabara de contármelo todo. Please. Tal vez era una tontería. Tal vez no significaba mucho. Pero, si se supiese, a algunos les faltaría tiempo para enmarañar. ¿Si se supiese el qué? Que sí conocía a Schulman. Había tenido la ocasión de intimar con el concertino. Un poco. No lo había revelado antes porque esas cosas no le incumben a nadie. Pero ahora, a raíz de los acontecimientos, tras el interrogatorio, el secreto le estaba quemando en la boca del estómago. Se lo había ocultado a su padre y al juez Tejera. En realidad, no les había mentado. Simplemente ninguno de los dos se lo preguntó. El juez dio por sentado lo que yo —lo que todos—: que Juliette apenas llevaba unas semanas en la Filarmónica. Y dedujo —erróneamente, por lo que iba a verse— que no tenía nada que decir sobre el período anterior al viaje a Europa. Sólo la interrogó, pues, acerca del viaje en sí. Que dónde estaba ella la tarde del viernes. Que si había visto a Schulman. Que si lo había notado intranquilo. Que si había apreciado algo extraño en los demás músicos. Cosas así.

Ahora sentía la necesidad de confesarle a alguien lo que nadie había preguntado. Y yo era el elegido. ¿Por qué? No sabría decirlo. Porque se sentía cómoda a mi lado. Porque había estado a punto de liarse la manta a la cabeza conmigo. Porque yo no la juzgaba, no le tenía tirria, no creía que fuera una farsante. La historia había comenzado un mes atrás. Cuando llegó a Nueva York. Yo debía comprenderlo. Estaba sola. Se había acostumbrado a ciudades chiquitas. A rostros familiares. A hablar en francés. Por si fuera poco, se había perdido la Navidad. No hay nada más triste que perderse una Navidad. Que pasar sola el Año Nuevo. Y había hecho mucho frío. Y nevaba. Y Nueva York es una ciudad perra. Daba miedo. Parecía una boca de lobo dispuesta a tragársela. Encima tuvo mala suerte con el hotel en el que se hospedó. Una pensión barata. Mal situada. Peor comunicada. Demasiado lejos del centro. Demasiado ruidosa. Demasiado oscura. Todo se alió en su contra. ¿Por qué no se mudó? No tenía mucho dinero. En Quebec compartía gastos con Anne Sophie, su amiga chelista. Y daba clases particulares. Y así podía sobrevivir con decencia. En Nueva York no disponía de recursos de ningún tipo. ¿Por qué no echó mano de sus padres? Ni hablar. Para ella aquello era una prueba de fuego. Quería demostrarse que podía seguir como hasta entonces. Y era muy orgullosa. ¿Por qué no se lo contó a nadie? ¿Por qué no pidió ayuda a algún colega de la orquesta?

Ahí quería llegar. Sí que lo hizo. En realidad no había pedido ayuda. La había aceptado. Para un extraño tal vez fuese lo mismo, pero para su orgullo maltrecho era una buena solución. Ahí entraba Aaron Schulman. El violinista fue

el único que lo notó. La había visto abatida, ausente, triste. Al salir de un ensayo, se le acercó y la invitó a una taza de café. Fueron a un bar cercano. Como era tarde, acabaron cenando juntos. Ya sabía yo cómo influía en su ánimo el buen vino. Aaron pidió uno muy bueno, el mejor francés de la casa. Y Juliette encontró tiempo y arrestos para contarle cómo había llegado allí. Lo del telegrama. Lo de su inmensa alegría. Lo del viaje relámpago. Y también lo que estaba padeciendo desde su llegada. Lo de su hotel. Lo de la soledad. Lo del frío de Nueva York. Schulman la dejó hablar tal que un psicoanalista. Sin interrumpirla. Con su mano apoyada en la barbilla. Asintiendo a cada rato.

Cuando acabó de relatarle sus desgracias, él sonrió. Juliette llegó a pensar que se estaba burlando. Pero no. Sonrió porque, según dijo, «todo tiene solución en esta vida, excepto la muerte». Qué irónicas resultaban esas palabras ahora, ¿verdad? Qué manera tan cruel que tiene Dios, a veces, de jugar con los hombres. El pobre Aaron se ofreció a echarle una mano. ¿Dinero? Ni hablar. Ella no lo hubiese permitido. Le habló de su casa. Él vivía solo. En un apartamento enorme de dos plantas. Con jardín. Con un perro. Tenía espacio de sobra. Le quitó hierro a la proposición, estipulando unas normas de convivencia. Juliette se encargaría de la comida. Y él de la limpieza. Incluso podrían ensayar en casa. Lo adornó de una forma que acabó por convencerla. ¿Eso era todo? Sí. Todo. Me lo juró por todo lo que amaba en el mundo. Era importante para ella que yo la creyera. Que no lo malinterpretara. Que no lo hiciera parecer degradante. Aaron Schulman se había portado como un caballero. Fueron sólo unos días. Una solución temporal. Sólo hasta que pudiese encontrar algo mejor. Una especie de asilo político, bromeó él. Y ella, agradecidísima, acabó aceptando. Para evitar habladurías, lo mantuvieron en secreto. Nunca se les vio juntos. Salían de casa a distintas horas. Llegaban por separado. ¿Cuánto duró aquello? No llegó a dos semanas. Luego, Juliette encontró un anuncio para compartir apartamento con una joven actriz de teatro. Céntrico. A diez minutos del lugar de ensayo. Y se mudó.

Un viaje en el tiempo

Caramba con Juliette Legrand. Era una caja de sorpresas. ¿Qué más cosas escondería mi Audrey Hepburn detrás de su carita de ángel? Mejor no saberlo. Sin

embargo, la creí. No me pareció degradante. Así se lo dije. Su historia era verosímil. Quebec es una gran ciudad, pero nada que ver con la selva de Nueva York. Ella no habría tenido tiempo de prepararse para lo que se le venía encima. Con la emoción de ser reclamada por la Filarmónica, no habría pensado en nada más. Y, cuando llegó, se encontró con la cruda realidad de una ciudad que no conoce a nadie. Por otra parte, no tenía sentido que me mintiese. Yo no era el juez. Ni su padre. Ni iba a sospechar de ella ni me iba a escandalizar su relato. Y podía habérmelo ocultado. Si nadie se había quejado hasta entonces, con las ganas que le tenían a la pobre muchacha, era que nadie conocía la relación entre el concertino y la viola. Aquel testimonio arrojaba una luz nueva, una perspectiva diferente al caso Schulman. No quise pensar en ello entonces. Más tarde tendría tiempo. Estaba interesado en otro asunto para el que necesitaba la ayuda de Juliette. Y era el mejor momento para afrontarlo.

Le pregunté si podíamos subir a su habitación. La chica dio un respingo sobre su asiento. Los ojos se le volvieron lunas redondas y grandes. Tragó saliva. Ya se disponía a contestarme —su cara era un poema del desconcierto— que no le parecía nada oportuno, so much inconvenient, cuando le puse con suavidad una mano en el brazo. La tranquilicé. Le pedí que se serenara. Y le expliqué mis intenciones, que, desde luego, no eran las que ella estaba pensando, salvo que conociera una manera de hacer el amor sin tocarnos, porque mi costilla no aguantaría ni tanto, al primer abrazo se quebraría como un pergamino viejo. No. Quería subir a su habitación para utilizar su ordenador, conectarme a la red y buscar información.

Note cómo respiró aliviada. Se ruborizó. Intentó reparar el descosido. Yo debía entenderla. Así de pronto, soltarle lo de subir a su cuarto. Había sido una tonta. Le quité importancia. A lo mejor había sido el tono de mi voz. O mi inglés de pacotilla. O su cansancio. Llevaba varios días infernales. Sí. Seguro. Eso habría sido. Ahora, ¿podríamos subir? Desde luego que sí. ¿Sobre qué quería buscar información? Sobre la Filarmónica. ¿Eso significaba que iba a ayudarla? Eso significaba que lo iba a intentar. A la muchacha se le iluminó la cara. Se levantó dispuesta a coger las llaves. La detuve. Había que tomar ejemplo de Aaron Schulman. No era muy buena idea que nos viesen subir juntos. ¿Por qué? Porque ya habíamos dado suficiente de que hablar nosotros dos también. Porque no les íbamos a dar el gusto de continuar con los chismorreos. Así que ella subiría primero. Encendería el ordenador. Y en cinco minutos me reuniría con ella. Así lo hicimos. Me retrasé un poco. Preferí esperar la marea baja y subir por la escalera. No quería toparme con ninguno de los músicos en el ascensor. Hubiera sido peor el remedio que la enfermedad. Entonces sí que la hubiésemos jeringado. Ya nadie se hubiese creído que Juliette Legrand y yo no éramos amantes.

Cuando toqué, estaba recogiendo el cuarto. Me explicó que, entre sus muchas virtudes, no entraba la del orden. Que siempre lo dejaba todo manga por hombro. Que, aunque no lo pareciera, sabía dónde estaba cada cosa. La habitación era bastante amplia. Tenía dos camas. Un mueble bajo y largo con un televisor, un escritorio y una lámpara. Además de una silla delante del escritorio, había lugar para un sillón de orejas con apoyapiés. Por lo que pude ver a través de la puerta entornada, el baño era espacioso y estaba en completo desorden, tal y como había dicho ella. Juliette había desenchufado la lámpara para conectar el ordenador y hasta una impresora. Así que hubimos de correr las cortinas para que entrase la luz. Y yo tuve la oportunidad de contemplar una hermosa vista de la playa de Las Canteras. Se me escapó un silbido de admiración. Y a ella una sonrisa orgullosa.

La dejé manejar la tecnología. Era muy hábil. Yo hubiese tardado el doble en desentrañar las claves hasta llegar donde queríamos. Consiguió entrar en la página de la orquesta sin pestañear. Pero, si le decía qué andábamos buscando, iría aún más rápido. Tanteé el terreno antes de exponerle abiertamente lo que indagaba. Le hablé de que nos vendría bien cualquier información sobre los integrantes de la orquesta. De que quizá descubriésemos algo que a la policía se le hubiese pasado por alto. De que la biografía de sus colegas tal vez escondiese algún acontecimiento que explicase lo de Schulman o lo de la viola rota. Ella asintió. Y llevó el cursor hacia la izquierda de la pantalla, donde la recibió un inventario de asuntos relacionados con la Filarmónica: History, Tickets, Performances, music and Musicians. Sí. Lo de Música y músicos podría ser un punto de partida. Juliette llamó a esa puerta y le abrió de inmediato una lista infinita de nombres en azul añil. Le pedí que eligiese un par de ellos al azar, a ver qué nos deparaba. Y así lo hizo. El resultado fue bastante desalentador. Además de la fecha y el lugar de nacimiento de los músicos, teníamos sus especialidades, dos o tres líneas de elogios, las orquestas en las que habían tocado antes y alguna declaración tomada de periódicos y revistas especializadas. O sea, nada interesante. Lo intentó con otro nombre. Y el desenlace fue el mismo. La Legrand se masajeó el cuello. Se estiró. Levantó la vista de la pantalla. Y soltó la pregunta del millón, *what are you looking for, Ricardo?*

Eso me hubiera gustado saber a mí también: ¿qué estaba buscando? Pude haberle confiado lo de mi agresor. Lo del anillo de mi agresor. Lo del significado del anillo de mi agresor. Pero mi instinto me previno. Si Juliette tenía algo que ver en todo aquel enredo, la pondría en alerta. Si no, la pondría en peligro. En cualquier caso, malo. De modo que elegí una pantomima más o menos creíble. Buscaba a alguien que se viese favorecido con la muerte de Aaron. Alguien que tuviese posibilidades reales de ascender en la Filarmónica. Sí. En efecto, ya sabía que eso iba a depender, en última instancia, del dictamen de una comisión. Pero

seguro que, en aquella carrera, los más antiguos estarían mejor colocados que los jóvenes. El problema estribaba en que, en las reseñas que acabábamos de leer, no se decía nada de la antigüedad de los músicos. Juliette se tomó unos segundos para pensar. Regresó a la pantalla del ordenador. Y, acariciando el teclado con su dedo índice, volvió a la columna de la izquierda. A un capítulo que estaba escondido. El de Files Records. ¿Y eso? Eso era el archivo de la Filarmónica. Si existía alguna referencia a la composición de la orquesta en otro tiempo, estaría allí. Y, de pronto, apareció otra relación, la de viejos conciertos de la NYPH. ¿Qué año quería mirar? No sabía decirle con exactitud. Pero mil novecientos ochentatrés podría valernos. Para darnos un margen. Juliette tecleó esa fecha. Y apareció, prodigio de la técnica, una fotografía de la orquesta de entonces. Con su director, sus músicos, sus programas de entonces.

Ya no somos los mismos. Había que ver la pinta de los músicos. Guárdeme usted una cría de la echadura. Tremendos peinados. Vaya trajes. Sobre todo, menudas pajaritas. Parecían gusanos, de apergaminadas y gruesas. Pero allí estaban al fin. Veintitantos años más jóvenes. Sonrientes y lejanos como en un daguerrotipo. Comenté en voz alta —más para mí que para Juliette— lo confusa que era la fotografía. Ella debió de entenderme porque se apresuró a deletrear una palabra mágica y la imagen se amplió hasta cuatro veces su tamaño. Su dedo me pareció divino, no tanto por lindo —que lo era, y mucho—, sino por su capacidad de obrar milagros. El dedo de Dios animando la vida. Lázaro, levántate y anda. Con sólo una caricia, la imagen se despertó. Se desperezó. Comenzó a moverse arriba y abajo, a derecha e izquierda. Le pedí que fuera con tiento. Pianissimo. Por si reconocíamos algún rostro. Pronto convertimos la búsqueda en un juego. En una competición. Ganaría quien más músicos identificara.

Por supuesto venció ella. Por goleada. Yo distinguí, con cierta claridad, sólo a dos: a Orson Vaughan y a Schulman. Por cierto, que me impactó la energía de un rostro al que únicamente conocía del depósito de cadáveres. Un Aaron Schulman de veintitantos años miraba a la cámara con ademán resuelto. Sin complejos. Seguro de sí mismo. Luego había un tercero que me sonaba de haberlo visto en el barco, pero a quien no podía asignarle nombre. Se lo señalé a Juliette. Era Nehemiah Williams, el trompetista judío. Ella, animada por haber podido recordar el apellido, cogió carrerilla y acabó por completar el rompecabezas. Uno: al lado de Nehemiah, como siempre, estaba David Allen, su compañero de armas y de religión. Dos: un banco más atrás, Victor Laws, ¡claro!, el violinista británico, ¡debí haberlo imaginado!, el hombre que iba a ocupar el puesto de Schulman, ¡cómo no darme cuenta!, nos miraba a través de unas gafas de aumento. Ésa era la razón de mi desconcierto. Las horrorosas gafas de pasta oscura. El músico del ochentatrés no tenía nada que ver con el apuesto concertista que había visto en el Guimerá.

Tres: junto a Laws, aparecía Adrian Hall, el contrabajo, un hombre pegado a un libro de filosofía, al parecer se había rebautizado al budismo. Y cuatro y cinco, en la última fila: a la derecha, Ibrahim Al Jaber, el pianista, un tipo afable y sonriente; y a la izquierda, Neil McNamara, norteamericano de origen escocés, no había más que ver ese pelo de fuego ensortijado, un individuo extraño, solitario y sombrío como el instrumento que tocaba, el contrafagot.

¿Nadie más? No. Al menos ella no lograba reconocer a ningún otro. Sin embargo, debía de haber un error. Bob Alston había hablado de ocho músicos con insignia dorada y nosotros teníamos a siete. ¿Papá Bob se habría equivocado? Tal vez había contado mal y se le había colado uno. Era una posibilidad. Pero, por si acaso, le pedí a la muchacha que volviésemos a revisar la foto con detenimiento. Que no nos dejáramos nada en el tintero. Cualquier detalle podría ser importante. Las primeras apreciaciones fueron anecdóticas: descubrimos, con sorpresa, que había muchas menos mujeres que en la actualidad; menos músicos de color; uno solo de rasgos orientales. Era la renovación de la que había hablado Alston. Pero, fuera de eso, estábamos en blanco. El resto eran desconocidos. La imagen fue pasando por la pantalla al ritmo pausado que le marcaba el dedo mágico de Juliette. En un momento del baile de sonrisas y pajaritas tiesas, apareció un rostro que me resultó familiar. Le dije a la Legrand que parara. Que lo ampliara. Que le diera contorno. Era un tipo serio, con la mirada rígida. Parecía estar a disgusto. Le pregunté a la viola si lo identificaba. Ella negó con la cabeza. Sin embargo, yo había visto esa cara en alguna parte. ¿Podíamos imprimir ese fragmento de fotografía? Por supuesto que sí. En dos minutos la impresora de Juliette comenzó a escupirlo.

Me lo guardé. Me acerqué a la ventana. Me aproximé tanto al cristal que noté cómo se iba empañando a medida que respiraba. Me quedé colgado en el horizonte rojizo y silencioso. En la barra descollante de Las Canteras. Comenzaba a oscurecer. No me había dado cuenta de cómo había pasado el tiempo. Imaginé que Juliette estaría cansada. La pobre había vivido una experiencia engorrosa. Y, por mucho que hiciera, se encontraba más sola de lo que nunca había estado. Me volví hacia la habitación. Ella me daba la espalda. Recogía los cables del ordenador y de la impresora. Callada. Pensativa. Cuando lo hubo guardado todo, suspiró. Su figura se atenuó, se fragilizó. Parecía perdida. Antes de que cualquiera de los dos —temía más por mí que por la viola— se dejara abatir por la nostalgia, me despedí de ella. Sería mejor que descansásemos. Nos aguardaban días infames. Y teníamos que estar despabilados. Ella me acompañó a la puerta. La abrió. Se hizo a un lado para dejarme salir. Nos quedamos un instante en el umbral buscando en nuestro ánimo la mejor despedida. Juliette decidió por los dos. Se acercó a mí. Me tomo la cara entre sus manos. Y me besó en los labios dejándome un regusto a vainilla y desconsuelo.

Bajé por la escalera. Salí al vestíbulo. Me despedí del conserje. Y busqué el frío de la avenida. No tenía ganas de encontrarme con la maraña de periodistas. Preferí pasear. Tomé el camino de la Puntilla. Si me daba prisa, tal vez encontrara a Colacho en el Casinillo, el local donde se reunía con sus viejos amigos del barrio. Cuando llegué allí, estaba echando una partida de dominó. Con Atilio y Severiano Arroyo, dos hermanos palmeros que llevaban toda la vida viviendo en La Isleta. Se habían casado, la misma noche de mil novecientos cuarenta, con dos hermanas del puerto y habían envejecido, sin prisas, al golpito, a la orilla del mar. El cuarto jugador era algo más joven. Por la forma en que arrugaba el ceño al sonreír, di por hecho que era hijo de uno de los dos Arroyo. Fue Severiano el primero que me vio entrar. Me recibió con un «¡dichosos los ojos!, ahí llega el desaparecido», que atronó tal que un volador en el salón de juegos, como nunca inmenso y vacío a aquellas horas. Colacho, sin dejar de mirar las fichas, le respondió con retintín, déjate de martingalas y juega, carajo, que luego se te va el baifo y perdemos otra vez; ya tendrás tiempo de saludar a mi nieto. Levanté una mano a modo de saludo para todos. Tomé una silla. Y me senté en silencio, un metro por detrás de mi abuelo.

Lo malo de Colacho Arteaga es que tiene un perder atravesado y terco. Echa la culpa —lo sé por propia experiencia: cuando no tiene con quién jugar, me manda llamar— a su compañero de equipo, sea el que sea, que siempre está tonto, que desatiende al juego, que no sabe interpretar sus señas. Lo bueno es que el cabreo se le pasa pronto. Esa noche le tocó a Severiano ser el blanco de sus pullas. Pero, no más despedirse de los Arroyo en la puerta del Casinillo, no más olisquear el yodo y la sal de la marea alta, ya andaba en otra cosa, ¿qué tal va lo del músico, Ricardillo?, dicen que se va a liar un buen follón si ese juez comosellame no descubre nada pronto. Le puse la mano sobre el hombro, en un gesto menos afectuoso de lo que me habría gustado reconocer. La cruda realidad era que el viejo andaba demasiado deprisa. Y la única manera de acompañar mi ritmo al suyo, de que no notara que renqueaba, era mantenerlo así agarrado.

—Es lo único de verdad que, a día de hoy, encontrarás en los periódicos, Colacho. Lo demás está en el aire.

—Ninguna pista buena.

—Ni buena ni mala. Sabemos que hay un muerto y, al menos, un asesino. Pero nos falta el resto: el móvil, el veneno, la oportunidad.

—Y el tiempo.

—Sobre todo el tiempo. Como el juez Tejera no halle indicios a más tardar mañana, los músicos se nos escapan vivos.

—Raro es que tú no tengas alguna idea de quién anda detrás del asunto.

—Tengo una. Pero es como el Guadiana. Aparece y desaparece a cada rato.

—Y ¿hay alguna razón para que no quieras compartirla conmigo?

—¿Por qué habría de haberla? Yo no tengo secretos para ti.

—Vete a la gran puñeta. ¿Dónde has estado desde el domingo?

—Investigando.

—Claro. Y por eso me enviaste al inspector ese amigo tuyo, el tal Álvarez, ¿verdad? Para que me dijera que todo iba bien y que estabas en medio de la investigación.

—¿?

—Ricardo, yo no tengo ovarios (gracias a Dios, porque eso debe de ser un incordio), y, como no tengo ovarios, no te he podido parir, pero te conozco como si lo hubiese hecho. Eres igual que tu madre. Mientes fatal.

—¿Miento?

—Como un bellaco. ¿De cuándo a dónde se manda a un heraldo para tranquilizar a alguien? ¿Tú no has oído la frase «matar al mensajero»? Pues es porque éstos sólo traen noticias pésimas. Cuando las cosas van bien, no le encargas el trabajo a otro. Vienes tú mismo y te llevas la gloria, totorota.

—Vaya, hombre. Encima que me preocupo por ti.

La próxima vez... —La próxima vez que ocurra algo malo, te esperas a que mejore el tiempo. Pero no me andes tocando las narices con recaditos que, lejos de tranquilizarme, me dejan en vilo. Ahora cuéntame, ¿dónde te han dado?

—¿Te has vuelto zahorí? ¿Cómo sabes que me han dado?

—¿Tú crees que eres el único de la familia que sabe contar? Hoy vienes a verme de noche y a hurtadillas. Tú nunca te estás quieto y, sin embargo, te sientas tranquilo y calladito en una silla, como un niño bueno, hasta que se acabe la partida. No puedes ni seguirme el paso. Y, si no ando muy descaminado, eso que tienes en el ojo es una trompada. Soy viejo pero no idiota.

—Ya veo. Estoy tentado de quedarme mañana a reparar tu barca y que vayas tú a interrogar a los músicos.

—Ni loco. Tú no tienes idea de carenar. Y yo no tengo edad de andar corriendo detrás de un fantasma. ¿Me lo vas a contar o qué?

Se lo conté. Desde el principio. Desde la última vez que nos habíamos visto,

el domingo a la tarde. La reunión en la agencia consular. La cena con Juliette. La pelea en el bar. La paliza. El anillo. Los días de hospital. El asalto a la viola de Cynthia Young. La vuelta al trabajo. La partida de póquer. El anillo. La entrevista con Alston. El secreto de Juliette y Schulman. La visita a la página electrónica de la Filarmónica. El anillo. Ya he dicho cuánto me ayuda repasar los casos con Colacho. Me sirve para despejar las ideas. Y para atorarme en ellas también. Y, en mi discurso de esa tarde, el anillo de los Nibelungos se convirtió en un bumerán, siempre regresando. Ahí estaba la clave. Mi abuelo dejó que me desahogara. Imaginé que para él era un síntoma de que me había recuperado de la tunda del callejón. Y, cuando tomó la palabra, como tantas otras veces, se salió por peteneras.

—¿Has cenado ya?

—No.

—Aquí al lado hay un chiringuito. Es pequeño, pero está limpio. Y hacen buenos bocadillos.

—Si tú no cenas.

—Yo tomaré una tortilla francesa y un café con leche. Pero tú tienes que comer. El cuerpo es una máquina. Necesita gasolina para seguir funcionando. No te hará daño un vaso de vino y un pepito de ternera.

—Vamos.

El camarero lo saludó de un modo respetuoso, pero muy familiar, de lo que deduje que Colacho era cliente asiduo. Me lo confirmó el hecho de que ambos se dirigieran inmediatamente a una mesa en concreto, la última del fondo, la más apartada. Allí nos sentamos. El viejo me presentó. Se interesó por la salud del hombre. Y pidió la cena por los dos. Mientras llegaba, me contó que solía ir a aquel bar después de la partida de dominó. Lo cogía de camino. Cenaba acompañado. Y muchas veces gratis porque Felipe, el dueño, se sentaba con él a la mesa. Estaba escribiendo la historia del barrio y, cuando no le casaban las fechas y los acontecimientos, se aprovechaba de la buena memoria de Colacho. Según éste, la mitad de ese libro era obra suya. Pero, para cuando lo acabara, ya no podría pedir derechos de autor. Felipe llevaba más de diez años y aún no había pasado de la época de Franco.

El bocadillo de ternera estaba delicioso. O tenía más hambre que un perro chico. En lo que yo daba cuenta del pepito y un cuarto de botella de rioja, Colacho se dedicó a contarme su versión del caso Schulman. Volvió con la matraquilla de siempre. Según él, Juliette Legrand era mal negocio. Y yo estaba mal asesorado. Había elegido una pésima compañera de equipo. Puede que el anillo fuera tan importante como yo decía. Pero el verdadero quid estaba en la muchacha. Seguía

perseverando en mi mal ojo para las mujeres. ¿No comprendía yo que Juliette me estaba enredando con su carita de ángel y sus perfumes? La Legrand estaba detrás de todo y acabaría por ahorcarme, al menor descuido, con una cuerda de su viola. ¿Por qué no me buscaba una buena chica del país? No hacía falta que estuviese enamorado ni que la quisiese con locura. No es que él no creyese en el amor. ¿Cómo no iba a creer? Sólo había tenido uno, mi abuela Juana. Y, después de morir ella, ninguna mujer le pareció suficientemente buena para meterla en su vida y en su cama. Creía en el amor como el que más. Pero eso vendría, como las bendiciones de la Biblia, por añadidura. Con que me quisiese ella a mí bastaría. Los hombres, al final, acaban contagiándose del cariño de las mujeres. Y, luego, terminan por no saber vivir sin ellas. Son las reglas de un juego más viejo que el mundo.

Durante el resto de la velada, intenté, sin mucho éxito, templar sus temores. Le dije que sabría cuidarme. Que, después de la paliza, ya estaba escarmentado. Que con la luz del día llegarían las respuestas. Que estaría bien. Que cogería un taxi, nada más dejarlo en su casa. Que tendría ojos en la espalda. Y, sobre todo, que no volvería a enviar a nadie de mensajero. Él aceptó mi palabra, vale, de acuerdo, pero te falta lo más importante. Yo puse cara de desconcierto, ¿lo más importante? Y él, antes de cerrarme la puerta casi en las narices, sí, me vas a prometer que, cuando acabe esta vaina, te pondrás a buscar una novia de verdad.

Esa noche dormí doce horas de un tirón. Sin malos sueños. Sin despertarme de madrugada por el dolor. Lo achaqué al cansancio y al cuarto de vino. Pero reconozco que saber que el viejo Arteaga, a su modo, velaba por mí, también hizo lo suyo. El teléfono sonó a las diez y cuarto. Era el inspector Álvarez. Quería saber qué andaba haciendo tan tarde en la cama. Había ocurrido algo importante. Me daba media hora para que me quitase las legañas. Mandaría un coche por mí. ¿No podía adelantarme nada? Sólo que había aparecido un indio en la comisaría. Tenía una información sobre Aaron Schulman que podría resultar crucial.

12

El hombre invisible

Era hindú. Para el caso daba lo mismo. Pero era hindú, no indio. Lo dejó muy claro a las primeras de cambio. Se llamaba Prem Jeswani. Había nacido en Las Palmas. Y

provocaba una curiosa competencia de sentidos. Porque, si uno cerraba los ojos, percibía un deje canario tupido y sin mácula, lleno de giros coloquiales. Y, si se tapaba los oídos, veía a un hombrecillo de nariz aguileña, piel casi azul y cabello brillante. Regentaba una peletería en la calle Ripoche. Un negocio familiar. Lo había fundado su abuelo. Lo había ampliado su padre. A él le había tocado modernizarlo. Y, según una particular filosofía —más comercial que hindú—, su hijo lo llevaría a la quiebra. Ninguna empresa pequeña soporta la cuarta generación. La mayor parte de ellas muere con la tercera. Por eso a Prem no se le notaba preocupado. Asumía el porvenir con resignación, total, hiciera lo que hiciera, no podría invertir su destino. Su tienda de ropa, zapatos y bolsos ya había rentado más que suficiente.

Lo recibió un policía quisquilloso de escasa paciencia. ¿Qué se le ofrecía al señor Jeswani? Él había visto al violinista muerto. ¿Muerto? No muerto, claro. Lo había visto cuando aún vivía. El tipo había ido el viernes por la tarde a su peletería. Se había interesado por un chaquetón de piel de ante. De mujer, para ser más exactos. ¿Por qué ahora? Y él qué sabía. A lo mejor el músico se había echado una novia. No, carajo. El policía se refería a por qué había venido Prem Jeswani ahora, cinco días después del asesinato. Ah. Eso. Pues porque no sabía que el músico muerto era el mismo hombre que había visitado su tienda. Hasta ese miércoles, en que un periódico se había dignado sacar una fotografía de Schulman. Sí. Seguramente sería la misma fotografía que había salido el domingo y el lunes y el martes. Pero no en primera página. Y Prem Jeswani sólo leía las primeras páginas de los periódicos. ¿Un hombre ocupado? No. Aprensivo. Le revolvían las tripas las noticias. Con la primera le bastaba para saber cómo iba el mundo.

¿Cómo explicaba que no se encontrara ninguna bolsa de la peletería Jeswani en la habitación de Schulman? Muy sencillo. Porque Schulman no había comprado nada. ¿Solía acordarse de todos los clientes que no compran en su tienda? Podía decirse que el señor Jeswani disfrutaba de una excelente memoria. Pero, además, resultaba que en aquel caso había ocurrido algo extraño. Schulman había llegado a media tarde. Había pedido que le mostrase media docena de chaquetas de ante para señoras. El dueño, entonces, se había frotado las manos. Había desplegado la mejor de sus sonrisas. Y había alineado con esmero la mercancía sobre el mostrador. Sin embargo, cuando estaba por decidirse cuál de las chaquetas era la más elegante, apareció otro hombre. No llegó a entrar. Lo llamó desde la puerta. Aaron salió. Prem Jeswani no podría asegurarlo pero, si le daban a jurar, juraría que estuvieron discutiendo. Luego, el músico muerto volvió a la tienda. Echó un último vistazo a las prendas del mostrador. Miró al hindú. Negó con la cabeza. Se disculpó. Y se marchó sin chaqueta de ante. ¿Y reconocería Jeswani al otro hombre? Para empezar, era blanco. Más alto y delgado que el músico. Tendría su

misma edad. Y vestía con estilo. Pero no le había visto bien la cara. No. Definitivamente no lo reconocería. ¿Alguno de sus empleados podría completar esa descripción? Tampoco. Jeswani ya había dicho que era un negocio familiar. Sólo trabajan él y sus dos hijos, un macho y una hembra, Alberto y Teresa. Y a esa hora Prem estaba solo. ¿Y qué se suponía que podía hacer la policía con esa información? Ah, amigo. Eso era cosa de la policía. Prem Jeswani ya había cumplido.

Cuando Álvarez me contó la entrevista con Jeswani, me atreví a preguntarle dónde estaba la información crucial.

—Coño, ¿te has levantado con el pie izquierdo?

—No. Pero no veo en qué mejora nuestra posición que Aaron Schulman discutiera con un tipo.

—Pues en que ese tipo puede ser el asesino.

—Seguro que sí. Pero, mientras el hindú no pueda describirlo, estamos como antes.

—Por eso lo tengo en el hotel ahora. Jeswani tiene orden de dar la alarma desde que le suene una cara conocida. Aunque sea la de su cuñado.

—Bueno. Mal no nos va a hacer.

—Lo dicho, m'ijo: te has levantado con el pie izquierdo.

Dejé a Álvarez en la comisaría. Aún le quedaban asuntos que despachar allí. Y yo no quería desaprovechar el poco tiempo del que disponía. Las urgencias del inspector me habían impedido comer algo, así que decidí regalarme con un desayuno imperial en la terraza del hotel. Sabía que, tarde o temprano, alguien se dejaría caer por allí. A decir verdad esperaba a Juliette, a Bob Alston o a alguno de los músicos tahúres, con quienes no me costaría trabar conversación. Pero ninguno de ellos apareció. La puerta de cristal se abría y se cerraba sin cesar, sin llegar a escupir ninguna figura familiar. Ya se me estaban agotando el café y la paciencia, cuando, en uno de los bostezos de la cristalera, salió a la terraza un hombre alto, vestido de un modo impecable: traje azul marino de chaqueta cruzada, camisa celeste y zapatos marrones tan bruñidos que el tipo podría usarlos de espejo para atusarse su cabellera larga y plateada. Detrás de unas gafas de montura dorada, sus ojos vivos lo atrapaban todo. Reconocí esa mirada inmediatamente. Era uno de los músicos que Juliette había señalado en la fotografía de la orquesta del ochentaitrés.

El famoso Victor Laws. El primer violín. El —a falta del beneplácito del comité— nuevo concertino. El hombre que más crédito ganaba con la desaparición

de Schulman. Lo primero que me vino a la mente, antes incluso de este último detalle, fue la declaración de Prem Jeswani. Según su desvaída descripción, Victor Laws encajaba con el hombre que había discutido con Schulman en la peletería. Aguardé unos segundos por si, detrás de Laws, asomaba un hindú desquiciado apuntando al violinista con un dedo acusador y azul. Pero eso, por desgracia, no ocurrió. Laws andaba erguido, sin prisa, con aplomo y esa seguridad que da sentirse triunfador. Si le había afectado la muerte del concertino, lo disimulaba bien. Se dirigió a donde los periódicos colgaban, humillados y lacios, de un bastidor de madera. Eligió uno editado en inglés. Se sentó. Y pidió un té de menta.

El desayuno me había devuelto el humor. Me sentí con las suficientes energías para enfrentarme a una conversación con el pimpollo del violinista. Le di unos minutos para que se tomara su té. Luego, me acerqué a su mesa. Me presenté. Enseñé mis credenciales. Y le pedí si me permitía robarle unos minutos de su tiempo. Laws, como buen británico, me hizo repetirle dos veces cada cosa. Hasta entonces, todos los músicos habían hecho un esfuerzo para entenderme. Victor Laws no. Engolado y sarcástico, se sabía en una posición ventajosa. La que le daba el dominio del idioma. A cada momento, repetía un *pardon?* o un carraspeo petulante y chinchoso que terminaba por deslavar cualquier intento de comunicación. No obstante, lejos de desanimarme, me lo tomé como un reto. A ver quién de los dos se desesperaba antes. Comencé por explicarle, afinando la pronunciación, que trabajaba para la policía —llegados a ese punto, de nada servía mantener lo del consulado—, pero que no era policía. Eso significaba que podía rehusar contestarme. Que en absoluto estaba obligado a conversar conmigo. Dejé en el aire esa declaración de principios por ver su reacción. Laws pareció contrapesarla unos instantes. Y, finalmente, sin mover una ceja, asintió con la cabeza animándome a continuar.

¿Conocía bien a Schulman? Era una pregunta que le habían hecho varias veces en los últimos días y que, aún, no sabría responder con certeza. Por supuesto, lo conocía. Llevaban juntos en la Filarmónica desde ni sabía cuánto. Toda la vida. Al menos, toda la vida musical. Habían asistido a los mismos cuatro ensayos semanales de los últimos veinticinco años. Habían actuado por medio mundo, separados siempre apenas por un metro. Sin embargo, no recordaba haber salido a tomar una copa a solas con él. Ni un té. Ni un aperitivo. Nada. Extraño, ¿verdad? A veces coincidían en algún restaurante o en algún teatro e intercambiaban los saludos de rigor. Laws le había presentado seis o siete veces a su esposa Ilsa. Y Schulman, una vez a las seis o siete novias diferentes con las que salió. ¿Qué tal músico era? Uno de los más grandes. Tal vez le sobraba, para su gusto, un punto de efervescencia. Pero yo no debía confundir los términos. Aaron Schulman era un profesional. Trabajaba diez horas diarias. Le sacaba a su

instrumento notas que para otros estaban vedadas. Hasta un crítico musical había osado ponerle un mote, Aaron seis dedos, porque decía que era imposible que un violín sonara como el suyo con sólo cinco.

¿Y como persona? Aaron Schulman era un vividor. En el más amplio sentido de la palabra. Un hedonista convicto y confeso. Ponía la misma pasión en todo. Le gustaban el caviar, el champán, las mujeres, los caballos de carreras. Y la música. Se entregaba a ellos con idéntica voluptuosidad. ¿Enemigos? Ah, claro. Enemigos los tenían todos ellos. Desde el concertino hasta el que tocaba el triángulo. Vivían en Nueva York. Allí todo el mundo es enemigo de todo el mundo. La ciudad con más cadáveres por metro cuadrado. Laws jamás se había acostumbrado a Nueva York. Añoraba Exeter, su ciudad natal. Yo debía perdonarle esa pequeña confidencia. De modo que enemigos, seguro. Pero, si me refería a un enemigo capaz de cruzar el Atlántico para envenenarlo, Victor Laws no podía explicárselo. No le cabía en la cabeza.

El británico se encontraba a gusto. Tenía una mañana soleada. Unas vistas hermosas al mar. Un té de menta. Y un detective paleta delante, para fardar de inglés y de modales exquisitos. Pero no me estaba ayudando en la investigación. Nos podría dar la misa del gallo y el figurín ni se inmutaría. Me preguntaba cuánta presión haría falta para descomponerle la pose. Y empecé a darle vueltas a la espita. ¿Cómo sabía Victor Laws que a Schulman lo habían envenenado? El violinista regresó a sus pardenos y a sus carraspeos, pero perdió toda la pose que pudiera quedarle. Sí. Acababa de decir que no concebía que nadie fuera capaz de cruzar el Atlántico para envenenarlo. ¿Por qué sabía que había muerto de esa forma? Ya. Los periódicos. Es comprensible. Pero Laws no sabía español. De hecho, cuando yo lo había interrumpido, estaba leyendo el Guardian. Ah, caramba. También hablaba el Guardian de la causa de la muerte. Por casualidad, ¿se había fijado Laws en la fecha del periódico que estaba leyendo? Del lunes. Qué cosas, ¿verdad? Eso es porque la prensa extranjera llegaba con un par de días de retraso. Incómodo pero normal. Ajá. Lo había leído el día anterior, el martes, en el periódico del domingo. Bien. Era posible. Se podía comprobar.

Determiné que era buen momento para jugármela. A tumba abierta. ¿Había visto Laws a Aaron Schulman la tarde en que llegaron a Las Palmas? No. Él se había ido a dormir. Estaba muy cansado del viaje. Comprensible. ¿Y no había salido del hotel? No. Ya lo había dicho. Tal vez yo no había entendido bien por mis obvios problemas con el idioma. Pero lo había dicho. Victor Laws no había salido de la habitación en toda la tarde. Qué curioso. Sin embargo, un comerciante de la zona había visto esa tarde discutir a Schulman con otro hombre. Sí. En la puerta de su tienda. Un tipo blanco, alto, elegante, de mediana edad. Y resulta —allí silabeé cada palabra para subrayar el farol que pretendía marcarme— que ese individuo

tenía un anillo como el que Victor Laws llevaba, en aquel mismo instante, en su dedo anular.

Laws tragó saliva. Fijó la vista en su anillo. Como si fuera la primera vez que lo veía. Como si, de repente, se acordara de que lo llevaba encima. Tosió. Y se dispuso a explicarme el significado de la insignia. Nada nuevo. El honor que significaba portarlo. Los veinte años de servicios prestados. La entrega en una ceremonia emotiva. Iba a contarme que él no era el único que lo tenía. Pero yo ya estaba enrulado. Con ganas de pelea. Y me adelanté. Sabía que él no era el único. Que había al menos siete más en esa gira que también tenían el anillo de los Nibelungos. Sí. Conocía hasta la manera en que lo llamaban en la orquesta: «el anillo de los Nibelungos». Muy apropiado para una orquesta filarmónica. De modo que siete más.

Pero nos encontrábamos ante un dilema. Una vez descartado el propio Schulman, sólo quedaban seis. Y convendría conmigo Victor Laws en que un hombre «blanco, alto, elegante y de mediana edad» era una descripción bastante aproximada. Dejaba pocos resquicios a la duda. Porque Orson Vaughan era negro. Al Jaber, libanés. Williams y Allen, los gemelos judíos, eran bajitos y llevarían kipá. Adrian Hall era budista. Le importaba muy poco la apariencia física. Vestía como su nuevo Dios le daba a entender. Bob Alston y el maestro Masur eran mayores. Por último, Neil Mcnamara encajaría en ese retrato si no fuera porque tenía una pelambarrera rojiza y rebelde que difícilmente pasaría inadvertida para un comerciante hindú. Lo dicho: aquello era un dilema.

Si confiaba yo en que se desencajase, en que se desmoronase, en que perdiese la compostura, pronto se me marchitó la esperanza. Laws se rehízo en seguida. Se atusó el cabello. Se ordenó la chaqueta. Se acomodó las gafas en el puente de la nariz. Y volvió a su estado natural de engolamiento. Tuvo la sangre fría, el descaro casi, de recordarme mis propias palabras. Yo no era policía. Trabajaba con ellos, pero no era uno de ellos. Él había accedido libre, amable y desinteresadamente a conversar conmigo. Y había sido franco. Si yo no lo quería creer, era un problema mío. No suyo. Lo que ocurría es que a él no le apetecía charlar con alguien que osaba dudar de su palabra, así que aquella conversación acababa allí. No me guardaba rencor. Pero no quería que volviera a importunarlo con irritantes preguntas.

Antes de que abandonara la terraza —más para dejar claro que no me sentía impresionado por su despliegue de prepotencia, que para obtener información aprovechable—, saqué del bolsillo la fotografía que Juliette y yo habíamos recuperado de Internet. Se la enseñé. Por casualidad, ¿Victor Laws conocía a aquel hombre? El violinista echó un desganado vistazo a la foto. Y respondió, sin

abandonar su engreimiento. Pudiera ser que lo conociera. Y pudiera ser que no. Pero lo que sí estaba claro era que yo era un perro muy chiquito para un hueso tan grande como aquél. La frase era terriblemente norteamericana. Premeditada. Ficticia. Parecía sacada de una novela de Dashiell Hammett. En cambio, la presunción con la que la había soltado, el gesto de perdonavidas con que había adornado cada palabra, era muy real. Y yo no estaba dispuesto a despreciarlos.

Cuando entraba al hotel, Laws se cruzó en la puerta con una mujer que, lejos de saludarlo como a un colega, humilló la mirada e hizo una leve pero perceptible reverencia. Yo había sabido por otros músicos de su languidez, de su inseguridad, pero no sospechaba lo tímida que podía llegar a ser Bella Larson. La muchacha atravesó la terraza mirando con nerviosismo a las mesas, como temiendo tropezarse con alguien conocido. Su cabello rubio y lacio le tapaba los ojos cada vez que movía la cabeza. Era una lástima porque la gracia de la Larson, si la había, estaba en sus ojos. Unos ojos del color del zafiro en los que podías reflejarte, siempre que consiguieras que te mirara de frente. Su cuerpo era desordenado. Anárquico. Cada miembro iba a su aire. Su extremada delgadez aumentaba la blancura de su piel nórdica. Sus piernas y sus brazos parecían querer quebrarse a cada zancada. Vestía un traje de flores coloradas y una rebeca negra. Calzaba unos zapatos de charol con una tira en el empeine que recordaban a los de las niñas de las Teresianas.

Al llegar a mi lado, aminoró su paso. No sabía si saludarme o pasar de largo. Le costó decidirse. Y yo saqué ventaja de esa indecisión para levantarme y ofrecerle una de las tres sillas vacías que rodeaban mi mesa. Pudo más mi insistencia que su turbación. Y al final acabó por sentarse conmigo, just a minute. Bien. Sólo un momento. Me bastaba con eso. La silla que eligió me dio un nuevo esbozo de su carácter. Lo natural hubiese sido que se sentase frente a mí. Podría mirarme a la cara. Indagar en mis gestos. Y, por si le desagradaba lo que veía, siempre tendría la mesa de barricada. Sin embargo, se sentó a mi izquierda. De espaldas al ancho pasillo. Ese gesto indicaba dos cosas: por un lado, no quería que la descubrieran hablando conmigo; por otro —era impensable que buscara intimidad sentándose tan cerca—, no quería enfrentarse a mí. Le pregunté si deseaba tomar algo y el revoloteo nervioso de su pelo me indicó que declinaba mi ofrecimiento.

Intenté acallar su desconfianza, aclarándole que lo que ella y yo habláramos esa mañana no iba a perjudicarla. Que mi papel allí era el de simple asesor. Que, aunque conocía que ella había estado en dos ocasiones en la cámara de seguridad del hotel el día en que le destrozaron la viola a miss Young, yo estaba convencido de que no había tenido nada que ver con ese despreciable asunto. Que algunos de sus colegas habían salido en su defensa. Que era una excelente profesional. Que

poco a poco, *step by step*, se estaba convirtiendo en una gran violinista. Bella Larson se sonrojó. Le agradeció a mis rodillas —había fijado su vista en mis piernas cruzadas y no se había despegado de ellas— el halago. Y contestó que no estaba acostumbrada a verse envuelta en tamaños enredos. Que era una simple concertista de violín. Que vivía para la música.

Volví a la carga con un nuevo embeleco: había asistido al concierto del Guimerá y me había impresionado lo bien que sonaba su orquesta. Con una carantoña: no era de extrañar que se sintiera así de orgullosa de su profesión. Con un chiste fácil: yo hubiera dado un brazo por poder tocar el violín como ella; claro que, de qué me hubiera servido, manco. Noté cómo se sonreía. Cómo relajaba la tensión del cuerpo. Hasta me dejó ver con claridad el azul de sus ojos, sin la cortina de su melena rubia. Le expliqué que, para mi desgracia, era un ignorante en cuestiones de música clásica. Lo mío eran el jazz y el soul. Pero era capaz de reconocer la magia de un solo de piano o de violín. De hecho, uno de mis músicos predilectos era precisamente Stéphane Grappelli. Un fenómeno del violín. ¿Lo conocía? Por supuesto que sí. ¿Cómo no iba a conocerlo? Formó un cuarteto con Oscar Peterson que sonaba a gloria. Incluso habían compuesto alguna pieza los dos juntos. Blues for Musidisc. ¿La había oído? Pues se la recomendaba. Era una maravilla. La Larson me confesó que no estaba tan puesta en el jazz como hubiese deseado. Lógico. El problema de trabajar para una orquesta era que, cuando no estabas actuando, estabas ensayando. No tenías tiempo de escuchar otra música. Te pasaba como a los escritores: cuanto más escriben, menos leen.

Una vez instalados en ese nivel de confianza, Bella decidió pedir un refresco. Y se atrevió a devolverme el chiste malo: no tenía vicios confesables, pero era adicta a la coca... cola. Su risa sonó extraña. Supuse que por culpa de lo poco que reía. En lo que la chica fue a pedir a la barra —insistió en ir ella, a pesar de mi amago de levantarme—, me pregunté si la Larson tendría familia. Si la esperaba alguien en Norteamérica. Si había algún Mr. Larson, en aquel instante, viendo las noticias de la CNN en un apartamento pequeñito con vistas a Central Park. No quise fantasear más. Preferí esperar a que me lo contase ella misma. A su vuelta, estaba mucho más relajada. Me habló de su entrada en la Filarmónica. Hacía de eso once años. ¿Tanto? Imposible. Una muchacha tan joven. No bromeaba. Hablaba muy en serio. Bella podía tener ¿cuánto? ¿Veintiocho? ¿Treinta? ¡Treintaisiete! Increíble. No los aparentaba. De veras. Pues tenía treintaisiete y llevaba once años en la Filarmónica neoyorquina. La habían contratado el mismo día en que cumplió los veintiséis. Menudo regalo. El mejor de su vida. Había llegado a la ciudad de los rascacielos cuatro años antes, a los veintidós. Una niña. De Trondheim, al norte de Noruega. Donde el sol de medianoche. Había estudiado, con una beca de su país, en el conservatorio de Nueva York. Era muy responsable. Quería que sus paisanos

y, sobre todo, su familia se sintiesen orgullosos de ella. En seguida se hizo un hueco en la orquesta joven. Despuntó como primera violinista. Y, desde que tuvo ocasión, presentó una solicitud para ingresar en la NYPH.

La primera vez la rechazaron. Escogieron a Akira Nakata, un norteamericano de origen japonés, seguramente el hombrecillo del esmoquin prestado que yo había visto en el recital de Tenerife. ¿Discriminación sexual? Ella no lo creía. Ni siquiera pensó en esa posibilidad. Bastante tenía con superar su primer revés en Norteamérica. Fue como si la empujasen desde el Empire State. Sí. Con los ojos vendados y sin paracaídas. De vértigo. Estuvo a punto de desplomarse. De volverse a Noruega. De dedicarse a tocar para los turistas en algún local del viejo Oslo. ¿A Trondheim? A Trondheim no hubiera regresado jamás. Les hubiera hecho creer a sus padres que seguía en Nueva York. Que había triunfado. Eran viejos. Se hubieran muerto felices sin conocer la verdad. Pero Bella tenía amigos. Pocos —le sobraban tres dedos de una mano para contarlos—, pero muy buenos. Y sus amigos la apoyaron como nunca. Estaba la viola solista. ¿Cynthia Young? No. Qué va. Cynthia era una mujer huraña e intratable que vivía rodeada de gatos y jamás salía de casa. Se refería a Rebecca Adams, la viola que había enfermado por Navidad y no había podido acudir a la gira europea. Eran vecinas. Puerta con puerta. Rebecca le prohibió que se rindiera. Así fue. «Te lo prohíbo» le dijo. Y estuvo a su lado en las noches en blanco. Cómo la echaba de menos en esa gira Bella Larson. También estaba Steve Green, su mejor amigo de entonces, su novio después, su marido de ahora, el del apartamento frente a Central Park. ¿La Tercera Avenida? Pues el del apartamento de la Tercera Avenida. Rebecca y Steve la ayudaron a sobreponerse. La animaron a seguir trabajando. Con constancia. De sol a sol. Y unos pocos meses más tarde le llegó una segunda oportunidad. Esta vez estaba dispuesta a demostrarle a sus dos amigos y a la comisión quién era Bella Larson. Y a fe que lo hizo. Seleccionó con lupa la pieza que iba a tocar. Una partita de Bach. La número dos. Difícil y delicada como ella sola. Realizó una prueba tan brillante que no tuvo rival. La eligieron entre treinta aspirantes. Al año siguiente, se casó con Steve. Y, tres después, había progresado como nadie en la cuerda. Hasta el propio Nakata había tenido que admitir la valía de Bella Larson cediéndole su puesto en el escenario.

Así que, después de todo, Bella Larson era una mujer afortunada. Viéndola allí, ante su coca cola, con las manos sobre el regazo y mirándome —casi taladrándome— las rodillas, cualquiera lo diría. Pero era de esas personas transparentes que le pedían poco a la vida, que disfrutaban con su trabajo, que compartían y sabían apreciar cada día como un regalo del cielo, aunque fuese, ¿cómo había declarado Juliette que dijo Schulman?, el «cielo coagulado de Manhattan». Le pregunté —más por solidaridad que por intriga— si sabía algo de

Rebecca Adams. Si había mejorado de su dolencia. La violinista asintió aliviada. Al parecer se iba a recuperar. Había sido una intoxicación. Sí. No sabía bien con qué. Alguna cosa que comió en la cena de la orquesta. Esa misma noche se puso a morir. Nadie se explicaba la causa. Habían asistido más de veinte personas. ¿Bella también? No. Los padres de Steve habían ido a pasar la Navidad con ellos a su apartamento de la Tercera Avenida. Veinte personas. Y Rebecca fue la única que enfermó. ¿Síntomas? Muchos y malos. Los médicos creyeron, en un principio, que era un tumor en la médula espinal. Se le habían agarrotado el cuello y la espalda. Y no podía mover las piernas. Le costaba orinar y le manaba un líquido negruzco, de olor ácido. Se pusieron en lo peor. Luego, le hicieron mil análisis y descartaron esa posibilidad. Poco a poco, el dolor y las náuseas remitieron y salió del trance con un susto de más y ocho kilos de menos.

Antes de que pudiera insistir —esta vez ya del todo intrigado— en los detalles de la enfermedad de su amiga, Bella Larson cambió de tema. No quise estropearle el día. Ya buscaría un hueco para hacer la consulta que tenía en mente. Así que le seguí el hilo. Se enfrascó en una reflexión íntima. Le había encantado la ciudad. Sí. Había tenido tiempo de conocerla en los últimos días. Y, a pesar de la ingrata experiencia que había vivido, estaba dispuesta a volver. Con Steve. A descansar. A gozar del sol y de la playa tan hermosa que teníamos. Ya había oído decir muchas y muy buenas cosas sobre Canarias a quienes la habían visitado. Sabía incluso que había un colegio noruego en el sur de la isla donde había trabajado un pariente lejano. La primera vez que había oído hablar del archipiélago, le había llamado la atención su nombre: islas Canarias. Había preguntado qué significaba, de dónde venía. Pero nadie había sabido darle una respuesta convincente.

Le conté la versión para turistas. Que «can» significaba perro. Que los descubridores se encontraron con manadas enteras de estos animales. Y que acabaron por reconvertirle el nombre. De «islas Afortunadas» pasó a «islas Canarias». Qué maldad. ¿No le parecía? Un nombre tan hermoso no necesitaba reforma alguna. Y menos para mudarse a «islas de perros». Aquella conversación me trajo a la memoria la que había escuchado, al vuelo, el día anterior, entre Alston y Masur. Y quise probar suerte con la Larson. Información por información. ¿Sabía ella si había alguna concertista en la orquesta que tuviese un perro? Nadie. ¿Segura? Segurísima. ¿A quién se le iba a ocurrir traerse a su mascota a una gira? Hubiese sido una estupidez. Ni siquiera creía que se lo hubiesen permitido. Apunté otra posibilidad. ¿A alguno de sus colegas le apodaban el Perro? Que ella supiese, no. Pero también es verdad que Bella Larson no destacaba por su carácter extrovertido. Ya la había visto. Le costaba sostener la mirada, cómo sería mantener una conversación. Quizá llamasen así a alguien. Pero jamás delante de ella. No

importaba. Era simple curiosidad. Me había parecido oír ese apodo, the dog, a uno de los músicos. Y había pensado que tal vez fuera importante.

Bella Larson, de repente, se quedó en silencio. Sostuvo en el aire su coca cola. Y, por primera vez, me miró a los ojos. Se mordió la timidez. Mandó a paseo su recato. Los zafiros de sus ojos se agrandaron. A no ser que... ¿Estaba yo convencido de que había oído the dog? No era su intención desprestigiarme, pero estaba claro que mi inglés era bastante quebradizo. A lo mejor fue otra cosa lo que oí. Pudiera ser. Pero no se me ocurría otro apelativo que sonara a dog. ¿Qué tal watchdog? Se le parece mucho pero es un término bastante más fuerte. ¿Watchdog significa guardián? Más que eso. En lenguaje de la calle, significa carcelero, vigilante, perro policía. ¿Le sonaba ese apodo a la violinista? Sí. Lo había oído por lo menos dos veces. La primera el mismo día que salieron de Nueva York. En el aeropuerto. Estaban facturando las maletas. Y, de pronto, alguien detrás de ella se quejó. No recordaba quién. Sólo que había blasfemado. Que había señalado con disimulo a un hombre que, en aquel momento, se sumaba a la fila. Y que lo había llamado el maldito Carcelero. Otra voz preguntó, atónita, si aquel tipo todavía estaba vivo. Y una tercera respondió con evidente tono de repugnancia que, por desgracia, sí. Bella Larson no pudo evitar la tentación de buscar con la mirada al enigmático personaje. Y lo único que encontró fue a un hombre alto. Bien trajeado. Distinguido. Y terriblemente solitario.

La segunda vez que oyó hablar de él fue la noche de Tenerife. Después de la representación. En la cena. Casi nadie tenía ganas de charla. Estaban todos muy afectados. Era lógico. Aún estaba caliente lo de Schulman. Fue Victor Laws, con su talante cáustico y despectivo. Dijo algo sobre que la actuación debió de haber sido fantástica porque el Carcelero se había ido antes de que acabase. Bella Larson lo atribuyó a una pataleta infantil del nuevo concertino. A que a Laws le había molestado que, en su estreno como primerísimo violín, alguien hubiese tenido la desfachatez de levantarse del palco y marcharse a mitad de la obra. De modo que no le dio mayor importancia. Hasta ese momento, en que yo había sacado a colación el curioso apodo. ¿Y ella no había vuelto a ver a ese hombre durante el resto del viaje? No. Por lo visto era un tipo algo esquivo, que rehuía el contacto con los demás. Se habían juntado, pues, el hambre con las ganas de comer. The watchdog y Bella Larson, el siniestro y la tímida. Le agradecí en el alma a la noruega su información. Aún no concebía yo hasta qué punto era trascendental. Y desde luego estaba muy lejos de intuir que, si hubiera mantenido aquella conversación unas horas antes, quizá hubiese podido ahorrarle a Juliette Legrand las cuarentay ocho horas más crueles de su vida.

El fantasma de la ópera

Buscaba a un hombre alto, bien trajeado y distinguido. Posiblemente el mismo al que Jeswani había visto discutir con Aaron Schulman. El mismo que había matado al concertino. El mismo que me había pateado las costillas el domingo por la noche. El mismo que le había roto el corazón a la viola. Empecé por corroborar esto último. Entré en el hotel y busqué el mostrador de recepción. En el pasillo me topé con varios músicos que se dirigían al almuerzo. Algunos de ellos me saludaron de un modo casi militar, acercando dos dedos a la frente. Ya era la una. Me había pasado la mañana entera sentado en la terraza. Pero no podía quejarme: el parsimonioso desayuno me había cundido más que nada en aquella investigación. En recepción, atendía el canoso pachorrudo del día anterior. El de los ojos de zorro. Me siguió con la vista y una sonrisa diplomática hasta que estuve a su lado, ¿qué se le ofrece, señor Blanco? Conocía mi apellido. Eso no era ni bueno ni malo sino todo lo contrario. Le devolví el saludo a su placa de filiación, buenas tardes, señor... Del Toro, parece que ya me he hecho un nombre en el hotel, ¿verdad?, qué contrariedad, ahora no podré largarme sin pagar la cuenta del bar.

—No, señor. Está usted fichado. Pero no tiene aspecto de dejar a deber las copas.

—Porque no me ha conocido a finales de mes.

—Ja, ja. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Puedo pedirle un favor? En realidad son tres, para ser exactos.

—¿A ver?

—Necesito consultar, otra vez, el registro de la cámara de seguridad. La hoja del viernes pasado. Y también el listín telefónico.

—Por supuesto que sí. Aquí tiene el libro. Y aquí el listín.

—Muchas gracias.

—Eso son dos favores. Falta uno.

—Sí. Me interesaría saber si un par de tipos aún siguen alojados aquí.

—¿Un par de tipos? ¿Juntos?

—No lo creo. Uno se llama Michel Garrison. El otro, Elliot Haynes.

- ¿Amigos suyos?
- Aún no. Pero nunca se sabe. Creo que han venido con la orquesta.
- Sólo uno. El otro señor está de luna de miel o algo por el estilo.
- Eso simplifica la búsqueda.
- ¿Únicamente le interesa el que llegó con los músicos?
- Ajá.
- Pues no está de suerte. Ése es Haynes. Y se fue esta mañana.
- ¿Sabe a qué hora?
- No. Pero puedo consultarlo. Déme un minuto.

En lo que el recepcionista salió a preguntar, revisé los libros. Encontré lo que buscaba en ambos. Anoté un número de teléfono. Y me acerqué a la cabina que estaba a la entrada del hotel. Hice una consulta rápida y regresé a la recepción. En ese instante, salía del ascensor el inspector Álvarez. Traía la derrota en su cara y la chepa en su espalda. Y no paraba de menear la cabeza, se acabó, Ricardillo, estamos jodidos: el juez va a cerrar el caso, le pudo la presión. Le hice un gesto con el dedo para que postergase su lamento porque regresaba el conserje. Confirmado: Elliot Haynes había dejado el hotel a las once. Había pagado con tarjeta Visa. Por lo visto, había venido con la expedición. Pero se costeaba su propio alojamiento.

Lo que ocurrió después fue un torbellino caótico y confuso. Le pregunté a Del Toro si habían limpiado ya la habitación de Haynes. No. Bien. Pues era muy importante —se lo recalqué— que nadie entrara allí hasta que yo informase al inspector, y éste, al juez. Le pedí que impidiera, por todos los medios, que la señora de la limpieza se nos adelantase y comenzase a revolverlo todo. El hombre aceró su semblante, acató la orden y realizó una llamada. Pero nadie le respondió. Comprendí que, si me dejaba llevar por su pachorra, no llegaríamos a tiempo. ¿Cuál era el número de la habitación? El inspector, hastiado de la escena, me pidió explicaciones. El recepcionista me dio una llave y me envió a la quinientos diez. Álvarez insistió en saber qué demontres estaba ocurriendo y para qué era esa llave. Le di las gracias al recepcionista. Y le pedí al inspector que me acompañara, ya le contaría por el camino. Del Toro me deseó suerte. Y Álvarez, ya del todo cabreado, suerte ¿para qué? Y el otro, amedrentado por la voz abisal del inspector, para que lleguen a tiempo. Y Álvarez, subiendo el tono, pero ¿a tiempo de qué? Y yo, apaciguándolo, le he dicho que ahora se lo explico, inspector, no me sea impaciente.

Sin embargo, en el ascensor apenas pude explicarle nada. Cuando había empezado a contarle lo que me había revelado la violinista noruega, el artillugio se

detuvo en el primer piso. Las puertas se abrieron. Y nos topamos de frente con el cuarteto de Nueva York —Mesa, Todorov y los dos hermanos Vaughan—, que venía de su timba de póquer. No cabían todos. El portorriqueño se adelantó con decisión a los otros. Empujó a Mijail al ascensor y les dijo a los hermanos que esperaran al siguiente. Puede que quisiera evitar otro encontronazo como el de la última partida. Puede que lo hiciera aposta. El caso es que, enseñando su dentadura inmaculada, nos saludó a Álvarez y a mí, buenas tardes, señores, ¿cómo va esa investigación? El policía murmuró va, amigo mío, simplemente va. Teobaldo, sin dejar de sonreír, apostilló, ya, claro, pero se rumorea que pronto podremos volver a casa, eso querrá decir que ya han detenido a alguien, ¿o no? Antes de que el percusionista le acabara de hinchar las narices a mi amigo Álvarez, quien tenía un punto de ebullición muy bajo para según qué asuntos, intercedí en la conversación, aún no, Teobaldo, aún no, pero ya estamos muy cerca; una cosa antes de que nos bajemos, ¿conoces a este tipo? Mesa observó la fotografía que le estaba mostrando, la del desconocido músico, y asintió con la cabeza, sí que lo conozco, se llama Elliot, Elliot Haynes, pero esa imagen es viejísima, fue sacada antes de su enfermedad, ahora tiene la cara desfigurada y el temperamento del diablo. De repente, me vino a la memoria un palco del Guimerá. Un concierto. Un hombre sentado a mi lado. Una siesta a destiempo. Unos aplausos. Y una butaca vacía.

El ascensor se detuvo en la quinta planta. Y salimos los cuatro. Los músicos giraron a la izquierda y nosotros a la derecha. No se me ocurrió mirar atrás, pero estuve seguro de que el portorriqueño y el ruso se habían quedado en el pasillo aguardando a ver dónde tocábamos. De haber sido otras las circunstancias, hubiese ideado alguna maniobra de despiste. Pero teníamos prisa. Enfrente de la quinientos nueve había un carro de la limpieza. La puerta de la habitación estaba abierta. Y una muchacha tarareaba un bolero mientras le pasaba una fregona al suelo. Me asomé a preguntarle en qué dirección iba. La chica se asustó. Dio un respingo tan grande que a punto estuvo de tirar el balde de agua. Le pedí disculpas por mi intromisión en su trabajo. La tranquilicé. Y fui al grano. ¿Había limpiado ya la quinientos diez? No. Iba a hacerlo después. Entonces, le aclaré quiénes éramos y qué hacíamos allí. Y le prohibí entrar en el cuarto que acababan de abandonar. La muchacha asintió. Pero nos fuimos con el convencimiento de que, nada más salir nosotros, soltaría la fregona e iría corriendo a contrastar esa orden con la dirección.

Una vez en la quinientos diez, pude explicarle a Álvarez con detalle lo que había ocurrido desde la mañana. Pero antes necesitaba un acto de fe. Sí. De fe de la buena. Tenía que confiar en mí. Tenía que coger su móvil de inmediato. Tenía que dar aviso a quien fuera para que vigilasen el puerto y el aeropuerto. Buscábamos a

un hombre alto, elegante, norteamericano, y con inconfundibles marcas de viruela en el rostro. Se llamaba Elliot Heynes. Era imprescindible que no abandonara la isla. ¿Por qué? Porque era el sospechoso. No un sospechoso. Dije el sospechoso. Como lo oía. El rey de los sospechosos. La sospecha en persona. Sí. Un tipo extraño. No. No era músico. Lo había sido en otra época. Pero ya no. ¿Jubilado? Quizá. Lo llamaban el Carcelero. Respondía a la descripción hecha por el hindú. Y había estado en la cámara de seguridad la noche antes de que se descubriese descompuesto el instrumento de Cynthia Young. ¿Cómo lo había averiguado? Por el registro. La policía había preguntado por el correspondiente a aquel día. Y nadie se fijó en los anteriores. Nadie excepto yo. ¿Por qué? Porque intuí que la viola había sido destrozada antes de la discusión entre las dos solistas. No después. ¿Por qué? Porque la rabia del maltratador nada tenía que ver con la famosa pelea. Era muy anterior. ¿Por qué? Hay que joderse con los porqués. Porque, al final, todo el mundo —los músicos, la policía, hasta Colacho Arteaga— tenía razón. Yo no había querido aceptarlo por simpatía. Por lástima. Por puro sentimentalismo. Pero así era: detrás de la misteriosa enfermedad de Rebecca Adams, del asesinato de Schulman, de la paliza del callejón y de la viola quebrantada estaba Juliette Legrand. Aunque se habían precipitado en considerarla culpable. El último «¿por qué?». Porque —y yo estaba dispuesto a defender esa deducción ante un juez— ella no sabía nada.

—¿Y qué se supone, Ricardo, que estamos buscando en una habitación vacía de hotel?

—Restos de estriknina.

—¿Estriknina?

—O algo parecido.

—¿Y esa manía?

—No es ninguna manía. Acabo de enterarme de algo muy curioso. A Rebecca Adams...

—¿Quién es ésa?

—Es la viola solista de la orquesta. No pudo viajar por una intoxicación.

—Vaya hombre. Como éramos pocos parió la abuela. No teníamos bastantes sospechosos con los sesenta músicos que hay aquí para que, encima, los vayamos a buscar a Estados Unidos.

—No se trata de una sospechosa, sino de una víctima. Ése fue mi primer descuido, Álvarez. No caí en la cuenta de que la enfermedad de la viola y la muerte de Schulman estaban relacionadas.

—¿Cómo de relacionadas?

—Muy relacionadas. Ahora lo sé: detrás de los dos sucesos está la misma mano. Recemos para que esa mano haya dejado huellas en esta habitación. Le aconsejo que llame a su equipo científico para que peinen el cuarto.

El inspector iba a encender un cigarro y a sentarse. Lo conocía bien: estaba decidiendo si lo que yo había dicho tenía sentido o era un pálpito sin fundamento. Me adelanté a su acción y a su pensamiento, ni se le ocurra fumar aquí que me desbarata las pistas, váyase al pasillo; y hágame caso, no tenemos nada que perder: el juez ya ha claudicado y, si lo que digo resulta ser una mentecatez, el que va a hacer el ridículo soy yo. Mientras se lo pensaba en la puerta de la quinientos diez, llegó una voz del fondo del pasillo, inspector Álvarez, ¿está usted ahí? Era uno de sus hombres. Había preguntado por él en el vestíbulo y el recepcionista lo había enviado a la quinta planta que era como enviarlo al quinto pino. El viejo policía me miró a los ojos. Meneó la cabeza. Se frotó la barbilla, bueno, Ricardillo, tú mandas; espero que sepas lo que haces. Le devolví una mueca de agradecimiento y salimos a encontrarnos con el sargento, que venía a convocarnos a una reunión con el juez Tejera. Álvarez desplegó su poder de mando. Por el móvil dio órdenes de que doblaran la guardia en el aeropuerto y en el puerto. En vivo, le encargó a su hombre que esperase en la puerta de la quinientos diez. Que no tocase nada. Y que nadie entrase allí hasta que llegasen los de la científica.

Antes de bajar, aproveché que la limpiadora estaba ventilando otro cuarto para volver a asustarla, disculpe la molestia, señorita, soy el mismo impertinente de antes, necesito un favor, ¿sabe cómo se comunica uno con recepción?, ¿marcando el nueve?, muy amable, gracias. Llamé para que me pusieran con la habitación de Alston. Así lo hicieron. El teléfono sonó tres veces. A la cuarta, descolgaron. Era Papá Bob. Le expliqué la situación. Estábamos llegando a la cima. Y necesitábamos de su colaboración para el último tramo. Sí. Teníamos una ligera idea. No. No podía adelantarle nada. Nos veríamos en la sala de interrogatorios. En quince minutos mejor que en veinte. Cuando volví al pasillo, Álvarez se encogió de hombros, ¿y ese teatro?, ¿por qué coño no llamaste desde donde estábamos? Antes de acabar la frase ya se estaba respondiendo él mismo, ah, claro, por las huellas, mira que eres maniático, Ricardo, con coger el auricular con un pañuelo hubiese bastado.

El juez Lauro Tejera resultaba más joven de lo que yo había imaginado. Si no era de mi quinta, poco le faltaba. De mediana estatura y complexión atlética, tenía pinta de jugador de tenis dos veces por semana. Moreno. Engominado. Con olor a loción de afeitar. Seguro de sí mismo. Daba la mano con fuerza, nada de dejarla momia. Nos invitó a sentarnos. Nos ofreció un vaso de agua de una jarra que había

sobre la mesa. Y nos contó una pena. Había interrogado a más de cuarenta personas. Y nada de nada. Las respuestas, en vez de aclarar el asesinato de Aaron Schulman, lo enturbiaban cada vez más. El Ministerio del Interior tenía prisa por cerrar el caso. Y él ya no encontraba pretextos para mantener a una de las mejores orquestas del mundo confinada en un hotel. Debíamos comprender que era una cuestión que nos superaba, una cuestión de diplomacia. No hablábamos de una bandita de cuatro o cinco músicos. Se trataba de la Filarmónica de Nueva York. Nadie tenía tantas ganas como él de atrapar al asesino. Incluso lo consideraba una derrota profesional. Pero no podía alargar más aquel enredo.

Álvarez tomó la palabra para ponerlo al día en las averiguaciones que habíamos hecho. Me sorprendió su forma de llevar el asunto. Con una mesura y un temple dignos del mejor Maigret. A fin de que Tejera no se sintiera incómodo, comenzó justificando nuestra investigación paralela con arreglo a un argumento incuestionable: un juez imponía mucho respeto. Asustaba. Y la gente asustada solía olvidar los detalles. Y los detalles eran esenciales en un caso de asesinato. Además, ya lo había dicho el magistrado: se trataba de la Filarmónica de Nueva York. Tenían un prestigio que salvaguardar. No podían acusar a los demás porque sería como acusarse a sí mismos. Sería como tirarle piedras a su propio tejado. Por otro lado, muchos de ellos llevaban años tocando juntos. Eran amigos. Nadie delata a un amigo. Y menos en tierra extraña. En fin, que Su Señoría convendría con nosotros en que un interrogatorio formal como el que se había realizado en aquella sala —con abogados, traductores, taquígrafos— impresionaba al tipo más duro. Lauro Tejera no pareció sorprenderse de lo que estaba oyendo. Ratificaba con un gesto cada razonamiento del policía. Porque, a pesar de su edad, conocía bien su oficio. Le habían salido los dientes fajándose «en las trincheras» con toda clase de morralla. Había trabajado en otras ocasiones con detectives privados —en este punto, me lanzó una mirada que no fui capaz de descifrar— y sabía de las ventajas de esa práctica. De modo que aplaudió la idea de mantener a alguien bregando «en el frente» y se dispuso a escuchar «con vivo interés» lo que teníamos que decir.

Entonces, se hizo un silencio embarazoso en la sala. Tejera observaba a Álvarez. Álvarez me observaba a mí. Y yo observaba la puerta por ver si llegaba Alston de una condenada vez. Cuando la espera comenzaba a tintarse de castaño oscuro, me levanté de la mesa. Les hice una señal para que me disculparan un momento. Y fui a buscarlo. Pero no había llegado a agarrar la manija cuando sonaron dos golpes secos. La puerta se abrió. Uno de los hombres de Álvarez asomó la cabeza, hay un señor en el pasillo que afirma que tiene una cita con ustedes. Le pedí, con la anuencia de los asistentes, que lo dejaran pasar. Un segundo después apareció Bob Alston con evidentes muestras de nerviosismo: manos en los bolsillos, cuerpo encorvado, mirada huidiza. Tejera ya conocía al

director musical de la Filarmónica de Nueva York. Para Álvarez, en cambio, era una novedad. Le rogué a Alston que nos acompañara. Lo tranquilicé. La cosa no iba con él. No. Nada tenía que temer. Simplemente queríamos confrontar algunos datos. Una vez sentados los cuatro, me di cuenta de que había pasado por alto una cuestión elemental: o me buscaba a alguien que me tradujese el discurso o aquella reunión podía durar hasta el día del juicio final.

Su Señoría leyó en mi desconcierto. Preguntó a Alston —en inglés— si hablaba castellano. Preguntó a Álvarez —en español— si entendía el inglés. Y al recibir la misma respuesta —el «no» de ambos sonó casi idéntico—, se ofreció a servirme de intérprete. Le agradecí el gesto en lo que valía. Lauro Tejera habría podido negarse a mi alegato y cerrar el caso. Sin embargo, su predisposición era la de no dejar cabos sueltos que, más temprano que tarde, le quitaran el sueño. Mi primera intención fue la de aclarar quién era el famoso personaje del que nadie había querido hablar hasta el último día. Puse la fotografía sobada, arrugada, casi descolorida ya, sobre la mesa. Y le pregunté a Alston qué sabía de aquel hombre. El director musical la observó con un brillo de melancolía, como doliéndose de lo rápido que pasan los años. Era Elliot Heynes. Pero cualquiera lo hubiera dicho. Quién te ha visto y quién te ve, my old friend. ¿Que quién era Elliot Heynes?

Uf. ¿Teníamos tiempo? ¿En serio? Pues entonces ya podíamos ir encargando la merienda, la cena y hasta el desayuno del día siguiente porque iba para largo. El mejor clarinetista del siglo veinte. El californiano de los dedos ligeros. No exageraba. Aquella no era sólo la opinión de un viejo ofuscado por la nostalgia. Podía corroborarla con una montaña de críticas musicales. Con una pila de artículos en periódicos y revistas especializadas que llegaría hasta el techo. Con entradas en media docena de enciclopedias de música clásica. Elliot Q. Heynes. Menudo genio. Pero esa foto era de cuando vivía. No. No había muerto. Pero Alston sabía lo que se decía. Era una imagen de su época dorada. De cuando estaba en la cima. De cuando grababa discos con las mejores orquestas del mundo. Con los cantantes y los concertistas más ilustres. Con los más célebres músicos de jazz, de soul, de folk. Y también en solitario. Amasó una fortuna. Se hizo famoso. Se bañó en el éxito. Lo tenía todo. Y todo lo perdió. Seguía siendo millonario, desde luego. Pero se dejó en el camino lo único que, de verdad, lo hacía sentirse vivo. ¿Qué ocurrió? Una tragedia acabó con él. No fue la fama. Ni el éxito. Ni el exceso de trabajo. Fue una condenada enfermedad. La maldita lepra. Ninguno de nosotros sería capaz de relacionar al Heynes de entonces con el de aquella fotografía. El mal le había carcomido no sólo el rostro. También el alma. Pero no debíamos malinterpretar las palabras de Papá Bob. No era que Elliot se hubiese convertido en un monstruo. En realidad se había vuelto un desgraciado. Un infeliz. Pobre diablo. No era extraño. Es distinto cuando uno nace así. Cuando uno nace ciego,

mudo, sordo no echa de menos la luz, la palabra, el sonido como cuando los pierde en el camino. Entonces sólo queda la oscuridad. El silencio. La muerte. Que no nos cupiese ninguna duda: si le hubiese ocurrido a Bob Alston, preferiría estar muerto.

El juez Tejera interrumpió la reflexión del viejo. Reconoció su inexperiencia en cuestiones médicas, pero la lepra le sonaba a plaga medieval. A enfermedad del pasado. A gueto. A hombres, mujeres y niños hacinados en las afueras de las ciudades, escarbando entre la basura, apestados. El otro replicó sin pestañear. Sí. Por supuesto. Ésa era la visión literaria de la enfermedad. Pero había una más real. Cruda como la vida misma. Sólo en Estados Unidos, se calculaba que aún contraían la lepra cien personas todos los años. Claro que ya no les tiraban piedras, ni los abandonaban en las calles, ni iban cubiertos con trapos. Pero la existencia que llevaban no era mucho mejor. ¿No había tratamiento? A Alston le sobrevino un gesto de amargura que nos estremeció a todos. ¿Tratamiento? Si el juez se refería a que los leprosos ya no estaban condenados a una muerte segura, sí que lo había. La prueba viviente era Elliot Heynes. Pero, a veces, la muerte no es lo peor que puede ocurrirle a uno. Teníamos que haberlo visto. Entonces lo hubiésemos comprendido. La enfermedad se cebó en su rostro. Mejor dicho: en las partes blandas de su rostro. Las orejas. La nariz. Los labios. Se le caía el pellejo como a las serpientes. ¿Podía operarse? Sí. Heynes se había pasado dos años entrando y saliendo de una mesa de operaciones. Si no fueron quince no fue ninguna. Le remendaron el rostro con cartílagos nuevos. Le blanquearon la piel. Le alisaron las estrías. Le devolvieron algo de su apariencia humana. Volvió a tener orejas y nariz y labios. Pero jamás recuperó la sensibilidad. La lepra le afectó a las fibras nerviosas. Sobre todo a las de los labios. Y, para un clarinetista, los labios son el aliento. Elliot intentó volver a tocar. Conmovedor. Patético. Pero hasta su voz se tornó opaca —eso explicaba la sensación que tuve de haber sido agredido por un sordomudo— y el sonido se le había gangrenado. Perdió tonalidad. Se quedó sin color. Su clarinete se convirtió en un pedazo de hierro muerto. Ya nunca fue lo mismo.

Y, sin embargo, hay algo dentro que te impide abandonarlo. A Elliot Heynes le ocurrió. En lugar de retirarse a su rancho de California, a vivir de las rentas, a cuidar de sus caballos, a hacer vino, se dedicó a escuchar música. A apoyar a jóvenes talentos. Viajaba por todo el mundo. Era capaz —y tenía dinero para ello— de cruzar el océano para asistir al concierto de un desconocido en Tokio. Y, al día siguiente, coger un avión para escuchar a una nueva orquesta de cámara en Buenos Aires. Cuando le gustaban un pianista o una soprano o un sexteto de cuerda los perseguía allá donde fueran. Hasta que éstos ganaban fama. Y, entonces, era como si Elliot se cansase de jugar a Dios. Se hundía en una depresión. Y desaparecía. Podían pasar seis, nueve, doce meses sin que nadie supiese nada de

él. Decían que se emboscaba en la soledad de su casa. Con sus animales y sus viñedos, pero era imposible de saber porque, en esos períodos de autismo, no se dejaba ver ni respondía a las llamadas. Luego otra joven promesa de la música despuntaba. Y Elliot salía de su retiro. Y todo volvía a empezar. Había algo de perversión en esa actitud, ¿verdad? Algo de masoquismo en esa manera de regodearse en su propia impotencia, ¿no es eso? En esa forma de contemplar el éxito ajeno. De ahí el mote. ¿Sabíamos nosotros cómo llamaban a Elliot Heynes? The wachtdog, el vigilante. Él, Alston, también lo había llamado así alguna vez. Pero no con maldad. Nos lo aseguraba. Apreciaba al clarinetista. De hecho, unas semanas antes de la gira europea, le propuso que los acompañara.

¿Se lo propuso Alston? Bueno, no exactamente. Papá Bob no quería pasar por mentiroso. La verdad es que fue Heynes quien sacó el tema a relucir. ¿Cuándo? En la cena de Navidad que organizó para la Filarmónica. Sí. La organizó él. En el mejor restaurante de Manhattan. Cena para veinticinco. Era muy generoso. Un mecenas. Uno de los benefactores más altruistas que Alston había conocido jamás. ¿Por eso estaba en la comisión musical? Por eso y por su juicio cultivado. La lepra no le afectaba al oído y no podíamos olvidar que, aunque tullido, seguía siendo una leyenda. ¿Había organizado antes una cena como aquélla? No. Fue la primera vez. Quería reunir en torno a una mesa a sus viejos colegas de cuando él tocaba con la Filarmónica. ¿Sólo a esos? No. A decir verdad, también estaban allí algunos de los nuevos: Todorov y Teobaldo Mesa, que no se perdían una; Peter Vaughan, el cual acompañó a su hermano Orson; David Ruiz, quien había tocado jazz con Elliot; y Rebecca Adams. ¿Por qué? Pues Alston no sabía. Y, claro está, no se le ocurrió preguntarlo. La fiesta era de Heynes. Podía invitar a quien le viniera en gana.

El interrogatorio a Papá Bob resultó como en ese pasatiempo de tirar fichas de dominó. Una vez que cayó la primera respuesta, saltaron todas las demás. Sin embargo, las caras de los asistentes me revelaron que tendría que empezar otra vez desde el principio. Ninguno sabía adónde nos llevaba la declaración del director musical. Era allí donde entraba yo. Me serví un vaso de agua. No tenía sed. Pero necesitaba organizar las ideas. La historia podía ser, poco más o menos, como seguía. En uno de esos viajes de reconocimiento, tal vez espoleado por la lectura de alguna revista musical, Elliot Heynes tuvo la suerte —o la desdicha, que eso nunca se sabe— de conocer a un cuarteto de jóvenes músicos canadienses. Le llamó la atención, sobre todo, la viola. Una muchacha joven de mirada triste. La vio tan huérfana allí, entre otros tres músicos desmañados, que decidió rescatarla. Pero esa vez la cosa fue más lejos. Esa vez no se iba a contentar con darle aliento, promocionarla, instalarla en la gloria y, luego, retirarse a su cuartel de invierno. Esa vez se enamoró. Hasta el pomo. No sólo de una forma de tocar, de una pieza,

de un sonido. Se enamoró de la mujer. E hizo todo lo que estuvo en su mano para traerla a su lado. Quizá, en un principio, habría pensado en usar de su influencia y contratarla. Pero la orquesta ya tenía sus violas solistas: Rebecca Adams y Cynthia Young. Su propuesta hubiera despertado las sospechas de la comisión. Se hubieran negado a aceptarla. Seguramente se hubieran burlado de él.

Así que necesitaba que algo le ocurriese a una de las dos chicas. De tanto «jugar a Dios», creyó que podría decidir sus destinos. Descartó a Cynthia porque era, ¿cómo había dicho Bella Larson?, un mujer «huraña e intratable que vivía rodeada de gatos y jamás salía de casa». O a lo mejor lo intentó y ella rechazó su ofrecimiento. El caso es que eligió a Rebecca. Se sacó de la manga una cena de Navidad. La invitó. Y —aquí ya era imposible afinar la intuición— aprovechó un descuido para verter estricnina en su copa. No mucha. Apenas una pizca. No pretendía matarla. Sólo incapacitarla por un tiempo. Lo había ensayado todo al milímetro. El escenario. El público. La ocasión. Por eso le había insinuado a Bob Alston, esa misma noche, la posibilidad de acompañarlos en la gira europea. Si no, a qué ese interés repentino. Una vez que enfermó Rebecca, una vez que los médicos le desaconsejaron el viaje, tuvo el camino libre para recomendar a una viola joven pero muy buena que, por casualidad, había escuchado tocar ¿en Vermont? Convenció a los miembros de la comisión. Con su experiencia. Con su juicio atinado. Y, sobre todo, con su dinero. De modo que enviaron un telegrama a Quebec. Y se trajeron a Juliette Legrand. Hasta ahí todo fue como había previsto Heynes.

El problema vino después. Cuando la pobre muchacha llegó a Nueva York. Las pasó canutas. Sola. Sin conocer a nadie. En una ciudad-tigre que la acechaba y amenazaba con engullirla. Elliot no pudo intervenir porque hubiese descubierto su juego. Pero Aaron Schulman sí. El concertino fue el único que comprendió los apuros de la joven viola. Y se ofreció a ayudarla. Incluso la cobijó en su casa durante unos días. Lo ocultaron a todo el mundo. Por las apariencias. Pero Elliot Heynes no era todo el mundo. Acabó por descubrirlo. Y le sentó a cuerno quemado. No estaba dispuesto a que le levantaran a la chica. No sin luchar. Por supuesto, no podía correr el riesgo de atentar contra el concertino en Estados Unidos. Después de lo de Rebecca, hubiera sido demasiado evidente. De manera que decidió esperar —la venganza es obstinada— a la gira. Europa es grande. Aquí tendría sus oportunidades. Pero en el viaje a Las Palmas ocurrió algo que terminó con su paciencia. Schulman y Juliette se sentaron juntos. En el avión. En la guagua que los traía del aeropuerto. Incluso escogieron habitaciones contiguas. Eso fue el detonante. La maldita lepra a lo primero que afecta es al sistema nervioso. Y el de Heynes explotó.

Primero lo siguió en su paseo vespertino por la ciudad. Cuando tuvo

ocasión, le recriminó a Aaron su relación con la canadiense. Eso fue en la puerta de una peletería. El dueño, Prem Jeswani, los vio discutir. Seguramente el concertino lo mandaría a paseo. O a algún sitio menos agradable. Y Elliot, ya sin control, regresaría al hotel. Subiría a su habitación. Cogería otro tanto de veneno. Entraría en la cámara de seguridad —su nombre quedó consignado en el registro de la recepción exactamente a las siete y diez del viernes—. Y aprovecharía la coyuntura para rociar con violencia las cuerdas del violín de Schulman. ¿Por qué con violencia? Porque estaba cabreado como un macho. Y porque el veneno tenía que soportar la maniática limpieza del músico antes de la actuación. Si lo espolvoreaba sin más, de un modo superficial, Schulman hubiese dado con el antídoto sin proponérselo. Con su propio pañuelillo de tela. Pero el polvo de estriknina es terco. Y no sólo resulta peligroso bebido, también inhalado —en ocasiones, los traficantes lo mezclan con la cocaína o el LSD—. Y al contacto con la piel. Así fue como murió el violinista. Lo comprobarían cuando analizaran las cuerdas. No quise continuar con la exposición de los delitos de Elliot Heynes. No tenía sentido. Lo único que podía interesar al caso era lo del anillo que vislumbré en la mano de mi agresor. Pero, al lado del asesinato del concertino, las palizas que nos llevamos la viola de la Young y yo eran una minucia. Una trivialidad. Mis costillas acabarían soldándose. Y el seguro se encargaría de reponerle a ella su preciado instrumento. Pero a Aaron Schulman ya nadie le devolvería la vida.

14

El rapto de la sabina

Los tres espectadores perdieron las ganas de aplaudir. Guardaron silencio. En sus ojos noté la sombra de alguna duda. Y me ofrecí a explicarles cualquier recelo que pudiera quedarles después de lo que acababan de oír. El primero en hablar fue Lauro Tejera. ¿Cómo conocía yo lo de la estriknina? Le expliqué mi visita al depósito de cadáveres. Y la charla con Bella Larson. Los síntomas en los dos casos eran evidentes: en Schulman, el shock séptico, el sudor, la fiebre, la palidez, las lesiones cutáneas y las manchas en las yemas de los dedos; en Adams, la rigidez del cuello y la espalda, el agarrotamiento de las piernas y la orina negruzca y pestilente. Para estar más seguro, antes de aquella reunión, había telefonado al doctor Santa Ana, el perito forense que solía trabajar con la policía. Y él me había confirmado las sospechas: estriknina. Eso o un alcaloide parecido. En el primer

caso, por ingestión. En el segundo, por contacto con la piel. ¿Por qué las consecuencias no fueron las mismas? ¿Por qué murió Aaron y no Rebecca? Eso era más difícil de aclarar. La explicación más verosímil la acababa de dar: porque Heynes no quería matar a Rebecca y sí a Aaron. Porque había usado una cantidad ínfima para ella y una colmada para él. Pero también podría valer porque se le fue la mano o porque la muchacha resistió mejor la embestida o porque el concertino tenía el dedo anular de la mano izquierda cuarteado y el veneno le llegó a la sangre. Santa Ana me había comentado que el más leve rasguño hubiera precipitado los acontecimientos.

Le llegó el turno de preguntas a mi amigo Álvarez. Elliot Heynes, por lo que se había dicho, era un hombre inteligente. ¿Por qué no desapareció? ¿Por qué no se quedó en la sombra después del crimen? ¿Por qué intentó matarme a mí también? ¿A qué vino destrozarle la viola a Cynthia Young? Yo no dudaba de la inteligencia de Heynes —de hecho, lo menos inteligente hubiera sido desaparecer; hubiera cantado demasiado—, de lo que sí dudaba era de su estado emocional. La lepra lo había desquiciado, a quién no. Le fue imposible permanecer quieto ante lo que él consideraba una (Juliette y yo cenando en un restaurante), dos (tomando una copa en un bar), tres (paseando por la bahía) y cuatro afrentas (besándonos en un banco), todas seguidas y a cuál más ingrata. Orson Vaughan había reaccionado igual en la partida de póquer. ¿Qué hacía un detective de pueblo, un tipo que no tenía dónde caerse muerto, con una mujer como la viola canadiense? Si a Vaughan le pareció ridículo sin estar enamorado de ella, a Elliot Heynes le tuvo que escocer como alcohol en una llaga. Por eso decidió castigarnos. A los dos. A cada uno de una forma distinta.

A mí me esperó a la salida del hotel para darme una tunda. Y, de no haber sido por el taxista, hubiera acabado mi participación en aquel caso allí mismo. Mis costillas daban fe de lo que decía. A Juliette, sin embargo, no podía patearla. No podía estamparle la cara contra el empedrado. Leproso y todo, Heynes era un caballero. No podía enfrentarse a ella cara a cara —cara a sucedáneo de cara, para ser más exacto—, así que optó por un escarmiento llamémosle indirecto. Muy pocos entendían cómo había llegado ella a la Filarmónica de Nueva York. Muy pocos la tragaban. Y casi todos estarían de acuerdo en culparla del destrozo de la viola. Eso habría sido su ruina en la orquesta. El principio del fin. Otra forma, más inteligente pero también más ruin, de acabar con ella.

Bob Alston escuchaba la traducción que el juez hacía de mi discurso y negaba con la cabeza. No podía creérselo. Era demasiado horroroso. Tanta muerte. Tanto dolor. Impensable. Menos en un hombre como Elliot. El músico con la sensibilidad más aguda que había conocido. Bien es cierto que él había lamentado con Masur —yo los había oído en la terraza, la tarde en que los conocí— que la

moral de la orquesta comenzaba a resquebrajarse. Cierto que había maldecido a Heynes por haber recomendado a Juliette. Pero entonces pensaba, él también, que la muchacha era la culpable de todas sus aflicciones. Ni de lejos podía sospechar que las cosas se hubieran desmadrado hasta ese extremo. Sí. El clarinetista había puesto mucho empeño en contratar a la guapa canadiense. Pero nadie tenía por qué desconfiar. ¿Nos imaginábamos a una orquesta que acepta judíos, árabes y cristianos; blancos, negros y amarillos; heterosexuales y homosexuales; demócratas y republicanos; rechazando a una mujer únicamente por ser bonita? Un escándalo. Amén de que, por regla general, el juicio de Heynes era bastante certero. De hecho, la Legrand era una viola magnífica. En otras circunstancias, la comisión le hubiese dado el visto bueno igual.

Papá Bob seguía, en efecto, sin creer que aquello estuviese pasando de verdad. Que no fuese una pesadilla. Unió sus manotas negras en un gesto de plegaria callada. De Dios mío, ¿por qué me has abandonado? De repente, se acordó de algo que yo había dicho. Y —como si necesitase de una última y definitiva prueba— se dirigió al juez para que tradujese. Yo había hablado de un telegrama a Quebec. ¿Cómo lo había sabido? Y, más importante, ¿quién lo había enviado? Para ese viaje no necesité la alforja de un intérprete. Había leído muy clara la firma en el papel que me enseñó Juliette: Robert Alston. Director musical de la NYPH. La mirada del hombretón fue tan reveladora —él no había tenido nada que ver con ningún telegrama; el clarinetista lo había urdido todo hasta el último detalle— que a Su Señoría no le quedó otro remedio que cursar una orden de busca y captura contra Elliot Heynes. Pero antes quería citar de nuevo a declarar a Juliette Legrand. No le había hecho maldita la gracia que le hubiese ocultado su relación con el violinista muerto. Quien miente una vez miente setenta.

Fue entonces cuando descubrimos que la viola francesa también se había esfumado. Y el final de ese día y el día siguiente entero se iban a convertir en un desbarajuste de idas y venidas, llamadas de teléfono, órdenes de registro, contraórdenes. Por lo pronto, Juliette no aparecía por ningún lado. Su equipaje seguía en su habitación. Su viola dormitaba, con el resto de instrumentos, en la cámara de seguridad. Hasta su documentación se había atrincherado, junto a una pequeña cantidad de dinero y cheques de viaje, en la caja fuerte del hotel. Pero no había rastro de ella. Nadie la había visto desde el desayuno. Su teléfono móvil estaba fuera de servicio. A las once de la noche Su Señoría la dio por desaparecida y añadió otra orden a la que ya había firmado. Para él, el hecho de que Juliette Legrand hubiese escapado sólo podía significar —yo lo había expuesto perfectamente, en mi relación de los acontecimientos— una cosa: que estaba en el ajo. Se dio aviso a la policía aduanera para que añadiesen una segunda sospechosa a la búsqueda. Pero nadie con el nombre o el singular aspecto de Elliot Heynes, ni

solo ni acompañado, había pasado por el control de pasaportes del aeropuerto. La Guardia Civil del puerto tampoco pudo ofrecer información. La oscuridad se adueñaba de un caso que parecía resuelto.

Ni siquiera la policía científica fue capaz de darnos una buena noticia. Habían rastreado de arriba abajo la habitación quinientos diez. Se notaba que el tipo había sido muy cuidadoso. Se había esmerado en limpiar todas las huellas antes de irse. Los muebles. El baño. Los folletos de propaganda. Los cristales. Incluso el teléfono estaba immaculado. Aún tenían que analizar algunos restos en el laboratorio, pero por la cara que traían supimos que el resultado no nos iba a gustar. Habían encontrado, sí, un pendiente de mujer, algunos cabellos y hasta rastros de lo que parecía semen sobre la moqueta, pero estaban tan encostrados que lo más probable fuera que se tratase de huellas viejas. El juez no podía creérselo. Mi historia era tan buena, tenía una trama tan interesante que le daba pena que acabara allí. Porque, sin pruebas que la sustentaran, cojeaba de principio a fin. ¿Que el tipo se había enamorado de una viola y se la quiso traer a su orquesta? ¿Que organizó una fiesta por Navidad en la que otra viola se indigestó? ¿Que envió un telegrama a nombre de otro? ¿Que se enfadó en público con un colega por un ataque de celos? ¿Que tenía un anillo de oro bastante inusual? ¿Que había entrado en la cámara de seguridad el día anterior a que un instrumento apareciese roto? Ya. ¿Y? ¿Adónde íbamos con eso? El abogado más torpe lo desmontaría. Todo lo más, a Heynes le caería una reprimenda. Una multa. Y la expulsión del comité asesor de la Filarmónica. La única prueba era la estricnina. Y la quinientos diez parecía estar limpia.

La mayoría de las veces en que una veintena de hombres se dedican a buscar pistas, el remedio es peor que la enfermedad. Se aturullan. Se estorban. Se desquician. Uno pisa donde no debe. Otro pregunta como no debe. Otro se va de la lengua cuando no debe. Por eso —y por un carácter escurridizo que, desde niño, adorna mi personalidad— es que suelo trabajar solo. Pero he de reconocer que, en ocasiones, como reza el proverbio, cuatro ojos ven más que dos. Y allí necesitábamos un par de ojos jóvenes y ágiles. Mientras escuchaba las quejas del juez Tejera en mitad del vestíbulo, noté cómo el muchacho de recepción se removía, inquieto, en su garita. Se veía loco por enmendar el descuido en el asunto de la cámara de seguridad. Nadie le había dicho aún que la famosa viola había sido destrozada el día anterior, es decir, en otro turno que no era el suyo, y que por tanto no había sido su culpa. Cuando Su Señoría me dejó para atender una llamada, me acerqué a él. Iba con la intención de enderezar el entuerto y aliviarle el orgullo malherido. Pero la cosa resultó justo al revés.

—¿Debes de estar harto de tanta gente revolviéndolo todo, verdad?

—No, señor Blanco. Esto está muy animado. Prefiero un turno así que los que acostumbro a tener.

—Novelero sí que es: el juez, la policía, la prensa haciendo guardia en la puerta. Pero para los que trabajan en el hotel no deja de ser un engorro.

—No crea. Aquí nos divertimos. Y en el bar sacan buenas propinas. Quienes no están muy contentas son las de la limpieza. Se entiende. Desde el viernes que llegó la orquesta no han parado.

—Ése es su trabajo, ¿no?

—Sí. Pero han tenido que doblar turno. Tenga en cuenta que son sesenta músicos. Que llevan equipaje para cuarenta días fuera de casa. Y que han cambiado tres veces de habitación. Las chicas no pueden trabajar con el trasiego de maletas y bultos por los pasillos. Menos mal que los instrumentos se guardan en la cámara, si no, las veo arrimando un piano para pasar el cepillo, ja, ja.

—Aguarda un momento: ¿qué es eso de que han cambiado tres veces de habitación?

—Claro. La noche del viernes estaban alojados en las primeras plantas. El sábado se fueron. La noche del domingo, cuando regresaron, les dimos otros cuartos. Y, desde que supimos que iban a quedarse una semana más, hubo que reubicarlos como pudimos.

Lo dejé con la palabra en la boca, renegando de mi torpeza, y salí como alma que lleva el diablo a buscar a Álvarez y Tejera. Los encontré en la terraza, de pie, con los brazos en jarras, batallando con el director del hotel, quien quería saber cuándo iba a marcharse la orquesta. El sábado tenía que llegar la Sinfónica de Londres. Se le habían acabado las excusas. Y las camas. Vine a interrumpirlos en el momento en que la conversación se caldeaba. No les gustó; parecían tener ganas de soltar la espita y sacarse los demonios de adentro, nada como un buen cabreo para relajar tensiones. Me disculpé, dispénsenme, señores, pero lo que tengo que decirles es importante; espero, inspector, que no haya dado la noche libre a los de la científica porque aún les falta trabajo. Álvarez se me quedó mirando con cara de pocos amigos, explícate mejor, Ricardo, que no está el horno para coñas. Acabé de contarles la buena nueva, no es coña, inspector, o a lo mejor sí lo es, pues el caso es que nos hemos equivocado de cabo a rabo peinando la habitación quinientos diez, ¿por qué?, porque era la de Heynes, sí, pero en la que estaba alojado las últimas noches; la que de verdad interesa es la que ocupó la noche del crimen; si hay secuelas de la dichosa estircnina, tendrá que estar allí.

Era la doscientos dos. Se montó un zafarrancho de combate en menos de un suspiro. Al que más y al que menos le costó dios y ayuda afrontar la pifia que

habíamos cometido. Álvarez tuvo que indisponerse con sus hombres de la científica, que ya se habían hecho a la idea de regresar a casa. El juez Tejera tuvo que hacer valer su cargo ante el director del hotel para que desalojara la nueva habitación. Y el director tuvo que hacer milagros para compensar de la molestia a los clientes que la ocupaban. Mientras ellos lidiaban sus toros, yo me quedé detrás de la barrera, mano sobre mano, sin saber por dónde empezar a buscar a Juliette, que era quien de verdad me importaba en aquel momento. Debía de ser el único, por lo visto. Todos a la caza de Heynes. Y todos parecían haberse olvidado de la pobre viola. Cuando se me estaban durmiendo las articulaciones de esperar sentado, cuando tenía roído —más que fumado— mi segundo puro, me decidí a aprovechar el hueco libre que la policía me dejaba. Crucé el vestíbulo hasta la recepción. Toqué con los nudillos en el mostrador para llamar la atención del joven conserje. Le lancé varios requiebros, gracias a él habíamos enderezado el rumbo a tiempo. Halagué sus oídos, no hay muchos en su oficio con esa capacidad de observación. Le acaricié el lomo, en pocos años estaría de gerente o director. Todo con tal de pedirle, en voz baja, imitando a Colombo, con un guiño cómplice, si había alguna posibilidad de hacerse con una llave del cuarto de la señorita Legrand. Ya sabía que no estaba bien. Que nos la jugábamos. Que podían meternos una bulla por allanamiento de morada. Pero lo hacíamos por la muchacha. El tiempo corría y, a lo peor, ya estábamos tardando en dar con ella. Le prometí no tocar nada. Nadie tendría por qué saber que yo había estado allí. Haríamos un trato: si la chica regresaba u ocurría algún imprevisto, él llamaría a la habitación y colgaría. Yo saldría a escape de allí. Y si, por mala suerte, me agarraban, prometía cargar con el muerto.

La llave me quemaba en el bolsillo, mientras subía por la escalera. Vadeé el peligro de toparme con Tejera o con Álvarez en el momento menos indicado. El cuarto de Juliette estaba en la misma planta que el que estaban examinando. De modo que tuve que ir con pies de plomo. Primero me acerqué a donde trabajaba la científica. Un tipo sacaba fotografías con desgana, sabiendo que a esas alturas —después de seis días— no iba a obtener ninguna pista valiosa. Pero donde manda capitán... Otros dos, con guantes y bolsas de plástico, recogían muestras de cabello y partículas de lo que parecía ser ceniza. Me miraron de soslayo. Fingí interesarme por lo que hacían. En silencio, para no molestarlos, admiré su labor desde el pasillo. Luego, cuando ya dejaron de reparar en mí, continué andando hasta la habitación de la viola. Me aseguré de que nadie me seguía. Abrí la puerta. Entré. Cerré detrás de mí. Y encendí las luces con la misma llave. No me hizo falta dar una segunda vuelta alrededor del cuarto del Juliette para saber que algo no andaba bien. En apariencia, todo estaba en su sitio. La ropa en los armarios. Las camas gemelas recién hechas. Las colchas blancas dobladas a los pies. La maleta

medio vacía encima de una banqueta. El ordenador sobre el escritorio, junto al teléfono. Sí. Todo en su sitio. Demasiado en su sitio. Yo había estado allí con ella. Había sido testigo de la anarquía que reinaba en su habitación. La chica me había confesado que era un desastre para el orden. Me dirigí al baño —la prueba del nueve en aquel caso— y confirmé los malos augurios. En los estantes, los objetos de tocador se burlaban de mí, metódicos, pulcros, ordenados escrupulosamente para pasar revista.

Alguien lo había dejado así para que creyésemos que la muchacha se había ido libremente. Alguien —Elliot Heynes, sin duda— que no conocía las costumbres de la canadiense, su rutina, su manía del desorden, su propensión bohemia al desgobierno. Ésa era, claro, una posibilidad. La otra era aún más espeluznante. Imaginé a Juliette amenazada, forzada a vestirse deprisa, obligada a coger lo más necesario, arrastrada por el Carcelero contra su voluntad. Y ella, chica lista, nos dejaba un mensaje. Organizaba el caos. Dejaba un rastro inconfundible de miguitas de pan para que la siguiéramos. Para que no la olvidáramos. Para que no la abandonáramos a su suerte. El maldito Fantasma de la Ópera la había secuestrado.

Abandoné la habitación sin necesidad de poner en peligro el trabajo del recepcionista. Volví a pasar por la de Heynes. Encontré a los investigadores de mejor humor. Por lo visto, habían tenido suerte. Lo que creían ceniza podía ser polvo de estricnina. La hallaron. Sí. En la moqueta. Cuando la analizaran en el laboratorio —esa noche, iban a estar de guardia hasta los bedeles—, podrían corroborarlo, pero ya hacían apuestas a ver quién se acercaba más a lo ocurrido. La versión más cotizada —la del fotógrafo— proponía que el asesino, al rociar de veneno las cuerdas del violín de Schulman, se mancharía los zapatos. Una vez de regreso a la habitación, buscaría deshacerse de cualquier estela. Los embetunaría. Usaría el pequeño limpiador de calzado que ofrecía el hotel a sus clientes. Después, lo tiraría. A la papelerera. Imposible de seguirle la pista a esas alturas. Pero en la moqueta, debajo del escritorio, junto a la papelerera, quedaron rastros del polvo. Otro de los investigadores se congratuló de aquel invento: «Sí, señor: la moqueta será una maldición para las señoras de la limpieza, pero es un regalo del cielo para la policía científica».

La cara de alivio del conserje valía el riesgo corrido. Le guiñé un ojo. Le devolví la llave. Le susurré las gracias. Y me despedí de él hasta el día siguiente. Esa noche ya no podía hacer mucho. No tenía sentido permanecer en el hotel. Iba a serle de poca ayuda a Juliette Legrand si la mañana no me cogía descansado. En la calle, aún quedaban algunos periodistas. Los más sufridos. Los partisanos. Los acostumbrados a olisquear la noticia como perdigueros. Algunos seстеaban apoyados en el muro de piedra del aparcamiento. Otros, en corro, charlaban de fútbol. Había quienes apuraban una frugal cena de campaña: bocadillo de pollo

frío y cerveza caliente. No debí de resultarles interesante porque apenas me miraron y siguieron a lo suyo. Todos excepto uno. Era un hombre chaparro, de andar pausado y ojos amarillos de gato. Le faltaban dos dientes. Solía llevar un sombrero de fieltro, inusual en un clima como el nuestro. Estaba, a los pies de una farola, tomando un café, taciturno y espantando los mosquitos como si la cosa no fuera con él. Cuando me vio, se tocó el ala del sombrero, buenas noches, amigo Blanco, ¿cómo dice que le va?

—Podría irme mejor, Tomás. Pero no me quejo.

—Pues deberías, coño. Siempre te toca la paja más corta.

—Tampoco es para tanto. Necesitaban un tipo discreto y me ficharon.

—Claro. Álvarez debe de estar desesperado para recurrir a ti. A los policías le tocan mucho los huevos los detectives.

—A éste parece que no. Por lo pronto, me trata bien.

—Y te paga poco.

—El mío es más un oficio que un negocio, pero me las arreglo.

—Vamos. Tengo el coche en la esquina. Te llevo a casa. Dicen las malas lenguas que el otro día te sobaron el lomo.

—Caramba, cómo vuelan las noticias.

Tomás Rivero era un periodista de los de antiguo cuño. Tenía detrás una historia de cine. Había pasado media vida por ahí, de corresponsal en Costa Rica, Cuba, Colombia, Venezuela. Hasta que casi se lo cargan cuando estalló una revuelta estudiantil en Caracas y lo confundieron con uno de los amotinados. La policía lo detuvo, se lo llevó al calabozo y lo puso bonito de trompadas. Tenía todas las papeletas para haber acabado en mitad de una acequia pestilente, su familia a reclamarle al maestro armero. Pero estaba de Dios que pudiera contarle. Para mejor decir, estaba de la Virgen. Porque, en una de las más agrias sesiones de boxeo, cuando ya no sabía qué decir para explicarles que él no tenía nada que ver en aquella refriega, cuando ya lo veía todo —literaria y literalmente— negro, se le ocurrió implorar a la Madrita del Pino para que terminara de una vez por todas con aquel suplicio. El sargento que llevaba el interrogatorio detuvo a uno de sus compadres con el puño en alto, a punto de darle otro capón a Rivero. Le dijo: «Ya está bueno». Lo mandó salir de la sala. Ayudó al periodista a vestirse. Lo adecentó. Le devolvió casi todos sus objetos personales —de un reloj de pulsera y un fajo de billetes jamás volvió a saberse—. Lo sacó del cuartelillo. Y se lo llevó a su casa. El tipo vivía con su padre en un pisito de sesenta metros cuadrados. El sueldo de sargento no daba para más. El anciano, al ver al periodista machucado y con

dientes de menos, le preguntó a su hijo: «¿Qué?, ¿ahora te traes la faena a casa?». Y el policía le respondió sin inmutarse: «No viejo. Es que no podía permitir que le dieran p'al pelo a un paisano tuyo. Resulta que este mamón también es canario». Tomás Rivero pidió, después de aquello, una excedencia. Más tarde, un traslado. Y regresó a Las Palmas. Sólo le quedaron de secuela las encías deshabitadas, el fervor absoluto por la Virgen del Pino y un profundo resquemor por los uniformes.

Sin llegar a la amistad, podría decirse que Rivero y yo nos teníamos estima. A mí me había cautivado su historia caraqueña. Y yo le caía bien porque, según él, le lavaba la cara a la policía. Conducía un viejo coche lleno de boquetes y lamparones, a juego con su vida aperreada. Oía música changa, orquestas cutres y salseras que repetían un estribillo absurdo hasta el aburrimiento. Me sorprendió que conociera el camino a mi apartamento. Pero no dije nada. Simplemente me dejé llevar. Cuando estábamos llegando, se decidió por fin a hablar. Admitía cualquier cosa, aunque fuese insignificante, de la que pudiera tirar para su reportaje. Ni siquiera tenía que ser del todo verdad. Una intuición le valía. Una leve conjetura serviría a sus propósitos. Él se encargaría de volverla creíble. La cosa funcionaba así. Una ronda por cabeza. Él quedaría como Dios delante de sus jefes. Sus lectores se desayunarían con un buen chisme. Y la policía, barnizando un poco la información, se llevaría las medallas. Todo el mundo ganaba.

—¿Y yo qué, Tomás?

—Coño, tú eres quien más gana.

—¿Sí? —Ganas un amigo. Hoy por ti y mañana por mí. Piensa que éste no va a ser tu último caso.

—No sabes tú nada, Rivero.

—Anda, hombre. Seguro que tienes algo. Joder, parezco un mendigo pidiéndote p'a un bocata.

—Y luego te lo gastarás en droga.

—Te prometo que no. Mira. Vamos a hacer un trato: yo no publico lo que me digas hasta que no lo contraste con otra información. Mañana se lo suelto, como quien no quiere la cosa, a uno de los policías y espero a ver su reacción. Nadie te implicará.

—No soy yo quien me preocupa, Tomás. Ha desaparecido un miembro de la orquesta. Una chica. Tiene mala pinta. Tal vez sea un secuestro. Y, si sacas algo de eso en tu periódico y la pones en peligro, por mis muertos que no te salva ni la Virgen del Pino.

—¿Tan chungo es?

—Como te lo estoy diciendo. Si la tiene quien sospechamos, no le arriendo la ganancia a la muchacha.

—Y ese tipo, ¿tiene que ver con el crimen?

—Entre otras cosas. ¿Quién crees que me dio la paliza el otro día?

—Coño. Pues sí que está revuelta la marea. ¿Puedo hacer algo?

—No..., O tal vez sí. Ahora que lo dices. Podrías preguntar, sin levantar la liebre, si alguno de los tuyos ha visto salir del hotel hoy a un tipo con la cara ulcerada de viruela.

—Hecho. Te dejo mi tarjeta por si necesitas cualquier otra cosa. Si no, mañana te diré algo.

—Gracias, Rivero. Yo no tengo tarjeta pero...

—No te apures: sé dónde encontrarte.

—Lo imaginaba. Hasta mañana, entonces.

15

El hombre que sabía demasiado

El primer jueves de febrero despuntó ceniciento. Me levanté antes que el despertador. No podía permanecer más tiempo entre las sábanas. Me di una ducha fría. Me vestí. Desayuné de camino. Algo rápido. Dos cafés cortos y medio pan con aceite y sal. Intuía que después no iba a tener un segundo libre. Llegué al Reina Isabel antes de las nueve. Para mi sorpresa, en el aparcamiento del hotel me esperaba Rivero. Llevaba la misma ropa del día anterior, de lo que deduje que habría dormido en algún portal cercano. Me hizo señas para que me acercara. Y luego se duplicó: el Tomás me llamó por otro nombre, el Rivero me susurró creo que tengo algo para ti, Blanco; el uno recordó a viva voz tiempos ficticios en la universidad, el otro murmuró ese que andas buscando, ¿es alto y viste como un puñetero pijo?; Jeckyll, a grito pelado, me preguntó por mi mujer y mis hijos, Hyde, en secreto, vino a desembuchar pues un tipo igual al tuyo salió ayer a media mañana del hotel con una muchacha del brazo, los esperaba un coche negro, como una limusina venida a menos, en la puerta.

Le seguí el juego y me despedí de él dos veces: sin tapujos, le mandé recuerdos a la familia; en voz queda, le agradecí te debo una, Tomás, si averiguo lo que espero, serás el primero en saberlo. Entré en el hotel con el convencimiento de que estaba a punto de cumplir la promesa hecha al cadáver de un violinista. En el vestíbulo, pregunté a un policía uniformado por el inspector. No estaba allí. ¿Y el juez? Tampoco. ¿Dónde podría encontrarlos? El hombre me salió reservado y bíblico, ¿acaso era él el guardián de sus hermanos? Lo intenté por teléfono en la comisaría —Álvarez había salido hacia el aeropuerto; habían detenido a una pareja que respondía a la descripción de Heynes y Legrand, a quienes ya llamaban Bonnie and Clyde— y en los juzgados, donde nadie había visto a Tejera. Por si, como yo intuía, la pareja detenida no fuera la que esperaban, seguí colgado del teléfono. Descarté pronto las compañías de taxi dada la contundencia de la primera réplica: ellos no trabajaban con limusinas, no les estaba permitido; sólo tenían licencia para servicios públicos.

Lo intenté luego con las agencias de alquiler de coche. Una a una, fui recorriéndolas en orden alfabético. La estrategia era la misma: buenos días, señorita, llamo de parte de Lauro Tejera, juez instructor del caso del músico asesinado, supongo que habrá oído hablar de él —del caso, sí; no del juez—, queríamos saber si emplean ahí coches con chófer y si uno de esos coches recogió ayer, sobre las once de la mañana, a una pareja en la puerta del hotel Reina Isabel. Las respuestas —voces engoladas todas, como si sus dueñas tuvieran una traba de tender ropa en la nariz— también fueron las mismas: no cuelgue, por favor, que lo consulto... señor, ¿sigue ahí?, pues no, ninguno de nuestros coches recogió a quien usted dice, donde usted dice ni cuando usted dice, lo siento muchísimo, que tenga un buen día.

Al devolver la guía de teléfonos en recepción, me encontré con Del Toro. Yo quería saber si el hotel solía tener tratos con compañías de alquiler de coches con chófer. Del Toro me respondió que no. Al menos, no directamente. Si el cliente lo solicitaba, se le conseguía un servicio sin problema. Pero ellos no los contrataban, sólo ejercían de intermediarios. Insistí, y, aparte de las empresas conocidas, ¿hay alguna que se dedique a ese trabajo bajo cuerda?, quiero decir, alguna un poco menos legal y un poco más barata, no sé... El hombre no me dejó acabar la frase, ahí ocurre como con las meigas, señor mío, haberlas haylas, pero el Reina Isabel no toma parte en esos tejemanejes. Yo no pretendía ser descortés. Así se lo dije al recepcionista. Pero estaba preocupado por la muchacha desaparecida. Según tenía entendido, la habían visto subir a un coche grande —no a un taxi— junto al sospechoso. Y el coche los esperaba afuera.

—Puede que lo hayan llamado ellos mismos, señor Blanco.

—Me extrañaría. Se supone que son extranjeros. Ni siquiera hablan castellano. Desconocen cómo funcionan las cosas aquí. Lo normal hubiera sido que le pidieran consejo al hotel.

—Por lo que he oído, esos señores no son muy normales.

—Ya.

—Y, si querían pasar inadvertidos, no iban a andar preguntando direcciones.

—También. Pero se me ocurre que tal vez...

—Dígame.

—Que tal vez, si es cierto que llamaron ellos al coche, lo hicieran desde el hotel. La llamada quedaría registrada en la cuenta de la habitación.

—Eso es fácil de comprobar. Aguarde un segundo... Ajá... En la de Mr. Heynes no hay nada... Y... Lo siento, en la de la señorita Legrand tampoco.

—No lo sienta, Del Toro. Eso no deja de tener su valor.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Sí que puede. Se lo ha ganado. Pues porque, si ellos no lo llamaron, es que alguien les envió el coche. Y, si alguien les envió el coche, es que en esta historia hay más cera de la que arde.

—¿Cómplices?

—O algo por el estilo.

Le pedí que me pusiera con la habitación de Robert Alston. No hubo suerte. Nadie respondió. Tenía que moverme con rapidez. Puede que el director musical estuviese desayunando en el restaurante. No. Quizá despachando con su ayudante en la terraza. Tampoco. Podría pasarme medio día buscándolo. Y no tenía medio día. Probé un último intento. En el vestíbulo me encontré con Victor Laws, el violinista antipático. Menos era nada. Y, además, no lo quería como amigo, sino como informador. Precisaba el nombre de la secretaria de Alston. Me lo dio, no sin adornar su testimonio con un gesto de alacrán, picante y venenoso. Se llamaba Alice Dixon. Le agradecí de mala gana su respuesta y regresé al mostrador de recepción. Del Toro me averiguó la habitación de la mujer. Pero preferí subir a hablar con ella en persona, no tenía ánimos de andar trasteando con el idioma a través del hilo telefónico.

Toqué en la puerta. Dentro se produjo un revuelo de voces y de arrastre de pies por la moqueta. Pasaron un par de minutos. Los imaginé aguantando la respiración. Inmóviles. Rezando para que me marchara. Volví a tocar. Por fin,

abrió la rubia. Legañosa. Descalza. Intentando con dificultad mantener su exuberancia dentro del escote de una breve bata blanca. Le pedí excusas por la interrupción. Le expliqué que era importante que hablara un momento con Robert Alston. Ella me respondió, avara de modales, que aquélla era su habitación, no la de Alston. Yo insistí en la premura, it's very very imperative, de localizar a su jefe. Cuando Alice Dixon estaba a punto de afilar las uñas, de echarme a gritos, de devolverme al agujero negro de donde había salido, surgió detrás de ella la cara ancha y bruna de Papá Bob. La tranquilizó. Le explicó que ya se encargaría él. La envió de nuevo a la cama. Y, una vez a solas conmigo, preguntó qué había tan urgente que no podía esperar a que un hombre se vistiera. Sin duda era una situación incómoda. El director musical, allí, en calzones, con la barrigota al aire y los pelos revueltos, comprometía su dignidad. Sentí mía la obligación de devolvérsela. Alston se merecía un desagravio. Así que, dado que no tenía tiempo de esperar a que el hombre recobrase su grandeza, elegí desinflarme yo. Me achiqué. Humillé la vista. Le manifesté mi sincero remordimiento ante aquella irrupción en su intimidad. Pero estábamos en un callejón sin salida y necesitábamos conocer un dato que podría resultar trascendental. ¿Qué dato era ése?

Uno muy sencillo: ¿quién y cuándo había decidido que la Filarmónica actuase en el Festival de Música de Canarias? Me miró con cara de cuán-largo-me-lo-fiáis. Esas decisiones se toman con mucha antelación. A veces, dos o tres años antes. Y las toma el comité ejecutivo, desde luego. ¿El mismo comité ejecutivo que decidió contratar a Juliette Legrand? Sí. Tal vez habían reemplazado a algún miembro, pero básicamente era el mismo comité. ¿Recordaría Alston, por ventura, cómo se había producido la negociación? ¿Había estado Heynes en la reunión donde se decidió aceptar la oferta canaria? La mirada fue, entonces, de estamoslocos— o-qué. El comité de marras se reunía, de una forma periódica, una vez al mes. Él no podía, de ninguna manera, recordar cada uno de los debates y de los acuerdos que se tomaban allí. ¿No lo entendía yo? Claro que lo entendía. Sin embargo, él debía reparar en que era muy importante que hiciera un esfuerzo de memoria porque, si no, perderíamos un tiempo vital —«vital» era la palabra exacta— de salvarle el pellejo a Juliette.

Alston mudó de talante. Recuperó su empaque. Con las yemas de los dedos de una mano punteando la otra, como en el baloncesto, me pidió tiempo muerto para hacer una consulta. Llamó a su colaboradora. Le dijo algo que no logré escuchar. Al poco tiempo la voz de Alice Dixon se acercó. Entre los dos examinaron lo que deduje era una agenda. Al menos sonaba, a través de la puerta entreabierta, a un dedo hojeando páginas. Secretearon durante dos minutos. Ella debió de hacerle caer en la cuenta de algún detalle de interés porque a Papá Bob,

de repente, se le iluminó el rostro. Volvió a mí. Sí. Lo recordaba. Hacía menos de un año. Cosa extraña porque, como había comentado, esos arreglos se firmaban con mucha anticipación, por el papeleo y la organización del viaje. En aquella decisión intervino, en efecto, Elliot Heynes. Pero lo que de verdad resultó concluyente fue una carta. ¿Una carta? No una carta cualquiera. Una solicitud formal. Venía firmada por la agencia consular norteamericana de Las Palmas y avalada por los dos embajadores: el de Estados Unidos aquí y el de España allá. Había sido, pues, una cuestión política. ¿Infrecuente? En absoluto. Esas peticiones se cursaban todos los años. La Filarmónica era patrimonio norteamericano y no sólo servía a los intereses artísticos, sino también a los diplomáticos de su país. Tenía sentido su teoría. Sólo hacía falta un cónsul interesado. Un melómano recalcitrante. Un hombre culto. Amante de la música clásica. Que había intercedido para que la mejor orquesta del mundo actuara en Las Palmas. Tenía sentido su teoría. Francamente. Pero también tenía una grieta, una fisura tan grande como una isla: ¿por qué ese hombre tan culto, tan amante de la música clásica y tan interesado no había dado señales de vida en casi una semana que la Filarmónica de Nueva York llevaba allí?

Aquello era algo que Bob Alston desconocía. No podía pedirle más. Y no lo haría. Lo dejé regresar a sus asuntos con mi palabra de honor de que aquel encuentro no se había producido jamás. Y que, de haberse producido, habría sido en otro lugar, a otra hora, en otras circunstancias. Bajé en el ascensor abrumado por la confusa sensación de que, con las urgencias, había olvidado preguntarle algo al director musical. Al llegar a la planta baja, volví a insistir con el policía uniformado, quien seguía sin tener noticias ni del inspector ni del juez de instrucción. Escribí una nota y se la di para que se la entregara al primero que se dejara caer por el hotel. Y salí, esa vez, por la puerta de la playa. No tenía ganas de toparme con Tomás Rivero. Él se obstinaría en acompañarme. O me seguiría sin más. Y me tendría todo el tiempo preocupado ya no sólo por lo que me esperaba, sino por lo que dejaba atrás. Mala política para una investigación de asesinato.

Tardé quince minutos en llegar a mi destino. Durante el recorrido iba evaluando las posibilidades que tenía de dar con Juliette allá a donde iba. Era una casa grande. Llena de rincones, escaleras y cuartos. Me acordé de Hitchcock. De El hombre que sabía demasiado. De James Stewart. De Doris Day. De su pequeño hijo secuestrado en una embajada. De una balada que le salvaba la vida. Qué será, será, whatever will be, will be. Lástima que Juliette no supiera cantar en ningún idioma. Que tuviese voz de pito. Que lo suyo, después de la viola, fuese el ballet y no la canción. Una canción protesta era lo que yo necesitaba ese día. Una canción cantada a voz en grito, alto y fuerte, para que pudiese encontrarla escaleras arriba, en el cuarto más chico, en el último rincón.

La verja estaba abierta. La luz de la mañana iluminaba el jardín del consulado. Había gente esperando en el pasillo, frente a la puerta de la secretaría. Un hombre de pie, apoyado en la pared, justo donde estaba el guardia grandote en mi última visita. Y una mujer bregando con una niña revoltosa. Y una señora mayor con muletas, sentada en un banco de madera, quejándose de lo malo que era envejecer. Todos me miraron con el gesto huraño e inquieto de las salas de espera. Una joven morena salió al corredor y gritó un nombre. La anciana levantó la mano y pidió ayuda para levantarse. El resto dio por sentado que me tocaba a mí socorrerla, no en vano había sido el último en llegar. La tomé por el brazo y la incorporé. La chica morena reparó en mi presencia, ¿tiene usted cita hoy con el señor cónsul? Negué con la cabeza, no, pero necesito hablar con él. Y ella, altiva, ah, entiendo, eso va a ser difícil, míster Quinland no recibe sin cita previa. Y yo, imperturbable, tal vez míster Quinland haga una excepción conmigo. Y ella, escéptica, ¿sí?, ¿y eso a cuenta de qué? Y yo, pistoso, inmune a su descaro, a cuenta de esta credencial; vamos a hacer una cosa, señorita: usted me hace el favor y se la entrega —como ve, viene firmada por él—; si el señor cónsul la rompe, me marchó; si no, esperaré a que me reciba. A todas éstas, la anciana había olvidado su dolencia y se había mantenido de pie, con las muletas cruzadas en el aire, sin perder comba de nuestra agarrada. La secretaria, antes de que la mujer se le cayera al suelo, decidió acabar con la discusión. Se perdió por la puerta del despacho. Y, al regresar, mucho menos desdeñosa, me pidió que la acompañara a otro gabinete, que en seguida me atenderían.

La nueva habitación debió de haber sido, en la mansión original, la biblioteca de la casa. Doseles altos. Amplios ventanales. Paredes largas donde debieron de acomodarse prolongadas librerías. Una lámpara de cristal labrado en mitad del techo. Ahora era una sala de espera para invitados selectos. Había un escritorio de madera noble. Dos sillones. Un sofá. Una mesita baja sobre la que se aburrían un grupo de revistas, una purera de cedro sin estrenar y un cenicero de jade lleno de caramelos de colores. También dos cristaleras plagadas de trofeos y fotografías de varios presidentes norteamericanos. Recorrí la estancia de lado a lado fisgoneándolo todo. Inauguré la purera. Cogí un caramelo de limón. Le busqué parecidos cómicos a los presidentes. Sobre el escritorio había una carpeta de cartón con la bandera inconfundible de barras y estrellas. La abrí, con un ojo puesto en el papel y otro en la puerta de la entrada. Estaba vacía. Y los cajones cerrados con llave. Seguí andando. En la esquina del fondo, escondido detrás de la librería, junto a un biombo encarnado, había un espejo con marco de pan de oro, flanqueado por dos candelabros altos —metro y veinte, a ojo de buen cubero— unidos por una cinta, a juego con el biombo. El espejo me devolvió la imagen de un tipo demasiado fatigado, demasiado mayor para ser yo. El chichón ya

menguado de la ceja, las ojeras y una barba de varios días me daban un aspecto lamentable. Desistí de continuar mirándome. Iba a sentarme en el sofá a esperar, cuando caí en la cuenta de la cinta de los candelabros. Era de paño rojo como las que colocan en los museos para que la gente no traspase una puerta o no entre en una sala. Pero allí no había puerta ni sala que traspasar. ¿O sí?

Regresé a la esquina adonde el biombo. Eché un vistazo detrás y la encontré. Era frecuente, en los viejos caserones coloniales, que las habitaciones estuviesen conectadas entre sí. Cada una tenía, como poco, dos puertas: una daba al patio central y la otra —o las otras— a los cuartos contiguos. Ahora sólo faltaba que aquélla estuviese abierta. Lo estaba. Duró apenas un segundo. Únicamente me dio tiempo a entreabrir la hoja unos centímetros, cuando una voz familiar sonó a mis espaldas, ¿busca usted algo, amigo Blanco? Apenas un segundo, lo justo para reconocer, en la siguiente estancia, el olor —uno de los olores— indeleble de Juliette Legrand. No sabría precisar cuál de ellos. Si el de las noches de estío, el de las mañanas de primavera o el de las tardes de otoño. Si el de la risa, el llanto o la nostalgia. Se me entreveraron estaciones y sensaciones. Pero no me cupo duda de que la viola había estado allí recientemente. Me volví para enfrentarme a los ojos turbados del secretario, lo siento, don Gustavo, debe de ser deformación profesional, no puedo estar quieto un segundo. Seco se ganó a pulso su apellido, ¿tengo que recordarle que está usted en un edificio del Gobierno norteamericano?, podría llamar a la policía y se vería usted en un aprieto para explicar qué hacía hurgando en las habitaciones privadas del cónsul de Estados Unidos. Habrá sido el cansancio. El dolor de cabeza. La humillación de verme en el espejo. El caso es que estaba harto de chulerías, una y no más, santo Tomás, está bien, señor secretario, coja usted el teléfono y llame a la policía; así, de paso, les cuenta la historia de una ciudadana canadiense retenida contra su voluntad «en las habitaciones privadas del cónsul de Estados Unidos». Gustavo Seco me lanzó una sonrisa de hielo, no me ha entendido bien, hablaba de llamar a la policía, pero no a la suya; como le he dicho, está usted en territorio norteamericano, aquí la que ordena y manda es la policía militar, querido amigo, además...

—Ah, ¿es que hay más?

—... Además nadie lo ha visto entrar. No sabe usted la cantidad de cuartos que tiene este edificio. Un hombre podría perderse para siempre aquí.

—¿Y la gente que estaba en el pasillo?

—¿Ésos? Ésos vienen a pedir favores. Visados. Pasaportes nuevos. Permisos para familiares. Aparecen y desaparecen como por ensalmo. ¿Quién sabe dónde estarán mañana?

—El juez Tejera y el inspector Álvarez saben que estoy aquí.

—Ellos no tienen jurisdicción en mi consulado. Y he de rectificarle: sólo saben que venía hacia aquí. Por lo que dicen de usted, Blanco, siempre va por libre. Puede haber cambiado de opinión. O puede haber venido y haberse marchado después. Es el peligro de trabajar solo: nadie te echa de menos.

—Y ahora ¿qué va a hacer? ¿Secuestrarme a mí también? ¿Añadir otro delito al del asesinato de Aaron Schulman?

La mención del concertino hizo mella en la confianza de Gustavo Seco. Al principio lo achaqué a un cambio de luz, pero luego comprendí que el secretario había perdido apoyo, una cosa es raptar a alguien —quizá por unos días, hasta que escampara— y otra muy distinta matarlo. Seco me conminó a que abandonara el edificio. Había un sincero pesar en sus palabras, le recomiendo que se vaya, Blanco, antes de que lleguen los guardias de seguridad y ya no pueda hacer nada por protegerlo. Pero era tarde. En ese instante, la puerta de la biblioteca se abrió e irrumpieron los dos escoltas. No me duelen prendas en reconocer que sentí algo cercano al miedo. Los tipos imponían. Si bien el rubio era algo más bajo, su anchura subsanaba la diferencia. Duros. Fuertes. Armados. Y, gracias a Dios, indecisos. Dudaron un momento. Escasamente un parpadeo. Lo que fue mirar a Gustavo Seco, mirarme a mí, mirarse entre ellos, esperar una orden. No pensaba quedarme a que alguien se la diera o a que decidieran por ellos mismos.

En dos zancadas llegué a la otra salida, la del biombo, la que daba a la habitación con olor a Juliette pero sin Juliette. Abrí la puerta. Cerré detrás de mí. Era un pequeño vestidor, con un ropero, un diván, un galán de noche y dos sillas sobre las que había ropa doblada. Tomé la más cercana. La tumbé un poco. Y la trabé en el picaporte. No era una empalizada pero me serviría. Como sospechaba, esa salita también tenía más puertas. Elegí la segunda, la que me iba a seguir conectando con el resto de cuartos de aquel caserón. El siguiente era un dormitorio. Una cama. Una cómoda. Un sillón de lectura. Olía más a la viola, si cabe, que el vestidor. ¿Habría dormido Juliette allí la noche anterior? Seguí corriendo. Tenía que elegir. Y el azar me llevó al cuarto de baño donde se acababa el laberinto porque, claro, un cuarto de baño no iba a tener más salidas. Lo que sí tenía era fechillo y eso me otorgaba un par de minutos de seguridad para pensar. Me encerré. Afuera podía oír, sobre el cañoneo de un corazón que estaba a pique de salirse por la boca, gritos y carreras en toda la casa.

Otro espejo, menos suntuoso que el de la biblioteca, me envejeció diez años más. Pero no me quedó más remedio que perdonárselo. Me salvó la vida. Porque, junto a mi cara congestionada, me enseñó la cortina traslúcida de la ducha y, a través de ella, un ventanuco cuadrado sin barrotes por el que entraba la luz del

mediodía y podía salir un tipo como yo y sólo como yo. Los escoltas —eso lo tuve claro nada más ver el hueco— no lograrían meter ni la cabeza. Con medio cuerpo fuera, sentí los golpes bruscos —un objeto contundente, un fusil tal vez— en la puerta del baño. La caída fue muy suave. Poco más de dos metros y césped en el suelo. Aunque me hubiera tronchado una pierna, me habría hecho menos daño que un balazo en el culo, a ver cómo se lo explicaba luego al doctor Jiménez. Rodeé el edificio tan rápidamente como pude. Llegué a la verja, pero la encontré cerrada. Me dolía el pecho. Estaba reventado. Y el panorama no iba a mejorar mucho. En ese momento se abrió la puerta principal del consulado y uno de los guardias, el negro de calva bruñida, salió empuñando un arma. Gritaba algo que no pude entender. Bajó los peldaños de la escalera de dos en dos. Mientras lo hacía, le iba quitando el seguro a su pistola. Pensé que se había acabado todo. Recuerdo que hice algo que aún hoy me sorprende: me ordené el pantalón, me puse los faldones de la camisa por dentro, me adecenté el pelo. Si me cogía la muerte en aquel lugar, al menos que me cogiese bien arreglado.

Pero no era mi hora. El escolta se detuvo antes de llegar a la fuente seca. Su mirada ceñuda apuntó a un lugar detrás de mí. Al otro lado de la verja de hierro. A dos hombres con cara de no entender una batata de lo que ocurría. Me quedé con la duda de saber si, de no haber aparecido a tiempo Álvarez y Tejera, aquel tipo me habría disparado. Aproveché las dudas del gigantón para escalar la reja y saltar a la calle, por si le daba por cambiar de opinión. Prefería enfrentarme al interrogatorio furioso que iban a hacerme mis amigos que al consejo de guerra que me habrían hecho mis enemigos. Mientras el inspector me llevaba aparte y me echaba la bronca más sonora que le recuerdo, ¿tú estás loco o qué?, ¿cómo se te ocurre allanar un consulado?, intentamos resolver los problemas con nuestros aliados, no crearlos, el juez Lauro Tejera solicitó una entrevista con el cónsul para excusarse en mi nombre y en el de todo mi avergonzado Gobierno. Cuando Su Señoría salió, con la cara y el ánimo avinagrados, se acercó a nuestra acera para sentenciar, acabo de prometerle a míster Quinland que, en tanto que yo sea juez en esta audiencia, un incidente así no volverá a ocurrir, que el caso está cerrado, que la orquesta tiene plena libertad para marcharse y, sobre todo, que como a usted, Blanco, se le ocurra acercarse a menos de cien metros de todo personal de este consulado, se las verá conmigo.

—Y ¿qué piensa usted hacer con la viola?

—En lo que a mí respecta, la señorita Legrand es cómplice del asesinato de Schulman.

—¿Así, sin más?

—Hasta que no tenga otras pruebas que refuten esa teoría, sí.

—¿No lo entiende? Juliette Legrand es una víctima más del enfermo mental de Heynes. No ha escapado con él. La ha raptado. Puedo asegurarle que la vida de la muchacha corre peligro. Y está o estuvo ayer en este edificio, lo que implica a alguien del consulado.

—Déme una señal de lo que dice.

—El olor.

—¿?

—Sí. Juliette usa perfumes muy intensos. Los reconocería en cualquier lugar. Y medio consulado huele a ella.

—¿El olor? ¿Qué es usted, un perro perdiguero? Míreme, Blanco: en esta mano tengo un conflicto internacional y en esta otra, ¿qué tengo?, un chiflado con un olfato prodigioso. Si, basándome en su peregrina teoría, no cierro ahora mismo este caso, mañana salimos los dos en todos los telediarios.

—Sigue sin entenderlo, juez Tejera. Hay una mujer en grave peligro. ¿Le enseño yo mis manos? Pues mírelas: en ésta tengo el sentido del ridículo y en esta otra la vida de una persona. Si yo me equivoco, saldremos un par de días en la prensa y se burlarán de nosotros, sobre todo de mí, la nariz de oro; si se equivoca usted, tendrá que apencar el resto de su vida con el remordimiento. No me importa que deje libre a la orquesta, pero déme dos días para encontrar a la chica.

Tejera se dio la vuelta con parsimonia y puso rumbo a su coche, donde un hombre lo esperaba con un gesto ceremonioso y la puerta abierta. Su Señoría lo saludó. Se estiró las mangas de la camisa. Se colocó la chaqueta. Y, antes de entrar en el vehículo oficial, dijo en voz alta para que lo escucharan todos los presentes —policías, el secretario del consulado, sus escoltas, Álvarez y yo—, señores, ustedes son testigos de la decisión que acabo de tomar; inspector, lo que he dicho puede considerarlo ley, aunque me han contado que algunos de sus colaboradores suelen interpretar la ley de un modo, ¿cómo le diría?, un modo muy sui generis; ah, por cierto, el sábado a mediodía quiero un informe completo del caso Schulman en mi despacho, buenas tardes.

Álvarez me acompañó andando hasta una calle más transitada donde pudiese coger un taxi. Él regresaría a su comisaría y yo a mi oficina, que llevaba sin pisar una semana. Antes de despedirnos, el viejo me puso una mano sobre el hombro, bueno, Ricardillo, parece que te han concedido esos dos días que pediste, menudo tipo el juez. Y, yo lo sé, es listo como el rayo, vale para político, a eso se le llama nadar y guardar la ropa; ha quedado como Dios delante de todo el mundo: los norteamericanos estarán satisfechos, usted tiene más tiempo para redactar su informe y yo una vía de escape para seguir la pista de la viola. El inspector

confirmó con matices, sí, pero no lo dudes: si la cagas y te cogen, no le va a temblar el pulso; te va a meter un puro de mil pares. Y yo asumí la realidad, lo creo, lo creo, ya me lo dijo el puñetero Gustavo Seco: «Lo malo de trabajar solo es que nadie te echa de menos».

Luego de comprar un sándwich y una cerveza para no perder tiempo, me fui a la oficina. Inés ya se había ido. En mi mesa encontré una nota suya que decía que iba a tomarse la tarde libre. Asuntos propios. Sólo que había tachado y reescrito dos veces más la fecha. Por eso me gustaba Inés. Era franca y no tenía dobleces. Cuando tenía que decirme lo que pensaba, no se andaba por las ramas. Cualquier cosa antes que morderse la lengua. Otra secretaria, sabiendo que yo no había ido en toda la semana por allí, hubiese cambiado la nota cada tarde. Ella no. Ella quería dejar claro que había estado fuera la del lunes y la del miércoles. Y que iba a estarlo la del jueves. No sólo porque su sueldo no dependiera de mí, sino porque así era su carácter: llano e independiente. No tenía necesidad —ni intención— de mentirme en eso ni en nada. Me quité los zapatos. Encendí el ordenador. Me senté en el sillón. Di cuenta de mi almuerzo. Y, al acabarlo, me di el gusto de fumarme el puro que había apandado en la biblioteca del cónsul. Necesitaba pensar y el humo azul de un buen veguero, sin duda, me ayudaría.

Lo primero debía ser averiguar qué clase de hombre era el más grande —y, acaso, el más loco— clarinetista contemporáneo. Como había dicho Bob Alston, nada más teclear su nombre, la pantalla me proporcionó cerca de dos mil entradas: páginas web oficiales y extraoficiales de Elliot Q. Heynes, registros en revistas virtuales, cientos de notas de prensa acerca de sus éxitos, varias decenas de discos suyos editados por si quería comprarlos. Podría pasarme un año entero para leerlo todo y aún me faltaría tiempo. Casi toda la información databa de cuando Heynes estaba en la cima. En alguno de los ficheros se hablaba de su enfermedad, pero siempre de un modo impreciso. Sí. Nombraban la lepra. Analizaban esa dolencia. Aventuraban curas. Hacían recuento de sus operaciones. Pero nada de certezas. Nada de fotos. Poco del Heynes de después. Una de las páginas apuntaba a una historia sexual sórdida de la que el californiano había salido malparado. Eso no añadía gran cosa a lo que ya sabíamos. Si se hubiera dedicado a asesinar prostitutas, todavía. Pero su crimen, por lo que sabíamos, tenía más que ver con los celos que con la revancha.

No. Debía haber algo más. Algo que se me escapaba. Intenté repasar cada detalle de la investigación por si se me hubiera pasado alguno por alto. Y encontré, al menos, tres. El primero era la pregunta que, con las prisas y el bochorno del momento, se me había olvidado hacerle a Alston en la puerta del cuarto de su ayudante. Seguía sin recordar cuál era. El segundo era la chocante actitud de Gustavo Seco en la biblioteca. Su rostro se había demudado cuando mencioné la

muerte de Schulman. ¿Cuáles habían sido sus palabras? Sí: «Le recomiendo que se vaya, Blanco, antes de que lleguen los guardias de seguridad y ya no pueda hacer nada por protegerlo». Se suponía que era él quien mandaba en los escoltas. ¿O no? El tercero era el detalle más extraño. ¿Dónde había estado el cónsul norteamericano —un supuesto melómano— durante todo aquel tiempo? Comencé a dudar de que existiese de verdad, de que no fuese una invención de su secretario. Entonces, ocurrió que los tres asuntos desembocaron en mi pantalla como afluentes de un río. Y es que hay veces en que el caso más enrevesado viene a resolverse de un modo absurdo, accidental, fortuito.

Una hebra de tabaco quemado se desprendió del puro que me estaba fumando y vino a posarse sobre el ordenador. Instintivamente, aparté la brizna con un dedo. Y entonces quedó mi huella en la pantalla. Justo encima de una letra. La letra. Y resurgió la pregunta que debía haberle hecho a Papá Bob la primera vez que lo oí hablar de Heynes. De Elliot Q. Heynes. ¿La Q de Quincy? No. ¿La Q de Queen? Tampoco. La Q de Quinland. Elliot Quinland Heynes, California, EE.UU. (1944), concertista y compositor norteamericano, considerado el mejor clarinetista de la última mitad del siglo XX, *etc.* No podía ser. A esas alturas del baile, no tenía cuerpo para más casualidades. Necesitaba información. Y sospechaba que no me la iba a dar ninguna página web. Hurgué en el bolsillo de la chaqueta. Aún tenía la tarjeta del periodista. Marqué el número que estaba escrito en ella.

—¿Dígame?

—¿Tomás?

—El mismo.

—Soy Ricardo Blanco.

—Hombre, Ricardo. Me han dicho que has armado tremenda jarana en el consulado norteamericano.

—¡Ya te has enterado! ¡Vaya por Dios! Precisamente de eso quería hablarte. Necesito un favor.

—Lo que quieras.

—¿Qué sabes del cónsul Quinland?

—Muy poco.

—¡Pues sí que empezamos bien!

—No. Espera. No es que no haga bien mi trabajo. Es que es un tipo muy escurridizo. Apenas se deja ver. Ni siquiera va a las fiestas que organizan los otros diplomáticos. Siempre manda a su secretario. Un tal Guillermo o Gonzalo Seco.

— Es Gustavo. Lo conozco. Fue con él con quien tuve la bronca. Pero a su jefe no lo pude ver.

— No te extrañe. Yo sólo he coincidido con él en una ocasión. En su toma de posesión.

— Describemelo.

— Eso es lo más extraño. No podría. Es decir, sí podría pero no te iba a servir de nada. El tipo no tiene rasgos definidos. Parece ser que sufre de una enfermedad de la piel. ¿Sabes Michael Jackson? Pues éste es primo hermano. Imagínate un negro que quiere parecer blanco y, al final, se queda en gris.

— ¡Venga ya!

— Te lo juro. Tenías que haberlo visto. Era como si llevara...

— Una máscara.

— Sí. Algo así. Una careta blanca y húmeda.

— ¿Y ninguno de ustedes, con lo cotillas que son, se ha planteado por qué?

— Coño, Ricardo. ¿A quién le importa un huevo el cónsul norteamericano de Las Palmas?

— A mí. ¿De dónde salió ese hombre?

— Espera un minuto. Yo debo de tener por aquí la nota de prensa que nos dieron aquel día. Suerte que me coges en el despacho. Espera... Sí. Lo tengo. Robert Quinland. Éste es su cuarto destino en Europa. Parece ser que le duran poco los trabajos.

— Como a mí. ¿Dónde estuvo antes?

— En Múnich, dos años. En Florencia, año y medio. Y apenas nueve meses en un sitio que jamás había oído, Savonlinna, con uve y doble ene.

— ¿Savonlinna?

— Con uve y doble ene. ¿Lo conoces?

— Me suena, pero no sé de qué. Espera que lo busque en Internet. A ver... Recuérdame que debo comprarme otro ordenador. Éste es una tortuga de lento. Vaya hombre. Aquí está. Savonlinna... Finlandia... Por supuesto. Ya sé de qué me sonaba, y nunca mejor dicho: tiene un magnífico festival de ópera en verano. ¡Un festival! Claro. ¡Qué torpe soy!

— ¿Qué pasa?

— Savonlinna. Múnich. Florencia. Las Palmas. Todas son ciudades

relativamente pequeñas. Ninguna es capital de un Estado, lo que explica que tenga consulado y no embajada. Pero lo más interesante es que todas tienen festival de música.

—¿Te aclara algo lo que acabo de decirte?

—Puede.

—¿Cómo que puede? Mira, ni de coña me vas a dejar fuera. Ya van dos favores que te hago en un día. Me necesitas. Sobre todo ahora que el juez te ha prohibido seguir con el caso.

—¿También sabes eso?

—Es que soy muy bueno.

—Ya veo.

—En serio, Ricardo. No pienso quedarme de brazos cruzados. Ahora estamos juntos. Y tú solo no vas a poder con toda la tarta.

—Puede ser peligroso.

—¿Qué sabrás tú de peligros? ¿Quieres que te cuente cómo me ganaba la vida antes de recalar en Las Palmas?

—Algo he oído.

—Pues no me toques los huevos.

—De acuerdo. Esta noche vamos a necesitar tu coche. El mío puede que lo reconozcan.

—Dime el lugar y la hora.

—En la puerta del consulado. A las ocho.

16

La maldición de Dédalo

A falta de otra alternativa, hube de citarlo en la calle del consulado. Era peligroso, después de la advertencia pública del juez Tejera, pero no tenía opción. No sabía por dónde empezar a buscar. Gustavo Seco había dicho que Quinland vivía en las afueras, cerca de Santa Brígida, pero aquello es terreno difícil de rastrear de noche.

Campo abierto. Malo para cazar a un animal escurridizo. Necesitábamos sacarlo de la madriguera. Antes de la cita, llamé a un amigo, experto en electrónica, para pedirle asesoramiento. No sólo me orientó, sino que me prestó, bajo juramento de devolvérselo intacto, un artilugio que podría serme útil esa noche. Cuando llegué, Tomás ya estaba allí. Sentado en su carraca. Con los faros apagados. Tomándose un carajillo —el olor a coñac lo delataba— en un vaso de plástico. Le pedí que estacionara el coche unos metros más atrás. En el principio de la calle. Justo en una esquina iluminada por una farola. Rivero me miró desconcertado, tú sabrás, Ricardo, pero aquí no vemos nada y ellos a nosotros sí. Me agaché. Con una navaja me abrí paso en el corazón de la farola y le fundí los plomos, ahora somos tan invisibles como ellos. El periodista esbozó una sonrisa socarrona, ¿eso es legal? Y yo, con un breve gesto de hombros, no, pero si nos agarran, no creo que empeore mucho la cosa.

El edificio estaba cerrado. Decidí rodearlo con cuidado de no despertar sospechas en el vecindario ni de alertar a las cámaras de seguridad. Ninguna habitación parecía viva. Las ventanas trancadas. Las cortinas corridas. No había luz ni movimiento en la casa. Volví al coche, pero antes de entrar utilicé el pequeño aparato que me habían prestado. Nada más enfilarlo hacia la verja y apretar el botón, saltó la alarma, un zumbido chinchoso e intermitente que hizo que medio vecindario se asomara a las ventanas a ver qué ocurría. El periodista se frotó las manos nervioso, para querer pasar inadvertidos, m'ijo, menudo espectáculo hemos montado. Lo tranquilicé, no te apures, Tomás, estamos lo suficientemente lejos para que nadie repare en nosotros, ahora hay que tener paciencia. Y él, amagando con encender la radio, ¿de cuánta paciencia hablamos? Y yo, impidiéndoselo, eso depende de lo que tarde en llegar la guardia del consulado. Y él, volviendo a su carajillo, ¿cómo sabes que vendrán ellos y no la policía? Y yo, reclinando el sillón, porque la policía no tiene jurisdicción en un edificio como ése; además, lo último que querrían es implicar a los nuestros. Y él, alzando la voz, ¿los nuestros?, por lo que tengo entendido los nuestros no te quieren demasiado. Y yo, serenándolo, shss, calla, hombre, no seas bruto, que te van a oír; y no deberías creer todo lo que dicen por ahí.

Tres cuartos de hora y trece coches más tarde —Rivero no dejó de avisarme cada vez que se acercaba uno, incluido el de una pareja de enamorados que aparcó delante de nosotros— se terminó la espera. Un vehículo oficial azul marino, posiblemente el mismo que recogió a Juliette y a Heynes en el hotel, se detuvo delante de la verja del consulado. Dos hombres salieron. Uno de ellos, el más alto, el negro, abrió la valla y entró en el jardín, mientras el otro se quedaba vigilando afuera. Le susurré a mi acompañante que encendiera el motor. Que dejara las luces como estaban. Y que estuviera dispuesto a una señal mía para arrancar. Cinco

minutos después la alarma dejó de retumbar. Y el hombre alto volvió a salir. Cerró la verja. Echó un vistazo alrededor. Se quedó mirando hacia donde estábamos. Y comenzó a andar hasta nosotros. Contuvimos la respiración. ¿Nos habría visto desde donde estaba? El guardia seguía andando en dirección a la farola rota. Tomás echó mano de un palo que tenía a su izquierda, en los bajos de su puerta, como este tipo se acerque a la ventanilla, por Dios muerto que se queda sin dientes como yo me quedé sin abuela. Pero el hombre alto se detuvo en el coche de los enamorados. Fisgoneó en el interior. Se disculpó con un movimiento de manos ante los ocupantes, a quienes había soliviantado de un modo notorio. Regresó a donde estaba su acompañante. Y le ordenó que entrase en el coche. Cuando giraron a la izquierda, le di la señal a mi nuevo socio, vamos allá, enciende la luz corta, mantente a esta distancia, y cuida de no dar volantazos bruscos ni acelerones.

Los escoltamos a través de rondas y callejuelas durante diez minutos. Más de una vez ante el mismo árbol, la misma cabina de teléfonos, el mismo contenedor de basuras. Demasiado tiempo y demasiadas vueltas para mi estómago. No hacía falta ser muy listo para entender que aquello era una estratagema —no esperaba menos: se suponía que eran agentes experimentados— para comprobar si alguien los seguía. Comprendí que tendríamos que variar de táctica, antes de que notaran nuestra presencia. Revoqué la orden al periodista, vamos a hacer otra cosa, Tomás: si éstos no nos van a llevar a Quinland, no nos sirven de nada; así que olvídate de ellos, coge la siguiente a la derecha y baja hasta la avenida marítima; los esperaremos en el Teatro Pérez Galdós. A Rivero le nació una duda en el entrecejo, pero ¿es que sabes adónde van?, ¿entonces qué coño hacemos jugando al escondite inglés con dos tipos armados hasta la bragueta? Y yo tuve que disipársela, sé el camino que tomarán, pero no el destino; Seco dijo que la casa del cónsul estaba por Santa Brígida, pero no si antes o después, si a la derecha o a la izquierda de la carretera, si subiendo o bajando un risco. A mi hombre, por la cara de asombro que puso, se le debieron de abrir las heridas del recuerdo, de cuando reportero de guerra, de cuando creyó, se sintió y prefirió estar muerto, mierda, mierda, estamos en la mierda, Ricardo, ¿a Santa Brígida?, aquello es como la selva, muchacho, allí por mucho que grites no te oye nadie. Y yo, intentando aparentar una calma que empezaba a faltarme, pues te jeringas, chico, ya te advertí que podía ser peligroso, si te vas a rajarse, dílo, que aún estamos a tiempo de ir a buscar mi coche. Y él, fingiéndose ofendido, jamás y nunca he dejado a un colega en la estacada, ¿estamos?, y no lo voy a hacer ahora; pero, si vamos a ir tan lejos, no podemos esperarlos en el teatro, porque con este trasto los perderíamos por el camino; lo mejor es tirar para arriba despacito hasta que nos adelanten, ¿y entonces?, entonces reza para que a ellos no les de por embalsarse y a mí no se me haya olvidado

conducir.

Me pareció razonable. Aunque su propuesta tenía un riesgo: que los guardias del consulado no tuvieran previsto ir a casa de Quinland y perdiéramos el viaje. Sin embargo, no podíamos hacer otra cosa. Pasarnos media noche dando vueltas a la manzana detrás del coche del consulado no tenía sentido. Salimos de la ciudad poco antes de las nueve y media. Rivero puso un rumbo de crucero de sesenta por hora, para darles tiempo a los perseguidos —ya del todo perseguidores— a que nos alcanzaran. Durante el trayecto hablamos más bien poco. Cada uno embelesado en sus propios temores, pero cuidando de que no se nos escapara ningún detalle. Fue Tomás quien los vio primero. Por el retrovisor. No tuvo que decirme nada. Cuando lo vi recoger la marcha para que su cacharro cogiera resuello, comprendí que empezaba lo bueno. Dentro de lo que cabe, tuvimos suerte. Nos adelantaron a una velocidad discreta que mi amigo pudo mantener sin ponernos en peligro. Otros vehículos nos adelantaron también, lo que nos daba un margen de seguridad. Por muy desconfiados que fueran los agentes, no podían olerse nuestra presencia tres coches por detrás.

Se desviaron de la carretera poco antes de llegar a Santa Brígida. Había un camino estrecho y sin asfaltar que se perdía, a la derecha, por entre una arboleda. Seguimos, más que el rastro luminoso, una estela de polvo que nublaba el sendero. El periodista se condujo como un experto. Sin ruidos. A media luz. Deteniéndose en cada bifurcación para observar el terreno. De repente, se detuvo en el margen izquierdo, entre dos rocas empinadas. Apagó el motor y los faros. Y señaló una veredita en la que yo no había reparado. A unos ochenta metros, frente a una quinta rústica de madera con tejado a dos aguas, el vehículo del consulado se había detenido. Los dos hombres estaban entrando en el caserón. Rivero me ofreció una sonrisa nerviosa, tú mandas, Ricardo; ¿ahora qué hacemos? Abrí mi puerta. Salí. Cerré sin hacer ruido. Y esperé a que Tomás hiciera lo mismo y se colocara a mi lado para contestar, ahora nos va a hacer falta mucha suerte y, puestos a pedir, el palo que tienes en el coche por si la suerte necesita ayuda. Él regresó a buscarlo y, de paso, se trajo también un cuchillo de monte que escondía en la guantera. No quise preguntar para qué —o para quién— lo guardaba, a caballo regalado no se le mira el diente. Pero, por si las moscas, elegí el palo. No me hubiera sentido cómodo con lo otro. Mi cuerpo tenía tanta memoria de puñales y navajas como un romance de Lorca. Echamos a andar muy despacio. Quizá pensáramos que íbamos a cruzar un campo de minas. Quizá fuéramos a cruzarlo de verdad. El caso es que, instintivamente, cada uno eligió un margen del camino, como si siguiésemos una estrategia militar.

Llegamos a la altura de la casa. Junto al coche que habíamos seguido, había otro aparcado. Una lujosa furgoneta de color rojo metálico. La pared exterior de la

quinta debía de medir quince metros. El fondo parecía excavado en la roca. Y, a nuestra derecha, la terraza se columpiaba peligrosamente sobre un risco. Tenía razón Tomás: nos habíamos metido en la mierda. Si nos acercábamos por detrás, quedaríamos atrapados en una ratonera. Y, si lo intentábamos por el mirador, colgados sobre un barranco de treinta o cuarenta metros. Nos habían dejado la solución más disparatada: la puerta. A primera vista, no había nadie de guardia. Le pedí al periodista que esperara escondido tras la furgoneta. Mi ayudante intentó amotinarse, ¿por qué me quedo yo? Zanjé la cuestión con algo de incienso y coba, porque, si me ocurre algo, tú lo contarás mejor.

Me acerqué a comprobar si tenían cámaras de vigilancia. No las vi. Agazapado, fui recorriendo las ventanas una a una para contar las sombras de la planta baja. Había dos en la cocina —a los guardias les había dado apetito el viaje a Las Palmas de ida y vuelta— y una en el salón, en un sofá, delante de la tele. En la esquina que daba a la terraza, se levantaba un entramado de hierros, instalado para sustentar las parras. No era de extrañar con un dueño cosechero. Probé si el enrejado soportaba mi peso. Chirrió algo, para desasosiego de Tomás, pero se mantuvo firme. Afianzado en lo alto pude llegar al ventanal de una amplia habitación. Me alongué lo preciso para contar dos sombras más: una tendida en la cama y otra, leyendo bajo una lámpara de pie, en un sillón gemelo con el que había descubierto en los aposentos privados del cónsul. Volví a bajar y me reuní de nuevo con mi socio, que ya estaba empezando a dudar si había sido buena idea el acompañarme en aquella aventura.

En el bolsillo de la chaqueta aún guardaba el aparato distorsionador que me había prestado mi amigo informático. Se lo puse en la mano a Tomás. Le expliqué con exactitud su funcionamiento. Y, de paso, mi plan, tu trabajo será simplemente pulsar el botoncito, esperar que salte la alarma, esconderte bien detrás de unos matojos y no respirar durante, pongamos, las próximas dos horas. Rivero no podía creerse que fuéramos a hacerlo, ¿de verdad vamos a entrometernos en semejante asunto?, ¿no sería mejor llamar a la policía?, ah, no hay tiempo, bueno, y, como dijo la ratita presumida, ¿tú qué harás esta noche, Ricardillo? Se lo conté, con más pelos que señales, verás, de todas las ventanas la única que está abierta es la de la cocina; yo esperaré debajo, cuando suene la alarma, los dos guardias saldrán disparados a comprobar qué ocurre, entonces entraré por allí, me esconderé donde pueda, y aguardaré a que oscurezca. Y él, desalentado, ¿qué dices?, pero si oscureció hace tres horas. Y yo, alentador, a que oscurezca dentro de la casa, totorota. Y él, todo pesimismo, estás loco, tío, te van a coger, tú no sabes lo que es un interrogatorio con picana, primero te mojan los huevos y luego... Y yo, puro atrevimiento, no me cogerán, no te desveles, ya me preocuparé yo de mis huevos, tú sólo haz tu trabajo y saldremos de ésta. Y él, pidiendo aire por señas, vamos a dejárselo a la policía,

hombre, que a ellos les va en el sueldo, joder. Y yo, abriéndole una puerta para que respirara, mira, Tomás, haremos una cosa: cuando acabe el revuelo, cuando los tipos recompongan la alarma y vuelvan a la casa, tú coges el móvil y pides refuerzos al inspector Álvarez, ¿de acuerdo?, aquí te dejo su número, dile que la he cagado, él lo entenderá.

A pesar de todo, insistió en que llevara conmigo el cuchillo de monte, no más fuera para cuando tuviera que desatar a la chica. Jamás supo hasta qué punto esa insistencia suya nos salvó la vida. Cuando llegué a la pared exterior de la cocina, le hice una seña. Él activó la señal y un soniquete ronco de perro asmático revolucionó el silencio. Los policías, como yo esperaba, abandonaron la cena para ir a inspeccionar la causa de aquel jaleo. Yo empujé la ventana y salté dentro. La volví a dejar como estaba y busqué con la vista un rincón donde pudiera plantarme hasta la madrugada. La cocina no era demasiado grande. Muebles rústicos de madera y bronce, una mesa rectangular con dos banquetas, un botellero de metal, una esquinera alta. Y, de nuevo —se estaba convirtiendo en una manía—, puertas cerradas. La primera daba al pasillo por el que habían salido los escoltas. Descartada. La segunda a la despensa, un cubículo con baldas llenas de latas y botellas hasta la mitad, y un hueco algo más espacioso para guardar la fregona y el balde. Contraindicada. La tercera era la del comedor, una estancia algo mayor que la cocina con una mesa para diez comensales con sus correspondientes sillas, dos alacenas a través de cuyos cristales se apreciaba la vajilla y la cubertería de gala. También había una ventana que daba a la trasera de la quinta.

Cuando mis ojos se hicieron a la oscuridad, pude divisar afuera un discreto cenador con una pequeña glorieta rodeada de rosales. Y, dentro, otra puerta. Una desazón semejante a la que debió de sentir Dédalo se empezó a apoderar de mí. ¿Iba a acabar mis días en aquel laberinto? ¿A qué rey Minos le había tocado las narices para que me castigara con semejante mortificación? ¿Qué loco arquitecto se había empeñado en llenar de puertas todos los cuartos de aquel caso? Al menos, esta última era diferente. De cristal. Y corredera. La abrí con mucha prudencia para que no rechinara. Y me topé con un inmenso salón en forma de «ele». El palo corto era un despacho. Las luces apagadas. Una mesa en forma de media luna. Una silla ergonómica. Un ordenador. Estanterías llenas de libros. Un equipo de música. Y un piano formando ángulo con una de las esquinas. El palo largo era la pieza iluminada en la que, diez minutos antes, un hombre veía la televisión en el sofá. A todas estas, la alarma había dejado de sonar y las voces se acercaban peligrosamente por el pasillo. Me había recorrido la planta baja entera y aún no había hallado un lugar donde esconderme. Tenía que decidirme.

Me pareció un detalle de buen gusto, una sutil alegoría que fuese un piano el que velase por mí, el que me protegiese. Me oculté, en el hueco triangular que me

dejaba, a tiempo de oír llegar las voces al salón. Dos hombres discutían en inglés sobre algo que entendí a cuentagotas. Uno, a quien no pude reconocer, se lamentaba de la frecuencia con que se disparaban las alarmas últimamente en aquella isla. El otro, por cuyo acento almibarado pude distinguir a Gustavo Seco, respondía en tono irónico que era la misma frecuencia con que la gente moría o era raptada o resultaba herida. Uno hablaba de lealtades y de patriotismo. El otro de delitos y de crímenes. El secretario se notaba incómodo; forzado a seguirle el juego a su jefe, pero nada convencido. Me sentí mejor al saber que yo no era el único en la casa al que le horrorizaba lo que estaba ocurriendo. Pero esa amable sensación me iba a durar bien poco. Sólo hasta que el desconocido lanzó una pregunta que me congeló el pecho, who is Tomás Rivero?

¿Quién es Tomás Rivero? Ese interés repentino sólo podía significar una cosa: a mi socio lo habían atrapado. Después supe que por el motivo más grotesco del mundo. Cuando estaba agazapado detrás del matorral, lo llamaron por teléfono. El ruido ronco de la alarma se disipó. Pero dejó paso a otro más tenue, aunque perceptible, sobre el coro de grillos de la noche. Una versión ridícula y deformada del Himno a la alegría que le había grabado a Tomás en su móvil una novia suramericana para que nunca la olvidara. Y a fe que nunca, luego de ese día, la logró olvidar. Lo habían atrapado. Por eso nada más que dos voces regresaron al salón. Los escoltas debían de estar con el periodista. No quise ni pensar en lo que estaría sufriendo. Reviviendo otra noche de años atrás en una celda oscura de Caracas. La picana. La tortura. Todo por mi culpa. ¿Dónde lo tendrían? ¿En el vestíbulo? ¿En la cocina? ¿En las habitaciones superiores? Volví a la frase de Gustavo Seco, «era la misma frecuencia con que la gente moría o era raptada o resultaba herida». ¿En cuál de esas situaciones se encontraba Tomás Rivero? Me sentía oprimido. El piano había dejado de ser refugio alegórico para convertirse en prisión real. Tenía que hacer algo. Salir de allí cuanto antes. Ayudar a mi socio.

Logré rodar el piano, empujando con el cuerpo, apenas una baldosa. Lo justo para escapar a rastras de la esquina. A rastras, recorrer el despacho a oscuras. A rastras, abrir la puerta corredera que me llevó de nuevo al comedor. Una vez allí me aposté tras la entrada de la cocina, desde donde podría intuir los movimientos de los dos guardianes. Una voz gutural en un inglés renegado le preguntaba al periodista —imaginé a Rivero sentado en una de las banquetas, con las manos atadas a la espalda y un hilo de sangre saliendo de la boca, pero vivo: nadie le habla a un muerto de ese modo tan frío— qué hacía tan lejos de la redacción. Sabían que Tomás no actuaba solo. Y querían saber dónde estaba su compinche. El verdugo le decía que podría hacerle esa pregunta de una manera amable, delante de un buen vaso de vino, o desagradable, a golpe de culatazos. Que él, Rivero, podía decidirlo. Pero que lo decidiera pronto porque él, el verdugo, estaba

empezando a impacientarse. Y que él, Rivero, no tenía idea de lo que él, el verdugo, era capaz de hacer cuando se impacientaba.

Estaba tan atento a lo que sucedía detrás de la puerta que descuidé la retaguardia de un modo, he de reconocerlo, temerario. Debí haberlo deducido. Para asustar a un hombre atado no hacía falta un pelotón. Y allí sólo hablaba uno de los guardias. Debí haber supuesto que el otro estaría buscándome. Y que, en una casa tan jeringadamente colmada de entradas y salidas, el peligro tenía por donde colarse. Para más inri, al arrastrarme hasta el comedor, había dejado la puerta corredera abierta, con lo que mi asaltante se coló sin hacer ningún ruido. Sólo puedo recordar un leve movimiento, una sombra clandestina a mis espaldas, y la ardiente y completa oscuridad.

La estancia donde desperté me era desconocida. Triste. Lóbrega. Húmeda. Hacía un frío de muerte. Me acordé —y eso no mejoró mi estado de ánimo— del depósito de cadáveres. Pero aquello era aún más deprimente. Las paredes estaban sin estucar y llenas de desconchados. Una bombilla pelada arrojaba una luz azul e irregular sobre la habitación. A la izquierda, una escalera de subida. A la derecha, el contador de luz de la casa y las costosas cañerías del agua. Estábamos, sin duda, en un sótano. Pero eché en falta los trastos que dan vida a los sótanos de cualquier quinta: útiles de jardinería, un viejo somier apoyado en la pared, una bicicleta sin ruedas, una nevera antigua, cajones llenos de ropa y zapatos viejos. No había nada de eso. Era una cripta mutilada. Sin pasado ninguno. Nada raro considerando los bandazos del cónsul, un hombre al que le costaba tanto calentar cátedra. Me ardía la cabeza. No podía moverme. Estaba de pie, maniatado a uno de los postes que sustentaban la habitación. Me entró un golpe de tos. Mi carraspeo debió de despabilar a Tomás Rivero, a quien no podía ver, pero que se encontraba al otro lado de la columna. El periodista se interesó por mi salud. Se alegró de que aún conservara la cabeza sobre los hombros. Me contó la historia de su captura. Lo del puñetero móvil. Lo de los dos hombres lanzándose sobre él. Lo de su cara contra el barro. Lo de dos o tres guantazos para hacerle entender que iban en serio. Lo del cónsul y su secretario manteniéndose al margen, como si la cosa no fuera con ellos. Fuera de esa humillación, no tenía un rasguño. Incluso, cuando me cogieron a mí, le habían dado un vaso de vino y le habían dejado adecentarse la cara en el fregadero. Después nos habían bajado a la cripta. Nos habían amarrado a la columna. Y se habían ido.

—La cosa pinta mal, Ricardillo. No tuve tiempo de avisar a Álvarez.

—Lo supongo. Siento haberte metido en todo esto.

—Olvídalo. Tú no me metiste. Y habla bajo. Nos vigilan. Aquí sí hay cámara de seguridad. En el techo. Apuntando a nosotros.

— ...

— ¿En qué piensas?

— Estoy pensando en la muchacha, Tomás. Éramos su última oportunidad.

— Tal vez podamos ayudarla aún.

— ¿Cuatro contra uno y medio?

— ¿Uno y medio?

— El porrazo ha debido de fundirme un plomo. Veo borroso.

— No jodas, Ricardo. Eso es la luz que palpita. Además, puestos a contar decimales, somos dos y medio contra tres y medio.

— ¿Y eso?

— La chica irá con nosotros. O eso espero. Y uno de los guardias está cojo. Olvidé contarte que me defendí. Como gato panza arriba. Sí. Le pegué un viaje con el palo al rubito. Su rodilla se acordará de mí durante un tiempo. Pero tuvo suerte el cabrón: si llego a tener el cuchillo, aún estaría buscándose las tripas por el bosque.

— ¡El cuchillo! Tú estuviste despierto todo el tiempo. ¿Viste si me registraron y lo descubrieron?

— Estabas inconsciente. Y ya sabían quién eras. ¿Para qué te iban a registrar?

— Pues entonces debo de tenerlo aún encima. Aunque no lo siento.

— ¿Dónde lo guardaste?

— Bajo la camisa. A la altura de los riñones.

— Menéate contra el poste. Como si te estuvieras rascando. A ver si sigue ahí.

— ... Sí. Sigue ahí.

— Bien. Pues ahora hay que lograr que bajen y que te desaten.

— Ya me dirás cómo. ¿Pedimos una pizza?

— Un pollo.

— ¿Pedimos un pollo?

— No, tolete. Montamos un pollo. Voy a empezar a insultarte por haberme metido en este sarao. Tú sígueme el juego.

El jodido Tomás o había nacido para la pantomima o era un experto en broncas. Pero yo comencé a tenerle verdadero aprecio, si no se lo había ganado ya,

en aquellos instantes que compartimos cripta. De repente al hombre le dio por aullar de un modo endemoniado y lanzar patadas al aire y acordarse de mis muertos todos. No pude contemplarle la cara desde mi posición pero no me hubiera extrañado verle segregando una baba blanca por la boca y bizquear como un poseso. Yo me hice el sueco. Cerré los ojos. Dejé caer la cabeza a un lado. Y esperé a ver qué ocurría. En mis cábalas entraba que, si los tipos tenían que desatar a alguien para separarnos, elegirían al más fácil, al más templado, al que supuestamente no podía defenderse. Sobre todo después del garrotazo que se habían llevado del periodista. La situación comenzó a enderezarse desde el momento en que se abrió la puerta de la catacumba. Rivero había tenido que hacerle daño de verdad al otro sicario porque sólo bajo uno, el negro alto, a ver lo que ocurría. Descendió con tiento la escalera. Contempló el panorama. Mandó, sin demasiado éxito, callar al periodista. Le dio una sonora bofetada. Tomás reaccionó al golpe alzando el tono aún más y pidiéndole al guardia que lo desatase. Que lo dejase cinco minutos a solas conmigo. Que él se encargaría de ajustarle las cuentas al cabrón del detective. Que así le resolvería una papeleta. Que lo tomase como el último deseo de un condenado. Como la última cena. Que él había visto muchas películas norteamericanas. Que ellos, en su hondo concepto de la democracia, le concedían una cena de lujo a los presos del corredor de la muerte. Pues él, Tomás Rivero Morote, estaba en el corredor de la muerte y no tenía hambre. Pero sí unas ganas enormes de romperme la crisma.

El grandullón dudó. Y luego cayó en la trampa. Para que aquel loco dejase de berrear, intentó explicarle que eso no lo podía hacer. Que él, Rivero, tarde o temprano se arrepentiría de acabar con la vida de su amigo desmayado. Que él, Rivero, no sabía lo que era matar a un hombre. Que cuando matas a un hombre —el tipo citó, no sé si de un modo consciente, a Clint Eastwood en Sin perdón— no sólo le arrebatas lo que es, sino todo lo que puede llegar a ser. Así que él, el verdugo pacificador, iba a llevarse a su amigo desmayado a una esquina para que él, Rivero, se calmase un rato. Y entonces cometió el primero de sus dos errores: me desató. Cogió mi cuerpo lánguido e inanimado como si fuese un fardo y lo llevó a la esquina. Lo apoyó en la pared. Y, cuando se volteó para coger una soga con que amarrarlo —el segundo error—, el cuerpo lánguido e inanimado cobró vida para sacar un cuchillo de monte de la faltriquera. Y esperó a que el guardia se volviera de nuevo. Y lo empujó contra el muro de piedra. Y le colocó la hoja fría y brillante en la garganta. Y le hizo un gesto con un dedo cruzado sobre los labios. Un gesto que venía a decir algo así como si se te ocurre decir algo será lo último que digas en tu puñetera vida. Para chulo tú, chulo yo. Y le quitó el arma. Y la chaqueta. Y le ató las manos y los pies con la misma soga con la que el guardia se suponía iba a atarlo a él. Y lo amordazó. Y, por si las moscas, le estampó el sello de

la culata de su pistola en la cabeza.

Volví al centro de la cripta convertido en otro hombre. Con chaqueta nueva y armado. Procuré a mis gestos toda la firmeza y toda la seguridad del mundo. Aunque, en realidad, me dediqué a rezarle a medio santoral por que el otro sicario, el que sin duda estaba tras la cámara de vigilancia, no descubriera el engaño. Había que actuar muy rápidamente. Desaté a Rivero. Le pregunté en susurros si había usado un arma alguna vez. Como la respuesta y la energía con que la dio me convencieron, le dejé la pistola a él y me quedé el cuchillo. Le pedí que subiera y que abriera la trampilla. La luz de la luna iluminó un rincón de la cripta. El espacio suficiente para poder moverme cuando provocara el caos que necesitábamos. Me dirigí al cuadro de luces. Destripé un par de cables. Cuando la bombilla se apagó, me di por satisfecho. Subí a tientas y con cautela los peldaños estriados e irregulares. Y cerré la trampa con el fechillo.

La casa estaba a oscuras. Caminamos en busca de una entrada. De repente, sonaron dos disparos. Y el cristal de una de las ventanas saltó por los aires hecho trizas. Tomás estaba bien pero se había puesto peligrosamente a tiro. Le recordé, escucha, socio, nosotros a ellos no los podemos ver desde fuera, pero ellos a nosotros sí; a contraluz, a través de las cristaleras, así que agachadito estás más guapo, Rivero; ahora necesitamos entrar para igualar las fuerzas. Él propuso, si nos separamos, quizá tengamos más oportunidades. Y yo acepté, de acuerdo, tú inténtalo por la cocina y yo por el mirador. Nos deseamos suerte: yo lo previne acerca de las balas perdidas; él a mí acerca de la profundidad del barranco. A gachas, nos dividimos. Desde mi posición, lo vi empujar su ventana. Y, cuando se perdió dentro de la casa, aproveché para escalar un murillo y saltar a la terraza. La mejor noticia que pude recibir en los primeros minutos del asalto fue la ausencia de tiros. Prefería mil veces el silencio a la incertidumbre de no saber de qué pistola había procedido el proyectil y en qué barriga había impactado.

La terraza resultó ser la prolongación natural del salón en forma de «ele». Apostado tras unas macetas, esperé a que mis ojos se hicieran a la penumbra. No hubo movimiento. A simple vista, la estancia estaba vacía. Aguardé un instante. Nada. Entré agachado. Llegué al sofá. Seguí a la derecha hasta el despacho. Nadie. Los nervios comenzaban a pesar como baúles. Las gotas de sudor me corrían por la espalda. Demasiada quietud para mi corazón. Necesitaba que ocurriese algo. Cualquier cosa. Cogí un objeto de encima del escritorio, un abrecartas de hueso, y lo lancé con fuerza contra la puerta corredera del comedor. Entonces sonó un disparo. Además del estampido, pude percibir con claridad el fognazo. Venía de la ventana desde la que se contemplaban los rosales. Otro estampido y otro fognazo, esta vez desde la cocina. Y el golpe de un cuerpo al caer. Y ruido de loza rota. Y una sombra que recorría el comedor. Y un rumor de voces y jadeos. Y,

finalmente, el gesto aliviado de Tomás Rivero asomando al despacho. El periodista recogió el abrecartas del suelo. Lo sostuvo apretado en la mano. Y se sonrió, nunca pensé que un bicho de éstos me salvara la vida, con la rabia que me dan; si salimos enteros, prometo empezar mañana una colección; por cierto, Ricardillo, se volvieron las tornas: ahora somos tres y medio contra dos; y, mira, he recuperado mi teléfono.

Resultó que, al oír el abrecartas contra la vidriera, el rubio cojo, que estaba escondido entre las dos alacenas, disparó y delató su posición. El segundo tiro, el proveniente de la cocina, lo había efectuado Rivero. La bala acabó incrustada en el hombro del sicario. Estaba medio atontado, pero fuera de peligro. Y desarmado. Según el herido —y Rivero citaba textualmente— los otros dos tipos, el cónsul y su secretario, cobardes hasta el final, se habían pertrechado en el segundo piso, tras las faldas de la muchacha. Lo primero que hicimos fue avisar a Álvarez. Le dimos nuestra posición. Y le rogamos que se diera prisa. Habíamos recorrido la mitad del camino pero nos faltaba la mitad más dura. Tomás me miró sorprendido, ¿por qué la más dura?, chacho, nos hemos cargado a los peligrosos.

—No. Nos hemos cargado a los profesionales. Esos dos trabajan por un sueldo. Cumplen órdenes. Cuando las cosas se les ponen feas, se atienen a razones y rinden las armas.

—¿Y los de arriba?

—Los de arriba son imprevisibles. Uno es un pusilánime. El otro está como una baifa. Y de un cobarde y un loco puedes esperar cualquier reacción para salvar el culo. No te fíes ni un pelo. Esto no ha acabado.

—¿Y ahora qué?

—Ahora volvemos a dividirnos. Elige: la escalera o la parra.

—¿Cómo?

—Sí. Mientras uno de nosotros sube por la escalera, el otro tendrá que escalar la parra y entrar por la ventana de la habitación.

—¡Qué ganas de hacerte el héroe, joder! ¿No podemos esperar ahora a la policía?

—Te acabo de decir que los de arriba son imprevisibles. Contra nosotros creerán tener alguna posibilidad. Pero, si esto se llena de policías, se verían acorralados. Y cualquiera sabe lo que le harían a Juliette.

—Me pido la escalera. Nunca se me dio bien subir a los árboles.

Así lo decidimos. Tomás me dio dos minutos para que yo pudiera salir y

encaramarme al bastidor de hierro. Luego comenzó a subir. Sin locuras, vísteme despacio que llevo prisa. La habitación estaba levemente iluminada por un resplandor titilante. La ventana, para mi suerte, entreabierta. La puerta cerrada. Junto a ella pude ver a Gustavo Seco. Alerta. Nervioso. Sudoroso hasta el final. Con algo en la mano. Un tarugo curvado. La pieza de algún mueble. A Juliette la habían sentado en el sillón de orejas de cara a la puerta. Tras la muchacha amordazada y con aspecto frágil, había una figura amenazante. Elliot Heynes. Robert Quinland. Ignoraba con cuál de las dos personalidades desdobladas me las iba a tener aquella noche. No llevaba máscara. ¿Para qué? De nada le servía en las tinieblas de su madriguera. Su cara era un extraño amasijo de piel y venas violáceas. Su mandíbula desencajada. Sus ojos furibundos. En la mano izquierda sostenía una vela grande —había dos o tres más en diversos rincones de la habitación— y en la derecha un arma. Comprendí que sólo teníamos una oportunidad. Si fallábamos, la primera en pagarlo sería la viola canadiense, mi triste, mi desolada Audrey Hepburn.

Pasaron cinco minutos en los que el más imperturbable de los hombres podría haber envejecido cinco siglos. Según supe después, Tomás se había entretenido en inspeccionar los otros dos dormitorios. Un vestidor. Y el cuarto de baño. Hasta que comprendió que la fiesta era en la habitación principal. Luego todo se volvió confusión. Fue como si el infierno mismo se instalase de repente en una quinta de madera de Santa Brígida. Mi socio no entendía de medidas. Se había pasado la noche apelando a la sensatez. Reclamándome una y otra vez, hasta quedarse sin argumentos, que fuésemos cautos y esperásemos por la policía. Lamentándose de mi ambición de héroe. Pero, cuando le tocó entrar en acción, se disparató. Se jugó la matrícula. Despreció cualquier riesgo.

Yo esperaba ver cómo abría la puerta muy despacio, sigiloso. Estaba preparado para avisarlo de la presencia de Gustavo Seco. Para gritarle que tuviese cuidado con su mano derecha. Pero no me hizo falta. Tomás hizo una entrada tan triunfal en escena que dejó sin aliento a todos los presentes. Quebró la puerta de un empujón. Y se llevó por delante al secretario y un perchero que había cerca, y al que le faltaba un cuerno. Precisamente la pieza que llevaba Seco en la mano y que, ¿justicia poética?, acabó insertada en la inglete del pobre diplomático. El estropicio me dio la ocasión de entrar en el cuarto por la rendija del ventanal sin que nadie lo advirtiera. Tomás, porque bastante tenía con zafarse del cuerpo pesado de Seco. Éste, porque bastante tenía con zafarse del tarugo de su entrepierna. Juliette, porque cerró los ojos creyéndose ya muerta. Y Heynes, porque se quedó petrificado sin saber qué mano utilizar primero.

Por fortuna eligió la izquierda, la de la vela. Se la lanzó al periodista con todas sus fuerzas. El velón dio en la espalda de Rivero y rebotó hacia la cama, que

comenzó a arder con una rapidez inusitada. Cuando el clarinetista se sobrepuso al hechizo que produce el fuego —su rostro, al amparo de las llamas, parecía el de un animal salvaje—, encañonó con el arma a la muchacha. Pero no tuvo tiempo de disparar. Un cuerpo, el mío, se le vino encima. Rodamos por el cuarto. Forcejeamos. Golpeamos con los puños. Yo al aire y él a mí. Porque yo estaba más preocupado por mantener el ojo de la pistola lejos de mi cabeza. Y él no tenía preocupación ninguna y podía apuntar con sus nudillos a mi costado, a mi oreja, a mi axila. Cuando estuvimos tan juntos que ya no tuvo espacio para usar sus manos, utilizó la frente. Los dientes. Las uñas. Estábamos en el suelo, a un lado de la cama, más pira funeraria que otra cosa. El fuego se acercaba. Sentía el calor intenso viniéndome encima. Lo agarré por la muñeca derecha. Y le empujé la mano hacia las llamas. El músico soltó el arma pero aprovechó su otra mano, libre de ataduras, para agarrar una lámpara que estaba encima de la mesilla de noche. Sin embargo, el cable se le atoró. El pulsador había quedado encajado entra la mesilla y la pared. Ésa fue mi suerte. Y su desdicha.

Ya no tenía yo armas de las que preocuparme así que puse todos mis sentidos en la pelea con Heynes. El tipo me mantenía agarrado por el cuello. Me levantaba la cabeza esperando que el fuego acabara con mi resistencia. Y casi lo consigo. Cuando ya comenzaba a oler a pelo quemado, me aferré con las dos manos a la mesilla de noche y la despeñé con las fuerzas que me quedaban sobre la cara, sobre todas las caras de mi oponente: la del carcelero, la del asesino, la del destripador de violas, la del secuestrador, la del loco, pero también la del compositor, la del clarinetista, la del cónsul melómano, la del pobre leproso, la del hombre que había sido y ya jamás y nunca volvería a ser.

El grito de Tomás Rivero, hay que salir de aquí, Ricardo, esto se viene abajo, me sacó del trance. Me levanté como pude. Mareado por el humo. Los ojos lagrimeantes. Los pulmones sin aire. Observé cómo el periodista ayudaba a la chica a salir por el ventanal del emparrado. Los imité. Un pie sobre los hierros cruzados. Luego el otro. Agacharse para mantener el equilibrio. Y saltar a tierra. Corrimos hacia los coches. Para ser más exactos, hacia uno de los coches, porque alguien se había llevado la ranchera roja. Gustavo Seco. Las ratas —incluso las heridas— abandonan el barco antes que nadie. Sentados en el suelo, tosiendo los tres, pudimos ver de lo que nos habíamos librado. La casa estaba ardiendo. El fuego iluminaba como una inmensa fogata la noche de febrero. De la planta alta ya no quedaba nada. El techo se había desmoronado sobre ella. El salón y el estudio seguirían pronto la misma suerte. Miré a Juliette. La chica se abrazaba las rodillas y lloraba sin ruido. Le acaricié el cabello. Pero no dijo nada. Ni siquiera se atrevió a mirarme. Le reproché a Rivero haberme ocultado sus habilidades, coño, Tomás, ¿no decías que lo tuyo no era trepar a los árboles? Y él se tendió sobre la tierra

húmeda buscando resuello, sí, pero el camino inverso me lo sé de memoria: me caía de todos. Estábamos a salvo. Y la risa ayudó a liberar la angustia y el resto de humo que quedaba en el pecho.

De repente, me acordé de los guardias. Me levanté corriendo. Le grité a Tomás que fuese a por el negro del sótano. Y yo rehíce el camino de ventana a ventana, de la de la cocina a la del comedor, donde yacía el soldado rubio herido. Lo levanté y lo saqué de allí, segundos antes de que las llamas se adueñaran definitivamente del resto de la casona. Cuando logramos salir los cuatro —parecíamos dos ventrílocuos con sus dos marionetas de papel maché—, una luz diferente a la del fuego nos encandiló. Dos coches de policía inundaban la vereda de un brillo azul intenso. A la cabeza del grupo estaba el inspector Álvarez. Venía con el ánimo dividido. No sabía si felicitarnos o echarnos una bronca. Observó el aquelarre que habíamos montado en la finca del cónsul Quinland y meneó la cabeza de lado a lado, no me gustaría, Ricardo, estar en tu pellejo mañana cuando te enfrentes al juez Tejera; m'ijo, tú, cuando la cagas, la cagas de verdad.

—Tejera lo entenderá.

—Yo no estaría tan seguro. La casa del cónsul arrasada. Dos escoltas magullados. Un herido de consideración. E imagino que dos cadáveres calcinados.

—¿Un herido? ¿Dos cadáveres? Yo soy de letras, Álvarez, pero a mí no me da el mismo resultado.

—Por el camino nos encontramos con Gustavo Seco. El tipo iba embalado en su furgoneta y chocó contra uno de nuestros coches patrulla. Tiene un agujero del tamaño de mi dedo gordo en una zona algo delicada. Acaban de llevárselo al hospital. Y, si no cuento mal, ahí dentro debe de haber dos cuerpos.

—Cuenta mal. Sólo hay uno.

—¿Uno? ¿Y Heynes?

—Bajo los escombros.

—¿Y Quinland?

—También.

—Ah, carajo. Aún te quedan ganas de coñas.

—No son coñas, inspector. El asesino de Schulman se llamaba Elliot Quinland Heynes. Era el mejor clarinetista del mundo. Y el peor cónsul honorario.

Parlamento final.

Allegro ma non troppo

Me prohibió quejarme. Lo dijo bien claro, ya le avisé, Blanco, que esta herida no se le iba a curar persiguiendo malvados, rescatando muchachas ni quemando chalés, ahora se me aguanta; si le duele, ajo y agua. Y no me quejé. Asumí la imprudencia, tiene razón, doctor Jiménez, pero alguien debía hacerlo y yo estaba más cerca. El hombre apretó fuerte —acaso más de lo necesario para recalcar que, allí, quien mandaba era él— los vendajes. Me extendió un unguento frío por la ceja y por el cuello. La ceja había sanado. Ni la sentí. Pero descubrí un escozor nuevo en el pescuezo. Mi exposición al fuego no me había salido gratis. Tenía ligeras erosiones. Leves quemaduras detrás de la oreja. Cuando el médico acabó de aplicarme la pomada, volvió a reprenderme, esto le pasa por jugar a Dios. Y yo, ¿qué tiene que ver Dios en esta historia? Y él, que usted, como Él, resuelve un crimen en seis días, y, al séptimo, viene a descansar.

La luz del mediodía se colaba por entre las rendijas de las persianas dejando en la habitación un rastro de penumbra intercalada. Jiménez alargaba su visita más de lo que solía con sus otros pacientes. Me imaginé que esa demora tenía que ver con la curiosidad. La prensa hablaba de la noche de Santa Águeda. De una muerte. De una chica. De dos locos pirómanos. Pero dejaba alguna página en blanco. Y el doctor quería aprovechar mi convalecencia para rellenarla.

—¿Puedo preguntarle por la muchacha del periódico? No me crea un cotilla. Es que me pareció tan hermosa y tan delicada. Me recuerda a alguien, una actriz tal vez, pero no estoy seguro.

—Eso suele ocurrirle a quienes la conocen. Se llama Juliette Legrand. Y sí que es hermosa. Y una magnífica viola además. Le aseguro que, si logra superar este disgusto, tiene un futuro espléndido...

Juliette estaría en aquel momento en las nubes. Así: en toda la acepción del término. En un avión rumbo a Milán. Y en un lánguido estado emocional. Lo último que vi de ella fueron sus ojos tristes. No se despidió. ¿Qué iba a decirme? No tenía fuerzas ni para dar las gracias. Su mirada me compensó. Mientras un policía la acompañaba al coche y le abría la puerta y le advertía, cuidado con la

cabeza, y esperaba a que entrara, ella miraba al suelo. Luego, a través del cristal de la ventana, me buscó con la vista. Me encontró junto a Álvarez. Y me dejó el recuerdo de una lágrima tibia resbalando por el tobogán de su mejilla.

—Un futuro espléndido. Sí. Mejor que el de sus dos colegas, seguro.

—Bueno. Schulman y Heynes eran dos grandes de la música clásica. Los aguarda la historia. Antes de eso, claro, sus cuerpos deberán soportar media docena de trámites burocráticos. Pero no lo dude, Jiménez: dentro de una semana serán recibidos en algún aeropuerto de Estados Unidos con música y banderas y flores y alharacas. Ya sabe cómo son los norteamericanos para esas cosas.

—Óigame, Blanco. Que aquí también respetamos a nuestras figuras. No olvide que el Auditorio se llama Alfredo Kraus.

—Es cierto, doctor, pero a nosotros no nos va tanto la bulla. Enterramos a nuestros muertos en familia. Y, hablando de muertos, dígame: ¿cuánto tiempo tengo que estar aquí?

—¿Ya está quejándose? Me prometió que aguantaría el tratamiento hasta el final. Fuera el tiempo que fuera. Además, no me llore, caramba. En la ciento catorce está el secretario del consulado. A ese pobre sí que le queda un calvario. No vea usted cómo tiene la ingle. Guillermo Seco. Por un centímetro no se queda en Guillermina.

—Se llama Gustavo. Pero es un tipo tan sumamente desabrido que todos olvidan su nombre. Y, créame, aunque su delito no pasa de encubrimiento, no sé si preferiría el cambio de sexo porque le espera una temporadita en remojo.

—A quien tenían que haber cogido era al cónsul. Menudo cabrón asesino. Mire que cargarse a los pobres músicos. Y sin ningún miramiento. Hay que estar chalado. Dice el periódico que logró escapar del incendio. Que tenía algún cómplice aguardándolo en el aeropuerto. Y que a estas alturas ya estará en alguna isla perdida del Pacífico. ¿Qué cosas, verdad? Un tipo con dinero. Culto. Con clase. Un melómano. ¿Qué necesidad tenía de matar a Schulman y a Heynes?

La política es como el patio de mi casa. Llueve y no se moja. Tiene una manera muy particular para solucionar los problemas. El caso se nos había ido de las manos. Nos había superado. Tras el incendio, el Gobierno norteamericano solicitó discreción al español. Éste mandó recado al juez Tejera. Su Señoría —ya habíamos visto cómo se las ingeniaba para salir de los atascos— le paso la papa caliente al director del periódico donde trabajaba Tomás. No podían permitirse dos escándalos en la misma noticia. Le dio a elegir un asesino: el cónsul o el clarinetista. Y, dado que el cónsul ya era un fantasma a quien nadie apenas conocía, decidieron echarle todos los muertos: Schulman y, de paso, para que la

historia les cuadrara, Heynes.

—¿Qué necesidad tenía? Usted debe saber mejor que yo que la mente humana es enrevesada. ¿Cualquiera sabe lo que le pasaría por la cabeza cuando los asesinó? A lo mejor, es que desafinaban.

—Seguro, ja, ja. Bien, señor Blanco, esto ya está. Tiene visita, pero le he dicho que sólo le permito cinco minutos. Usted necesita reposo.

—Muchas gracias, doctor.

Mi amigo venía cariacontecido. Había tenido un día para olvidar. Secuestrado. Golpeado. Disparado. Casi incinerado. Y, aunque esperaba ser el portador de una gran exclusiva, al final había tenido que morderse la lengua. La diplomacia había hallado una solución muy conveniente. Para todos. Excepto para Tomás Rivero Morote.

—¿Cómo andas, Ricardo?

—Por lo que he oído, mejor que tú.

—¿Ya te has enterado?

—Después de la luz, lo que más corre es el chisme. Siento que no haya salido la cosa como esperabas. Pero con despedirte del periódico no solucionas nada.

—Bah. Estoy harto de toda esta mierda, Ricardo. Se deja uno las pestañas persiguiendo la verdad y, al final, la verdad es lo que menos interesa.

—Tú conoces la verdad. Eso es lo que debería importante.

—¿Y el público?

—El público es demasiado novelero. Acabo de hablar con el médico que me atiende. Está entusiasmado con la trola que contaste en el reportaje. Estoy seguro de que la verdad le hubiera gustado mucho menos.

—Por eso lo dejo. Paso de jugarme la vida para que se queden con verdades a medias. ¿Quieren chismes? Pues les daremos chismes. ¿No sabes? Hay una editorial interesada en comprarme la historia. Me adelantan una buena pasta a cuenta de los derechos de autor.

—¿Te vas a hacer escritor? No es mala cosa. Ligarás más que de reportero. Mira Pérez-Reverte, nadando en el euro.

—Anda que no me queda nada para llegar a Pérez-Reverte.

—¿Cómo te crees que empezó él? Se peleó con todo Dios y los mandó al carajo. Les hizo un corte de mangas. Y ahora es su propio jefe, que es el sueño de todo trabajador.

—Ya. Bueno. Sólo venía a saber cómo andabas. Y ya veo que sobrevivirás. Se me pasaron los cinco minutos.

—Gracias por venir, Tomás. Y mucha suerte. Espero ser el primero en leer tu novela.

—¿Leerla? Pienso hacerte protagonista, ja, ja. Ya te contaré. Oye, ¿creo que tienes un abuelo por ahí? ¿Quieres que vaya a verlo o que lo llame?

—¿Qué dices? Ni loco. Déjalo estar, Rivero. Tú no sabes el genio que tiene el condenado viejo.

Cuando se fue Tomás, encendí la lamparilla. Pulsé el botón para elevar la cama. Doblé las almohadas. Abrí la mochila que me había traído conmigo al hospital. Saqué un libro. Una petaca de whisky a medio vaciar. Y, con una semana de retraso, me dispuse a releer, de un tirón, ya sin interrupciones, sin llamadas a deshora, sin muertos, sin mentiras, sin dudas, sin violas canadienses ni clarinetistas californianos, la novela que tanto me había emocionado en mis años de instituto: «En ese tiempo remoto, yo era muy joven y vivía con mis abuelos en una quinta de paredes blancas de la calle Ocharán, en Miraflores. Estudiaba en San Marcos, derecho, creo, resignado a ganarme más tarde la vida con una profesión liberal, aunque, en el fondo, me hubiera gustado más llegar a ser escritor...».

© José Luis Correa, 2006

Edición en formato digital: mayo de 2013

© de esta edición:

Alba Editorial, S.L.U.

Baixada de Sant Miquel, 1 bajos

08002. Barcelona

Diseño de la cubierta: Alba Editorial, S.L.U.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-8428-877-0

Depósito legal: B-9.999-13

Conversión a formato digital: Abogal

www.albaeditorial.es

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 ha emprendido una labor de recuperación de literatura clásica (Alba Clásica y Maior), así como de ensayo histórico, literario y memorísticos (Colección Trayectos). Asimismo, merece una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y la colección Fuera de Campo conocida por la publicación de textos de formación cinematográfica y literaria en todos sus ámbitos. También destacan sus originales y vistosos libros de cocina, así como sus Guías del escritor destinadas a aficionados y

profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial, 2010. En 2012 ha incorporado a su catálogo dos nuevas colecciones, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros de los siglos XIX y XX).

Consulta **www.albaeditorial.es**

Alba Editorial, s.l.u.

Baixada de Sant Miquel, 1 bajos

08002. Barcelona

T. 93 415 29 29

F. 93 415 74 93